

LA TRILOGÍA DE SHIVA VOL. 1

LOS INMORTALES DE MELUHA AMISH

2
MILLONES
DE COPIAS
VENDIDAS

Alter ego



Lectulandia

LA HISTORIA DEL HOMBRE AL QUE LA LEYENDA CONVIRTIÓ EN UN DIOS

Año 1900 antes de Cristo, en lo que los indios modernos llaman incorrectamente la civilización del valle del Indo.

Los habitantes de aquella época la llamaban la tierra de Meluha, un imperio casi perfecto creado muchos siglos antes por Lord Ram, uno de los monarcas más grandes que haya existido jamás.

Ese imperio otrora orgulloso y sus gobernantes suryavanshis se enfrentan a graves peligros, pues su río principal, el reverenciado Saraswati, está extinguiéndose lentamente. También se enfrentan a devastadores ataques terroristas desde el este, la tierra de los chandravanshis. Para colmo de males, parece que los chandravanshis se han aliado con los nagas, una raza aislada y siniestra de humanos deformes con unas extraordinarias habilidades marciales.

La única esperanza para los suryavanshis es una antigua leyenda: Cuando el mal alcance proporciones épicas, cuando todo parezca perdido, cuando parezca que vuestros enemigos hayan triunfado, aparecerá un héroe.

¿Será realmente Shiva, ese tosco inmigrante tibetano, ese héroe?

¿Y acaso querrá ser ese héroe?

Arrastrado súbitamente hacia su destino, tanto por el deber como por el amor, ¿liderará Shiva la venganza suryavanshi y destruirá el mal?

Éste es el primer libro de una trilogía sobre Shiva, el hombre sencillo cuyo karma lo convirtió en nuestro Mahadev, el Dios de Dioses.

Lectulandia

Amish

Los Inmortales de Meluha

Shiva 1

ePub r1.0

Titivillus 26.08.15

Título original: *The immortals of Meluha*
Amish, 2010
Traducción: Guillermo Ruiz Carreras
Ilustraciones: Vikram Bawa
Diseño de cubierta: Rashmi Pusalkar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Preeti y Neel...

Ambos los sois todo para mí
Mis palabras y su significado
Mi oración y mi bendición
Mi luna y mi sol
Mi amante y mi vida
Mi alma gemela y parte de mi alma

Om Namah Shivaiy

El universo se inclina ante Lord Shiva. Yo me inclino ante Lord Shiva.

Agradecimientos

Dicen que escribir es una profesión solitaria. Mienten. Para hacer posible este libro, se ha reunido un grupo de gente espectacular. Y me gustaría darles las gracias.

Preeti, mi esposa, una rara combinación de belleza, cerebro y espíritu que me ayudó y me aconsejó en todos los aspectos de este libro.

Mi familia, una cábala de individuos sumamente positivos que me animaron, me empujaron y me apoyaron durante los largos años de este proyecto.

Mi primer editor y agente, Anuj Bahri, por su confianza absoluta en la Trilogía de Shiva.

Mi editorial actual, Westland Ltd, dirigida por Gautam Padmanabhan, por compartir un sueño conmigo.

Sharvani Pandit y Gauri Dange, mis editores, por hacer que mi inglés pedestre mejorara enormemente, y por hacer más fluida la historia.

Rashmi Pusalkar, Sagar Pusalkar y Vikram Bawa por esa portada excepcional.

Atul Manjrekar, Abhijeet Powdwal, Rohan Dhuri y Amit Chitnis por su innovador tráiler, que ayudó a vender el libro a un nivel completamente nuevo. Y a Taufiq Qureshi por la música del tráiler.

Mohan Vijayan por su gran trabajo publicitario y de prensa.

Alok Kalra, Hrishikesh Sawant y Mandar Bhure por su consejo eficaz sobre marketing y promociones.

Donetta Ditton y Mukul Mukherjee por la página Web.

A ti que me lees, por el voto de confianza al escoger el libro de un autor debutante.

Y, por último, creo que esta historia es una bendición que me dio Shiva. Esta experiencia me ha hecho ser más humilde, y hoy soy un hombre diferente, menos cínico y más abierto a diferentes visiones del mundo. Por ello, me gustaría inclinarme ante Lord Shiva por bendecirme de forma tan abundante, mucho más de lo que merezco.



La trilogía de Shiva

¡Shiva! El Mahadev. El dios de dioses. Destructor del mal. Amante apasionado. Guerrero feroz. Bailarín consumado. Líder carismático. Todopoderoso y, a la vez, incorruptible. De veloz ingenio, con un temperamento igual de rápido y temible.

A lo largo de los siglos, ningún extranjero que llegara a nuestra tierra — conquistador, mercader, erudito, gobernador, viajero— ha creído que un hombre tan grande pudiera existir en realidad. Supusieron que debía de ser un dios mítico cuya existencia solo era posible en el reino de la imaginación humana. Por desgracia, esa creencia se convirtió en nuestro conocimiento adquirido.

Pero ¿y si nos equivocamos? ¿Y si Lord Shiva no fue la invención de una imaginación rica sino una persona de carne y hueso? Como tú y yo. Un hombre que se alzó para convertirse en un dios gracias a su karma. Esa es la premisa de la Trilogía de Shiva, que interpreta la rica herencia mitológica de la antigua India, mezclando ficción con hechos históricos.

Por ello, esta obra es un homenaje a Lord Shiva y a la lección que nos enseña su vida. Una lección perdida en las profundidades del tiempo y la ignorancia. La lección de que todos podemos elevamos y convertirnos en mejores personas. La lección de que existe un dios en potencia en el interior de cada ser humano. Lo único que debemos hacer es escuchamos a nosotros mismos.

Los inmortales de Meluha es el primer libro de esta trilogía, que narra el viaje de tan extraordinario héroe. Le seguirán dos libros más: *El secreto de los nagas* y *El juramento de los vayuputras*.



I

¡HA VENIDO!

Año 1900 a. J. C.

Lago Mansarovar

(al pie del monte Kailash, Tibet).

Shiva miró el cielo anaranjado. Las nubes que flotaban sobre el Mansarovar se acababan de abrir para mostrar el ocaso. El dador de vida acababa un día más. En sus veintiún años, había visto pocos amaneceres. ¡Pero el ocaso...! ¡Intentaba no perderse jamás el ocaso! Cualquiera otro día, habría disfrutado de la vista..., el sol y el lago inmenso contra el glorioso telón de fondo del Himalaya, que se alargaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Pero no aquel día.

Se agachó y dejó reposar su cuerpo flexible y musculado en el estrecho saliente que se extendía sobre el lago. Las numerosas cicatrices de su piel brillaron bajo la luz reflejada en las aguas.

Shiva recordaba bien los días de su niñez, en los que no había preocupaciones. Había perfeccionado el arte de lanzar guijarros para que rebotaran en la superficie del lago. Aún mantenía el récord de su tribu: diecisiete rebotes.

En un día normal, Shiva habría sonreído ante el recuerdo de un pasado alegre al que el presente había dejado muy atrás. Pero aquel día se dio la vuelta hacia su aldea sin el menor atisbo de alegría. Bhadra estaba alerta, vigilando la entrada principal. Shiva hizo un gesto con los ojos. Bhadra se dio la vuelta y se encontró con sus dos soldados de apoyo dormitando contra la valla. Los maldijo y los pateó con fuerza.

Shiva se giró hacia el lago.

¡Que Dios bendiga a Bhadra! Al menos es algo responsable.

Shiva se llevó el *chilum* de hueso de yak a los labios y dio una profunda calada. Cualquiera otro día, la marihuana le habría hecho sentirse bien, hubiera sosegado su mente atribulada para dejarlo en paz. Pero no aquel día.

Miró a la izquierda, a la orilla del lago donde mantenían bajo vigilancia a los soldados del extraño visitante extranjero. Con el lago detrás de ellos y los veinte

soldados de Shiva vigilándolos, era imposible que organizaran ningún ataque sorpresa.

Se dejaron desarmar fácilmente. No son como los idiotas sedientos de sangre de nuestra tierra, que siempre buscan una excusa para pelear.

Las palabras del extranjero volvieron a la mente de Shiva como una avalancha:

—Venid a nuestra tierra. Está más allá de las grandes montañas. Algunos la llaman Meluha. Yo la llamo Cielo. Es el imperio más rico y poderoso de la India. Incluso diría que el más rico y poderoso de todo el mundo. Nuestro Gobierno ofrece grandes posibilidades a los inmigrantes. Se os darán tierras fértiles y medios para cultivarlas. Hoy, tu tribu, la de los gunas, lucha para sobrevivir en esta tierra dura y árida. Meluha os ofrece una vida lejos de vuestros sueños más alocados. No pedimos nada a cambio. Solo que viváis en paz, paguéis vuestros impuestos y obedezcáis las leyes de la tierra.

Shiva pensó que no sería un jefe en esa nueva tierra.

¿Lo echaría mucho de menos?

Su tribu tendría que vivir según las leyes de los extranjeros. Deberían trabajar todos los días para ganarse el sustento.

¡Eso es mejor que tener que luchar jornada tras jornada solo para sobrevivir!

Dio otra calada a su *chilum*. Mientras se disipaba el humo, se giró para observar la cabaña en el centro de su aldea, justo al lado de la suya, donde estaba el extranjero. Le habían dicho que allí podría dormir cómodamente. De hecho, Shiva quería que fuera su rehén. Por si acaso.

Luchamos casi cada mes con los pakratis para que nuestra aldea pueda seguir estando junto al Lago Sagrado. Cada año se hacen más fuertes y crean nuevas alianzas con nuevas tribus. Podemos vencerlos, pero ¡no a todas las tribus de la montaña! Si nos trasladamos a Meluha, podremos huir de esta violencia sin sentido y puede que hasta logremos llevar una vida cómoda. ¿Qué puede tener eso de malo? ¿Por qué no deberíamos aceptar el trato? ¡Suena condenadamente bien!

Shiva dio una última calada al *chilum* antes de golpearlo contra la roca. Se levantó. Se sacudió unas motas de ceniza de su pecho desnudo, se limpió las manos en su falda de piel de tigre y regresó a paso ligero hacia su aldea. Bhadra y sus refuerzos se pusieron firmes mientras él atravesaba la puerta. Shiva frunció el ceño y le hizo un gesto a Bhadra para que descansara.

¿Por qué sigue olvidando que ha sido mi mejor amigo desde que éramos niños? Que me haya convertido en jefe no cambia nada. No necesita comportarse de forma tan servil delante de los demás.

Las cabañas de la aldea eran lujosas en comparación con otras de su tierra. Un hombre adulto podía ponerse de pie dentro de ellas. El refugio podía aguantar el duro viento de la montaña durante casi tres años antes de ceder frente a los elementos. Lanzó el *chilum* vacío dentro de su cabaña mientras se dirigía a la del visitante, que vacía profundamente dormido.

O no se da cuenta de que es un rehén o realmente cree que el buen comportamiento engendra buen comportamiento.

Shiva recordó lo que solía decir su tío, su gurú:

—La gente hace lo que la sociedad le recompensa por hacer. Si la sociedad recompensa la confianza, la gente será confiada.

Meluha debe de ser una sociedad confiada, si le enseña incluso a sus soldados a esperar lo mejor de los extraños.

Se rascó la barba greñuda mientras observaba con atención al visitante.

Había dicho que se llamaba Nandi.

El enorme tamaño de aquel meluhano parecía aún más desproporcionado ahí, despatarrado y dormido en el suelo; su enorme tripa se meneaba cada vez que respiraba. A pesar de estar tan gordo, su piel era tersa y firme. Su cara infantil parecía incluso más inocente mientras dormía con la boca medio abierta.

¿Este es el hombre que me llevará a mi destino? ¿De verdad me espera el destino del que hablaba mi tío?

—Tu destino es más grande que esas montañas enormes. Pero, para que se haga realidad, tendrás que cruzar esas mismas montañas enormes —le había dicho.

¿Merezco un buen destino? Mi gente es lo primero. ¿Será feliz en Meluha?

Shiva siguió observando a Nandi mientras dormía. Entonces escuchó el sonido de una caracola.

¡Pakraris!

—¡A vuestros puestos! —gritó Shiva mientras desenfundaba la espada.

Nandi se levantó al instante, sacando una espada oculta en el abrigo de pieles que tenía al lado.

Corrieron hacia las puertas de la aldea. Como estaba establecido, las mujeres corrieron hacia el centro de la aldea, llevándose a los niños con ellas. Los hombres fueron en la otra dirección, con las espadas desenvainadas.

—¡Bhadra! ¡Los soldados del lago! —gritó Shiva mientras llegaba a la entrada.

Bhadra transmitió las órdenes. Los soldados gunas obedecieron al instante. Les sorprendió ver que los meluhanos desenfundaban armas ocultas en sus abrigos y corrían hacia la aldea. Los pakratis se abalanzaron sobre ellos al momento.

Era una emboscada perfectamente planeada. El anochecer solía ser el momento en el que los soldados gunas se tomaban un rato para agradecer a sus dioses un día sin batallas. Las mujeres hacían sus tareas junto al lago. Si había algún momento de debilidad para los formidables gunas, un momento en el que no fueran un temible clan marcial, sino una tribu más que intentaba sobrevivir en una tierra dura y hostil, era ése.

Sin embargo, el destino volvía a estar en contra de los pakratis. Gracias a la presencia extranjera, Shiva había ordenado a los gunas que permanecieran alerta. Así pues, estaban preparados, por lo que los pakratis no pudieron contar con el factor sorpresa. La presencia de los meluhanos también fue decisiva; de hecho, cambiaron el

curso de la corta y cruel batalla en favor de los gunas. Los pakratis tuvieron que retirarse.

Ensangrentado y lleno de marcas, Shiva inspeccionó los daños al final de la batalla. Dos soldados gunas habían sucumbido a las heridas. Se los honraría como a héroes. Lo peor fue que el aviso había llegado tarde para al menos diez mujeres y niños gunas. Encontraron sus cuerpos mutilados junto al lago. Demasiadas bajas.

¡Cerdos! ¡Cuando no pueden vencernos, matan a nuestras mujeres, a nuestros niños!

Furioso, convocó a la tribu en el centro de la aldea. Había tomado una decisión.

—¡Esta tierra está hecha para bárbaros! Hemos librado incontables batallas. Y es algo que no parece tener fin. Sabéis que mi tío intentó firmar la paz, ofreciendo incluso acceso a la orilla del lago para las tribus de las montañas. Pero esa escoria confundió nuestro deseo de paz con debilidad. ¡Todos sabemos lo que vino a continuación!

Los gunas, pese a estar acostumbrados a la brutalidad de la batalla, no daban crédito ante la crueldad del ataque contra las mujeres y los niños.

—No os oculto ningún secreto. Todos conocéis la invitación de los extranjeros — continuó Shiva, señalando a Nandi y a los meluhanos—. Hoy han combatido codo con codo con nosotros. Se han ganado mi confianza. Quiero ir con ellos a Meluha. Pero esta decisión no puede ser solo mía.

—Tú eres el jefe, Shiva —replicó Bhadra—. Tu decisión es nuestra decisión. Así lo marca la tradición.

—Esta vez no —respondió él tendiendo la mano—. Esto cambiará completamente nuestras vidas. En mi opinión, el cambio sería a mejor. Y es que cualquier cosa será mejor que la insensatez de la violencia con la que nos encontramos día tras día. Os he dicho lo que quiero hacer. Pero la decisión última es vuestra. Que hablen los gunas. Esta vez seré yo quien os siga.

Los gunas tenían claras sus tradiciones. Pero el respeto a Shiva no se basaba únicamente en las convenciones, sino también en su carácter. Los había liderado en sus mayores victorias militares gracias a su genio y a su valentía.

Hablaron con una sola voz:

—Tu decisión es la nuestra.



Habían pasado cinco días desde que Shiva desplazó a su tribu. La caravana había acampado en un recoveco en la base de uno de los grandes valles que moteaban la ruta hacia Meluha. Shiva había organizado el campamento en tres círculos concéntricos. Los yaks estaban atados alrededor del círculo exterior, para actuar como alarma en caso de que llegaran intrusos. Los hombres estaban en el círculo

intermedio, para luchar en caso de ataque. Y las mujeres y los niños seguían en el círculo interior, justo alrededor del fuego. Primero lo prescindible, luego los defensores y, dentro, los más vulnerables.

Shiva estaba preparado para lo peor. Se temía una emboscada. Solo era cuestión de tiempo.

Los pakratis deberían de estar encantados por poder quedarse con las mejores tierras, así como por poder ocupar libremente la orilla del lago. Pero Shiva sabía que Yakhya, el jefe pakrati, no les dejaría marcharse en paz. Si derrotaba a los gunas de Shiva y conseguía esas tierras para los pakratis, se convertiría en una leyenda. Y nada le haría más ilusión que eso. Shiva detestaba esa extraña lógica tribal. En una atmósfera como esa, nunca habría ninguna esperanza para la paz.

Shiva disfrutaba de la llamada de la batalla, se deleitaba con su arte. Pero también sabía que, al final, las batallas en su tierra eran un ejercicio fútil.

Se giró hacia Nandi, que estaba sentado a cierta distancia, alerta. Los veinticinco soldados meluhanos permanecían sentados en un arco alrededor del segundo círculo del campamento.

¿Por qué había elegido a los gunas para inmigrar? ¿Por qué no a los pakratis?

Los pensamientos de Shiva se rompieron cuando vio moverse una sombra a lo lejos. Observó más detenidamente, pero todo parecía tranquilo. A veces, en esta parte del mundo, la luz jugaba malas pasadas. Se relajó. Pero entonces volvió a ver la sombra.

—¡A las armas! —gritó.

Los gunas y los meluhanos desenfundaron las armas y ocuparon sus puestos, preparados para la batalla. Mientras, cincuenta pakratis iniciaban la carga. La estupidez de abalanzarse sobre ellos sin pensárselo dos veces les pasó factura cuando se toparon con un muro de animales asustados. Los yaks cocearon y patearon de forma incontrolada. Muchos pakratis resultaron heridos antes incluso de que pudieran iniciar su escaramuza. Unos cuantos lograron colarse. Y las armas chocaron.

Un joven pakrati, obviamente un novato, cargó contra Shiva de forma salvaje. Él dio un paso atrás, evitando el golpe. Llevó su espada hacia atrás en un arco suave, infligiendo una herida superficial en el pecho del pakrati. El joven guerrero le maldijo y contraatacó, descuidando su flanco. Eso era todo lo que Shiva necesitaba. Lanzó una estocada brutal con su espada que atravesó las tripas de su enemigo. Casi instantáneamente, sacó la hoja, retorciéndola mientras lo hacía. Y allí dejó al pakrati, para que muriera lenta y dolorosamente. Se giró y vio a un enemigo que estaba a punto de atacar a un guna. Saltó y lanzó un golpe desde arriba, rebanando el brazo armado del pakrati.

Mientras, Bhadra, tan versado en el arte de la batalla como Shiva, estaba luchando contra dos pakratis a la vez, con una espada en cada mano. Su joroba no parecía impedir sus movimientos. Cambiaba el peso de su cuerpo ágilmente. Golpeó en la garganta al pakrati que tenía a su izquierda. Tras dejarlo agonizando, atacó con su

mano derecha: le hizo un tajo en la frente al otro soldado y le sacó un ojo. Mientras el soldado se derrumbaba, Bhadra dejó caer brutalmente su espada izquierda para terminar rápidamente con el sufrimiento de su desafortunado enemigo.

La batalla en la zona meluhana del campamento era muy diferente. Eran soldados excepcionalmente bien entrenados. Pero no se comportaban despiadadamente. Seguían órdenes y evitaban matar, en la medida de lo posible.

Superados en número y mal liderados, los pakratis tardaron poco tiempo en caer derrotados. Casi la mitad de ellos yacían muertos; el resto estaba de rodillas, suplicando piedad.

Uno de ellos era Yakhya, al que Nandi había hecho un corte profundo en el hombro, por lo que apenas podía mover su brazo bueno.

Bhadra estaba detrás del jefe pakrati, con la espada en alto, listo para ejecutarlo.

—Shiva, ¿rápido y fácil, o lento y doloroso?

—¡Señor! —intervino Nandi antes de, que Shiva pudiera hablar.

Éste se giró hacia el meluhano.

—¡Esto no está bien! ¡Están suplicando clemencia! Matarlos va contra las reglas de la guerra.

—¡No conoces a los pakratis! —respondió Shiva—. Son unos salvajes. Seguirán atacándonos aun cuando no haya nada que ganar. Esto debe terminar. De una vez por todas.

—Ya ha terminando. Ya no vais a vivir aquí. Pronto estaréis en Meluha.

Shiva se quedó en silencio.

—De ti depende cómo terminar esto —añadió Nandi—. ¿Más de lo mismo o algo diferente?

Bhadra miró a Shiva, esperando.

—Puedes demostrarles a los pakratis que eres mejor —dijo Nandi.

Shiva se giró hacia el horizonte y observó las enormes montañas.

¿El destino? ¿La posibilidad de una vida mejor?

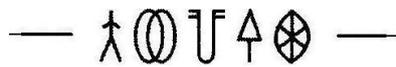
—Desarmadlos, quitadles las provisiones y soltadlos —concluyó tras volverse hacia Bhadra.

Aunque los pakratis estén tan locos como para volver a su aldea, rearmarse y regresar hasta aquí, para entonces ya hará mucho que nos habremos ido.

Bhadra miró a Shiva con sorpresa. Pero enseguida cumplió sus órdenes.

Nandi observó a Shiva con esperanza. En su mente resonaba un solo pensamiento: Shiva tenía el corazón y el potencial necesarios. Rogó a Lord Ram que fuera él.

Shiva caminó hasta el joven soldado que había derribado. Yacía retorciéndose en el suelo, con la cara contraída de dolor; la sangre manaba lentamente de las tripas. Por primera vez en su vida, sintió lástima de un pakrati. Desenfundó la espada y terminó con el sufrimiento del joven soldado.



Tras una marcha continua de cuatro semanas, la caravana coronó la última montaña antes de llegar a las afueras de Srinagar, la capital del valle de Cachemira. Nandi había hablado con entusiasmo de la gloria de su tierra. Shiva se había preparado para ver cosas increíbles, algo que no podría haber imaginado en el modesto lugar del que provenía. Pero nada podría haberle preparado para el espectáculo de lo que, sin duda alguna, era el paraíso. Meluha. ¡La tierra de la vida pura!

El poderoso río Jhelum, que parecía una tigresa rugiente en las montañas, bajaba el ritmo hasta convertirse en una vaca lánguida a medida que se introducía en el valle. Acariciaba la tierra celestial de Cachemira, serpenteando hasta el inmenso lago Dal. Más abajo, se separaba del lago y continuaba su viaje hacia el mar.

El amplio valle estaba cubierto de un tapiz de hierba de un verde exuberante. Sobre él estaba pintada aquella obra maestra: Cachemira. Una sucesión de hileras de flores que abarcaban todos los colores de la creación; su brillo solo se veía roto por los plátanos, que ofrecían una majestuosa a la par que cálida bienvenida a Cachemira. El canto melodioso de los pájaros calmó los oídos cansados de la tribu de Shiva, acostumbrada únicamente al tosco aullido de los gélidos vientos de la montaña.

—Si ésta es la provincia fronteriza, ¿cuán perfecto ha de ser el resto del país? —susurró Shiva admirado.

En el lago Dal había un antiguo campamento del ejército meluhano. Sobre su orilla occidental, junto al Jhelum, se alzaba el pueblo fronterizo que había crecido más allá de los simples campamentos hasta convertirse en la gran Srinagar, literalmente: «la ciudad respetada». Srinagar había sido erigida sobre una plataforma enorme de casi un centenar de hectáreas. La plataforma, hecha de tierra, se elevaba casi cinco metros. En lo alto de ella estaban los muros de la ciudad, que tenían otros veinte metros de altura y cuatro de grosor. Los gunas quedaron asombrados por la simplicidad y la brillantez que suponía construir una ciudad entera sobre una plataforma. Suponía una gran protección contra los enemigos, que se verían obligados a derribar un muro que era, esencialmente, tierra firme. La plataforma tenía otro propósito: elevaba el nivel de la ciudad. Podía resultar extremadamente efectivo para combatir las recurrentes inundaciones que castigaban cada poco la zona. Dentro de los muros del fuerte, la ciudad estaba dividida en bloques por caminos dispuestos en una pulcra cuadrícula. Se habían construido áreas de mercado, templos, jardines, salas de reuniones y todo lo que pudiera requerir una vida urbana sofisticada. Vistas desde el exterior, todas las casas parecían simples estructuras de bloques apilados. La única manera de diferenciar la casa de un hombre rico de la de uno pobre era que sus bloques eran más grandes.

En contraste con el extravagante paisaje natural de Cachemira, Srinagar estaba pintada únicamente con sobrios tonos grises, azules y blancos. Toda la ciudad era una

estampa de limpieza, orden y sobriedad. Casi veinte mil almas consideraban que aquel era su hogar. Ahora, otras doscientas acababan de llegar desde el monte Kailash. Y su líder sintió una ligereza de espíritu que no había experimentado desde aquel día terrible, muchos años atrás.

He escapado. Puedo empezar de nuevo. Puedo olvidar.



La caravana se dirigió al campamento para inmigrantes, situado en las afueras de Srinagar. El campamento se había construido en una plataforma separada al sur de la ciudad. Nandi llevó a Shiva y a su tribu a la oficina de extranjería, situada justo fuera del campamento. Nandi le pidió que esperase fuera. Regresó al cabo de poco, acompañado por un joven oficial, que les ofreció una sonrisa muy bien ensayada y juntó las manos en un *namasté* formal.

—Bienvenidos a Meluha. Soy Chitraangadh, su ejecutivo de orientación. Piensen en mí como su punto de contacto para cualquier problema que pueda surgir mientras están aquí. Si no me equivoco, su líder se llama Shiva. ¿Puede dar un paso al frente, por favor?

—Soy Shiva.

—Excelente —dijo Chitraangadh—. ¿Sería tan amable de seguirme hasta el mostrador de registro, por favor? Lo registraremos como guardián de su tribu. Cualquier comunicación que les concierna pasará por usted. Como es el líder designado, el cumplimiento de todas las directivas dentro de su tribu será su responsabilidad.

Nandi interrumpió el discurso oficial de Chitraangadh para decirle a Shiva:

—Señor, si me disculpa, iré a los aposentos del campamento de inmigrantes y me encargaré del alojamiento temporal de su tribu.

Shiva observó que la cara de Chitraangadh, siempre radiante, había perdido su sonrisa durante una fracción de segundo, justo cuando Nandi le había interrumpido. Pero se recuperó deprisa y el gesto amable regresó a su rostro. Shiva se giró y miró a Nandi.

—Por supuesto que puedes. No necesitas mi permiso, Nandi —dijo Shiva—. Pero, a cambio, tendrás que prometerme algo, amigo mío.

—Por supuesto, señor —contestó Nandi con una ligera reverencia.

—Llámame Shiva, no «señor» —dijo Shiva sonriendo—. Soy tu amigo, no tu jefe. Nandi, sorprendido, levantó la vista, hizo otra reverencia y dijo:

—Sí, señor. O sea, sí, Shiva.

Shiva se volvió hacia Chitraangadh, cuya sonrisa, por algún motivo, parecía más auténtica.

—Bueno, Shiva, si me sigues hasta el mostrador de registro, completaremos las

formalidades en cuestión de un momento.



Nada más registrarse, la tribu llegó a sus aposentos en el campamento de inmigrantes. Nandi esperaba tras la puerta principal. Los acompañó adentro. Los caminos del campamento eran como los de Srinagar. Estaban dispuestos en una pulcra cuadrícula norte-sur y este-oeste. Los senderos cuidadosamente pavimentados contrastaban con los caminos de tierra de la patria de Shiva. Pero había algo raro en ellos.

—Nandi, ¿qué son esas piedras que hay en el centro del camino, esas que tienen un color diferente? —preguntó Shiva.

—Cubren los desagües subterráneos, Shiva. Los desagües expulsan todas las aguas residuales del campamento. Así nos aseguramos de que este permanece limpio e higiénico.

La planificación meticulosa y casi obsesiva de los meluhanos le maravillaba.

Los gunas llegaron al edificio que se les había asignado. Por enésima vez, agradecieron la sabiduría de su líder por decidir venir a Meluha. El edificio, de tres pisos, tenía cuartos separados y cómodos para cada familia. Todas las habitaciones contaban con muebles lujosos, incluida una placa de cobre pulido en la pared, en la que uno podía ver su reflejo. Las habitaciones tenían sábanas limpias, de lino, toallas e incluso algo de ropa. Al sentir el tejido, Shiva preguntó desconcertado:

—¿Qué es este tejido?

—Es algodón. La planta crece en nuestras tierras y se convierte en el tejido que tienes en la mano —contestó Chitraangadh entusiasmado.

En cada pared había un amplio ventanal que permitía la entrada de la luz y del calor del sol. Unas muescas en la pared soportaban una vara de metal con una llama controlada como iluminación. Cada habitación tenía un cuarto de baño con un suelo inclinado, lo que permitía que el agua fluyera de forma natural hasta un agujero que la expulsaba. En el extremo derecho de cada cuarto de baño había una palangana pavimentada en el suelo que acababa en un gran agujero. No entendían muy bien para qué servía semejante artilugio. Las paredes laterales disponían de una especie de dispositivo que, al girarse, permitía que el agua fluyera.

—¡Magia! —susurró la madre de Bhadra.

Junto a la puerta principal del edificio había una casa adosada. Una doctora y sus enfermeras salieron de la casa para saludar a Shiva. La doctora, una mujer menuda y de piel tostada, vestía con una simple tela blanca atada alrededor de la cintura y las piernas, en un estilo que los meluhanos llamaban *dhoti*. Llevaba una tela blanca más pequeña atada como una blusa alrededor del pecho; sobre los hombros portaba otra tela llamada *angvastram*. En el centro de la frente lucía un punto blanco. Llevaba toda la cabeza rapada, excepto por un mechón de pelo anudado en la nuca, llamado *choti*.

Un cordel suelto, el *janau*, iba atado desde su hombro izquierdo, a través de su torso, hasta el costado derecho.

Nandi se quedó impactado nada más verla. Con un *namasté* reverencial dijo:

—¡Señora Ayurvati! No esperaba ver a una doctora de su talla por aquí.

Ella lo miró y le dedicó un educado *namasté*.

—Creo firmemente en el programa de experiencia de campo, capitán. Mi equipo lo sigue con rigor. Sin embargo, lo siento mucho, pero no lo reconozco. ¿Nos conocíamos ya?

—Soy el capitán Nandi, mi señora —contestó Nandi—. No, no nos conocíamos, pero ¿quién no reconocería a la mejor doctora de esta tierra?

—Gracias, capitán Nandi —dijo Ayurvati visiblemente incomodada—. Pero creo que exagera. Hay muchos que son mejores que yo. —Girándose rápidamente hacia Shiva, Ayurvati prosiguió—: Bienvenidos a Meluha. Soy Ayurvati, la doctora que se os ha asignado. Mis enfermeras y yo estaremos a vuestro servicio mientras ocupéis este alojamiento.

—Es un alojamiento temporal, Shiva. Las casas que se asignarán a tu tribu serán mucho más agradables. Debéis quedaros aquí únicamente durante el período de cuarentena, que no debería durar más de siete días —le informó Chitraangadh, serio ante la impasibilidad de Shiva.

—¡Oh, no, amigo mío! Este alojamiento es más que adecuado. Está más allá de lo que podríamos haber imaginado. ¿Qué dices, *mausi*? —preguntó Shiva sonriendo a la madre de Bhadra, antes de girarse hacia Chitraangadh con el ceño fruncido—. Pero ¿por qué la cuarentena?

—Shiva —intervino Nandi—, la cuarentena solo es una precaución. No tenemos demasiadas enfermedades en Meluha. Pero, a veces, los inmigrantes traen consigo nuevas enfermedades. Durante este período de siete días, los doctores os observarán y curarán cualquiera de esos males.

—Y una de las pautas que se deben seguir para controlar las enfermedades es mantener unas estrictas normas de higiene apuntó Ayurvati.

Shiva le hizo una mueca a Nandi y susurró:

—¿Normas de higiene?

Nandi frunció el ceño a modo de disculpa mientras sus manos pedían gentilmente su comprensión.

—Por favor, acéptalo, Shiva —murmuró—. Solo es una de esas cosas que tenemos que hacer en Meluha. La señora Ayurvati es considerada la mejor doctora de esta tierra.

—Si estás libre ahora mismo, puedo darte las instrucciones —dijo Ayurvati.

—Estoy libre, sí —respondió él, imperturbable—. Pero puede que me lo tenga que cobrar más tarde.

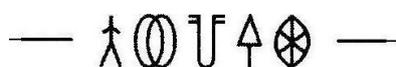
Bhadra rio suavemente, mientras Ayurvati observaba a Shiva con el rostro inexpresivo, claramente molesta por la broma.

—No entiendo lo que intentas decir —le replicó gélidamente—. En cualquier caso, empecemos con las abluciones rituales.

Ayurvati entró en la casa de invitados.

—Esos zafios inmigrantes... —murmuró para sí.

Shiva alzó las cejas hacia Bhadra, que sonreía pícaramente.



Más tarde, aquella misma noche, tras una cena copiosa, a todos los gunas les esperaba una bebida medicinal en sus habitaciones.

—¡Puaj! —dijo Bhadra haciendo una mueca—. ¡Esto sabe a orina de yak!

—¿Cómo sabes qué gusto tiene la orina de yak? —bromeó Shiva mientras golpeaba con fuerza la espalda de su amigo—. Ve a tu habitación. Necesito dormir.

—¿Has visto las camas? ¡Creo que voy a dormir como nunca en mi vida!

—¡Ya he visto la cama, maldita sea! —exclamó Shiva sonriendo—. Ahora quiero probarla. ¡Anda, lárgate ya!

Bhadra abandonó la habitación entre carcajadas. No era el único emocionado por esas camas extrañamente blandas. Toda la tribu se había precipitado a sus habitaciones para el que esperaban que fuera el mejor descanso de sus vidas. Sin embargo, lo que les aguardaba era una desagradable sorpresa.



Shiva giraba y se revolvía constantemente en su cama. Llevaba un *dhoti* de color naranja. Se habían llevado la piel de tigre para lavarla, por motivos higiénicos. Su *angvastram* de algodón reposaba sobre una silla baja junto a la pared. Su *chilum* medio apagado vacía abandonado en la mesilla.

Esta maldita cama es demasiado blanda. ¡Es imposible dormir en ella!

Arrancó la sábana del colchón, la puso sobre el suelo y se tumbó allí. Aquello ya estaba un poco mejor. El sueño se estaba apoderando sigilosamente de él, pero no tanto como en casa. Echaba de menos el suelo frío y duro de su cabaña. Añoraba el viento chillón del monte Kailash, que sé saltaba hasta los esfuerzos más decididos por ignorarlo. Echaba de menos el tufo reconfortante de su piel de tigre. Sin duda, su entorno actual era demasiado cómodo, pero también desconocido y extraño.

Como siempre, su instinto le hizo comprender qué pasaba de verdad:

No es la habitación. Eres tú.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba sudando. Pese a la brisa fresca, sudaba muchísimo. La habitación parecía girar ligeramente. Sentía como si le

estuvieran arrancando el cuerpo. El dedo congelado del pie derecho le ardía. Parecía que le estuvieran tirando de su magullada rodilla izquierda. Sentía como si una mano enorme estuviera remodelando sus músculos cansados y doloridos. El hueso del hombro, dislocado en el pasado y que nunca se había curado del todo, parecía rasgar los músculos para poder arreglar la articulación. Y los músculos parecían dejar que los huesos hicieran su trabajo.

Respirar ya suponía de por sí un gran esfuerzo. Abría la boca para ayudar a sus pulmones, pero no entraba suficiente aire. Se concentró con todas sus fuerzas, abriendo mucho la boca y aspirando tanto aire como pudo. Las cortinas junto a la ventana crujieron cuando entró una suave brisa. Con ese súbito chorro de aire, el cuerpo de Shiva se relajó un poco. Y entonces la batalla volvió a empezar. Se centró en dar grandes bocanadas de aire para alimentar a su cuerpo hambriento.

¡Toc! ¡Toc!

Un suave golpe en la puerta. Por un momento, se sintió desorientado. Continuaba respirando con fuerza. Su hombro seguía crispado. El dolor de siempre había desaparecido. Se miró la rodilla. Ya no le dolía. La cicatriz había desaparecido. ¡Seguía dando grandes bocanadas! Se miró el dedo del pie. Estaba completo y sano. Se inclinó para mirarlo de cerca. Un crujido resonó en la habitación cuando el dedo se movió por primera vez desde hacía años. ¡Seguía dando grandes bocanadas! Sentía un extraño hormigueo frío en el cuello. Muy frío.

¡Toc! ¡Toc! El sonido era cada vez más insistente.

Desconcertado, se levantó como buenamente pudo, se puso el *angvastram* alrededor del cuello para abrigarse y abrió la puerta.

La oscuridad ocultaba su rostro, pero Shiva reconoció a Bhadra.

—Shiva —susurró con una voz llena de pánico—, siento molestarte tan tarde, pero a mi madre le ha subido de pronto la fiebre. ¿Qué debería hacer?

Instintivamente, Shiva le tocó la frente a Bhadra.

—Tú también tienes fiebre, Bhadra. Ve a tu habitación. Iré a buscar a la doctora.

Mientras corría por el pasillo hacia las escaleras, se encontró con muchas más puertas que se abrían. Quien salía repetía: «¡Fiebre súbita! ¡Ayúdame!».

Bajó a toda prisa los escalones hacia el edificio adosado donde se alojaban los doctores. Golpeó la puerta con fuerza. Ayurvati abrió inmediatamente, como si le estuviera esperando.

—Ayurvati, casi toda mi tribu ha caído enferma de pronto —dijo él con voz calmada—. Por favor, ven deprisa. Necesitan ayuda.

Ayurvati tocó la frente de Shiva.

—¿No tienes fiebre?

Shiva negó con la cabeza.

—No.

Ayurvati frunció el ceño, claramente sorprendida. Se giró y le ordenó a sus enfermeras:

—Vamos. Ha empezado. Venga.

Mientras Ayurvati y sus enfermeras corrían hacia el edificio, Chitraangadh apareció de la nada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Shiva.

—No lo sé. Casi toda mi tribu ha caído enferma de repente.

—Tú también sudas mucho.

—No te preocupes. No tengo fiebre. He de volver al edificio. Quiero ver cómo está mi gente.

—Avisaré a Nandi —dijo Chitraangadh.

Mientras, Shiva corrió hacia el edificio. No daba crédito a lo que vio al entrar en el edificio. Todas las antorchas estaban encendidas. Las enfermeras iban de habitación en habitación, administrando de forma metódica medicinas y aconsejando a los pacientes asustados sobre lo que debían hacer. Un escriba acompañaba a cada una de las enfermeras, apuntado meticulosamente los detalles del estado de cada paciente en un cuadernillo de hojas de palma. Los meluhanos parecían preparados para afrontar una situación como esa. Ayurvati estaba de pie en el extremo del pasillo, con las manos en las caderas, como un general que supervisara unas tropas soberbiamente entrenadas y eficientes. Shiva corrió hasta ella y le preguntó:

—¿Qué hay del segundo y tercer piso?

Ayurvati contestó sin girarse.

—Las enfermeras ya han cubierto todo el edificio. Subiré a supervisarlo cuando se haya estabilizado la situación en esta planta. Nos encargaremos de todos los pacientes durante la próxima media hora.

—Sois increíblemente eficientes, pero rezo para que todo el mundo esté bien —dijo Shiva preocupado.

Ayurvati se giró para mirarlo. Tenía las cejas alzadas y un pequeño amago de sonrisa flotaba sobre su rostro.

—No te preocupes. Somos meluhanos. Podemos encargarnos de cualquier situación. Todos estarán bien.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Sí. Date un baño, por favor.

—¿¡Qué!?

—Por favor, ve a darte un baño. Ahora mismo —insistió Ayurvati mientras se daba la vuelta para observar a su equipo.

—Por favor, que todo el mundo recuerde que los niños menores de quince años han de tonsurarse. Mastrak, ve arriba y empieza con las medicinas secundarias. Subiré dentro de cinco minutos.

—Sí, señora —dijo un joven mientras subía rápidamente las escaleras cargando una gran bolsa de tela.

—¿Aún sigues aquí? —preguntó Ayurvati al darse cuenta de que Shiva no se había marchado.

Él habló con suavidad, intentando controlar la ira que parecía dominarlo.

—¿Por qué he de darme un baño? Mi gente tiene problemas. Quiero ayudar.

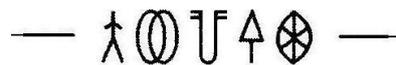
—No tengo ni el tiempo ni la paciencia para discutir contigo. ¡Irás a darte un baño inmediatamente! —exclamó ella sin intentar controlar su mal genio.

Shiva la observó mientras hacía un esfuerzo enorme para frenar las maldiciones que pugnaban por salir de su boca. Sus puños apretados querían discutir con ella a su manera..., pero era una mujer.

Ayurvati se quedó mirándolo. Estaba acostumbrada a que la obedecieran sin rechistar. Era doctora. Si le decía a un paciente que hiciera algo, esperaba que lo hiciera. Aun así, en sus muchos años de experiencia, también se había encontrado con algunos pacientes como Shiva, sobre todo entre la nobleza. Con gente así había que razonar, no solo bastaba con darles según qué instrucciones. ¡Pero el tipo que ahora tenía delante era un simple inmigrante, no un noble!

Haciendo un gran esfuerzo por controlarse, dijo:

—Shiva, estás sudando. Si no te lavas, morirás. Por favor, confía en mí. No podrás ayudar a tu tribu si estás muerto.



Chitraangadh golpeó la puerta con fuerza. Nandi, somnoliento, se despertó entre maldiciones.

—¡Más vale que sea importante! —soltó con un gruñido mientras abría la puerta.

—Ven deprisa. La tribu de Shiva ha caído enfenna.

—¿Ya? ¡Pero si solo es la primera noche! —exclamó Nandi—. ¡Vamos! —dijo mientras recogía su *angvastram*.



El cuarto de baño parecía un lugar extraño para bañarse. Shiva estaba acostumbrado a chapotear en el frío lago Mansarovar, en sus abluciones quincenales. Aquel lugar le resultaba extrañamente agobiante. Giró el dispositivo mágico de la pared para incrementar el flujo del agua. Usó esa extraña sustancia similar a un pastel, que los meluhanos decían que era jabón, para limpiarse el cuerpo. Ayurvati había sido muy clara. Debía utilizarlo. Cerró el agua y cogió la toalla. Mientras se frotaba con fuerza para secarse, todas las cosas extrañas que había ignorado en las últimas horas regresaron a su mente. Sentía que su hombro estaba como nuevo. Bajó la vista y miró asombrado su rodilla. Ni dolor ni cicatriz. Observó maravillado su dedo del pie, que había sanado. Y entonces se dio cuenta de que no solo había pasado con las heridas

que tenía, sino que todo su cuerpo estaba como nuevo, rejuvenecido y más fuerte que nunca. Eso sí, seguía notando su cuello más que frío.

¿Qué diablos estaba pasando?

Salió del baño y se puso velozmente un nuevo *dhoti*. Ayurvati había sido clara al respecto: no debían ponerse la ropa vieja que estuviera manchada de sudor. Mientras se ponía el *angvastram* alrededor del cuello para calentarse, llamaron a la puerta. Era Ayurvati.

—Shiva, ¿puedes abrir la puerta, por favor? Solo quiero comprobar que estás bien. Cuando Ayurvati entró, le tomó la temperatura. Todo correcto.

—Pareces sano. Tu tribu también se está recuperando rápidamente. Lo peor ya ha pasado.

Shiva sonrió agradecido.

—Gracias a la habilidad y a la eficiencia de tu equipo. Siento haber discutido antes contigo. Fue innecesario. Sé que tienes buenas intenciones.

Ayurvati levantó la vista de su libreta de hoja de palma, con una leve sonrisa y una ceja levantada.

—Estamos siendo educados, ¿eh?

—No soy maleducado, ¿sabes? —dijo Shiva sonriendo—. ¡Vosotros sois demasiado arrogantes!

De pronto, Ayurvati dejó de escuchar mientras lo miraba. Llevaba la sorpresa reflejada en su rostro. ¿Cómo es que no lo había visto antes? Nunca había creído en la leyenda. ¿E iba a ser ella la primera que la viera hacerse realidad? Señalando débilmente con sus manos, murmuró:

—¿Por qué te has cubierto el cuello?

—No sé, lo notaba muy frío. ¿Es preocupante? —preguntó él mientras se quitaba el *angvastram*.

Un grito resonó con fuerza en la habitación. Ayurvati retrocedió, tambaleándose. Se cubrió la boca por la sorpresa mientras las hojas de palma caían al suelo. Le fallaron las rodillas y no pudo mantenerse en pie. Se derrumbó, con la espalda contra la pared, sin apartar la vista de Shiva. Las lágrimas inundaron sus ojos orgullosos. No dejaba de repetir:

—*Om Brahmaye namah. Om Brahmaye namah.*

—¿Qué ocurre? ¿Es grave? —preguntó Shiva preocupado.

—¡Habéis venido! ¡Habéis venido, mi señor!

Antes de que él, anonadado, pudiera reaccionar, Nandi entró corriendo y se fijó en que Ayurvati estaba en el suelo, llorando.

—¿Qué ha ocurrido, mi señora? —preguntó desconcertado.

Ayurvati señaló el cuello de Shiva. Nandi levantó la vista. El cuello brillaba con un inquietante azul iridiscente. Con un grito que sonó como el de un animal largamente encerrado al que hubieran liberado, él también cayó de rodillas.

—¡Mi señor! ¡Habéis venido! ¡El Neelkanth ha llegado!

El capitán se agachó y puso la cabeza a los pies del Neelkanth. Sin embargo, Shiva dio un paso atrás, aturdido, sin comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó alterado.

Tocándose su cuello, que sentía helado, se giró hacia la placa de cobre pulido y observó asombrado el reflejo de su *neel kanth*: su cuello azul.

Chitraangadh, agarrándose al marco de la puerta para no caerse, lloriqueó como un niño.

—¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados! ¡Ha venido!



II

LA TIERRA DE LA VIDA PURA

Chenardhwaj, el gobernador de Cachemira, quería anunciar al mundo entero que el Neelkanth había aparecido en su capital, no en otros pueblos fronterizos como Takshahila, Karachapa o Lothal. ¡Lo había hecho en su Srinagar! Pero el pájaro mensajero había llegado casi inmediatamente desde la capital meluhana: Devagiri, la morada de los dioses. Las órdenes eran muy claras. La noticia de la llegada del Neelkanth debía mantenerse en secreto hasta que el emperador en persona hubiera visto a Shiva. Chenardhwaj recibió órdenes para que enviara a Shiva hasta Devagiri con un escolta. Y aún más importante: no se le tenía que hablar a Shiva sobre la leyenda. Las palabras exactas del mensaje eran: «El emperador aconsejará de forma adecuada al supuesto Neelkanth».

Chenardhwaj tuvo el privilegio de informar a Shiva sobre el viaje, pero este no estaba de humor. No sabía qué pensar acerca de la súbita devoción que los meluhanos parecían profesarle. Desde que le habían transferido a la residencia gubernamental, donde vivía rodeado de lujos, solo tenían acceso a él los ciudadanos más importantes de Srinagar.

—Mi señor, os escoltaremos a Devagiri, nuestra capital. Está a unas semanas de camino de aquí —dijo Chenardhwaj mientras intentaba doblar su cuerpo enorme y musculoso más de lo que lo había hecho jamás.

—¡No iré hasta que alguien me diga qué está pasando! ¿Qué diablos es esa condenada leyenda del Neelkanth? —preguntó Shiva molesto.

—Mi señor, por favor, tened fe en nosotros. Pronto lo averiguaréis. El emperador en persona os la contará cuando lleguéis a Devagiri.

—¿Y qué hay de mi tribu?

—Se les darán tierras aquí, en Cachemira, mi señor. Se les concederán todos los recursos que necesiten para que puedan llevar una vida cómoda.

—¿Los tenéis como rehenes?

—Oh, no, mi señor —respondió Chenardhwaj visiblemente trastornado—. Son vuestra tribu, mi señor. Si fuera por mí, vivirían como la nobleza durante el resto de

sus vidas. Pero las leyes no pueden quebrantarse, mi señor. Ni siquiera por vos. Solo podemos darles lo que se les había prometido. Con el tiempo, podréis decidir cambiar las leyes si lo creéis necesario, mi señor. Entonces, los realojaremos donde haga falta.

—Por favor, mi señor —imploró Nandi—. Tened fe en nosotros. No podéis imaginaros lo importante que sois para Meluha. Os hemos estado esperando durante mucho tiempo. Necesitamos vuestra ayuda.

¡Ayúdame, por favor! ¡Por favor!

El recuerdo de otra súplica desesperada de una mujer desconsolada, años atrás, volvió a atormentar a Shiva mientras se sumía en el silencio.



«Tu destino es mucho más grande que esas enormes montañas».

¡Tonterías! No merezco ningún destino. ¡Si esa gente conociera mi culpa, se dejarían de bobadas al instante!

—No sé qué hacer, Bhadra.

Shiva estaba sentado en los jardines reales, a orillas del lago Dal. Junto a él, Bhadra rellenaba cuidadosamente un *chilum* con marihuana.

—Ahora te tocaba decir algo, necio —soltó Shiva con impaciencia, mientras Bhadra encendía el *chilum* con una cerilla.

—No. Ahora me tocaba pasarte el *chilum*, Shiva.

—¿Por qué no me das algún consejo? —preguntó angustiado—. ¡Seguimos siendo los mismos amigos que nunca hacían nada sin consultárselo entre ellos!

Bhadra sonrió.

—No lo somos. Ahora eres el jefe. La tribu vive y muere según tus decisiones. Eso no puede corromperlo la influencia de otra persona. No somos como los pakratis. Para ellos el jefe tiene que escuchar al más bocazas de su consejo. La sabiduría del jefe es suprema entre los gunas. Esa es nuestra tradición.

Shiva alzó la vista, exasperado.

—¡Algunas tradiciones están hechas para romperse!

Bhadra se mantuvo en silencio. Su amigo alargó la mano y le quitó el *chilum*. Dio una larga calada, dejando que la marihuana invadiera su cuerpo.

—Solo he oído una cosa sobre la leyenda del Neelkanth —dijo Bhadra—. Al parecer, Meluha tiene graves problemas y solo el Neelkanth puede salvarlos.

—Pero yo no veo ningún problema ahí fuera. Todo parece perfecto. ¡Si quieren ver problemas de verdad, tendríamos que llevarlos a nuestra tierra!

Bhadra sonrió.

—Pero ¿qué hay de eso de que el cuello azul les hace pensar que puedes salvarlos?

—¡Que me aspen si lo sé! Son mucho más avanzados que nosotros, pero me adoran como si fuera un dios. Solo por este bendito cuello azul.

—Creo que sus medicinas son mágicas. ¿Te has fijado en que mi joroba se ha reducido un poco?

—¡Pues sí! Sus doctores son prodigiosos.

—¿Sabes que los llaman brahmins?

—¿A doctoras como Ayurvati? —preguntó Shiva mientras le devolvía el *chilum*.

—Sí. Pero los brahmins no solo curan a la gente. También son maestros, abogados, sacerdotes... Básicamente, cualquier profesión intelectual.

—Gente con talento —apuntó Shiva aspirando.

—Eso no es todo —repuso Bhadra en mitad de una larga calada—. Para ellos es importante la especialización. Así que, además de los brahmins, cuentan con un grupo llamado kshatriyas, que son los guerreros y gobernantes. ¡Incluso las mujeres pueden ser kshatriyas!

—¿En serio? ¿Realmente permiten que las mujeres participen en su ejército?

—Bueno, al parecer no hay demasiadas mujeres kshatriyas, pero sí: les permiten entrar en el ejército.

—¡No me extraña que tengan problemas!

Ambos rieron con fuerza ante las extrañas costumbres de los meluhanos. Bhadra dio otra calada al *chilum* antes de continuar con su historia.

—Y luego tienen a los vaishyas, que son artesanos, comerciantes y gente de negocios. Y, finalmente, a los shudras, que son granjeros y trabajadores. Y una casta no puede hacer el trabajo de otra casta.

—Espera... —intervino Shiva—. ¿Eso significa que, como eres un guerrero, no se te permite hacer negocios en el mercado?

—Sí, así es.

—¡Qué estupidez! ¿Cómo me conseguirías la marihuana? ¡Después de todo, eso es para lo único que sirves! —Se echó hacia atrás para evitar el golpe juguetón de Bhadra—. Vale, vale. ¡Tranquilo! —dijo riendo. Estiró el brazo para quitarle el *chilum* a su amigo y dio otra larga calada.

—Estamos hablando de todo menos de lo que deberíamos estar hablando.

Shiva volvió a ponerse serio.

—¿Qué crees que debería hacer?

—¿En qué estás pensando?

Shiva apartó la mirada, como si contemplara las rosas del rincón más alejado del jardín.

—No quiero volver a huir.

—¿Qué? —dijo Bhadra, sin escuchar claramente el susurro atormentado de Shiva.

—He dicho —repitió él en voz más alta— que no podría soportar la culpa de volver a huir.

—Aquello no fue culpa tuya...

—¡Sí, lo fue!

Bhadra se quedó callado. No había nada que decir. Shiva volvió a suspirar, con los

ojos tapados.

—Sí, lo fue...

Bhadra le puso la mano en el hombro y se lo apretó cariñosamente, dejando que pasara ese momento terrible. Shiva giró la cara.

—Te estoy pidiendo consejo, amigo mío. ¿Qué debería hacer? Si necesitan mi ayuda, no puedo darles la espalda. Pero, al mismo tiempo, no puedo abandonar a nuestra tribu a su suerte. ¿Qué hacer?

Bhadra siguió agarrando el hombro de Shiva. Respiró profundamente. Podía pensar en una respuesta. Y hubiera sido la respuesta correcta para Shiva, su amigo. Pero ¿era correcta para Shiva, el líder?

—Tienes que encontrar la sabiduría tú mismo, Shiva. Esa es la tradición.

—¡Al diablo contigo!

Le tiró el *chilum* a Bhadra y se marchó hecho una furia.



Unos días más tarde, una pequeña expedición formada por Shiva, Nandi y tres soldados tenía previsto abandonar Srinagar. El ser un grupo tan pequeño les permitiría moverse rápidamente por el reino y llegar a Devagiri lo antes posible. El gobernador Chenardhwaj parecía ansioso por que el imperio reconociera a Shiva como el auténtico Neelkanth. Quería pasar a la historia como el gobernador que encontró al Señor.

Habían puesto a Shiva «presentable» para el emperador. Le habían aceitado y suavizado el cabello. Le consiguieron ropas caras, pendientes atractivos, collares y otras joyas para adornar su musculoso cuerpo. Le habían limpiado su bello rostro con hierbas especiales ayurvédicas, para eliminar años de piel muerta y deterioro. Se había fabricado un pañuelo con algodón para cubrir su cuello, azul y brillante. Habían cosido abalorios al pañuelo para que se pareciera a los collares tradicionales que llevaban los meluhanos en sus ejercicios religiosos. Además, el pañuelo hacía que su cuello entrara en calor. Aún lo notaba frío.

—Volveré pronto —dijo Shiva mientras abrazaba a la madre de Bhadra. Le sorprendía que la cojera de la anciana fuera algo menos notoria.

Sus medicinas son realmente mágicas.

Mientras Bhadra le miraba taciturno, Shiva susurró:

—Cuida de la tribu. Estás al mando hasta que yo regrese.

Bhadra retrocedió sorprendido.

—Shiva, no tienes que hacer eso solo porque yo sea tu amigo.

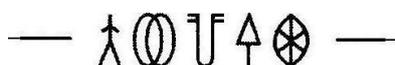
—Tengo que hacerlo, necio. Y debo hacerlo porque eres más capaz que yo.

Bhadra dio un paso al frente y lo abrazó. No quería que lo viera llorar.

—No, Shiva. No lo soy. Ni en sueños.

—¡Calla, anda! Escúchame con atención —dijo Shiva mientras Bhadra sonreía con tristeza—. No creo que los gunas estén en peligro aquí. Al menos no tanto como lo estábamos en el monte Kailash. Pero si crees que necesitas ayuda, pídesela a Ayurvati. La observé cuando la tribu estaba enferma. Su compromiso para salvarnos a todos fue increíble. Creo que es digna de tu confianza.

Bhadra asintió, volvió a abrazar a Shiva y abandonó la habitación.



Ayurvati llamó educadamente a la puerta.

—¿Puedo pasar, mi señor?

Era la primera vez que la veía desde aquel momento funesto de siete días atrás. A ella le parecía que hacía una vida. Aunque parecía haber recuperado la confianza, había algo ligeramente diferente en ella. Tenía el aspecto de alguien que hubiera recibido un toque divino.

—Pasa, Ayurvati. Y, por favor, nada de «señor». Sigo siendo el mismo inmigrante ordinario que conociste hace unos días.

—Siento ese comentario, mi señor. No estuvo bien que lo dijera. Estoy dispuesta a aceptar cualquier castigo que consideréis adecuado.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué debería castigarte por decir la verdad? ¿Por qué ha de cambiar nada este maldito cuello azul?

—Ya descubriréis la razón, mi señor —susurró Ayurvati con la cabeza gacha—. Os hemos esperado durante siglos.

—¿¡Siglos!? En nombre del Lago Sagrado, ¿por qué? ¿Qué puedo hacer yo que no pueda hacer cualquiera de vosotros?

—Os lo contará el emperador, mi señor. Basta decir que, con lo que he oído de vuestra tribu, si hay una persona digna de ser el Neelkanth, ése sois vos.

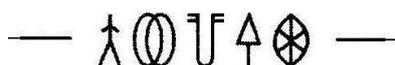
—Hablando de mi tribu, les he dicho que, si necesitan ayuda, pueden pedírtela. Espero que te parezca bien.

—Será un honor ofrecerles cualquier tipo de ayuda, mi señor.

Se inclinó para tocar los pies de Shiva, la forma tradicional india de mostrar respeto. Él se había resignado a aceptar este gesto de la mayoría de meluhanos, pero retrocedió inmediatamente cuando Ayurvati se inclinó.

—¿Qué diablos estás haciendo, Ayurvati? —preguntó horrorizado—. Eres una doctora, una dadora de vida. No me avergüences tocándome los pies.

La mujer lo miró, con los ojos brillando de admiración y devoción. Estaba claro que ese hombre era digno de ser el Neelkanth.



Nandi entró en la habitación de Shiva con una tela de color azafrán con la palabra «Ram» estampada en cada centímetro de ella. Le pidió a Shiva que se envolviera los hombros con ella. Mientras Shiva obedecía, Nandi murmuró una breve oración para que tuviera un buen viaje hasta Devagiri.

—Nuestros caballos esperan fuera, mi señor. Podemos marcharnos cuando estéis listo —anunció Nandi.

—Nandi —dijo Shiva exasperado—, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Me llamo Shiva. Soy tu amigo, no tu señor.

—Oh, no, mi señor —replicó Nandi jadeando—. Sois el Neelkanth. Sois el Señor. ¿Cómo podría pronunciar vuestro nombre?

Shiva puso los ojos en blanco, negó levemente con la cabeza y se giró hacia la puerta.

—¡Me rindo! ¿Podemos irnos ya?

—Por supuesto, mi señor.

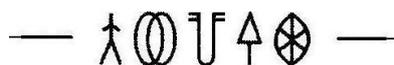
Al salir, vieron a tres soldados montados, esperando pacientemente. Junto a ellos había tres caballos más. Uno era para Shiva, otro para Nandi; el tercero se encargaría de llevar sus provisiones. El imperio meluhano estaba muy bien organizado. Tenía posadas y tiendas de provisiones repartidas por todas las grandes rutas de viaje. Mientras tuviera provisiones para un día, un viajero que llevara monedas meluhanas podría seguir comprando provisiones frescas para un viaje de meses.

El caballo de Nandi estaba atado junto a una pequeña plataforma que tenía escalones que subían desde el otro lado. Estaba claro que era una infraestructura para jinetes obesos a los que les costaba un poco subirse a un caballo. Shiva miró la forma enorme de Nandi, luego a su desafortunado caballo y luego otra vez a Nandi.

—¿En Meluha no hay leyes contra la crueldad hacia los animales? —preguntó con la más sincera de las expresiones.

—Oh, sí, mi señor. Leyes muy estrictas. En Meluha, toda vida es preciosa. De hecho, hay guías muy estrictas sobre cuándo y cómo pueden sacrificarse y... —Nandi se calló de repente, en cuanto entendió que le estaba tomando el pelo.

Ambos se echaron a reír mientras Shiva le daba unas fuertes palmadas en la espalda.



El séquito de Shiva siguió el curso del Jhelum, que había recuperado su rugido estruendoso mientras caía desde el Bajo Himalaya. Una vez en las llanuras gloriosas, el río se volvía a calmar y fluía tranquilo. Al menos lo suficiente como para que el grupo se subiera a una de las muchas barcazas de transporte público para navegar rápidamente hasta el pueblo de Brihateshpuram.

Desde ahí, fueron al este por un camino bien cuidado y marcado a través del

Panyab, el corazón del extremo norte del imperio. Panyab significaba literalmente «la tierra de los cinco ríos». La tierra del Indo, el Jhelum, el Chenab, el Ravi y el Beas. Los cuatro ríos orientales aspiraban a atrapar al gran Indo, que fluía más al oeste. Y lo lograban espectacularmente, tras viajes complicados, en las ricas llanuras del Panyab. Y el mismo Indo hallaba consuelo y auxilio en el enorme océano. El misterioso destino final del océano aún debía aclararse.

—¿Qué es Ram? —preguntó Shiva mientras miraba la palabra que cubría hasta el último palmo de su tela azafrán.

Los tres soldados acompañantes cabalgaban a una distancia prudencial tras Shiva y Nandi. Estaban lo suficientemente lejos para no escuchar su conversación, pero lo suficientemente cerca para actuar deprisa ante el primer signo de peligro. Era parte de las reglas meluhanas de servicio.

—Lord Ram fue el emperador que estableció nuestra forma de vida, mi señor —contestó Nandi—. Vivió hace unos mil doscientos años. Creó nuestros sistemas, nuestras reglas, nuestra ideología..., todo. Su reino es conocido sencillamente como *Ram Rajya* o Gobierno de Ram. El *Ram Rajya* es el patrón que rige cómo debería administrarse un imperio, para crear una vida perfecta para todos sus ciudadanos. Meluha sigue funcionando según sus principios. *Jai Shri Ram*.

—¡Debió de ser un gran hombre! Creó un paraíso en la Tierra.

Shiva no mentía. Creía que si había un paraíso en alguna parte, no sería muy diferente a Meluha. Era una tierra de abundancia y de perfección casi etéreas. Un imperio regido por leyes justas y muy bien marcadas, a la que debían someterse todos los meluhanos, incluido el emperador. El país contaba con una población de casi ocho millones. Todos, sin excepción, parecían bien alimentados, sanos y con una buena vida. En general, era gente inteligente, algo seria, sí, pero siempre educada y civilizada. Parecía una sociedad ideal, donde todo el mundo conocía su papel y lo interpretaba perfectamente. Eran conscientes de sus deberes, pero no se obsesionaban con ellos. Shiva comprendió algo sencillo: si toda la sociedad conocía sus deberes, nadie necesitaría luchar por sus derechos individuales, pues los derechos de todo el mundo estarían protegidos por el deber de alguien. ¡Lord Ram era un genio!

Shiva repitió el grito de Nandi, que significaba «gloria a Lord Ram»:

—*Jai Shri Ram*.



Tras dejar sus caballos en el establo autorizado por el Gobierno, cruzaron el río Ravi, cerca de Hariyupa, la «ciudad de Hari». Shiva se entretuvo admirando Hariyupa desde cierta distancia, mientras sus soldados esperaban justo tras su sombra, montados ya en caballos frescos del establo que había al otro lado del Ravi. Hariyupa era una ciudad mucho más grande que Srinagar. Desde fuera, parecía majestuosa.

Shiva pensó seriamente en explorar esa magnífica urbe, pero eso implicaría un retraso en el viaje a Devagiri. Junto a Hariyupa, vio cómo se estaba erigiendo una nueva plataforma, pues la población de Hariyupa había aumentado demasiado como para caber en la actual.

¿Cómo diablos alzan esas magníficas plataformas?

Shiva tomó nota mental de visitar la obra en el viaje de regreso. A cierta distancia, Jattaa, el capitán del embarcadero, estaba hablando con Nandi, a punto de subir a la plataforma para montar a su nuevo caballo.

—Evitad el camino de Jratagiri —les aconsejó Jattaa—. Anoche hubo un ataque terrorista. Asesinaron a todos los brahmíns y destruyeron el templo de la aldea. Como siempre, los terroristas escaparon antes de que pudieran llegar los soldados de refuerzo.

—En nombre de Lord Agni, ¿cuándo contraatacaremos? ¡Deberíamos lanzarnos sobre su país! —gruñó Nandi visiblemente enfadado.

—Os juro por Lord Indra que, si alguna vez me topo con uno de esos terroristas chandravanshis, lo cortaré en pedazos y se lo daré de comer a los perros —gruñó Jattaa, apretando los puños con fuerza.

—¡Jattaa! Somos seguidores de los suryavanshis. ¡No podemos pensar en una guerra bárbara como esa! —replicó Nandi.

—¿Acaso los terroristas cumplen las reglas de la guerra cuando nos atacan? ¿No matan a hombres desarmados?

—Eso no significa que podamos actuar de la misma manera, capitán. ¡Somos meluhanos! —dijo Nandi negando con la cabeza.

Jattaa no contestó. Le llamaba la atención que Shiva siguiera esperando a lo lejos.

—¿Va con vosotros? —preguntó.

—Sí.

—No lleva un amuleto de casta. ¿Es un nuevo inmigrante?

—Sí —contestó Nandi, incómodo por tener que contestar preguntas sobre Shiva.

—¿Y vais a Devagiri? —preguntó Jattaa cada vez más desconfiado, mirando con creciente atención el cuello de Shiva—. He oído rumores provenientes de Srinagar...

—Gracias por su ayuda, capitán Jattaa —le interrumpió Nandi.

Antes de que Jattaa pudiera hacer algo respecto a sus sospechas, Nandi se subió rápidamente a la plataforma, montó en su caballo y cabalgó hacia Shiva.

—Deberíamos marcharnos, mi señor —le dijo.

Shiva no estaba escuchando. Volvió a quedarse perplejo al ver que el orgulloso capitán Jattaa se arrodillaba. Lo miraba directamente. Sus manos formaban un *namasté* respetuoso. Parecía murmurar algo muy deprisa. Desde lejos, no podía asegurarlo, pero parecía que el capitán estaba llorando. Negó con la cabeza y susurró:

—¿Por qué?

—Deberíamos irnos, mi señor —repitió Nandi un poco más alto.

Shiva se giró hacia él, asintió y espoleó a su caballo.



Shiva miró a su izquierda mientras cabalgaba por el camino recto, observando cómo Nandi espoleaba a su esforzado caballo. Se dio la vuelta y no le sorprendió ver a sus tres guardaespaldas cabalgando a la misma distancia que antes, ni un metro más, ni un metro menos. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos. Volvió a mirar a Nandi, sospechando que las joyas que llevaba no eran mero ornamento. Lucía dos amuletos en el brazo derecho. El primero dibujaba unas líneas simbólicas que Shiva no logró comprender. El segundo parecía un animal grabado. Probablemente un toro. Una de sus cadenas de oro tenía un colgante con la forma de un sol perfectamente circular, con rayos que se extendían hacia fuera. El otro era un objeto marrón y elíptico parecido a una semilla, con pequeños bordes dentados.

—¿Puedes contarme algo sobre el significado de tus joyas o acaso es un gran secreto? —se burló Shiva.

—Claro que puedo, mi señor —contestó Nandi con seriedad. Señaló el primer amuleto, que estaba atado alrededor de su gran brazo con un sedoso hilo de oro—. Éste es el amuleto que representa a mi casta. Las líneas dibujadas son un símbolo de los hombros de Paramatma, el Todopoderoso. Eso significa que soy un kshatriya.

—Estoy seguro de que hay guías claramente codificadas para representar a las otras castas.

—Así es, mi señor. Sois excepcionalmente inteligente.

—No lo soy. Es que vosotros sois excepcionalmente predecibles.

Nandi sonrió.

—¿Y ellos qué son?

—¿Qué son qué, mi señor?

—Los símbolos de los brahmins, los vaishyas y los shudras.

—Bueno, si las líneas representan la cabeza del Paramatma, significa que quien lo lleva es un brahmin. El símbolo para un vaishya serían unas líneas que forman el símbolo de los muslos del Paramatma. Los pies de éste en el amuleto indicarían que quien lo lleva es un shudra.

—Interesante —dijo Shiva frunciendo ligeramente el ceño—. Imagino que a la mayoría de los shudras no les gusta su posición.

Aquel comentario pilló a Nandi por sorpresa. No podía entender por qué un shudra tendría algún problema con ese símbolo, cuyo origen se remontaba a tanto tiempo atrás. Pero permaneció en silencio por miedo a disentir de su señor.

—¿Y el otro amuleto? —preguntó Shiva.

—Este segundo amuleto representa mi tribu elegida. Cada tribu elegida se encarga de trabajos que encajan con su perfil. Todo meluhano, según el consejo de sus padres, solicita una tribu elegida cuando cumple los veinticinco años. Los brahmins eligen entre los pájaros; los kshatriyas escogen animales. Las flores están reservadas para los

vaishyas; los shudras tienen que elegir entre los peces. El Comité de Asignación otorga la tribu elegida según un riguroso proceso de examen. Debes cumplir con los requisitos de una tribu elegida que represente tu ambición y tus habilidades. Si eliges una tribu demasiado poderosa, puedes avergonzarte toda la vida si tus logros no están a la altura de esa tribu. Si eliges una tribu demasiado baja, no harás justicia a tu talento. Mi tribu elegida es un toro. Es el animal que representa este amuleto.

—Y, si no es de mala educación preguntarlo, ¿qué significa un toro en tu posición entre las tribus kshatriyas?

—Bueno, no es tan elevado como un león, un tigre o un elefante. ¡Pero tampoco es una rata o un cerdo!

—En lo que a mí respecta, un toro puede vencer a cualquier león o elefante —dijo Shiva sonriendo—. ¿Y qué hay de los colgantes de tu cadena?

—La semilla marrón representa al último Mahadev, Lord Rudra. Simboliza la protección y la regeneración de la vida. Ni siquiera las armas divinas pueden destruir la vida que protege.

—¿Y el sol?

—Mi señor, el sol representa el hecho de que soy un seguidor de los reyes suryavanshis..., los reyes descendientes del Sol.

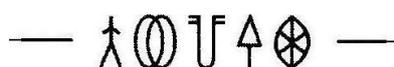
—¿Qué? ¿El Sol bajó y una reina...? —se burló Shiva incrédulo.

—Claro que no, mi señor. —Nandi se rio—. Lo único que significa es que seguimos el calendario solar. Se podría decir que somos los seguidores del «camino del Sol». En términos prácticos, indica que somos fuertes y firmes. Cumplimos con nuestra palabra y mantenemos nuestras promesas, aunque eso nos cueste la vida. Nunca quebrantamos la ley. Tratamos de forma honrada incluso a aquellos que son deshonorosos. Como el Sol, nunca le quitamos nada a nadie, sino que siempre damos a los demás. Llevamos nuestros deberes grabados a fuego en la conciencia, para no olvidarlos jamás. Ser un suryavanshi significa que siempre debemos esforzarnos por ser honestos, valientes y, por encima de todo, leales a la verdad.

—¡Un auténtico desafío! Supongo que Lord Ram fue un rey suryavanshi.

—Sí, por supuesto —contestó Nandi, con el pecho hinchado de orgullo—. Era el rey suryavanshi. *Jai Shri Ram*.

—*Jai Shri Ram* —repitió Shiva.



Nandi y Shiva cruzaron el río Beas en un bote. Sus tres soldados esperaron para cruzar en la siguiente embarcación. El Beas era el último río que tenían que cruzar; tras él quedaba un camino recto hacia Devagiri. La lluvia intempestiva de la noche anterior había hecho que el capitán del embarcadero se plantease cancelar todos los viajes de ese día. Sin embargo, el tiempo había estado relativamente calmado desde la

mañana, lo que le permitió mantener operativo el servicio. Shiva y Nandi compartieron el bote con otros dos pasajeros, además de con el barquero que se encargaba de llevarlos a remo hasta el otro lado. Habían intercambiado sus caballos por otros más frescos en el embarcadero.

Estaban ya cerca de la orilla cuando empezó a llover con fuerza. El viento arreció. Intentó seguir remando por remar, pero la barca se sacudió violentamente mientras se rendía a los elementos. Nandi se movió para decirle a Shiva que se agachara, para estar más seguro. Sin embargo, al hacerlo, su peso hizo que la barca se descontrolara. Cayó por la borda.

El barquero intentó equilibrar el bote con sus remos, para salvar a los otros pasajeros. Incluso mientras lo hacía, tuvo la fortaleza mental para coger la caracola y realizar una llamada de emergencia al embarcadero del otro lado. Los otros dos pasajeros habrían saltado por la borda a salvar a Nandi, pero que éste pesara tanto les hizo dudar. Sabían que, si intentaban salvarle, lo más probable era que se ahogaran.

Shiva no dudó y echó velozmente a un lado el *angvastram*, se quitó los zapatos y se lanzó de cabeza al río. Nadó con potentes brazadas y llegó rápidamente hasta Nandi, que se estaba hundiendo. Tuvo que usar toda su considerable fuerza para sacarlo a la superficie. A pesar de que el agua le mantenía a flote, Nandi pesaba bastante más que un hombre normal. La suerte fue que Shiva se sentía más fuerte desde la primera noche en el campamento de Srinagar. Se colocó tras Nandi y le rodeó el pecho con un brazo. Usó el otro para nadar hasta la orilla. El peso de su amigo hizo que el esfuerzo casi le dejara exhausto, pero, aun así, pudo arrastrarlo hasta la orilla justo cuando el equipo de emergencia del embarcadero acudía rápidamente hacia ellos.

Shiva los ayudó a arrastrar el cuerpo de Nandi hasta tierra firme. Estaba inconsciente.

El equipo de emergencia inició un extraño procedimiento. Uno de sus miembros empezó a apretar el pecho de Nandi con un rápido movimiento rítmico mientras contaba hasta cinco. En cuanto paraba, otro cubría los labios de Nandi con los suyos y soplaba con fuerza en su boca. Repitieron la operación una y otra vez. Shiva no entendía qué estaba pasando, pero confiaba tanto en el conocimiento como en el compromiso del personal médico meluhano.

Tras unos momentos de nerviosismo, Nandi tosió de pronto, expulsando una considerable cantidad de agua, y se despertó sobresaltado. Al principio estaba desorientado, pero pronto recuperó el juicio y se giró abruptamente hacia Shiva, chillando.

—Mi señor, ¿por qué habéis saltado a por mí? Vuestra vida es demasiado valiosa. ¡Jamás debéis arriesgarla por mí!

Shiva, sorprendido, sostuvo la espalda de Nandi y susurró tranquilamente:

—Tienes que relajarte, amigo mío.

El equipo médico estuvo de acuerdo. Colocaron a Nandi en una camilla para

llevarlo a la casa de reposo adosada al embarcadero. Los otros pasajeros del bote miraban a Shiva con una curiosidad creciente. Sabían que aquel hombre gordo era un soldado survavanshi de cierto rango, a juzgar por sus amuletos, pero llamaba «señor» a ese otro tipo atractivo y sin marcas de casta. Cuando menos, resultaba extraño. Pero lo único que importaba era que el soldado estaba a salvo. Así pues, se dispersaron mientras Shiva seguía al equipo médico hasta la casa de reposo.



III

ELLA ENTRA EN SU VIDA

Nandi yació semiinconsciente varias horas mientras los medicamentos le hacían efecto. Shiva, sentado a su lado, cambió varias veces el trapo húmedo de su frente ardiente, para controlar la fiebre. El soldado no dejó de balbucir incoherencias mientras giraba y rodaba en sueños, lo que hacía mucho más complicada la tarea de Shiva.

—He estado buscando... mucho..., tanto tiempo... Cien años... Nunca pensé que... encontraría al Neelkanth... *Jai Shri Ram...*

Shiva intentó ignorar aquellos balbuceos. Lo único que le interesaba es que le bajara la fiebre. Pero no pudo evitar lo que estaba diciendo.

¿¡Había estado buscando durante cien años!?

Frunció el ceño.

¡La fiebre le está afectando el cerebro! ¡No parece tener más de veinte años!

—He estado buscando durante cien años... —prosiguió Nandi, semiinconsciente—. He encontrado... al Neelkanth...

Shiva lo observó atentamente y movió la cabeza con desdén.



Shiva había estado caminando por un sendero pavimentado y señalizado junto al río Beas durante casi una hora. Había abandonado la casa de reposo para explorar la zona, en contra de la opinión de Nandi, que se estaba recuperando rápidamente. Estaba fuera de peligro, pero tenían que esperar unos días para que el capitán tuviera fuerzas suficientes para viajar. Shiva no podía hacer demasiado en la casa de reposo. Había empezado a sentirse inquieto. Los tres soldados habían intentado seguir a Shiva, pero él los había despachado enfadado, diciendo: «¿Queréis dejar de pegaros a mí como lapas?».

Los himnos rítmicos que cantaban las aguas gentiles del Beas lo calmaron. Una

suave brisa fresca jugueteó con su grueso mechón de pelo. Posó la mano en la empuñadura de su sable mientras en su mente revoloteaban preguntas insistentes.

¿De verdad Nandi tiene más de cien años? ¡Es imposible! ¿Y para qué diablos me necesitan esos locos meluhanos? ¿Y por qué, en nombre del Lago Sagrado, mi cuello sigue estando tan frío?

Perdido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que se había desviado del camino hacia un claro. Frente a él tenía el edificio más bello que había visto jamás. Estaba construido totalmente con mármol blanco y rosa. Una imponente escalera llevaba a lo alto de una plataforma, adornada con columnas por toda su circunferencia. El techo ornamentado estaba coronado por una aguja triangular gigante, como un *namasté* enorme para los dioses. Había elaboradas esculturas talladas en todos los espacios disponibles de la estructura.

Shiva había pasado muchos días en Meluha. Todos los edificios que había visto hasta el momento eran funcionales y eficientes. Sin embargo, este era extrañamente ostentoso. En la entrada, un cartel indicaba que se trataba del «Templo de Lord Brahma». Al parecer, los meluhanos reservaban su creatividad para los lugares religiosos.

Había un pequeño grupo de vendedores ambulantes alrededor del patio. Algunos vendían flores; otros, comida. Algunos comerciaban con diversos objetos que se necesitaban para una *puya*. Había una caseta donde los fieles podían dejar su calzado al entrar en el templo. Shiva dejó los zapatos y subió por las escaleras. Al entrar en el templo principal, observó los diseños y las esculturas, fascinado por una arquitectura tan magnífica.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Shiva se giró y vio a un *pandit* que le miraba de forma inquisitiva. Su rostro marchito tenía una barba blanca a la que solo igualaba en longitud su melena plateada. Vestía un *dhoti* azafrán y un *angvastram*. Tenía el aspecto tranquilo y gentil de un hombre que ya hubiera alcanzado el nirvana, pero que hubiera decidido permanecer en la tierra para completar alguna tarea celestial. Shiva se dio cuenta de que el *pandit* era la primera persona anciana que había visto en Meluha.

—Lo siento. ¿No puedo estar aquí? —preguntó educadamente.

—Claro que puedes estar aquí. Todo el mundo puede entrar en la casa de los dioses.

Shiva sonrió. Pero antes de que pudiera contestar, el *pandit* le volvió a hacer una pregunta.

—Pero no crees en estos dioses, ¿verdad? —La sonrisa de Shiva desapareció de inmediato.

¿Cómo diablos lo sabe?

El *pandit* respondió a la pregunta que había en sus ojos.

—Todo aquel que entra en este lugar de culto solo mira el ídolo de Lord Brahma. Casi nadie se fija en los esfuerzos y la brillantez de los arquitectos que construyeron

este magnífico templo. Sin embargo, tú solo tienes ojos para el trabajo de los arquitectos. No le has echado ni un vistazo al ídolo.

Shiva sonrió disculpándose.

—Lo has adivinado. No creo en los dioses simbólicos. Creo que el dios auténtico existe a nuestro alrededor: en el flujo de un río, en el crujido de las hojas, en el susurro de los vientos. Nos habla todo el tiempo. Lo único que tenemos que hacer es escuchar. Pero me disculpo si os he causado alguna ofensa por no mostrar el debido respeto por tu dios.

—No es necesario que te disculpes, amigo mío —replicó el *pandit* con una sonrisa—. No hay un dios «tuyo» o «mío». Toda la divinidad proviene de la misma fuente. Lo único que cambia son las formas. Pero tengo la sensación de que un día encontrarás un templo al que merezca la pena entrar a rezar, en el que no entres sólo para admirar su belleza.

—¿En serio? ¿Y qué templo será ese?

—Lo descubrirás cuando estés listo, amigo mío.

¿Por qué estos meluhanos siempre hablan con extrañas adivinanzas?

Shiva asintió educadamente, fingiendo apreciar las palabras de aquel hombre, cosa que en realidad no le pasaba. Pensó que sería mejor marcharse del templo antes de que su bienvenida se alargara demasiado.

—Es hora de que vuelva a mi casa de reposo, *panditji*. Espero encontrar el templo que me reserva el destino. Ha sido un placer conocerte —dijo Shiva mientras se arrodillaba para tocar los pies del *pandit*.

—*Jai Guru Vishwamitra. Jai Guru Vashishta* —respondió el *pandit* suavemente mientras colocaba su mano en la cabeza de Shiva.

Él se levantó, se dio la vuelta y caminó hacia las escaleras. Mirando cómo se alejaba, y cuando ya no le podía oír, el *pandit* susurró con una sonrisa de admiración, pues había reconocido a su compañero de viaje en el karma.

—El placer ha sido mío, mi *karmasaathi*.

Shiva llegó a la caseta de los zapatos, sacó los suyos y ofreció una moneda por el servicio. El encargado la rechazó educadamente.

—Gracias, señor, pero éste es un servicio ofrecido por el Gobierno de Meluha. No se cobra por ello.

Shiva sonrió.

—¡Por supuesto! Tenéis un sistema para todo. Gracias.

El encargado le devolvió la sonrisa.

—Solo cumplimos con nuestro deber, señor.

Shiva volvió a las escaleras del templo. Se sentó, respiró profundamente y dejó que aquella tranquila atmósfera lo inundara con su serenidad. Y entonces ocurrió. El momento que ansía todo corazón frustrado. El instante inolvidable que desea un alma que se aferra al recuerdo más puro de su vida anterior. El segundo que, pese a la conspiración de los dioses, solo unos pocos afortunados experimentan. El momento

en que ella entra en su vida.

Iba montada en un carro, guiando de forma experta a los caballos hacia el patio. A su lado, una dama aferrada a la barandilla. Aunque llevaba el pelo negro iba atado en un moño sencillo, unos cuantos mechones irreverentes danzaban en un *kathak* fascinante, al viento. Sus ojos, azules y magnéticos, y su piel bronceada podían poner celosas a las diosas. Su cuerpo, pese a estar cubierto recatadamente en un *angvastram* largo, disparó la imaginación de Shiva lo suficiente como para sentir las curvas encantadoras que se ocultaban debajo. Su rostro perfecto era la viva estampa de la concentración mientras maniobraba el carro con destreza hasta el lugar donde debía aparcarlo. Bajó del carro con un aire confiado. Era una confianza tranquila, lejos de la absurda arrogancia. Su andar era digno. Suficientemente majestuoso para que un espectador supiera que era distante, pero no fría. Shiva la miró como un trozo de tierra sedienta mira hipnotizado una nube de lluvia pasajera.

¡Ten piedad de mí!

—Mi señora, sigo pensando que no es sensato alejarse tanto de su séquito —dijo su acompañante.

—Krittika, que los demás no conozcan la ley no significa que nosotros podamos ignorarla. Lord Ram dejó claro que, una vez al año, una mujer devota debe visitar a Lord Brahma. ¡No quebrantaré esa ley! ¡No me importa lo incómodo que sea para los guardaespaldas!

La dama se fijó en que, cuando pasó junto a él, Shiva la observó. Sus delicadas cejas se arquearon en una expresión entre sorprendida y molesta. Shiva hizo un intento valiente de apartar la vista, pero se dio cuenta de que ya no controlaba sus ojos. Ella siguió caminando, seguida por Krittika.

Al llegar a lo alto de la escalera del templo, se dio la vuelta para mirar a aquel inmigrante descastado desde la distancia. El hombre aún la observaba con descaro. Antes de entrar en el templo principal, le murmuró a Krittika:

—¡Esos zafios inmigrantes! ¡Ni que fuéramos a encontrar a nuestro salvador entre esos bárbaros!

Shiva solo pudo volver a respirar cuando la perdió de vista. Mientras intentaba desesperadamente recobrar la compostura, su mente, abrumada e indefensa, tomó una decisión: no se marcharía del templo sin volver a verla. Se sentó de nuevo en los escalones. Mientras su respiración y su pulso recobraban la normalidad, al fin empezó a fijarse en ese entorno que había quedado consagrado con su reciente presencia. Volvió a mirar el camino de la izquierda por el que ella misma había entrado. Había pasado junto a un vendedor de pepinos que estaba al lado de una higuera de Bengala.

¿Por qué ese vendedor no intenta vender su producto? Parece que solo esté observando el templo. Es igual..., no es asunto mío.

Siguió el camino que había tomado el carro cuando viró a la izquierda, alrededor de la fuente situada en el centro del patio. Luego había girado bruscamente a la derecha, junto al pastor que estaba de pie al lado de la entrada del jardín.

Por cierto, ¿dónde están las ovejas de ese pastor?

Continuó observando el camino que había seguido el carro hasta el aparcamiento. Junto al carro había otro hombre que acababa de entrar en el complejo del templo, pero que, inexplicablemente, no había penetrado en el templo en sí. Se giró hacia el pastor y pareció asentir ligeramente. Antes de que Shiva pudiera asimilar lo que veía, volvió a sentir su presencia. Se dio la vuelta y la vio bajar los escalones. Krittika caminaba tras ella, en silencio. Al ver que ese hombre maleducado, descastado y obviamente extranjero la miraba, caminó hasta él y le preguntó con voz firme pero educada:

—Disculpa, ¿hay algún problema?

—No. No. No hay ningún problema. Es que me ha parecido que nos habíamos visto en alguna parte —contestó Shiva visiblemente aturullado.

Ella no sabía qué responder. Obviamente, era mentira, pero su voz sonaba sincera. Antes de que ella pudiera reaccionar, Krittika intervino de forma grosera.

—¿Es lo mejor que se te ha ocurrido?

Cuando Shiva estaba a punto de contestarle, le alertó un rápido movimiento que hizo el vendedor de pepinos. Se giró y le vio desenfundar una espada mientras tiraba el chal a un lado. El pastor y el hombre junto al carro también adoptaron posiciones tradicionales de lucha, con las espadas desenfundadas. Shiva desenfundó inmediatamente la suya y alargó la mano izquierda de forma protectora, para poner a su objeto de adoración detrás de él. Sin embargo, ella se apartó con destreza de esa mano protectora, rebuscó entre los pliegues de su *angvastram* y sacó su propia espada.

Shiva la miró sorprendido y le lanzó una rápida sonrisa de admiración. Ella le devolvió el gesto, agradeciendo la inesperada pero providencial ayuda.

—Ve corriendo hacia el templo —le susurró a Krittika—. Quédate allí hasta que esto termine.

La chica protestó.

—Pero, mi señora...

—¡Ahora! —le ordenó.

Krittika se dio la vuelta y corrió hacia las escaleras del templo. Shiva y la dama se colocaron espalda con espalda en una típica posición defensiva. Así cubrían todas las direcciones de cualquier posible ataque. Los tres atacantes cargaron. Dos más aparecieron desde detrás de los árboles y se unieron a los otros tres. Shiva levantó la espada para defenderse mientras se acercaba el pastor. Fingiendo un movimiento lateral para hacer que el pastor lanzara un ataque agresivo, Shiva bajó la espada. El pastor debería haberse visto tentado a lanzar una estocada mortal. Shiva habría respondido alzando rápidamente la espada y clavándosela en el corazón al pastor. Sin embargo, el pastor se movió de forma inesperada. En lugar de aprovechar el flanco abierto de Shiva, intentó golpearle en el hombro. Él alzó rápidamente su brazo derecho y golpeó con fuerza. Una herida profunda brotó del torso del pastor.

Mientras éste caía hacia atrás, apareció otro agresor, por la derecha. Atacó desde lejos. Un movimiento poco inteligente, pues solo le habría infligido un mero rasguño. Shiva dio un paso atrás para evitar el golpe y bajó la espada en un movimiento fluido: se la clavó en pleno muslo. Éste también cayó, chillando de dolor. Mientras otro atacante se unía a la lucha desde la izquierda, Shiva pensó que aquel asalto era de lo más extraño.

Los atacantes parecían saber lo que se hacían. Eran buenos guerreros. Pero parecían estar ejecutando una extraña danza de evasión. Era como si no quisieran matar a nadie, solo herirlos. Por eso estaban siendo derrotados, porque no se empleaban al cien por cien. Shiva paró otro ataque desde la izquierda y lanzó brutalmente su espada hacia el hombro del atacante. El hombre gritó de dolor mientras le sacaba la hoja con su mano izquierda. Poco a poco, los atacantes quedaron exhaustos. Demasiadas heridas como para continuar combatiendo.

De pronto, un hombre gigante salió corriendo desde detrás de los árboles. Llevaba una espada en cada mano. El hombre iba tapado de pies a cabeza con una túnica con capucha. Llevaba oculta la cara con una máscara negra que tenía la forma de un rostro humano. Las únicas partes visibles de su cuerpo eran unos ojos enormes e impasibles con forma de almendra, así como unas manos fuertes y carnosas. Cargó contra Shiva y la dama mientras ladraba una orden a sus hombres. Era demasiado grande para luchar con agilidad, pero compensaba su lentitud con unos brazos inusualmente hábiles. Shiva captó por el rabillo del ojo que los otros atacantes estaban recogiendo a sus heridos y se estaban retirando. La figura encapuchada luchó de forma brillante para cubrir la retirada de sus hombres.

Shiva se dio cuenta de que el encapuchado tendría la visión lateral limitada. Ésa era una debilidad que podía explotar. Moviéndose hacia la derecha, Shiva lanzó un ataque feroz, con la esperanza de desequilibrarlo y que, así, la dama pudiera terminar el trabajo desde el otro lado. Pero su oponente estaba a la altura del reto. Dio un ligero paso hacia atrás y desvió el golpe de Shiva con un hábil movimiento de su mano derecha. Shiva se fijó en una cinta de piel en la muñeca izquierda de la figura encapuchada. Tenía un símbolo nítido en ella. Shiva lanzó otro ataque, pero la figura enmascarada se hizo a un lado sin esfuerzo para evitar el golpe. Con su mano izquierda, desvió un ataque brutal de la dama a su flanco. Estaba manteniendo la distancia suficiente con Shiva y la dama como para defenderse, mientras, al mismo tiempo, los tenía ocupados en el combate.

De pronto, la figura encapuchada dejó de luchar y dio un paso atrás. Empezó a caminar de espaldas mientras seguía apuntando con las espadas hacia delante, una hacia Shiva y la otra hacia la dama. Todos sus hombres habían desaparecido entre los árboles. Cuando alcanzó una distancia segura, se giró y corrió hacia ellos. Shiva pensó en perseguirle, pero casi inmediatamente decidió no hacerlo. Podría caer en una emboscada.

Se volvió hacia la dama guerrera y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —asintió ella antes de preguntar con expresión sombría—: ¿Estás herido?

—Nada grave. ¡Sobreviviré! —dijo él sonriendo.

Mientras, Krittika bajó corriendo las escaleras del templo y preguntó casi sin aliento:

—Mi señora, ¿estáis bien?

—Sí, lo estoy —contestó ella—. Gracias a este extranjero.

Krittika se giró hacia Shiva y dijo:

—Muchas gracias. Has ayudado a una mujer muy importante.

Pero Shiva no parecía estar escuchándola. Siguió admirando a la señora de Krittika como si estuviera poseído. La chica luchó por ocultar una sonrisa.

La dama que había prendado de aquel modo a Shiva bajó los ojos avergonzada, pero dijo educadamente:

—Lo siento, pero estoy bastante segura de que no nos habíamos visto nunca.

—No es eso —respondió Shiva sonriendo—. Es que, en nuestra sociedad, las mujeres no luchan. Usas la espada bastante bien para ser una mujer.

¡Oh, diablos! Eso ha sonado muy mal.

—¿Disculpa? —dijo ella, claramente molesta por el comentario—. Tú tampoco luchas mal para ser un bárbaro.

—¿¡Qué!?! ¡Soy un espadachín excepcional! ¿Quieres ponerme a prueba?

¡Oh, por todos los diablos! ¿Qué estoy diciendo? ¡Así no la voy a impresionar!

La mujer recuperó su aspecto distante y altanero.

—No tengo intención de batirme en duelo contigo, extranjero.

—No, no. No me malinterpretes. No quiero batirme en duelo contigo. Solo quería decirte que soy un buen espadachín. También soy bueno en otras cosas. Pero me he expresado mal. Me gusta que te defiendas tan bien. Eres un buen espadachín. O sea, espadachina... De hecho, eres toda una mujer... —balbuceó Shiva, que parecía estar perdiendo el juicio cuando más lo necesitaba.

Krittika, con la cabeza gacha, sonrió ante ese diálogo cada vez más interesante.

Su señora, por otra parte, quería escarmentar al extranjero por aquellas palabras tan inapropiadas. Pero le había salvado la vida. Estaba obligada por el código de conducta meluhano.

—Gracias por tu ayuda, extranjero. Te debo la vida, y verás que soy agradecida. Si alguna vez necesitas mi ayuda, llámame.

—¿Puedo llamarte aunque no necesite tu ayuda?

¡Mierda! ¿¡Qué estoy diciendo!?

Ella observó aquel extranjero descastado, que claramente desconocía dónde estaba. Con un esfuerzo sobrehumano, se controló, asintió educadamente y dijo:

—*Namasté.*

Y dicho eso, se giró para marcharse. Krittika siguió mirando a Shiva con

admiración. Sin embargo, al ver que su señora se marchaba, se apresuró a seguirla.

—Al menos dime tu nombre —dijo Shiva, caminando para seguirle el ritmo.

Ella se dio la vuelta, mirándolo aún más seria.

—Si no, ¿cómo te encontraré si necesito tu ayuda? —preguntó Shiva de forma sincera.

Por un momento, la mujer pareció quedarse sin palabras. Parecía razonable. Se giró hacia Krittika y asintió.

—Puedes encontrarnos en Devagiri —contestó Krittika—. Pregunta a cualquiera por lady Sati.

—Sati... —dijo él, paladeando ese nombre etéreo—. Me llamo Shiva.

—*Namasté*, Shiva. Te prometo que honraré mi palabra si alguna vez necesitas mi ayuda —respondió ella, que se dio la vuelta y subió a su carro, seguida por Krittika.

Haciendo girar el carro de forma experta, puso a sus caballos a un suave trote. Sin mirar atrás, se alejó del templo. Shiva siguió mirando el perfil de su carro mientras este iba desapareciendo. Una vez que lo hizo, siguió mirando el polvo con unos celos intensos, pues este había tenido la fortuna de tocarla.

Creo que me va a gustar esta tierra.

Por primera vez en aquel viaje, tenía ganas de llegar a la capital de los meluhanos. Sonrió y empezó a caminar hacia la casa de reposo.

Debía llegar cuanto antes a Devagiri.



IV

LA MORADA DE LOS DIOSSES

—¿Qué? ¿Quién os ha atacado? —gritó Nandi con preocupación mientras corría hacia Shiva para comprobar sus heridas.

—Relájate, Nandi —le contestó—. Después de tu aventura en el agua, estás peor que yo. Solo son cortes superficiales. Nada grave. Los doctores ya me han vendado las heridas. Estoy bien.

—Lo siento, mi señor. Es culpa mía. No tendría que haberos dejado solo. No volverá a suceder. Por favor, perdonadme, mi señor.

Empujando suavemente a Nandi hacia la cama, Shiva le dijo:

—No hay nada que perdonar, amigo mío. ¿Cómo iba a ser culpa tuya? Cálmate, por favor. Agobiarte no le hará ningún bien a tu salud.

Una vez que Nandi se hubo calmado un poco, Shiva prosiguió.

—En cualquier caso, no creo que intentaran matarnos. Ha sido muy raro.

—¿Matarnos?

—Sí, también había dos mujeres.

—Pero ¿quiénes podían ser esos atacantes? —preguntó Nandi. Un pensamiento perturbador le cruzó por la mente—. ¿Esos atacantes llevaban un colgante con una luna creciente?

Shiva frunció el ceño.

—No. Pero había un hombre muy extraño. Era el mejor espadachín de todos. Iba cubierto de los pies a la cabeza con una túnica con capucha. Llevaba el rostro oculto por una máscara, de ésas que lleva tu gente en ese festival de colores. ¿Cómo se llama?

—¿Holi, mi señor?

—Sí, una máscara de tipo holi. En cualquier caso, solo se le veían los ojos y las manos. El único rasgo distinguible era un brazalete de piel con un símbolo.

—¿Qué símbolo, mi señor?

Shiva cogió un cuadernillo de hoja de palma y una varilla de carbón de la mesilla, y dibujó el símbolo.



Nandi frunció el ceño.

—Ése es un símbolo antiguo que alguna gente usaba para la palabra «om». Pero ¿quién querría usar ese símbolo ahora?

—¿Om? —preguntó Shiva.

—Mi señor, «om» es la palabra más sagrada de nuestra religión. Se considera el sonido primigenio de la naturaleza. El himno del universo. Durante muchos milenios fue tan sagrado que la gente no osaba mancillarlo escribiéndolo.

—Entonces, ¿cómo apareció este símbolo?

—Lo concibió Lord Bharat, un gran gobernante que conquistó prácticamente toda la India hace muchos miles de años. Era un chandravanshi peculiar, digno de respeto, que llegó a casarse con una princesa suryavanshi, con el objetivo de terminar con nuestra guerra perpetua.

—¿Quiénes son los chandravanshis? —preguntó Shiva.

—Pensad en ellos como nuestra antítesis, mi señor. Son los seguidores de los reyes que descienden de la Luna.

—¿Y siguen el calendario lunar?

—Sí, mi señor. Son gente deshonesto, pérfida y holgazana, sin reglas, ni moral ni honor. Son cobardes y nunca atacan como kshatriyas honrados. Incluso sus reyes son corruptos y egoístas. ¡Los chandravanshis son una lacra para la humanidad!

—Pero ¿qué tiene que ver el símbolo «om» con todo esto?

—Bueno, el rey Bharat ideó este símbolo de unidad entre los suryavanshis y los chandravanshis. La mitad superior representaba a los chandravanshis.



»La mitad inferior izquierda representaba a los suryavanshis.



»La parte inferior derecha, que emerge de la unión de las dos partes, representaba el camino común.



»La luna creciente que está a la derecha del símbolo era el símbolo chandravanshi existente.



Y el sol que hay sobre él era el símbolo suryavanshi existente.



»Para representar que era un pacto bendecido por los dioses, Lord Bharat ordenó que este símbolo se pronunciara como la palabra sagrada «om».

—¿Y qué ocurrió luego?

—Como era de esperar, el pacto murió con el buen rey. Una vez desaparecida la influencia de Lord Bbarat, los chandravanshis retomaron sus antiguas costumbres y la guerra empezó de nuevo. El símbolo cayó en el olvido, y la palabra «om» regresó a su forma original de palabra sin representación escrita.

—Pero el símbolo del brazalete del encapuchado no tenía color. Era todo negro. Y las partes del símbolo no me han parecido líneas. Parecían el dibujo de tres serpientes.



—¡Naga! —exclamó Nandi sorprendido, antes de murmurar una suave oración y de tocar su colgante rudra buscando protección.

—¿Quién diablos son los nagas? —preguntó Shiva.

—Son gente maldita, mi señor —respondió Nandi, jadeando—. Nacen con deformidades horribles debido a los pecados cometidos en sus vidas anteriores. Hablo de deformidades tales como manos adicionales o rostros horriblemente malformados. Pero tienen una fuerza y una habilidad fuera de lo común. El nombre naga siembra el terror en los corazones de la gente. Ni siquiera se les permite vivir en el Sapt Sindhu.

—¿El Sapt Sindhu?

—Nuestra tierra, mi señor. La tierra de los siete ríos. La tierra del Indo, el Saraswati, el Yamuna, el Ganges, el Saravu, el Brahmaputra y el Narmada. Aquí fue donde Lord Manu nos ordenó a todos, suryavanshis y chandravanshis, que viviéramos.

Shiva asintió.

—La ciudad de los nagas está al sur del Narmada, más allá de la frontera de nuestras tierras. ¡De hecho, da mala suerte mencionarlos siquiera, mi señor!

—Pero ¿por qué me iba a atacar un naga? ¿O cualquier meluhano? —preguntó Shiva.

—¡Por culpa de los chandravanshis! A qué nivel se han rebajado esos traidores... ¡Usar demonios nagas en sus ataques! ¡En su odio hacia nosotros no se dan cuenta de cuántos pecados están cometiendo sus almas! —dijo Nandi, maldiciendo por lo bajo.

Shiva frunció el ceño. Durante el ataque, no pareció que el naga estuviera controlado por el pequeño pelotón de soldados. De hecho, más bien se diría que el naga era el líder.



Les llevó otra semana llegar a Devagiri. La capital de los meluhanos se alzaba en la orilla occidental del Saraswati, que emergía en la confluencia de los ríos Sudej y Yamuna. Por desgracia, el caudal del Saraswati era mucho menor que hacía unos cuantos años. Pero, incluso en ese estado, seguía siendo enorme e impresionante. A diferencia de muchos ríos tempestuosos de Panyab, el Saraswati era dolorosamente tranquilo. Parecía sentir que sus días tocaban a su fin. Pero no luchaba de forma agresiva para abrirse paso y sobrevivir. En lugar de eso, se entregaba desinteresadamente a todos aquellos que iban buscando sus tesoros.

Devagiri contrastaba con el tranquilo Saraswati. Como todas las ciudades meluhanas, estaba construida sobre plataformas gigantes. Era una protección efectiva contra las inundaciones y una defensa robusta contra los enemigos. Sin embargo, en lo que se diferenciaba Devagiri del resto de las ciudades meluhanas era en su enorme tamaño. La ciudad ocupaba tres plataformas gigantes, cada una de ellas de unas trescientas cincuenta hectáreas, considerablemente más grandes que las de otras ciudades. Las plataformas tenían casi ocho metros de alto y estaban abaluartadas con

bloques gigantes de piedra tallada intercalados con ladrillos. Dos de las plataformas, llamadas Tamra y Rajat, literalmente «bronce y plata», eran para los hombres de a pie, mientras que la plataforma Svama «oro» era la ciudadela real. Todas estaban interconectadas por puentes altos, hechos de piedra y ladrillo, que se alzaban sobre las llanuras inundadas de abajo.

Por la periferia de cada plataforma enorme estaban los altos muros de la ciudad, con estacas gigantes que apuntaban hacia fuera. Había torretas a intervalos regulares a lo largo de los muros de la ciudad, desde donde se podría repeler a los enemigos que se pudieran aproximar. Era un espectáculo que iba más allá de lo que Shiva hubiera visto jamás. En su mente, la construcción de una ciudad como esta debía de ser el mayor logro del hombre.

El séquito de Shiva atravesó el puente levadizo que cruzaba el campo de estacas hasta la plataforma Tamra. Habían reforzado el puente levadizo con barras de metal por la parte inferior, y tenía ladrillos en la parte superior para que los caballos y los carros no patinaran. Había algo en esos ladrillos, algo que había visto por todo el imperio y que le llamaba la atención. Se giró hacia Nandi y le preguntó:

—¿Esos ladrillos se fabrican con un procedimiento estandarizado?

—Sí, mi señor —contestó Nandi sorprendido—. Todos los ladrillos de Meluha se fabrican según las especificaciones y las guías que da el arquitecto mayor del imperio. Pero ¿cómo lo habéis sabido?

—Todos tienen exactamente el mismo tamaño.

Nandi se enorgulleció de la eficiencia de su imperio y de la capacidad de observación de su señor.

La plataforma se alzaba al final del puente levadizo, con un camino que subía en espiral hacia la cumbre en un giro suave, lo que facilitaba el paso de los caballos y los carruajes. Además, había unas escaleras amplias que permitían subir a los peatones. Los muros de la ciudad y la plataforma ascendían de forma abrupta a los lados de esa cuesta, convirtiéndolo en un valle mortal para cualquier enemigo lo suficientemente necio como para atacar la plataforma desde aquella zona.

Las puertas de la ciudad estaban hechas de un metal que Shiva no había visto nunca. Nandi le aclaró que era hierro, un metal recién descubierto. Era el más fuerte de los metales, pero era muy caro. El mineral que se necesitaba para crearlo no era fácil de conseguir. En la entrada de la plataforma, sobre las puertas de la ciudad, estaba grabado el símbolo de los suryavanshis, un brillante sol circular con rayos que surgían en todas direcciones. Debajo estaba el lema según el cual vivían: «*Satya. Dharma. Maan*». Verdad. Deber. Honor. Shiva quedó anonadado al ver aquella parte de la ciudad. Sin embargo, lo que vio desde lo alto de la plataforma, dentro de las puertas de la ciudad, era imponente tanto por su eficiencia como por su simplicidad. La ciudad estaba dividida en una red de bloques cuadrados delimitados por calles pavimentadas. A los lados, había aceras para los peatones, carriles marcados para el tráfico en diferentes direcciones y, por supuesto, desagües cubiertos que recorrían el

centro de la calzada. Todos los edificios estaban contruidos según la misma estructura de bloques de dos pisos hechos de ladrillo. En lo alto, había extensiones de madera para, si era necesario, incrementar la altura del edificio. Nandi le aclaró a Shiva que la estructura interna de los edificios difería según los requisitos específicos. Todas las puertas y las ventanas estaban contruidas únicamente en los muros laterales de los edificios, y nunca daban a la calle principal. Los muros lisos que daban a ella tenían llamativos dibujos de línea negra que representaban las diferentes leyendas de los suryavanshis; el fondo estaba pintado con sobrios colores como el gris, el azul pálido, el verde claro o el blanco. Pero el color de fondo más frecuente parecía ser el azul, el color del cielo. En el espectro de colores, estaba justo por encima del verde, el color de la tierra. Los meluhanos, a quienes les gustaba ver un diseño superior en todos los actos de la naturaleza, pensaban que era maravilloso que el azul estuviera sobre el verde en el espectro de colores, igual que el cielo estaba sobre la tierra.

Las ilustraciones más recurrentes en los muros eran las relacionadas con el gran emperador, Lord Ram. Las victorias sobre sus enemigos, cómo sometió a los malvados chandravanshis, los incidentes que demostraron su liderazgo y su sabiduría..., todo eso estaba recreado con sumo cuidado y devoción. La veneración por Lord Ram era profunda. Muchos meluhanos lo adoraban como a un dios. Se referían a él como Visnú, un antiguo título para el mayor de los dioses. Significaba «el protector del mundo y propagador del bien».

Tal y como Nandi le había explicado, la ciudad estaba dividida en muchos distritos que constaban de entre cuatro a ocho bloques. Cada uno tenía sus propios mercados, zonas residenciales y comerciales, templos y centros de entretenimiento. La producción y otras actividades contaminantes se llevaban a cabo en barrios separados de los distritos. El secreto de la eficiencia y la armonía con la que funcionaba Devagiri se basaba en que era la ciudad más poblada de todo el imperio. El último censo, de dos años atrás, había establecido que contaba con más de doscientos mil habitantes.

Nandi llevó a Shiva y a los tres soldados hasta una de las numerosas casas de huéspedes de la ciudad, contruidas para los muchos forasteros que la frecuentaban, tanto por negocios como por placer. Ataron los caballos en la zona designada frente a la casa de huéspedes y entraron a registrarse y a ocupar sus habitaciones. La casa tenía un estilo similar a las muchas que Shiva había visto a lo largo de su viaje. Había un patio central alrededor del cual se alzaba el edificio. Las habitaciones estaban cómodamente amuebladas y eran espaciosas.

—Mi señor, casi es la hora de cenar —dijo Nandi—. Hablaré con el ama de llaves y haré que nos preparen algo de comida. Deberíamos comer pronto y dormir bien, ya que nuestra cita con el emperador se ha fijado para mañana, al principio del segundo *prahar*.

—Parece una buena idea.

—También, y si os parece adecuado, despacharé a los soldados y los enviaré de

vuelta a Srinagar.

—También parece buena idea —dijo Shiva sonriendo—. Vaya, Nandi, ¡pareces rebosante de ideas brillantes!

Nandi rio, siempre feliz de ser la causa de la sonrisa en el rostro de su señor.

—Ahora vuelvo, mi señor.

Shiva se tumbó en la cama y se perdió rápidamente en los pensamientos que le importaban de verdad.

Finiquitaré la cita con el emperador tan pronto como sea humanamente posible, le daré lo que demonios quiera y luego peinaré la ciudad en busca de Sati.

Había pensado preguntarle a Nandi sobre ella, pero prefirió no hacerlo. Era dolorosamente consciente de que le había causado una pobre impresión en su primer encuentro. Si Sati no le había puesto fácil encontrarla, solo podía significar que no se sentía terriblemente atraída por él, y Shiva no quería agravar el problema hablándole de ella a los demás.

Sonrió cuando el recuerdo de su rostro volvió a su memoria. Repitió mentalmente los momentos mágicos en los que la había visto luchar. Para la mayoría de los hombres de su tribu, no se trataría de la visión más romántica del mundo. Pero para Shiva era divina. Suspiró al recordar su cuerpo suave y delicado, que de pronto, cuando la habían atacado, había adoptado cualidades brutales y asesinas. Las curvas que le habían cautivado tanto giraron suavemente mientras ponía todo su peso en las estocadas. El sobrio pelo recogido se había balanceado sensualmente con cada movimiento de su brazo. Respiró hondo.

¡Menuda mujer!



Era primera hora de la mañana cuando Shiva y Nandi cruzaron el puente entre las plataformas Tamra y Svarna para llegar a la ciudadela real. El puente, otra maravilla de la ingeniería meluhana, estaba flanqueado a ambos lados por un grueso muro. En los muros se habían hecho agujeros para poder disparar flechas o para verter aceite caliente sobre los enemigos. El puente estaba dividido por una puerta enorme, una última protección por si el enemigo capturaba la otra plataforma. Cuando cruzaron a la plataforma Svarna, a Shiva le pilló completamente por sorpresa no tanto la grandeza de la zona real, sino más bien todo lo contrario. No había opulencia. Pese a gobernar un imperio tan enorme y rico, la nobleza vivía de un modo notablemente sencillo. La estructura de la ciudadela real era casi exacta a la de las otras plataformas. No había concesiones especiales para los aristócratas. En la ciudadela real, había las mismas estructuras de bloques que dominaban Meluha. La única estructura portentosa estaba en el extremo derecho y tenía una señal que decía gran baño público. El baño también tenía un templo glorioso a Lord Indra, situado a la

izquierda. El templo, hecho de madera, se alzaba en unos cimientos elevados de ladrillo. Su cúpula estaba chapada de oro puro. Parecía que la arquitectura especial se reservaba únicamente para las estructuras construidas para los dioses o para aquellas para el bien común.

Probablemente, Lord Ram lo habría preferido así.

Sin embargo, la única concesión al emperador era que su estructura de bloque era más grande que las demás. Considerablemente más grande.



Shiva y Nandi entraron en la oficina privada real y se encontraron con el emperador Daksha, que estaba sentado en un trono sencillo. Se encontraba en el extremo más alejado de una sala decorada de forma modesta, flanqueado por un hombre y una mujer.

—Espero que vuestro viaje haya sido agradable —dijo, saludando a Shiva con un *namasté* formal.

Parecía demasiado joven para ser el emperador de un país tan grande. Aunque era un poco más bajo que Shiva, la mayor diferencia entre ellos era la musculatura. Mientras que Shiva tenía una constitución poderosa, el cuerpo de Daksha dejaba claro que no había sido sometido a demasiado ejercicio. Pero tampoco estaba gordo. Lo mismo podía decirse de su rostro trigüeño. De tamaño medio, con unos ojos oscuros que flanqueaban una nariz recta. Llevaba el pelo largo, como la mayoría de los hombres y de las mujeres del lugar. En la cabeza portaba una corona mayestática con el símbolo solar de los suryavanshis, hecho con gemas brillantes. Un *dhoti* elegante con un *angvastram* colgado de su hombro derecho, así como una gran cantidad de joyas funcionales, incluidos dos amuletos en su brazo derecho, completaban el aspecto corriente de Daksha. Su único rasgo distintivo era la sonrisa, que transmitía su inocencia sincera hasta los ojos. El emperador Daksha parecía un hombre que se tomaba su realeza a la ligera.

—Sí, lo ha sido, alteza —contestó Shiva—. La infraestructura de vuestro imperio es maravillosa. Sois un emperador extraordinario.

—Gracias. Pero no me merezco todo el mérito. El trabajo lo hace mi pueblo.

—Sois demasiado modesto, alteza.

Sonriendo educadamente, Daksha preguntó:

—¿Puedo presentarte a mis asistentes más importantes? —Sin esperar una respuesta, señaló a la mujer a su izquierda—. Ésta es mi primera ministra, Kanakhala. Se ocupa de los asuntos administrativos, fiscales y de protocolo.

La mujer le hizo un *namasté* formal a Shiva. Llevaba toda la cabeza afeitada, excepto por un mechón de cabello suave en la nuca que llevaba atado en un moño. Desde el hombro izquierdo hasta el lado derecho de su torso lucía un cordel llamado

janau. Parecía joven, como la mayoría de los meluhanos, pero tenía cierto sobrepeso, que era evidente por el exceso de carne que tenía entre la blusa blanca y el *dhoti*. Su complexión oscura era increíblemente suave y, como todos sus paisanos, llevaba joyas recatadas y conservadoras. Shiva se fijó en que el segundo amuleto del brazo de Kanakhala mostraba una paloma. No es que fuera una tribu elegida demasiado elevada entre los brahmins. Shiva hizo una reverencia y un *namasté* formal como respuesta.

—Y éste es mi jefe de las fuerzas armadas, el general Parvateshwar. Se ocupa del ejército, la armada, las fuerzas especiales, la policía... —dijo Daksha, señalando a su derecha.

Parvateshwar parecía el tipo de hombre con el que Shiva dudaría de enfrentarse en una batalla. Era más alto que él y tenía un físico muy musculado que dominaba el espacio que había a su alrededor. Su pelo largo y rizado estaba peinado meticulosamente y caía con esmero bajo su corona. Su piel, suave y morena, estaba marcada con las orgullosas marcas que le habían dejado largos años de batallas. Su cuerpo era lampiño, una extraña desviación de los hirsutos hombres kshatriyas, que entendían el vello corporal como una señal de virilidad. Probablemente, para cubrir esa deficiencia, Parvateshwar llevaba un mostacho largo y frondoso que se curvaba hacia arriba en las puntas. Sus ojos reflejaban su carácter fuerte y honesto. El segundo amuleto de su brazo dejaba ver un tigre: una tribu elegida muy elevada entre los kshatriyas. Asintió secamente ante Shiva. Ningún *namasté*. Su orgullosa cabeza no hizo ninguna reverencia elaborada. Sin embargo, Shiva sonrió cálidamente y saludó a Parvateshwar con un *namasté* formal.

—Por favor, espere fuera, capitán —sugirió Parvateshwar mirando a Nandi.

Antes de que Nandi pudiera responder, Shiva intervino:

—Disculpad, pero ¿podría Nandi quedarse conmigo? Ha sido mi compañero desde que abandoné mi tierra. Se ha convertido en un amigo querido y leal.

—Por supuesto que puede —contestó Daksha.

—Alteza, no es apropiado que un capitán asista a esta conversación —dijo Parvateshwar—. En cualquier caso, el reglamento indica que solo está autorizado a escoltar a un invitado ante la presencia del emperador y que no puede quedarse mientras se discute un asunto de Estado.

—Oh, relájate, Parvateshwar —replicó Daksha—. A veces te tomas tu reglamento demasiado en serio. —Se giró hacia Shiva y añadió—: Si te parece bien, ¿podemos ver ya tu cuello?

Nandi se colocó detrás de Shiva para desatarle el pañuelo. Al ver las cuentas cosidas a él (lo habían pensado para dar la impresión de que llevaba la garganta cubierta con motivos religiosos), Daksha sonrió y susurró: «Buena idea».

Mientras Nandi le quitaba el pañuelo, Daksha y Kanakhala se acercaron para inspeccionar el cuello de Shiva más de cerca. Parvateshwar no dio un paso al frente, pero estiró ligeramente el cuello para ver mejor. Daksha y Kanakhala parecían

impactados por lo que veían.

—El color viene del interior. No está pintado. Es auténtico y genuino —susurró asombrado el emperador al tocarle el cuello. Daksha y Kanakhala se miraron con lágrimas en los ojos. Kanakhala puso las manos en un *namasté* y empezó a murmurar un cántico. Daksha miró a Shiva a la cara, intentando reprimir el éxtasis que le embargaba. Con una sonrisa controlada, el emperador de Meluha dijo:

—Espero que no hayamos hecho nada que te haya causado incomodidad desde que llegaste a Meluha.

Pese a la reacción controlada de Daksha, Shiva se imaginaba que tanto el emperador como su primera ministra estaban atónitos por el color azul de su cuello.

¿Por qué es tan importante este maldito cuello azul para los meluhanos?

—Hum, nada de eso, alteza —contestó Shiva mientras se ataba el pañuelo alrededor del cuello—. De hecho, mi tribu y yo estamos encantados con la hospitalidad con la que nos han recibido aquí.

—Me alegro por ello —dijo Daksha sonriendo y haciendo una reverencia educada—. Quizá quieras descansar un poco para que mañana podamos hablar con más calma. ¿Desearíais cambiar vuestra residencia a la ciudadela real? Se rumorea que los aposentos son algo más cómodos.

—Es una oferta muy amable, alteza.

Daksha se giró hacia Nandi y le preguntó:

—Capitán, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Me llamo Nandi, alteza.

—También será bienvenido si quiere quedarse aquí. Asegúrese de ocuparse bien de nuestro distinguido invitado. Kanakhala, por favor, encárgate de los preparativos.

—Sí, alteza.

Kanakhala llamó a uno de sus ayudantes, que escoltó a Shiva y a Nandi fuera de la oficina real.

Mientras Shiva salía de la sala, Daksha se arrodilló con gran ceremonia y tocó con la cabeza en el suelo, justo donde había estado Shiva. Murmuró una oración y se levantó mirando a Kanakhala con lágrimas en los ojos. Sin embargo, los ojos de ésta mostraban impaciencia y cierta ira.

—No lo entiendo, alteza —dijo Kanakhala enfadada—. La marca azul era auténtica. ¿Por qué no se lo habéis dicho?

—¿Qué esperabas que hiciera? —exclamó Daksha con sorpresa—. Es su segundo día en Devagiri. ¿Querías que le dijera directamente que es el Neelkanth, nuestro salvador? ¿Que ha sido enviado para solucionar todos nuestros problemas?

—Bueno, si tiene el cuello azul, entonces es el Neelkanth, ¿no? Y si es el Neelkanth, entonces es nuestro salvador. Debe aceptar su destino.

—No me puedo creer que estemos hablando así —intervino Parvateshwar, que empezaba a sentirse exasperado—. ¡Somos meluhanos! ¡Somos suryavanshis! Hemos creado la civilización más grande que ha conocido el hombre. ¿Y un bárbaro sin

educación, habilidades o méritos va a ser nuestro salvador? ¿Solo porque tiene el cuello azul?

—Es lo que dice la leyenda, Parvateshwar —replicó Kanakhala.

Daksha interrumpió a sus dos ministros.

—Parvateshwar, yo creo en la leyenda. Mi gente cree en la leyenda. El Neelkanth ha elegido aparecer en mi reinado. Él transformará toda la India según los ideales de Meluha..., una tierra de verdad, deber y honor. Con su liderazgo, podemos terminar con la crisis chandravanshi de una vez por todas. Acabarán todas las agonías que nos infligen..., desde los ataques terroristas a la escasez de sombras, pasando por la contaminación del Saraswati.

—Entonces, ¿por qué no decírselo ya, alteza? —preguntó Kanakhala—. Cuantos más días desperdiciemos, más débil será la determinación de nuestro pueblo. Ya sabéis que hace unos días hubo otro ataque terrorista en una aldea cercana a Hariyupa. Si nuestra reacción es frágil, nuestros enemigos se crecerán, alteza. Debemos decírselo rápidamente y anunciar su llegada a nuestra gente. Eso nos dará la fuerza necesaria para enfrentarnos a la crueldad de nuestros enemigos.

—Se lo diré. Pero intento ser más previsor que tú. De momento, nuestro imperio solo se ha enfrentado a Neelkanths fraudulentos que han minado la moral de nuestro pueblo. Imagina las consecuencias si la gente descubre que el auténtico Neelkanth ha venido, pero se niega a estar de nuestra parte. Primero debemos asegurarnos de que está dispuesto a aceptar su destino. Solo entonces se lo anunciaremos a todos. Y creo que la mejor manera de convencerle es compartir toda la verdad con él. Cuando vea lo injusto de los ataques que sufrimos, luchará a nuestro lado para destruir el mal. Si eso lleva un tiempo, que así sea. Hace siglos que esperamos al Neelkanth. Unas pocas semanas más no nos destruirán.



V

LA TRIBU DE BRAHMA

Shiva paseaba por los jardines frondosos de la casa de huéspedes. Nandi y el eficiente ayudante de Kanakhala estaban trasladando sus cosas hasta allí. Se sentó en un cómodo banco que había frente a un lecho de rosas rojas y blancas. La agradable brisa fresca de ese jardín abierto dibujó una sonrisa en su rostro. Era primera hora de la tarde y el lugar estaba desierto. Los pensamientos de Shiva no dejaban de volver a la conversación que había mantenido por la mañana con el emperador. Pese a la reacción controlada de Daksha, Shiva entendía que su cuello azul era muy importante para los meluhanos, incluso para su emperador. Significaba que la leyenda del Neelkanth, fuera la que fuera, no se limitaba a una pequeña secta de Cachemira. Si el mismísimo emperador se la tomaba tan en serio, todo Meluha debía de necesitar la ayuda del Neelkanth.

Pero ¿para qué diablos necesitan ayuda? ¡Son mucho más avanzados que nosotros!

Se distrajo con el sonido de un *dhol*, un instrumento de percusión, y de unos *ghungroos*, unas tobilleras que usaban los bailarines. Parecía que alguien estaba practicando en el jardín. Un seto separaba el pabellón de danza del resto del jardín. Shiva, que era un apasionado del baile, se habría lanzado a seguir el ritmo, pero estaba preocupado. Le llegaron flotando algunas palabras del grupo que estaba bailando:

—No, mi señora. Debéis dejaros ir —dijo una distinguida voz masculina—. No es una tarea que tengáis la obligación de hacer. Disfrutad de la danza. Os esforzáis demasiado en recordar todos los pasos en lugar de dejar que la emoción de la danza fluya a través de vos.

—Mi señora, el *guruji* tiene razón —dijo una mujer—. Estáis bailando correctamente, pero no lo estáis disfrutando. La concentración se refleja en vuestro rostro. Debéis relajaros un poco.

—Deja que primero aprenda los pasos. Luego ya aprenderé a disfrutarlos.

Esa última voz hizo que a Shiva se le erizara el vello. Era ella: Sati. Se levantó rápidamente y siguió el sonido de las voces. Desde detrás del seto, la vio: estaba bailando en una pequeña plataforma. Tenía los brazos levantados rígidamente a los

lados mientras realizaba los diferentes movimientos de la danza. Bailaba según los pasos, primero a la izquierda y luego a la derecha. Movía sus caderas torneadas hacia los lados y colocaba las manos de forma precisa en su cintura, para transmitir el tono de la danza. Shiva se sentía fascinado.

Sin embargo, se dio cuenta de que, pese a que Sati marcaba los pasos correctamente, el *guruji* tenía razón. Se movía de forma mecánica. Le faltaba la rendición desinhibida típica de una buena bailarina. Las emociones fluctuantes de felicidad y rabia que contaba la historia no se reflejaban en sus movimientos. Y, a diferencia de una bailarina experta, Sati no usaba toda la plataforma. Sus pasos eran cortos, lo que hacía que sus movimientos se limitaran al centro.

El profesor de danza, sentado frente a ella, tocaba el *dhol* para marcarle el ritmo. Krittika estaba sentada a la derecha. Fue el profesor quien vio primero a Shiva y se alzó inmediatamente. Sati y Krittika también se dieron la vuelta. Al ver a Shiva se quedaron sorprendidas. Krittika no pudo controlar su sorpresa y dejó escapar un «¿Shiva?».

Sati, con sus modales serenos y contenidos, preguntó:

—¿Va todo bien, Shiva? ¿Necesitas mi ayuda..., algo?

—¿Cómo estás? Te echaba de menos. ¿Alguna vez sonríes?

Siguió mirándola, con las palabras rondando por su mente, pero sin llegar a sus labios. Krittika, sonriendo, miró a Sati para ver su reacción. Ella, aún más seria, volvió a preguntar muy educadamente:

—¿Puedo ayudarte en algo, Shiva?

—No, no. No necesito ayuda —contestó él cuando, de repente, pareció volver a la realidad—. Es que pasaba por aquí y te he oído bailar... O sea, hablar. Tus pasos de baile no eran tan ruidosos como para oírse. Estabas bailando bien... De hecho, técnicamente era...

—Sabes algo de baile, ¿no? —intervino Krittika.

—Oh, no mucho. Solo un poco —respondió Shiva con una sonrisa, antes de girarse rápidamente hacia Sati—. Disculpa, Sati, pero el *guruji* tiene razón. Estabas siendo demasiado metódica. Como dicen en mi tierra, los *mudras* y los *kriyas* eran técnicamente correctos, pero no se percibía el *bhav*, la emoción. Y un baile sin *bhav* es como un cuerpo sin alma. Cuando entran en juego las emociones del bailarín, ni siquiera necesita recordar los pasos. Los pasos vienen solos. El *bhav* es algo que no se puede aprender. Te llega si le haces un hueco en tu corazón.

Sati escuchó pacientemente a Shiva sin decir una sola palabra. Sus cejas se levantaron ligeramente. ¿Cómo podía saber más de danza que un suryavanshi? Pero se recordó que él le había salvado la vida. Estaba obligada a honrarle. Sin embargo, a Krittika le ofendió que ese forastero descastado pretendiera saber más de danza que su señora. Lo miró de forma amenazadora.

—¿Te atreves a pensar que sabes más que una de las mejores bailarinas del reino?

Shiva entendió que podía haberlas ofendido. Se giró hacia Sati con mucha

seriedad.

—Lo siento muchísimo. No pretendía insultarte de ningún modo. A veces hablo sin darme cuenta de lo que digo.

—No, no —contestó ella—. No me has insultado. Quizá tengas razón. No siento la esencia del baile tanto como debería. Pero estoy segura de que, con la guía del *guruji*, terminaré captándola a su debido momento.

—Si te parece bien —dijo Shiva, con la intención de impresionarla—, podría realizar esa danza. Estoy seguro de que no soy tan correcto como tú técnicamente, pero quizás el sentimiento me guíe.

¡Bien dicho! ¡No puede negarse!

Sati parecía sorprendida. Eso sí que no se lo esperaba.

—Hum, bueno..., de acuerdo —logró decir.

Shiva, encantado, fue hacia el centro del escenario. Agarró el *angvastram* que cubría su torso y lo echó a un lado. Krittika olvidó rápidamente su anterior enfado cuando vio su magnífica figura. En cambio, Sati empezó a preguntarse cómo Shiva podía acomodar ese cuerpo tan musculado a las contorsiones que se requerían para ese tipo de danza. La flexibilidad casaba mal con la fuerza.

Tocando suavemente su *dhol*, el *guruji* le dijo a Shiva:

—Dime con qué ritmo te sientes más cómodo, joven.

Él colocó las manos en un *namasté*, hizo una reverencia y dijo:

—*Guruji*, ¿podrías darme un minuto? Necesito prepararme para el baile.

El baile era algo que Shiva conocía tan bien como la guerra. Orientado al este, cerró los ojos y bajó ligeramente la cabeza. Entonces se puso de rodillas y tocó reverencialmente el suelo con la cabeza. Al levantarse, giró su pie derecho hacia fuera. Luego, levantó la pierna izquierda del suelo en un grácil movimiento de arqueado hasta que el pie estuvo por encima de la rodilla, mientras flexionaba ligeramente la rodilla izquierda para equilibrarse. Su pie izquierdo apuntaba en una dirección exactamente entre la orientación de su pie derecho y su rostro. Solo una suave brisa rompía el silencio casi sepulcral que los rodeaba. El *guruji*, Sati y Krittika lo observaban con asombro. No entendían lo que estaba haciendo, pero podían sentir la energía que emanaba de él.

Alzó ambos brazos en un elegante movimiento circular hasta dejarlos alineados con sus hombros. Su mano derecha parecía sostener un *dumru* imaginario, un pequeño instrumento de percusión. La izquierda estaba abierta con la palma hacia arriba, casi como si estuviera recibiendo una energía divina. Mantuvo esa pose durante un rato; su rostro brillante indicaba que estaba perdido en su mundo. Entonces, movió la mano derecha hacia delante, casi como si ésta tuviera vida propia. Ahora, tenía la palma abierta y orientada hacia el público. De algún modo, la postura parecía transmitirle un sentimiento de protección a Sati, que no salía de su asombro. El brazo izquierdo bajó lentamente desde la altura del hombro hasta ponerse frente a él con la palma de la mano hacia abajo. El brazo izquierdo dejó de moverse cuando la

mano estaba apuntando casi directamente al pie izquierdo. Shiva mantuvo esa pose durante un rato. Y entonces empezó la danza.

Sati observó asombrada a Shiva. Estaba realizando los mismos pasos que ella, pero parecía un baile completamente distinto. Sus manos se movían sin esfuerzo, mientras su cuerpo se movía de forma casi mágica.

¿Cómo podía ser tan flexible un cuerpo tan musculoso? El *guruji* intentó inútilmente hacer que su *dhol* le marcara el ritmo a Shiva, pero estaba claro que no era necesario, pues eran los pies de él los que le marcaban el ritmo.

La danza transmitía las diferentes emociones de una mujer. Al principio, expresaba sus sentimientos de alegría y lujuria mientras retozaba con su marido. Luego, la furia y el dolor por la muerte injusta de su compañero. Pese al cuerpo duro y masculino de Shiva, lograba transmitir las emociones tiernas pero fuertes de una mujer afligida.

Shiva tenía los ojos abiertos, pero su público se fijó en que era ajeno a sus miradas. Shiva estaba en su propio mundo. No bailaba para la gente. No bailaba buscando su reconocimiento. No bailaba por la música. Solo lo hacía para sí mismo. Casi parecía que una fuerza celestial guiara su baile. Sati se dio cuenta de que Shiva tenía razón. Se había abierto y la danza había acudido a él.

Después de lo que pareció una eternidad, el baile llegó a su fin, cuando Shiva cerró firmemente los ojos. Mantuvo su pose final durante un buen rato mientras el brillo le abandonaba lentamente. Fue casi como si estuviera regresando a este mundo. Shiva abrió poco a poco los ojos. Sati, Krittika y el *guruji* le observaban completamente sobrecogidos.

El hombre fue el primero que pudo hablar.

—¿Quién eres?

—Soy Shiva.

—No, no. El cuerpo no. Me refiero a quién eres tú.

Él entrecerró los ojos frunciendo el ceño y repitió:

—Soy Shiva.

—*Guruji*, ¿puedo hacer una pregunta? —dijo Sati.

—Claro que sí.

Girándose hacia Shiva, preguntó:

—¿Qué era eso que has hecho antes del baile? ¿Era una especie de paso preliminar?

—Sí, es la pose del Nataraj. ¿Es la pose del Señor de la Danza!

—¿La pose del Nataraj? ¿Y qué hace?

—Alinea mi energía con la energía universal para que la danza surja por sí sola.

—No lo entiendo.

—Bueno, es algo así: entre nuestra gente, se cree que todo lo que hay en el mundo es portador de *shakti*, de energía. Las plantas, los animales, los objetos, nuestros cuerpos..., todo porta y transmite energía. Pero el mayor portador de la energía con

la que estamos en contacto físico es la Madre Tierra..., el suelo que pisamos.

—¿Qué tiene eso que ver con tu baile?

—Para cualquier cosa que haces, necesitas energía. Tienes que encontrar la energía a tu alrededor. Proviene de la gente, de los objetos y de la Madre Tierra. Tienes que pedir esa energía de forma respetuosa.

—¿Y tu pose del Nataraj te ayuda a acceder a toda la energía que quieres? —preguntó el *guruji*.

—Depende de para qué la quieras. La pose del Nataraj me ayuda a pedir respetuosamente energía para una danza que quiere acudir a mí. Si la quisiera para que viniera a mí una idea, me habría sentado con las piernas cruzadas y habría meditado.

—Parece que la energía te favorece, joven —dijo el *guruji*—. ¡Eres el Nataraj, el señor de la danza!

—¡Oh, no! —exclamó Shiva—. Solo soy un canalizador de la energía ilimitada del Nataraj. Cualquiera puede ser el canalizador.

—Bueno, entonces eres un canalizador particularmente eficiente —insistió el *guruji*. Se giró hacia Sati y dijo—: No me necesitáis si tenéis a un amigo como él, mi niña. Si queréis que Shiva os enseñe, será un honor retirarme.

Shiva miró expectante a Sati. Había ido mucho mejor de lo que esperaba.

¡Di que sí, maldita sea!

Sin embargo, ella pareció replegarse sobre sí misma. Ver las primeras señales de vulnerabilidad en aquella mujer cogió a Shiva por sorpresa. Sati agachó la cabeza, algo que no cuadraba para nada con su pose orgullosa.

—No querría faltarle al respeto a nadie, pero quizá no tenga las habilidades necesarias para recibir un entrenamiento de este nivel —susurró.

—Pero sí que tienes las habilidades —replicó Shiva—. Cuentas con la orientación... y con el corazón. Puedes llegar fácilmente a ese nivel.

Sati miró a Shiva, con los ojos humedecidos. La tristeza profunda que transmitían lo dejaron de piedra.

¿Qué diablos está pasando?

—Estoy muy lejos de cualquier nivel, Shiva —murmuró Sati.

Mientras decía esto, ella encontró las fuerzas para volver a controlarse. El gesto educadamente orgulloso regresó a su rostro. La máscara había vuelto.

—Es hora de mi *puya*. Con tu permiso, *guruji*, debo marcharme. —Se giró hacia Shiva—. Ha sido un placer volver a verte, Shiva.

Antes de que él pudiera responder, se dio la vuelta y se marchó rápidamente, seguida por Krittika.

El *guruji* siguió mirando a Shiva, que se sentía completamente desconcertado. Se inclinó hacia Shiva con un *namasté* formal y dijo:

—Verte bailar ha sido el honor más grande mi vida.

Luego, se dio la vuelta y se marchó. Shiva se quedó pensando en los inescrutables

modales de los meluhanos.



A última hora de la mañana del día siguiente, Shiva y Nandi entraron en la oficina real privada. Allí los esperaban Daksha, Parvateshwar y Kanakhala.

—Lo siento, alteza —dijo Shiva sorprendido—. Pensaba que íbamos a reunirnos en la cuarta hora del segundo *prahar*. Espero no haberos hecho esperar.

Daksha, que había permanecido en la postura de un *namasté* formal, se inclinó y dijo:

—No, mi señor. No necesitáis disculparos. Hemos venido temprano para no haceros esperar. Ha sido un honor aguardar vuestra llegada.

Parvateshwar puso los ojos en blanco ante el extremo servilismo que su emperador, el gobernante de la civilización más grande jamás vista, mostraba ante ese bárbaro. Shiva, controlando su gran sorpresa por que se refiriera a él como «señor», se inclinó ante Daksha con un *namasté* y se sentó.

—Mi señor, antes de empezar mi monólogo sobre la leyenda del Neelkanth, ¿queréis hacerme alguna pregunta? —dijo Daksha.

Lo primero que a Shiva le vino a la cabeza fue: «¿Por qué, en nombre del Lago Sagrado, es tan importante el color azul de mi cuello?».

Sin embargo, el instinto le dijo que, aunque ésa parecía ser la pregunta más obvia, no podría entender la respuesta a menos que comprendiera mejor a la sociedad de Meluha.

—Puede que sea una pregunta inusual, alteza —dijo Shiva—, pero ¿puedo preguntar qué edad tenéis?

Daksha miró sorprendido a Kanakhala. Entonces, girándose hacia Shiva con una sonrisa de asombro, dijo:

—Sois excepcionalmente inteligente, mi señor. Habéis hecho la pregunta más pertinente. —Adoptó una sonrisa cómplice—. El mes pasado cumplí ciento ochenta y cuatro años.

Shiva se quedó estupefacto. Aparentaba tener unos treinta. De hecho, nadie en Meluha parecía viejo, excepto el *pandit* que había conocido en el templo de Brahma.

Así que Nandi tiene más de cien años.

—¿Cómo puede ser, alteza? —preguntó Shiva atónito—. ¿Qué brujería lo hace posible?

—No es ninguna brujería, mi señor —explicó Daksha—. Lo que lo hace posible es la brillantez de nuestros científicos, que preparan una pócima llamada «somras», la bebida de los dioses. Tomarla en momentos concretos no solo pospone considerablemente nuestra muerte, sino que también nos permite vivir siempre en la flor de la vida, tanto física como mentalmente.

—Pero ¿qué es la somras? ¿De dónde proviene? ¿Quién la inventó?

—Muchas preguntas, mi señor —dijo Daksha sonriendo—. Pero haré lo que pueda por contestarlas una por una. La somras se inventó hace muchos miles de años. El responsable fue uno de los científicos indios más grandes que haya vivido jamás. Se llamaba Lord Brahma.

—Creo que visité un templo dedicado a él en el camino hacia Devagiri, en un lugar llamado Meru.

—Sí, mi señor. Se dice que fue ahí donde vivió y trabajó. Lord Brahma era un inventor prolífico, pero nunca se benefició de sus inventos. Siempre estuvo interesado en asegurar que sus inventos se usasen para el bien común. Sabía que solo hombres malvados emplearían una poción tan poderosa con oscuros propósitos. Así que puso en marcha un elaborado sistema de control para su utilización.

—¿Qué clase de control?

—No le daba la somras a la ligera a todo el mundo —prosiguió Daksha—. Tras hacer un riguroso sondeo en todo el país, escogió a un grupo selecto de adolescentes de carácter impecable, uno de cada una de las siete regiones de la antigua India. Eligió a chicos jóvenes para que pudieran vivir con él como su *gurukul*. Así podría moldear su carácter para convertirlos en abnegados ayudantes de la sociedad. La somras se les administró únicamente a esos chicos. Como obtuvieron una vida adicional debido a ello, empezaron a ser conocidos como los *dwijas*: los «nacidos dos veces». Con la fuerza de la somras, el entrenamiento de Lord Brahma y otros numerosos inventos que produjeron colectivamente, se convirtieron en la gente más poderosa de la historia. Afinaron sus mentes para conseguir una inteligencia casi sobrehumana. El antiguo título indio para los hombres sabios era *rishi*. Como los elegidos de Lord Brahma eran siete, fueron conocidos como «saptrishis».

—¿Y esos saptrishis usaron sus habilidades para el bien de la sociedad?

—Sí, mi señor. Lord Brahma instauró estrictas leyes de conducta para ellos. No se les permitía gobernar ni realizar ningún tipo de comercio. Esencialmente, nada que generara ganancias personales. Debían usar sus habilidades para ser sacerdotes, profesores, doctores y otras profesiones intelectuales donde pudieran emplear sus poderes para ayudar a la sociedad. No se les permitía cobrar nada por sus servicios y debían vivir de la caridad y de las donaciones de los demás.

—Un reglamento muy estricto —bromeó Shiva haciéndole un ligero guiño a Parvateshwar.

Éste no respondió, pero Daksha, Kanakhala y Nandi soltaron una sonora carcajada.

Shiva echó un vistazo rápido a la lámpara *prahar* que había junto a la ventana. Casi era el tercer *prahar*: la hora en que, probablemente, Sati saldría a bailar.

—Pero siguieron estrictamente ese código de conducta, mi señor —prosiguió Daksha—. Con el tiempo, a medida que crecían sus responsabilidades, los saptrishis eligieron a más gente para unirse a su tribu. Sus seguidores juraron seguir el mismo

código por el que se regían ellos, y también se les administró la somras. Dedicaron sus vidas a buscar el conocimiento y a alcanzar el bienestar de la sociedad, sin pedir ningún bien material a cambio. Por ese motivo, la sociedad trataba a esa gente con un respeto casi religioso. Con el paso del tiempo, los saptrishis y sus seguidores pasaron a ser conocidos como la «tribu de Brahma» o, simplemente, los brahmins.

—Pero como suele pasar con todos los buenos sistemas y con el paso del tiempo, alguna gente dejó de seguir el código brahmin, ¿verdad?

—Por supuesto, mi señor —contestó Daksha, meneando la cabeza ante la tan conocida fragilidad humana—. A medida que pasaban los milenios, algunos de los brahmins olvidaron el código estricto que Lord Brahma había hecho cumplir y que los saptrishis propagaron. Empezaron a abusar en su propio beneficio de los poderes increíbles que les había dado la somras. Algunos brahmins comenzaron a usar su influencia sobre la población para conquistar reinos y gobernar. Otros abusaron de diversos inventos de los saptrishis y de Lord Brahma para acumular grandes riquezas.

—Y algunos de los brahmins —intervino Kanakhala con un tono particularmente horrorizado— se rebelaron incluso contra los saptrishis uttradhikaris.

—¿Saptrishis uttradhikaris? —preguntó Shiva.

—Eran los sucesores de los saptrishis originales, mi señor —aclaró Kanakhala—. Cuando uno de ellos sabía que se acercaba el fin de su vida mortal, escogía a un hombre de entre su *gurukul* para que fuera su sucesor. Este era tratado a todos los efectos como el mismísimo saptrishi.

—¿Así que rebelarse contra los saptrishis uttradhikaris era como rebelarse contra los saptrishis originales?

—Sí, mi señor —contestó Kanakhala—. Y lo más importante de esta rebelión era que estaba liderada por los brahmins de las tribus más elevadas, como las águilas, los pavos reales y los cisnes. De hecho, debido a su estatus, esas tribus elegidas no tenían permitido trabajar a las órdenes de kshatriyas o vaishyas, para no verse tentados por el mundo material. Pero sucumbieron a las tentaciones del mal antes que nadie.

—¿Y las tribus como la tuya, las palomas, permanecieron leales al viejo código pese a trabajar para los kshatriyas? —preguntó Shiva.

—Sí, mi señor —contestó Kanakhala con el pecho henchido de orgullo.

El campanario indicó el inicio del tercer *prahar*. Los reunidos en la sala, incluido Shiva, pronunciaron una corta oración para dar la bienvenida a la nueva franja horaria. Él mismo había aprendido algunas costumbres de los meluhanos. En ese momento, entró un shudra, que recolocó la lámpara y se marchó tan deprisa como había llegado. Shiva recordó que, en cualquier momento, Sati empezaría su danza en el jardín.

—¿Y qué revolución causó el cambio, alteza? —preguntó girándose hacia Daksha—. Vos, Parvateshwar y Nandi sois kshatriyas, pero está claro que habéis tomado la somras. De hecho, he visto a gente de las cuatro castas de vuestro imperio con aspecto juvenil y saludable. Eso significa que ahora se administra la somras a todo el mundo.

Obviamente, ese cambio debió de derivar de una revolución, ¿verdad?

—Sí, mi señor. Y la revolución fue conocida como Lord Ram. ¡El emperador más grande que haya vivido jamás! ¡*Jai Shri Ram!*

—¡*Jai Shri Ram!* —repitió todo el mundo en la sala.

—Sus ideas y su liderazgo transformaron a la sociedad de Meluha —continuó Daksha—. De hecho, el curso de la historia se vio alterado radicalmente. Pero, antes de continuar con la historia de Lord Ram, ¿puedo hacer una sugerencia?

—Por supuesto, alteza.

—Estamos en el tercer *prahar*. ¿Nos trasladamos al comedor a compartir algo de comida antes de continuar con esta historia?

—Es una idea excelente, alteza... —dijo Shiva—, pero ¿podrías excusarme un rato? Tengo otra cita muy urgente. Si os parece bien, quizá podríamos continuar mañana con nuestra conversación.

A Kanakhala se le demudó el rostro. Parvateshwar esbozó una sonrisa despectiva. Sin embargo, Daksha mantuvo un gesto sonriente.

—Por supuesto que podemos reunirnos mañana, mi señor. ¿Os parece bien la segunda hora del segundo *prahar*?

—Por supuesto, alteza. Me disculpo por esta molestia...

—Nada de eso, mi señor —replicó Daksha sin dejar de sonreír—. ¿Queréis que uno de mis carros os lleve a algún sitio?

—Es muy amable por vuestra parte, alteza, pero iré por mi cuenta. Me disculpo de nuevo.

Tras hacer un *namasté*, Shiva y Nandi salieron rápidamente de la sala.

Kanakhala lanzó una mirada acusadora a Daksha. El emperador solo asintió, haciendo gestos con la mano para calmarla.

—No pasa nada. Nos reuniremos mañana, ¿verdad?

—Mi señor, se nos agota el tiempo —dijo Kanakhala—. ¡El Neelkanth debe aceptar inmediatamente sus responsabilidades!

—Dale tiempo, Kanakhala. Hemos esperado mucho. ¡No será un drama esperar unos días más!

Parvateshwar se levantó de pronto, hizo una reverencia hacia Daksha y dijo:

—Con vuestro permiso alteza, ¿podéis excusarme? Hay otros asuntos que reclaman más mi atención que educar a un bárbaro.

—Hablarás de él con respeto, Parvateshwar —rugió Kanakhala—. ¡Es el Neelkanth!

—Hablaré de él con respeto solo cuando haya hecho algo para ganárselo —gruñó—. Solo respeto los logros, nada más. Ésa es la regla fundamental de Lord Ram. Solo importa tu karma, ni tu nacimiento, ni tu sexo ni, por descontado, el color de tu cuello. Toda nuestra sociedad se basa en el mérito. ¿O es que lo has olvidado?

—¡Basta! —exclamó Daksha—. Yo respeto al Neelkanth. ¡Y eso significa que todo el mundo lo respetará!



VI

VIKARMA, LOS PORTADORES DE LA MALA SUERTE

Nandi esperó a cierta distancia en el jardín, tal y como se le había pedido, mientras Shiva rodeaba el seto para llegar a la zona de baile. El escenario silencioso ya había convencido a Nandi de que su señor no se encontraría a nadie allí. Sin embargo, él esperó con ansia que Sati apareciera de un momento a otro. Sin embargo, después de casi una hora, se dio cuenta de que aquel día no habría clase de danza. Profundamente decepcionado, volvió caminando en silencio hacia donde estaba Nandi.

—¿Puedo ayudaros a encontrar a alguien, mi señor? —preguntó Nandi con seriedad.

—No. Olvidalo.

—Mi señor, debéis de tener hambre —dijo Nandi, intentando cambiar de tema—. ¿Volvemos a la casa de huéspedes a comer algo?

—No, me gustaría ver un poco más la ciudad —respondió Shiva, esperando que el destino fuera amable con él y se pudiera topar con Sati en la ciudad—. ¿Vamos a alguno de los restaurantes de la plataforma Rajat?

—¡Eso sería maravilloso! —exclamó Nandi, que odiaba la sencilla comida vegetariana de influencia brahmin que se servía en la casa de huéspedes. Echaba de menos las carnes picantes que ofrecían los restaurantes kshatrivias.



—¿Qué pasa, Parvateshwar? —preguntó Daksha.

—Mi señor, siento mucho aparecer tan de pronto, pero he recibido noticias preocupantes y debía contáros las en privado.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Shiva ya está causando problemas.

—¿Qué tienes en contra del Neelkanth? —gruñó Daksha, levantando la vista en señal de desaprobación—. ¿Por qué no puedes creer que ha venido a salvarnos?

—Esto no tiene nada que ver con mi opinión sobre Shiva, mi señor. Por favor, escuchad mis noticias. Ayer, Chenardhwaj vio a Shiva en los jardines.

—¿Chenardhwaj ya está aquí?

—Sí, alteza. Tiene una vista programada con vos para pasado mañana.

—Bueno, ¿y qué vio Chenardhwaj?

—Él también está empalagosamente cautivado por el Neelkanth. Creo que podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que no tiene ningún prejuicio en su contra.

—De acuerdo, te creo. ¿Qué le vio hacer al Neelkanth?

—Vio a Shiva bailando en los jardines —contestó Parvateshwar.

—¿Y qué? ¿Hay alguna ley que prohíba el baile?

—Por favor, dejadme continuar, alteza. Él bailaba mientras Sati, cautivada, le miraba.

Aquello llamó súbitamente la atención de Daksha, que se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Y?

—Sati se comportó correctamente y se marchó en cuanto Shiva intentó cogerse confianzas. Pero Chenardhwaj le escuchó susurrar algo cuando ella se marchó.

—Bueno, ¿y que susurró?

—Susurró: «Lago Sagrado, ayúdame a conseguirla. ¡Y jamás te volveré a pedir nada!».

Daksha parecía encantado.

—¿Quieres decir que es posible que el Neelkanth esté enamorado de mi hija?

—Alteza, no podéis olvidar las leyes de nuestra tierra —exclamó horrorizado Parvateshwar—. Sabéis que Sati no puede casarse.

—Si el Neelkanth decidiera casarse con ella, ninguna ley terrenal podría detenerlo.

—Perdonadme, mi señor, pero la base de nuestra civilización es que nadie está por encima de la ley. Eso nos hace ser quienes somos: mejores que los chandravanshis y que los nagas. Ni siquiera Lord Ram estaba por encima de la ley. ¿Cómo es que este bárbaro se puede considerar tan importante?

—¿No quieres que Sati sea feliz? —preguntó Daksha—. También se llama Parvati por un motivo..., porque es tu ahijada. ¿No quieres que recupere la alegría?

—Quiero a Sati como la hija que nunca he tenido, alteza —contestó él, con una rara muestra de emoción en sus ojos—. Haría lo que fuera por ella..., todo..., menos quebrantar la ley.

—Ésa es la diferencia entre nosotros. Por el bien de Sati, no me importaría quebrantar la ley que fuera. Es mi hija. Sangre de mi sangre. Ya ha sufrido bastante. Si puedo encontrar la forma de hacerla feliz, lo haré. ¡Sin que me importen las

consecuencias!



Shiva y Nandi ataron sus caballos en la zona designada junto al *raj* principal, en la plataforma del mercado. Nandi lo guio hasta uno de sus restaurantes favoritos. El aroma tentador de la carne recién cocinada le abrió el apetito, que no había satisfecho en los dos últimos días en la casa de huéspedes real. Sin embargo, el propietario detuvo a Shiva en la puerta.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó Nandi.

—Lo siento mucho, hermanos. Yo también estoy sometido a mis votos religiosos —dijo educadamente el propietario del restaurante, señalando las cuentas de su cuello—. Y ya sabéis que quien hace los votos no puede servir carne a aquellos que también los han hecho.

Nandi expresó su sorpresa.

—Pero el que ha hecho sus votos es...

Shiva le detuvo y señaló con la vista hacia el pañuelo cubierto de cuentas que llevaba alrededor del cuello. Nandi asintió y salió del restaurante siguiendo a Shiva.

—Es la época del año de los votos religiosos, mi señor —explicó Nandi—. ¿Por qué no me esperáis aquí? En la calle de la derecha hay buenos restaurantes. Iré a comprobar si alguno de sus propietarios no ha hecho sus votos.

Shiva asintió. Mientras Nandi salía corriendo, echó un vistazo a la calle. Era una zona de mercado concurrida, con restaurantes y tiendas distribuidas uniformemente. Sin embargo, pese a la gran cantidad de gente y de comercios, la calle no era ruidosa. Ninguno de los tenderos salía a gritar para vender su mercancía. Los clientes hablaban tranquilamente y de forma siempre educada, aunque estuvieran regateando.

¡Esos idiotas tan educados no harían ningún negocio en nuestro bullicioso mercado de montaña!

Shiva, perdido en sus pensamientos sobre las extrañas prácticas de los meluhanos, no oyó el anuncio del pregonero hasta que lo tuvo casi detrás.

—Procesión de mujeres vikarma. ¡Apartaos, por favor!

Shiva se giró sorprendido y se topó con un kshatriya meluhano de gran estatura que le miraba fijamente.

—¿Puede apartarse, señor? Una procesión de mujeres vikarma necesita pasar para sus oraciones.

El tono y la actitud del pregonero eran indudablemente corteses, pero Shiva no se engañaba. No le estaba pidiendo que se apartara, se lo estaba exigiendo. Dio un paso atrás para dejar que pasara la procesión cuando Nandi le tocó suavemente el brazo.

—He encontrado un buen restaurante, mi señor —dijo extasiado—. Uno de mis favoritos. Y tendrá la cocina abierta casi una hora más. ¡Podremos hartarnos a comer!

Shiva soltó una carcajada.

—¡Es increíble que un restaurante pueda hacer suficiente comida para calmar tu apetito!

Nandi se rio con él, mientras Shiva le palmeaba la espalda.

Cuando se dieron la vuelta y fueron hacia esa calle, Shiva preguntó:

—¿Quiénes son las mujeres vikarma?

—Los vikarmas, mi señor —dijo Nandi con un largo suspiro—, son gente que ha sido castigada en esta vida por los pecados de su vida anterior. Por ello deben vivir esta vida con dignidad y tolerar su actual sufrimiento con resignación. Es la única manera de limpiar su karma de los pecados de su vida anterior. Los hombres vikarma tienen su propia orden de penitencia; las mujeres también.

—Acaba de pasar una procesión de mujeres vikarma. ¿Su *puya* es parte del orden? —preguntó Shiva.

—Sí, mi señor. Las mujeres vikarma tienen que seguir muchas reglas. Cada mes, deben rezar por el perdón a Lord Agni, el dios del fuego purificador, con una *puya* específica. No se les permite casarse, pues podrían envenenar a otros con su mala suerte. No pueden tocar a ninguna persona que no esté relacionada con ellas o que no sea parte de sus deberes normales. Y hay muchas otras condiciones que desconozco. Si os interesa, podríamos reunirnos con un *pandit* en el templo de Agni. Él podrá contároslo todo sobre la gente vikarma.

—No, no me interesa encontrarme con un *pandit* ahora mismo —respondió Shiva con una sonrisa—. ¿Podría aburrirme con filosofía confusa e ininteligible! Pero dime una cosa: ¿quién decide que la gente vikarma cometió pecados en su vida anterior?

—Su propio karma, mi señor —respondió Nandi, como si aquello fuera lo más lógico del mundo—. Por ejemplo, si una mujer da a luz un niño muerto, habrá sido castigada así por haber cometido un pecado terrible en su vida anterior. O si un hombre contrae de pronto una enfermedad incurable y queda paralizado..., pues eso le ocurre porque el universo le penaliza por los pecados de su vida anterior.

—Eso me parece bastante ridículo. Una mujer podría dar a luz a un niño muerto simplemente porque no se cuidó lo suficiente mientras estaba embarazada. O podría tratarse de una enfermedad. ¿Cómo puede decir nadie que está siendo castigada por los pecados de su vida anterior?

Nandi, estupefacto, se esforzó por encontrar las palabras para responder. Era meluhano y creía profundamente en el concepto de que el karma se mantenía a lo largo de muchas vidas.

—Es la ley, mi señor... —murmuró en voz baja.

—Bueno, pues me parece una ley muy injusta.

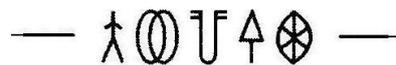
El rostro alicaído de Nandi dejaba entrever que le decepcionaba profundamente que Shiva no comprendiera un concepto tan fundamental sobre Meluha. Pero se guardó su opinión por temor a oponerse a lo que le decía. Después de todo, él era su señor.

Al verlo tan abatido, Shiva le dio una palmada en la espalda.

—Nandi, ésa es solo mi opinión. Si la ley os funciona, estoy seguro de que debe de tener cierta lógica. Tu sociedad puede ser algo extraña a veces, pero cuenta con alguna de la gente más honesta y decente que he conocido.

Mientras la sonrisa regresaba de forma casi instantánea al rostro de Nandi, éste fue consciente de un problema más inmediato: ¡se moría de hambre! Entró al restaurante con decisión, mientras Shiva le seguía, riendo por lo bajo.

A poca distancia, en la calle principal, la procesión de mujeres vikarma continuó caminando en silencio. Iban todas vestidas con largos *angvastrams* teñidos del sagrado color azul. Llevaban las cabezas gachas, como penitencia, con sus *puja thalis* o «bandejas de plegaria» llenas de ofrendas a Lord Agni. El mercado, que ya era tranquilo de por sí, quedó en un silencio sepulcral al paso de aquellas mujeres condenadas. En el centro de la procesión, inadvertida para Shiva, con la cabeza gacha, vestida con un *angvastram* azul que la cubría de pies a cabeza y con un rostro que era la viva estampa de la dignidad resignada, caminaba fatigosamente la triste figura de Sati.



—¿Por dónde íbamos, mi señor? —dijo Daksha, mientras Shiva y Nandi se sentaban en su oficina privada a la mañana siguiente.

—Estábamos a punto de comentar los cambios que trajo Lord Ram, alteza. Y hablar de cómo derrotó la rebelión de los brahmins renegados —contestó Shiva.

—Eso es —dijo Daksha—. Lord Ram derrotó a los brahmins renegados. Pero según lo veía él, el problema era más profundo. No se trataba únicamente de unos brahmins que no seguían el código. El problema era un conflicto entre el karma natural de una persona y lo que le forzaba a hacer la sociedad.

—No lo entiendo, alteza.

—Si lo pensáis, ¿cuál era el problema esencial con los brahmins renegados? Algunos de ellos querían ser kshatriyas y gobernar. Otros deseaban ser vaishyas, ganar dinero y tener una vida de lujos. Sin embargo, su nacimiento los llevó a ser brahmins.

—Pero yo pensaba que Lord Brahma había decretado que esa gente se convirtiera en brahmins a través de un duro proceso de examen —dijo Shiva.

—Eso es cierto, mi señor. Sin embargo, con el tiempo, ese proceso de selección dejó de ser justo. Los hijos de los brahmins se convertían en brahmins; los hijos de los kshatriyas, en kshatriyas... Y así sucesivamente. El sistema formal de selección pronto dejó de existir. Un padre se aseguraba que sus hijos tuvieran todos los recursos y el apoyo necesarios para crecer y convertirse en miembros de su propia casta. Así que el sistema de castas se volvió rígido.

—¿Eso también significa que podría haber habido una persona con talento suficiente para ser brahmin, pero que, al haber nacido de padres shudra, no tuviera la oportunidad de convertirse en brahmin? —preguntó Shiva.

—Sí, Shiva —dijo Parvateshwar, dirigiéndose por primera vez a él. Shiva se dio cuenta de que no le adulaba llamándole «señor»—. Para Lord Ram, cualquier sociedad que basara sus transacciones en algo que no fuera el mérito no podía ser estable. Él creía que la casta de una persona debía decidirse únicamente por su karma. No por su nacimiento ni por su sexo. No debía interferir nada más.

—Eso está bien en teoría, Parvateshwar —replicó Shiva—. Pero ¿cómo lo aplicas a la práctica? Si un niño nace en una familia brahmin, tendrá una educación y unos recursos muy diferentes a los de un niño nacido en una familia shudra. Ese crío crecerá para ser un brahmin aunque tenga menos talento que el shudra. ¿No es injusto para el niño nacido en la familia shudra? ¿Dónde está el «mérito» en ese sistema?

—Ése fue el genio de Lord Ram, Shiva —dijo Parvateshwar sonriendo—. Fue, sin duda, un general valiente, un administrador brillante y un juez justo. Pero su gran legado es el sistema que creó para asegurar que el karma de una persona estuviera determinado únicamente por sus habilidades, por nada más. Ese sistema es lo que ha hecho de Meluha lo que es: la nación más grande de la historia.

—No puedes subestimar el papel que ha jugado la sombras, Parvateshwar —apuntó Daksha—. El mayor acto de Lord Ram fue proporcionar la sombras a todo el mundo. ¡El elixir que hace de los meluhanos la gente más inteligente del universo! La sombras es lo que nos ha dado la habilidad para crear esta sociedad excepcional y casi perfecta.

—Os pido perdón, alteza —dijo Shiva antes de girarse hacia Parvateshwar—. Pero ¿cuál fue el sistema que implantó Lord Ram?

—El sistema es sencillo —contestó Parvateshwar—. Como acordamos, la mejor sociedad es aquella en la que la casta de una persona se decide únicamente por las habilidades y el karma, no por otros factores. Lord Ram creó un sistema práctico para asegurarse de ello. El imperio adopta obligatoriamente a todos los niños nacidos en Meluha. Para asegurarse de que se hacía de forma metódica, se creó un gran hospital llamado Maika, en el sur, al norte del río Narmada. Todas las mujeres embarazadas tienen que viajar hasta allí para dar a luz. Solo se les permite la entrada a la ciudad a las mujeres embarazadas. A nadie más.

—¿A nadie más? ¿Y qué hay de sus maridos, de los padres? —preguntó Shiva.

—No hay más que una excepción a esta norma. La excepción se aprobó hace trescientos años. Se permite la entrada de los maridos y padres de las mujeres de familias nobles —contestó Parvateshwar, con una expresión que demostraba claramente su desacuerdo con esa corrupción del sistema de Lord Ram.

—Entonces, ¿quién se ocupa de las mujeres embarazadas en Maika?

—Los trabajadores del hospital. Están bien entrenados para ello —continuó Parvateshwar—. Una vez que nace el niño o la niña, se queda en Maika durante unas

semanas, por motivos de salud, mientras la madre vuelve a su ciudad.

—¿Sin el bebé? —preguntó Shiva claramente sorprendido.

—Sí —contestó Parvateshwar, frunciendo un poco el ceño, como si aquello fuera lo más obvio del mundo—. Luego, el niño entra en el *gurukul* de Meluha, una escuela enorme creada por el imperio junto a Maika. Cada niño recibe exactamente la misma educación. Crecen con todos los recursos del imperio a su alcance.

—¿Se mantienen registros de los padres y de sus hijos?

—Por supuesto. Pero el encargado del registro de Maika mantiene dichos registros en el más estricto secreto.

—Eso significa que, en el *gurukul* o en el resto del imperio, nadie sabe quiénes son los padres de un niño —razonó Shiva mientras pensaba en las implicaciones de lo que estaba escuchando—. ¿Así que todo niño, ya haya nacido brahmin o shudra, tendrá el mismo trato en el *gurukul*?

—Sí —dijo Parvateshwar sonriendo. Estaba orgulloso del sistema—. Cuando los niños llegan a la adolescencia, se les da la *somras*. Así todos tienen exactamente las mismas oportunidades de triunfar. A los quince años, cuando ya son adultos, se les hace un examen a fondo. Los resultados de ese examen deciden a qué *varna* o casta pertenecerán...: brahmin, kshatriya, vaishya o shudra.

—Y luego se les da un año más de entrenamiento específico para su casta —apuntó Kanakhala—. Llevan bandas de color de su *varna* (blanca para los brahmins; roja para los kshatriyas; verde para los vaishyas; negra para los shudras) y se retiran a sus respectivas escuelas de casta para completar su educación.

—Así que por eso vuestro sistema de castas se llama «*varna*» —dijo Shiva—. Significa «color», ¿verdad?

—Sí, mi señor —dijo Kanakhala sonriendo—. Sois muy observador.

—Sí, era muy complicado llegar a esa conclusión —añadió Parvateshwar, que le lanzó una mirada sarcástica a Kanakhala.

—¿Y qué pasa después de eso? —preguntó Shiva, sin hacer caso de la pulla.

—Cuando cumplen dieciséis años, se les asignan padres aspirantes de su casta. Por ejemplo, si unos padres brahmin solicitaran adoptar a un niño, se les asignaría al azar un estudiante de Maika que hubiera obtenido la casta brahmin en su examen. Entonces, el niño crece con esos padres adoptivos como si fuera su hijo de verdad.

—Y la sociedad es perfecta —dijo Shiva, que estaba maravillado ante la brillante simplicidad de aquel sistema—. Cada persona obtiene su posición en la sociedad a partir de sus habilidades. ¡La eficiencia y la justicia de este sistema son asombrosas!

—Con el tiempo, mi señor —interrumpió Daksha—, descubrimos que el porcentaje de las castas más altas iba creciendo entre la población. Eso significa que todo el mundo tiene la capacidad de sobresalir. Lo único que necesita un niño es que se le dé la oportunidad de triunfar.

—Entonces, las castas menores debían de adorar a Lord Ram por ello —dijo Shiva—. Les dio la oportunidad de triunfar.

—Sí, le adoraban —contestó Parvateshwar—. Eran sus seguidores más fieles. *¡Jai Shri Ram!*

—Pero supongo que pocas madres estarían de acuerdo con esto. No me imagino a ninguna mujer entregando voluntariamente a su hijo al nacer, sin la oportunidad de volver a verlo.

—Pero es por el bien común —dijo Parvateshwar, frunciendo el ceño ante esa pregunta aparentemente estúpida—. Y, en cualquier caso, cualquier madre que desee vástagos, puede solicitar uno, y se le asigna un hijo que encaje con su posición y sus sueños. No hay nada peor para una madre que tener un hijo que no esté a la altura de sus expectativas.

Shiva frunció el ceño ante las explicaciones de Parvateshwar, pero no discutió.

—Imagino que muchas castas altas como los brahmins estarían bastante descontentas con Lord Ram. Después de todo, perdieron el control del poder.

—Sí —respondió Daksha—. Muchas castas altas se opusieron a las reformas de Lord Ram. No solo los brahmins, sino incluso también los kshatriyas y los vaishyas. Lord Ram libró una gran batalla para derrotarlos. Los vencidos que sobrevivieron son los chandravanshis que vemos hoy.

—¿Vuestras diferencias se remontan a tanto tiempo atrás?

—Sí —contestó Daksha—. Los chandravanshis son gente corrupta y desagradable. Sin moral. Sin ética. Son la fuente de todos nuestros problemas. Algunos creemos que Lord Ram fue demasiado amable. Tendría que haberlos destruido por completo. Pero los perdonó y los dejó vivir. De hecho, nos mortifica ver que los chandravanshis gobiernan la cuna de Lord Ram...: ¡Ayodhya!

Antes de que Shiva pudiera asimilar aquella información, sonó la campana de un nuevo *prahar*. Todos pronunciaron una rápida oración para dar la bienvenida a la nueva franja horaria.

Él miró por la ventana. Parecía esperanzado.

Daksha sonrió al ver su expresión.

—Podríamos hacer una pausa para comer, mi señor. Pero si tenéis otra cita a la que acudir, continuaremos mañana.

Parvateshwar miró a Daksha con desaprobación. Sabía exactamente lo que intentaba hacer el emperador.

—Eso estaría bien, alteza. —Shiva sonrió—. ¿Acaso mi rostro es tan transparente?

—Lo es, mi señor. Pero es un don que tenéis. En Meluha, nada se valora más que la honestidad. ¿Por qué no acudís a vuestra cita y nos encontramos aquí mañana por la mañana?

Profundamente agradecido, Shiva abandonó la sala escoltado por Nandi.



Se acercó al seto con una mezcla de emoción y nervios. En cuanto escuchó el sonido del *dhol* que provenía del jardín, envió a Nandi a comer a la casa de huéspedes. Quería estar solo. Soltó un largo suspiro. Se sintió extasiado cuando dio la vuelta al seto y se encontró a Sati practicando bajo la atenta mirada del *guruji* y de Krittika.

—Me alegro de volver a verte —dijo el hombre mientras se levantaba para hacer un *namasté* formal.

—El placer es mío, *guruji* —repuso Shiva mientras se agachaba para tocar los pies de aquel hombre como muestra de respeto.

Sati se mantuvo alejada de aquella escena, con la vista fija en el suelo.

—¡No he podido quitarme tu baile de la cabeza! —exclamó Krittika.

Shiva se sonrojó ante el cumplido.

—Oh, no fue tan bueno.

—Ahora estás buscando halagos —le pinchó ella.

—Me preguntaba si podríamos empezar donde lo dejamos la última vez —dijo Shiva girándose hacia Sati—. No creo que tenga que hacerte de profesor ni nada de eso. Solo quería verte bailar.

Ella sintió que volvía esa extraña incomodidad. ¿Por qué cuando hablaba con él sentía que quebrantaba la ley? Podía hablar con hombres mientras mantuviera una distancia decente. ¿Por qué se sentía culpable?

—Haré lo que pueda —dijo formalmente—. Sería enriquecedor escuchar tu opinión sobre cómo puedo mejorar. Respeto tus habilidades de danza.

¿*Que las respetas!? ¿Por qué las respetas? ¿Por qué no las amas!?*

Shiva sonrió educadamente. Algo en su interior le decía que hacer cualquier comentario arruinaría el momento.

Sati cogió aire, se ciñó el *angvastram* a la cintura y adoptó la pose del Nataraj. Shiva sonrió al sentir que la Madre Tierra proyectaba su *shakti*, su energía, hacia Sati.

Vigorizada por la tierra que pisaba, ella empezó su baile. Y había mejorado mucho. Las emociones parecían fluir a través de su cuerpo. Siempre había sido buena técnicamente, pero la pasión elevó su danza hasta el siguiente nivel. Shiva sintió que lo envolvía una magnífica sensación de irrealidad. Sati irradiaba magnetismo mientras movía su cuerpo ágil al ritmo de los pasos de baile. Por unos momentos, Shiva imaginó que él era el hombre que Sati parecía anhelar en su baile. Cuando finalmente se detuvo, los allí presentes aplaudieron espontáneamente.

—Jamás os había visto bailar tan bien —dijo el *guruji* con orgullo.

—Gracias —respondió Sati con una reverencia. Luego miró con expectación a Shiva.

—Ha sido fantástico —exclamó él—. Absolutamente fabuloso. ¿No te dije que lo llevabas dentro?

—Pensaba que no lo había hecho del todo bien en la secuencia del ataque —dijo Sati.

—Estás siendo demasiado dura contigo misma —la consoló Shiva—. Ha sido un

error leve. Ha ocurrido solo porque has errado el ángulo del codo. Eso ha hecho que tu siguiente movimiento fuera un poco raro. —Se puso rápidamente en pie—. Mira, te lo mostraré.

Se acercó a ella y le tocó el codo para ponérselo en el ángulo adecuado. Sati retrocedió horrorizada inmediatamente, a la vez que el *guruji* y Krittika ahogaban un grito. Shiva se dio cuenta al instante de que había ocurrido algo terrible.

—Lo siento —dijo, con una mirada de arrepentimiento sincero—. Solo intentaba mostrarte dónde tendría que haber estado tu codo.

Sati siguió mirando a Shiva, inmóvil y aturdida.

El *guruji* fue el primero en reponerse. Shiva debía someterse a la ceremonia de purificación.

—Acude a tu *pandit*, Shiva. Dile que necesitas una *shudhikaran*. Ve antes de que termine el día.

—¿Qué? ¿Qué es una *shudhikaran*? ¿Por qué la necesito?

—Por favor, ve a por la *shudhikaran*, Shiva —insistió Sati, mientras las lágrimas empezaban a anegar sus orgullosos ojos—. Si te ocurriera algo, no me lo podría perdonar jamás.

—¡No me pasará nada! Mira, siento si he quebrantado alguna norma al tocarte. No volveré a hacerlo. No es para tanto.

—¡Sí que es para tanto! —chilló Sati.

Aquella reacción tan violenta lo pilló por sorpresa.

¿Por qué diablos están exagerando tanto con esa bobada?

Krittika se acercó a Sati, con cuidado de no tocarla, y susurró:

—Deberíamos volver a casa, mi señora.

—No, no. Quédate, por favor —le suplicó Shiva—. No te tocaré. Lo prometo.

Con una mirada desesperada, Sati se dio la vuelta para marcharse, seguida por Krittika y el *guruji*. Al llegar al borde del seto, se dio la vuelta y le volvió a suplicar:

—Por favor, ve a por tu *shudhikaran* antes del anochecer. Por favor.

El *guruji*, al ver el desconcierto en la mirada de Shiva, le aconsejó:

—Hazle caso. Lo dice por tu propio bien.



—¡Qué estupidez! —soltó Shiva.

Estaba tumbado en el dormitorio de la casa de huéspedes. Se sentía desesperado. No se había sometido a la *shudhikaran*. Ni siquiera se había molestado en descubrir en qué consistía tal ceremonia.

¿Por qué necesitaré; purificarme por tocar a Sati? Quiero pasar el resto de mi vida tocándola de todas las maneras posibles. ¿Voy a tener que someterme a una shudhikaran cada día? ¡Es ridículo!

Un pensamiento turbador le pasó por la mente.

¿Es por mí? ¿No se me permite tocarla porque soy un descastado? ¿Un bárbaro inferior?

—No. Eso no puede ser cierto —susurró para sí—. Sati no piensa así. Es una buena mujer.

Pero ¿y si es cierto? Quizá si supiera que soy el Neelkanth...



VII

LAS TAREAS INACABADAS DE LORD RAM

—Parecéis un poco distraído esta mañana, mi señor. ¿Os encontráis bien? —preguntó Daksha algo preocupado.

—¿Hmm? —respondió Shiva levantando la vista—. Lo siento, alteza. Estaba algo perdido en mis pensamientos.

Daksha miró a Kanakhala con expresión preocupada. Había visto una mirada de desesperación parecida en Sati, durante la cena de la noche anterior. Pero ella se había negado a decirle nada.

—¿Queréis que nos reunamos más tarde? —preguntó Daksha.

—Claro que no, alteza. No pasa nada. Disculpad. Continudad, por favor —dijo Shiva.

—Bueno —respondió Daksha, cuya preocupación no había desaparecido—, estábamos hablando de los cambios que trajo Lord Ram a la sociedad.

—Sí —dijo Shiva, meneando ligeramente la cabeza para sacar de su mente la imagen perturbadora de la última súplica de Sati.

—El sistema de Maika funcionaba fantásticamente bien. Nuestra sociedad creció. La nuestra siempre había sido una de las zonas más ricas de la Tierra. Pero, en los últimos mil doscientos años, nos hemos desarrollado muchísimo, más que nadie. Meluha se ha convertido, de lejos, en el país más rico y poderoso del mundo. Nuestros ciudadanos tienen vidas ideales. No hay crímenes. La gente hace las cosas para las que tiene una mejor predisposición, y no aquello que le obligaría a hacer un orden social injusto. No forzamos ni libramos guerras sin provocación con ningún país. De hecho, la nuestra se ha convertido en una sociedad perfecta.

—Sí, alteza —asintió Shiva, entrando lentamente en la conversación—. No creo que pueda conseguirse la perfección. Es más un viaje que un punto de llegada. Pero vuestra sociedad está claramente cerca de la perfección.

—¿Por qué crees que no somos perfectos? —contestó Parvateshwar de forma agresiva.

—¿Tú crees que tu sociedad es perfecta, Parvateshwar? —preguntó Shiva

educadamente—. ¿En Meluha todo va exactamente como habría ordenado Lord Ram?

Parvateshwar se quedó en silencio. Sabía que no, pero no le gustaba la respuesta.

—Tiene razón, Parvateshwar —dijo Daksha—. Siempre hay cosas que mejorar.

—Dicho eso, alteza —añadió Shiva—, debo decir que vuestra sociedad es maravillosa. Las cosas parecen estar muy bien organizadas. Lo que no tiene sentido para mí es por qué vos y vuestra gente estáis tan preocupados por el futuro. ¿Cuál es el problema? ¿Para qué necesitáis al Neelkanth? No veo nada que vaya tan mal como para que estéis al borde del desastre. ¿Esto no es como mi tierra natal, donde hay tantos problemas que no sabría por dónde empezar!

—Mi señor, se necesita un Neelkanth porque nos enfrentamos a retos que nos superan. Nos mantenemos aislados y dejamos que otros países hagan su vida. Comerciamos con otras sociedades, pero nunca interferimos en ellas. No permitimos que los forasteros sin invitación previa lleguen a Meluha más allá de los pueblos fronterizos. Pensamos que es justo que otras sociedades nos dejen en paz para que vivamos la vida del modo que queramos.

—Y supongo que no lo hacen, ¿verdad, alteza?

—No, no lo hacen.

—¿Por qué?

—Es sencillo, mi señor —contestó Daksha—: celos. Odian nuestras costumbres superiores. Ven nuestro eficiente sistema familiar como algo monstruoso. El hecho de que nos ocupemos de todo el mundo en nuestro país los hace infelices, pues ellos no saben cuidar de sí mismos. Llevan vidas tristes. En lugar de mejorar ellos, quieren que nosotros nos rebajemos a su nivel.

—Lo entiendo. Mi tribu se enfrentó a mucha envidia en el monte Kailash desde que tomamos el control de la orilla del lago Mansarovar, que era la mejor tierra de la región. Pero a veces me pregunto si habríamos podido evitar el derramamiento de sangre si hubiéramos compartido nuestra buena fortuna de buen grado.

—Pero nosotros compartimos nuestra buena fortuna con aquel que lo desea, mi señor. Pero la envidia ciega a nuestros enemigos. Los chandravanshis se dieron cuenta de que es la somras lo que garantiza nuestra superioridad. Lo gracioso es que ellos tienen el conocimiento de la somras, pero no han aprendido a producirla en serie como nosotros. Por ello no han obtenido todos sus beneficios.

—Siento interrumpiros, alteza, pero ¿dónde se produce la somras?

—En un lugar secreto llamado monte Mandar. Allí es donde se fabrica el polvo de somras, que luego se distribuye por todo el imperio. En templos designados por todo Meluha, brahmins experimentados lo mezclan con agua y otros ingredientes para administrárselo a la población.

—Ajá —dijo Shiva.

—Los chandravanshis no se hicieron tan poderosos como nosotros porque nunca tuvieron suficiente somras. Devorados por la envidia, trazaron un plan avieso para

destruir la somras y, por tanto, a nosotros. Uno de los ingredientes clave de la somras es el agua del Saraswati. El agua de otras fuentes no funciona.

—¿En serio? ¿Y por qué?

—No lo sabemos, mi señor. Los científicos no pueden explicarlo. Lo único que sabemos es que solo sirven las aguas del Saraswati. Por eso los chandravanshis intentaron matar el Saraswati, para hacernos daño.

—¿Matar a un río? —preguntó Shiva, sin entender qué quería decir con eso.

—¡Sí, mi señor! —respondió Daksha, mientras sus ojos infantiles se inflamaban ante la perfidia chandravanshi.

—El Saraswati surge de la confluencia de dos poderosos ríos del norte: el Sutlej y el Yamuna. Antiguamente, el curso de los dos ríos era terreno neutral. Tanto los chandravanshis como nosotros visitábamos esas tierras para extraer agua para la somras.

—Pero ¿cómo intentaron matar el Saraswati, alteza?

—Desviaron el curso del Yamuna para que, en lugar de fluir hacia el sur, empezara a hacerlo hacia el este, para encontrarse con su río principal, el Ganges.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó Shiva asombrado—. ¡Cambiar el curso de un río!

—Sí, claro que se puede —contestó Parvateshwar.

—Estábamos furiosos —intervino Daksha—. Pero les dimos la oportunidad de resarcirse de su hipocresía.

—¿Y?

—¿Qué se puede esperar de los chandravanshis, mi señor? —dijo Daksha, disgustado—. Negaron saber nada sobre ello. Dijeron que el río había cambiado su curso por su cuenta, debido a un pequeño terremoto. ¡Y, lo que es aún peor, dijeron que, como el río había cambiado su curso por sí solo, los meluhanos tendríamos que aceptar que era voluntad de Dios!

—Por supuesto, nos negamos a aceptarlo —apuntó Parvateshwar—. Bajo el liderazgo del rey Brahmanayak, el padre de su alteza, atacamos Swadweep.

—¿La tierra de los chandravanshis? —preguntó Shiva.

—Sí, Shiva —respondió Parvateshwar—. Fue una victoria aplastante. El ejército chandravanshi mordió el polvo. El rey Brahmanayak, en su amabilidad, les dejó quedarse con sus tierras y mantener su sistema de gobierno. Ni siquiera exigimos reparaciones de guerra o tributos anuales. La única condición del tratado de rendición fue la devolución del Yamuna. Restauramos el curso original del río para que se uniera al Saraswati.

—¿Luchaste en esa guerra, Parvateshwar?

—Sí —respondió él, con el pecho hinchado de orgullo—. Entonces era un mero soldado. Pero sí, combatí en esa guerra.

—Entonces, ¿cuál es el problema ahora, alteza? —le preguntó Shiva a Daksha—. Vuestro enemigo fue claramente derrotado. ¿Por qué sigue muriéndose el Saraswati?

—Creemos que los chandravanshis vuelven a tramar algo. Aún no sabemos qué es. Tras su derrota, la zona que hay entre nuestros dos países se convirtió en tierra de nadie. La jungla se la tragó. Eso incluía los primeros tramos del Yamuna. Nosotros cumplimos con nuestra parte del trato y no volvimos a pisar esa zona. Parece que ellos no honraron su promesa.

—¿Estáis seguros de eso, alteza? ¿Se ha comprobado la zona? ¿Se ha discutido con los representantes de los chandravanshis que hay en vuestro imperio?

—¿Estás intentando decir que mentimos? —contraatacó Parvateshwar—. ¡Los auténticos suryavanshis no mienten!

—¡Parvateshwar! —le regañó Daksha con rabia—. No estaba insinuando nada de eso.

—Escúchame, Parvateshwar —dijo Shiva educadamente—, si algo he aprendido de las batallas inútiles de mi tierra es que la guerra debería ser el último recurso. Si hay otra solución posible, no hay nada de malo en perdonarle la vida a algún joven soldado. Seguro que, en alguna parte, una madre aliviada nos bendecirá por ello.

—No luchemos. Maravilloso. Qué gran salvador —murmuró Parvateshwar por lo bajo.

—¿Tienes algo que decir, Parvateshwar? —gritó Kanakhala—. Ya te lo he dicho antes. ¡No insultarás al Neelkanth en mi presencia!

—Tú no me das órdenes —gruñó él.

—¡Basta! —ordenó Daksha. Girándose hacia Shiva, prosiguió—: Lo siento, mi señor. Tenéis razón. No deberíamos declarar la guerra sin estar seguros. Por eso he evitado el conflicto hasta ahora. Pero examinad los hechos. El flujo del Saraswati ha estado disminuyendo lentamente durante los últimos cincuenta años.

—Y los últimos años han sido horribles —dijo Kanakhala mientras controlaba sus lágrimas por la lenta muerte del río al que muchos meluhanos consideraban un padre—. El Saraswati ya ni siquiera llega al mar; desemboca en un delta tierra adentro, al sur del Rajastán.

—Y la somras no puede hacerse sin agua del Saraswati —continuó Daksha—. Los chandravanshis lo saben y por eso intentan matarlo.

—¿Qué dice sobre ello el representante de Swadweep? ¿Se le ha consultado?

—No tenemos relaciones diplomáticas con Swadweep, mi señor —dijo Daksha.

—¿En serio? Pensaba que tener representantes de otros países era algo propio de estas tierras. Eso da la oportunidad de entenderlos mejor y de, quizás, evitar una guerra. He oído que hace dos días llegó una misión diplomática proveniente de Mesopotamia. ¿Por qué no hacer lo mismo con Swadweep?

—Vos no los conocéis, mi señor. Son gente pérfida. Ningún seguidor de las costumbres suryavanshis mancillará su alma hablando voluntariamente con un chandravanshi.

Shiva frunció el ceno, pero no dijo nada.

—No sabéis al nivel que se han rebajado, mi señor. ¡En los últimos años, incluso

han empezado a usar a los malditos nagas en sus ataques terroristas contra nosotros! —dijo Kanakhala con una mirada de asco.

—¿Ataques terroristas?

—Sí, mi señor —respondió Dakshaf. Su derrota los tuvo tranquilos durante varias décadas. Y, debido a nuestra aplastante victoria en la guerra, creen que no pueden vencernos en una confrontación abierta. Así que han recurrido a una forma de asalto que solo usaría una gente tan repulsiva como ellos: los ataques terroristas.

—No lo entiendo. ¿Qué hacen exactamente?

—Envían pequeñas bandas de asesinos que lanzan ataques sorpresa contra lugares públicos y no militares. Su idea es atacar a civiles..., brahmins, vaishyas o shudras. Intentan destruir lugares como templos, baños públicos..., zonas en las que puede que no haya soldados para repeler el ataque, y cuya destrucción mine la moral del imperio y siembre el terror.

—¡Eso es algo horrible! Ni siquiera los pakratis de mi tierra, que no son más que unos bárbaros, se rebajarían de tal modo —apuntó Shiva.

—Sí —dijo Parvateshwar—. Esos chandravanshis no luchan como hombres. ¡Luchan como cobardes!

—Entonces, ¿por qué no atacáis su país y termináis con esto de una vez por todas?

—Eso querríamos, mi señor —dijo Daksha—. Pero no estoy seguro de que podamos derrotarlos.

Antes de girarse hacia Daksha, Shiva observó cómo Parvateshwar hervía por dentro, en silencio. Aquello suponía todo un insulto para su ejército.

—¿Por qué, alteza? Disponéis de unas fuerzas bien entrenadas y eficientes. Estoy seguro de que vuestro ejército podría derrotarlos.

—Hay dos motivos, mi señor. Primero, nos superan en número. Incluso nos superaban en número hace cien años, aunque por un margen poco significativo. Pero hoy estimamos que tienen una población de más de ochenta millones, mientras que la nuestra es de solo ocho millones. Pueden enviar un ejército mucho más grande contra nosotros. Su superioridad numérica dejaría en nada nuestra ventaja tecnológica.

—¿Por qué tenéis menos población? ¡Tenéis a gente que vive más de doscientos años! Vuestra población debería ser mayor.

—Las causas son sociológicas, mi señor —dijo Daksha—. Nuestro país es rico. Los hijos son una cuestión de elección, más que un deber. Los padres adoptan niños del sistema de Maika en pequeñas cantidades, quizás uno o dos, para poder dedicar más atención a su educación. Y cada vez hay menos madres que den a luz en Maika. En Swadweep, los hijos de los pobres se ven obligados a trabajar para ayudar a traer ingresos a casa. Cuantos más hijos tienen, menos pobre es la familia. Por eso su país tiene una población mucho mayor.

—¿Y el segundo motivo para evitar la guerra?

—Es algo que está bajo nuestro control. Nosotros luchamos según las reglas de la guerra. Con normas y ética. Los chandravanshis no. Y me temo que esa es una

debilidad nuestra que pueden aprovechar nuestros enemigos.

—¿Reglas de guerra? —preguntó Shiva.

—Sí. Por ejemplo, no atacamos a hombres desarmados. Una persona con armas superiores, como alguien de la caballería, no atacará jamás a alguien menos armado, como un soldado de a pie con una lanza. Un espadachín nunca atacará a una persona por debajo de la cintura, porque no es ético. A los chandravanshis no les importan esos detalles. Atacan a quién sea y cómo crean conveniente para asegurarse la victoria.

—Os ruego que me disculpéis, alteza —intervino Parvateshwar—, pero esa diferencia es lo que nos hace ser quienes somos. Como dijo Lord Ram: la ética y el carácter de una persona no se ponen a prueba en los buenos tiempos. Una persona solo demuestra lo firme que es su *dharma* cuando llegan los malos tiempos.

—Pero, Parvateshwar —dijo Daksha con un suspiro—, no nos ataca gente tan ética y decente como nosotros. Nuestro modo de vida está bajo asedio. Si no contraatacamos del modo que podamos, perderemos.

—Vuelvo a disculparme, alteza —respondió Parvateshwar—. Nunca he dicho que no debemos contraatacar. Estoy ansioso por hacerlo. He pedido permiso en repetidas ocasiones para declararles la guerra a los chandravanshis. Pero, si luchamos sin nuestras reglas, nuestros códigos y nuestra ética, entonces nuestro estilo de vida quedará destruido. ¡Y los chandravanshis nos habrán vencido sin siquiera luchar contra nosotros!

Interrumpieron su conversación cuando sonó la campana del *prahar*. Todos pronunciaron una rápida oración. Shiva se giró hacia la ventana. Se preguntaba si Sati habría salido a bailar.

Daksha se giró hacia Shiva, a la expectativa.

—¿Necesitáis marcharos, mi señor?

—No, alteza —dijo él, ocultando el dolor y la confusión que sentía en su interior—. Creo que nadie me espera en este momento.

La sonrisa del rostro de Daksha desapareció junto a sus esperanzas.

—Si os parece bien, alteza, podemos continuar con nuestra conversación. Quizá podamos comer un poco más tarde.

—Por supuesto, mi señor. —Daksha sonrió, recuperando la compostura.

—Hasta ahora he entendido la historia. Aunque comprendo vuestras razones para no querer atacar ahora mismo, está claro que tenéis un plan en el que yo desempeño un papel que me es extraño.

—Sí, tenemos un plan, mi señor. Siento que, como emperador, ceder sin más a la justa ira de nuestro pueblo no resolverá el problema. Creo que la gente de Swadweep no es malvada. Son sus gobernantes chandravanshis y su estilo de vida lo que los ha vuelto malvados. Nuestra única manera de proceder es salvar a los swadweepanos.

—¿Salvarlos? —preguntó Shiva completamente sorprendido.

—Sí, mi señor. Salvarlos de la filosofía malvada que infecta sus almas. Salvarlos de sus gobernantes traidores. Salvarlos de su existencia lamentable y sin sentido. Y

podemos hacer eso dándoles los beneficios del superior estilo de vida suryavanshi. Una vez que sean como nosotros, no habrá motivo para luchar. Viviremos como hermanos. Ésa es la tarea inacabada de mi padre, el rey Brahmanayak. De hecho, es la obra inconclusa de Lord Ram.

—Es una gran tarea, alteza —dijo Shiva—. Es revolucionaria en su bondad y su razón, pero sus proporciones son enormes. Necesitaréis soldados que derroten a su ejército y misionarios que los atraigan a vuestro bando. No será fácil.

—Estoy de acuerdo. En mi imperio hay muchos a los que les preocupa atacar Swadweep, y les estoy poniendo delante un reto mucho mayor: reformar Swadweep. Por eso no quiero hacerlo sin el Neelkanth, mi señor.

Shiva recordó las palabras de su tío, aquellas que le dijo tantos años atrás, en la que ya casi parecía otra vida: «Tu destino está más allá de las montañas, de ti depende cumplir con él o volver a huir».

—Los problemas a los que nos estamos enfrentando fueron objeto de profecía en su momento, mi señor —continuó Daksha—. Lord Ram dijo que cualquier filosofía, sin importar lo perfecta que sea, funciona solo por un tiempo finito. Es la ley de la naturaleza y no se puede evitar. Pero lo que nos cuenta también la leyenda es que cuando los problemas se vuelven insuperables para los hombres corrientes, entonces aparece el Neelkanth, y que él destruirá a los malvados chandravanshis y restaurará las fuerzas del bien. Mi señor, vos sois el Neelkanth. Podéis salvarnos. Podéis completar las tareas inacabadas de Lord Ram. Debéis dirigirnos y ayudarnos a derrotar a los chandravanshis. Debéis llevar a los swadweepanos al bando del bien. Si no, me temo que nuestro bello país y la sociedad casi perfecta de Meluha terminarán destruidos en años de guerras sin cuartel. ¿Nos ayudaréis, mi señor? ¿Seréis nuestro líder?

Shiva estaba confundido.

—Pero no lo entiendo, alteza. ¿Qué se supone que he de hacer?

—No lo sé, mi señor. Solo sabemos cuál es nuestro destino y que seréis nuestro líder. El camino que tomemos depende de vos.

¿Quieren que destruya el modo de vida de ochenta millones de personas yo solo! ¿Están locos?

Shiva habló con cuidado.

—Siento afinidad con vuestra gente y comprendo sus penurias, alteza. Pero, para ser sincero, no entiendo demasiado bien qué puede hacer un solo hombre.

—Si ese hombre sois vos, mi señor —dijo Daksha con los ojos húmedos, muy abiertos por la devoción y la fe—, ese hombre podrá cambiar el universo.

—No estoy seguro de ello, alteza —respondió Shiva con una leve sonrisa—. ¿Por qué iba mi presencia a suponer tal cambio? No puedo hacer milagros. No puedo chasquear los dedos y que caigan relámpagos sobre los chandravanshis.

—Es vuestra presencia, mi señor. Os invito a viajar por el imperio. Comprobad el efecto que causa el color azul de vuestro cuello. ¡Una vez que mi gente crea que lo

puede hacer, será capaz de hacerlo!

—Sois el Neelkanth, mi señor —añadió Kanakhala—. La gente tiene fe en el portador del cuello azul. Tendrán fe en vos. ¿Nos ayudaréis, mi señor?

¿Volverás a huir?

—Pero ¿cómo sabéis que el cuello azul me convierte en el verdadero Neelkanth? —preguntó Shiva—. ¡No sabéis si ahí fuera hay muchos meluhanos con el cuello azul esperando a ser descubiertos!

—No, mi señor —respondió Daksha—. No puede ser un meluhano. La leyenda dice que el Neelkanth será un extranjero. No puede ser del Sapt Sindhu. Y tendrá el cuello azul por haber tomado la somras.

Shiva no contestó. Se quedó estupefacto cuando empezó a comprenderlo todo.

Srinagar. La primera noche. Somras. Así fue como mi cuerpo se recuperó. Por eso me siento más fuerte que nunca.

Daksha y Kanakhala lo miraron conteniendo el aliento, aguardando su decisión, rezando para que fuera la decisión correcta.

Pero ¿por qué solo yo? Se les dio somras a todos los gunas. ¿Mi tío estaba en lo cierto? ¿De verdad tengo un destino?

Parvateshwar observó a Shiva con los ojos entrecerrados.

No me merezco ningún destino. Pero tal vez ésta sea la oportunidad de redimirme. Pero antes...

—Alteza, antes de contestar, ¿puedo formularos una pregunta? —dijo Shiva educadamente.

—Por supuesto, mi señor.

—¿Estáis de acuerdo en que la honestidad es necesaria para que funcione cualquier amistad? ¿Aunque eso signifique ofender gravemente a vuestro amigo con la verdad?

—Sí, por supuesto —contestó Daksha, preguntándose a donde quería llegar Shiva.

—La honestidad total no es solo la base en la que ha de fundamentarse una relación individual, sino la que sustenta cualquier sociedad —apuntó Parvateshwar.

—No podría estar más de acuerdo —coincidió Shiva—, pero Meluha no ha sido honesta conmigo.

Nadie dijo nada. Shiva prosiguió en un tono cortés pero firme:

—Cuando se invitó a mi tribu a venir a aquí, tuvimos la impresión de que queríais inmigrantes porque necesitabais gente para trabajar. Y me alegré de escapar de esa tierra de ignorantes. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que estabais buscando al Neelkanth. No se nos contó que se nos administraría una medicina llamada somras en cuanto llegáramos. No se nos dijo que esa medicina tendría tales efectos —dijo Shiva girándose hacia Nandi. Éste bajó la vista con ojos culpables. Su señor tenía derecho a estar enfadado con él. Shiva se giró hacia Daksha y prosiguió—: Alteza, probablemente, sabréis que se me administró la somras en mi primera noche en Cachemira, sin que yo lo supiera.

—Siento muchísimo ese engaño, mi señor —dijo Daksha, que hizo con las manos un *namasté* piadoso—. Es algo de lo que siempre estaré avergonzado. Pero había demasiadas cosas en juego, y la somras ha tenido efectos muy positivos sobre vuestro cuerpo. No os ha dañado en nada.

—Lo sé. No me molesta especialmente tener que vivir una vida larga y saludable —bromeó—. ¿Sabéis que probablemente a mi tribu también se le dio la somras aquella noche? ¿Y que cayeron gravemente enfermos quizás a causa de ello?

—No corrieron ningún riesgo, mi señor —dijo Kanakhala disculpándose—. Alguna gente está predispuesta a ciertas enfermedades. Cuando la somras entra en el cuerpo, activa automáticamente algunas de esas enfermedades que, al curarse, no regresan jamás. Por ello, el cuerpo permanece sano hasta la muerte. De hecho, ahora los miembros de vuestra tribu gozan de una salud mejor.

—De eso no hay duda —dijo Shiva—. No se trata de los efectos de la somras. Tanto mi tribu como yo estamos mejor gracias a ella. Pero, por lo que tengo entendido de Meluha, obligar a alguien a hacer algo sin contarle todos los detalles iría en contra de las costumbres de Lord Ram. Deberíais habernos contado toda la verdad en el monte Kailash. Deberíamos haber tomado una decisión consciente, decidir por nosotros. Probablemente, habríamos venido a Meluha de todos modos, pero habría sido nuestra decisión.

—Por favor, perdonadnos por el engaño, mi señor —dijo Daksha con un lamento culpable—. No solemos hacer las cosas así. Nos enorgullecemos de nuestra honestidad. Pero no teníamos elección. Lo lamentamos de verdad, mi señor. Nos hemos ocupado de vuestra gente. Ahora están más sanos que nunca, y tendrán unas vidas largas y productivas.

Parvateshwar rompió al fin su silencio, para expresar lo que había estado siempre en su corazón, desde que empezó la búsqueda muchas décadas atrás.

—Shiva, lamentamos profundamente lo que hemos hecho. Tienes todo el derecho a estar furioso. Mentir no es algo propio de nosotros. Creo que lo que hicimos es terrible. Lord Ram nunca lo habría consentido. Sin importar lo graves que fueran nuestros problemas, no teníamos derecho a engañar a alguien para que nos ayudara. Lo lamento mucho.

Shiva alzó ligeramente la ceja.

Parvateshwar es el único que se disculpa en lugar de buscar excusas. Es un auténtico seguidor de las costumbres del gran rey Ram.

Shiva sonrió.

Daksha dejó escapar un suspiro de alivio muy audible.

—Dejemos esto atrás, alteza —dijo Shiva tras girarse hacia él—. Como os dije, hay cosas de vuestra nación que podrían mejorarse, sin duda. Pero está entre las mejores sociedades que haya visto. Y merece la pena luchar por ella, pero tengo algunas condiciones.

—Por supuesto, mi señor —repuso Daksha ansioso por agradar.

—En este momento, no digo que pueda realizar las tareas que esperáis de mí ni que no pueda acometerlas. Lo único que afirmo es que haré todo lo que pueda. Pero antes quiero entender mejor vuestra sociedad, para asegurarme de cómo podría ayudar. Supongo que no se me ocultará nada ni se tratará de engañarme.

—Claro que no, mi señor.

—Por otro lado, aún necesitáis inmigrantes para aumentar vuestra población, pero no debéis engañarlos. Tenéis que contarles toda la verdad sobre Meluha y dejar que tomen una decisión plenamente consciente sobre si venir o no. ¿Os parece justo?

—Por supuesto que sí, mi señor —dijo Daksha. Asintió levemente hacia Kanakhala y afirmó—. Lo aplicaremos de inmediato.

—Además, tengo claro que no volveré a Cachemira. ¿Podéis traer a mi tribu, los gunas, a Devagiri? Me gustaría tenerlos a mi lado.

—Por supuesto, mi señor —dijo Daksha, echando un rápido vistazo a Kanakhala—. Hoy mismo daremos orden para ello.

—También me gustaría visitar el lugar donde fabricáis la somras. Me gustaría comprender cómo funciona esa bebida de los dioses. Algo me dice que es importante que lo haga.

—Por supuesto, mi señor —respondió Daksha, mientras en su rostro aparecía una sonrisa nerviosa—. Kanakhala os llevará allí mañana. De hecho, mi familia tiene previsto visitar el lugar pasado mañana, para una *puya* en el templo de Brahma. Quizá podríamos encontrarnos allí.

—Eso estaría bien —dijo Shiva sonriendo. Respiró profundamente y añadió—: Y, por último, supongo que os gustaría anunciar la llegada del Neelkanth a vuestro pueblo.

Daksha y Kanakhala asintieron, vacilantes.

—Debo pedirlos que esperéis un poco más.

Esa respuesta los dejó pálidos. Nandi tenía los ojos pegados al suelo. Había dejado de escuchar la conversación. Haber engañado a su señor de aquel modo lo había dejado destrozado.

—Alteza, tengo la terrible sensación de que cuando la gente sepa que soy el Neelkanth, toda acción y palabra mía se interpretará y se analizará más allá de lo que sería bueno —explicó Shiva—. Me temo que aún no conozco demasiado vuestra sociedad ni mi tarea como para poder ocuparme de eso en este momento.

—Lo entiendo, mi señor —dijo Daksha, intentando devolver una leve sonrisa a su rostro—. Tenéis mi palabra. Solo mis asesores más cercanos, mi familia y la gente que vos decidáis sabrán de la llegada del Neelkanth. Nadie más.

—Gracias, alteza. Pero os lo volveré a repetir: solo soy un hombre sencillo que tiene el cuello azul a causa de una medicina exótica. Sinceramente, sigo sin saber qué puede hacer un hombre como yo ante todo aquello a lo que os enfrentáis.

—Y yo os lo volveré a repetir, mi señor —dijo Daksha con una sonrisa infantil—: ¡si ese hombre sois vos, ese hombre podrá cambiar el universo entero!



VIII

LA BEBIDA DE LOS DIOSES

Shiva y Nandi caminaban de vuelta a la casa de huéspedes. Shiva había decidido que quería comer solo. Nandi iba unos pasos por detrás, con la cabeza gacha por los remordimientos.

—Lo siento muchísimo, mi señor.

Shiva se dio la vuelta para mirarlo.

—Tenéis razón, mi señor. Estábamos tan enfrascados en nuestros problemas y en la búsqueda del Neelkanth que no nos dimos cuenta del injusto trato que dábamos a los inmigrantes. Os engañé, mi señor. Os mentí.

Shiva no dijo nada. Siguió mirando intensamente a los ojos de Nandi.

—Lo siento muchísimo, mi señor. Os he fallado. Aceptaré cualquier castigo que queráis aplicarme.

Los labios de Shiva esbozaron una leve sonrisa. Palmeó ligeramente el hombro de Nandi, para decirle que le había perdonado. Pero sus ojos también estaban llenos de decisión.

—No me vuelvas a mentir, amigo mío.

—Jamás, mi señor. Lo siento mucho.

—Olvídalo, Nandi —dijo Shiva, con una sonrisa un poco más amplia—. Lo pasado, pasado está.

De pronto, Shiva meneó la cabeza y soltó una risita.

—¡Qué gente tan rara!

—¿Qué pasa, mi señor? —preguntó Nandi.

—Nada, la verdad. Es que estaba pensando en algunas cosas interesantes de vuestra sociedad.

—¿Interesantes, mi señor? —preguntó Nandi, sintiéndose algo más seguro ahora que Shiva volvía a dirigirle la palabra.

—Bueno, alguna gente de tu país cree que puedo ayudaros a conseguir cosas imposibles. Algunos creen de verdad que, de pronto, mi nombre se ha vuelto tan sagrado que no pueden ni pronunciarlo.

Nandi sonrió ligeramente.

—Por otra parte —continuó Shiva—, otros tienen claro que no soy necesario. ¡De hecho, incluso creen que mi roce es tan contaminante que necesito que me hagan una *shudhikaran*!

—¿*Shudhikaran*? ¿Por qué ibais a necesitarla, mi señor? —preguntó Nandi algo preocupado.

Shiva sopesó con cuidado sus palabras.

—Bueno, toqué a alguien, y me dijeron que debía someterme a una *shudhikaran*.

El rostro de Shiva cambió de color abruptamente. Cayó en la cuenta. De pronto, entendió lo que había ocurrido el día anterior: por qué había sido tan reticente a que la tocaran; la reacción de sorpresa del *guruji* y de Krittika.

—Vuelve a la casa de huéspedes. Nos veremos allí —dijo, y cogió el camino del jardín de la casa de huéspedes.

—¿Qué ocurrió, mi señor? —preguntó Nandi, intentando seguir el ritmo de Shiva—. ¿Os hicieron la *shudhikaran* o no?

—Ve a la casa de huéspedes, Nandi —insistió Shiva alejándose rápidamente—. Nos veremos allí.



Esperó casi una hora, pero fue en vano: Sati no apareció. Se sentó solo en el banco, maldiciendo el momento en el que se le había ocurrido esa terrible idea.

¿Cómo pude pensar siquiera que Sati creyera que mi roce era contaminante? ¡Soy un maldito idiota!

Recordó los momentos de aquel encuentro fatídico y analizó todos sus aspectos.

«Si te ocurriera algo, no me lo podría perdonar jamás».

*¿Qué quiso decir con eso? ¿Siente algo por mí? ¿O solo es una mujer honrada que no puede soportar ser la causa de la desgracia de alguien? ¿Y por que debería considerarse alguien inferior? ¡Todo ese concepto de los *vikarma* es una sandez!*

Cuando ya se hubo convencido de que ella no iba a aparecer por allí, se levantó. Dio una fuerte patada al banco: el dolor que sintió le recordó que había recuperado la sensibilidad en el dedo gordo del pie. Maldiciendo en voz alta, empezó a caminar de vuelta a la casa de huéspedes. Al pasar junto al escenario, se fijó en que había algo en la pista de baile. Se acercó y se agachó para recogerlo. Era la pulsera de Sati. Se la había visto en la mano derecha. La cuerda no parecía estar rota.

¿La había dejado allí a propósito?

La olió. Tenía la fragancia del Lago Sagrado en una tarde bañada por el sol. Se la llevó delicadamente a los labios y la besó con cuidado. Sonriendo, se la metió en la bolsa que llevaba atada a la cintura. Regresaría del monte Mandar y se reuniría con ella. Debía encontrarse con ella. Si era necesario, la perseguiría hasta el fin del mundo.

Lucharía contra toda la raza humana para conseguirla. Sin ella, el viaje de su vida estaría incompleto. Su corazón lo sabía. Su alma lo sabía.



—¿Cuánto queda, señora primera ministra? —preguntó Nandi, comportándose como un niño alborotado.

Una visita al mítico monte Mandar, el centro donde se fabricaba la bebida de los dioses, era un honor poco frecuente para cualquier meluhano. Para la mayoría de los suryavanshis, el Mandar era el alma del imperio: mientras estuviera a salvo, la somras también lo estaría.

—Solo hace una hora que hemos dejado Devagiri, capitán —dijo Kanakhala sonriendo—. Hay un día de viaje hasta el monte Mandar.

—Es que, por culpa de las cortinas de este carruaje, no veo nada del exterior. No sé cuánto tiempo ha pasado, pues tampoco puedo ver el sol. Por eso lo preguntaba.

—Ahí tiene la lámpara *prahar*, capitán. Las persianas están bajadas por su propia seguridad.

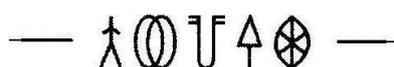
Shiva sonrió a Kanakhala. Entendía que las cortinas no estaban corridas para protegerlo, sino para mantener en secreto la ubicación del Mandar. Muy poca gente conocía aquel lugar. Un equipo de soldados de élite, llamados arishtanemis, eran los encargados de proteger el camino hasta el monte Mandar, así como a sus viajeros. Exceptuando a los científicos del monte Mandar, a los arishtanemis y a cualquier persona autorizada por el emperador, nadie podía acceder a la montaña o saber dónde estaba. Si los terroristas chandravanshis atacaban el monte Mandar, Meluha lo perdería todo.

—¿Con quién nos reuniremos allí, Kanakhala? —preguntó Shiva.

—Mi señor, nos reuniremos con Brahaspati. Es el científico jefe del imperio. Lidera el equipo de científicos que fabrica la somras para todo el país. Por supuesto, también realizan investigaciones en muchos otros campos. Ya se le ha enviado un pájaro mensajero para informarle de vuestra llegada. Nos reuniremos con él mañana por la mañana.

—Gracias —dijo Shiva, que sonrió a Kanakhala.

Mientras Nandi volvía a mirar la lámpara *prahar*, Shiva regresó a su libro. Era un interesante manuscrito que versaba sobre la guerra terrible que se libró miles de años atrás entre los devas (los dioses) y los asuras (los demonios). Una lucha eterna entre opuestos: el bien y el mal. Los devas, con la ayuda de Lord Rudra, el Mahadev, el dios de dioses, habían destruido a los asuras y restablecido la justicia en el mundo.



—Espero que hayáis dormido bien, mi señor —dijo Kanakhala mientras daba la bienvenida a Shiva y a Nandi a la antesala de la oficina de Brahaspati.

Era el inicio de la última hora del primer *prahar*. Los días empezaban temprano en el monte Mandar.

—Así ha sido —dijo Shiva—. Aunque he oído un extraño sonido rítmico durante toda la noche.

Kanakhala sonrió, pero no ofreció ninguna explicación. Agachó la cabeza y abrió la puerta para dejar entrar a Shiva en la oficina de Brahaspati. Lo hizo seguido de Kanakhala y Nandi. Había varios instrumentos extraños esparcidos por toda aquella amplia oficina de Brahaspati, organizados pulcramente en mesas de diferentes alturas. Había notas en hojas de palma junto a cada instrumento, donde estaba claro que se había realizado algún experimento. La sala era de un azul contenido. Había un gran ventanal en la esquina, que ofrecía una vista imponente del bosque frondoso que había al pie de la montaña. En el centro, habían colocado varias sillas bajas y sencillas, formando un cuadrado. Era una sala frugal, acorde con una cultura que siempre prefería la simplicidad.

Brahaspati estaba de pie en el centro de la sala. Sus manos formaban un *namasté*. De altura media, mucho más bajo que Shiva, su piel trigueña, sus ojos profundos y su barba bien arreglada le conferían un aspecto distinguido. La cabeza, completamente afeitada, a excepción de un *choti*, y una expresión serena, daban a su rostro un aspecto intelectual. Tenía un ligero sobrepeso. Sus anchos hombros y su abarillado pecho habrían estado bien definidos si los hubiera ejercitado un poco, pero el cuerpo de Brahaspati era un vehículo para su intelecto y no un templo, como lo era para un guerrero o *kshatriya*. Vestía el típico *dhoti* de algodón blanco y un *angvastram* que llevaba holgado sobre sus hombros. Portaba un *janau* atado desde su hombro izquierdo hasta la cadera derecha.

—¿Cómo estás, Kanakhala? —preguntó Brahaspati—. Ha pasado mucho tiempo.

—Pues sí, Brahaspati —dijo éste, que hizo un *namasté* y una reverencia.

Shiva se fijó en que el segundo amuleto del brazo de Brahaspati indicaba que era un cisne. Una tribu elegida muy selecta entre los brahmins.

—Éste es Lord Shiva —señaló Kanakhala.

—Solo Shiva, gracias —dijo él, sonriendo con un *namasté* educado hacia Brahaspati.

—De acuerdo. Solo Shiva. ¿Y quién es usted? —preguntó Brahaspati girándose hacia Nandi.

—Es el capitán Nandi —respondió Kanakhala—. El ayudante de Lord Shiva.

—Encantado de conocerle, capitán. —Se volvió hacia Shiva—. No quisiera parecer maleducado, pero ¿sería posible que me dejaras ver tu cuello?

Shiva asintió. Mientras se quitaba el pañuelo, Brahaspati dio un paso al frente para examinarlo.

Al ver que el cuello irradiaba un tono azul brillante, la sonrisa se le borró de la

cara. Brahaspati se quedó mudo durante unos segundos. Recuperando la compostura, se giró hacia Kanakhala.

—Esto no es un fraude. El color viene del interior. ¿Cómo es posible? Eso significa que...

—Sí —dijo suavemente Kanakhala con una felicidad que parecía emanar desde lo más profundo de su interior—. Eso significa que ha llegado el Neelkanth. Nuestro salvador ha llegado.

—Bueno, no sé si soy un salvador ni nada de eso —respondió Shiva avergonzado, intentando recolocarse el pañuelo alrededor del cuello—. Pero haré todo lo que pueda por ayudar a vuestro maravilloso país. Por esa razón he acudido a ti. Algo me dice que es importante que sepa cómo funciona la somras.

Brahaspati parecía seguir aturdido. Miraba a Shiva, pero se diría que estaba perdido en algún lugar lejano. Se preguntaba qué implicaba la llegada del auténtico Neelkanth.

—Brahaspati... —dijo Kanakhala, mientras intentaba que el jefe científico regresara al presente.

—¿Eh?

—¿Puedes contarme cómo funciona la somras, Brahaspati? —volvió a preguntar.

—Por supuesto —contestó Brahaspati, mientras sus ojos volvían a centrarse en la gente que tenía delante. Al ver a Nandi, preguntó—: ¿Está bien que hable delante del capitán?

—Nandi ha sido mi amigo durante mi estancia en Meluha —apuntó Shiva—. Espero que no haya problema en que se quede.

A Nandi le emocionó que su señor aún confiara tan abiertamente en él. Nandi volvió a jurar por su vida que jamás volvería a mentirle.

—Como tú digas —concedió Brahaspati con una sonrisa cálida.

Shiva se fijó en que Brahaspati no se mostraba sumiso ni excesivamente deferente tras descubrir que él era el Neelkanth. Igual que Parvateshwar, lo llamaba por su nombre, y no «mi señor». Sin embargo, mientras la actitud de Parvateshwar parecía deberse a una hosca desconfianza, la de Brahaspati quizá tuviera que ver, más bien, con una confiada amabilidad.

—Gracias —sonrió Shiva—. Bueno, ¿cómo funciona la somras?



La procesión real avanzó lentamente por el camino hacia el monte Mandar. Una guardia de ciento sesenta hombres de caballería cabalgaba frente a los cinco carruajes reales en columnas de a cuatro. En la retaguardia, otro grupo igual de numeroso avanzaba detrás de los carruajes reales, en una formación similar. A cada lado marchaba una guardia de cuarenta hombres que cubría los flancos izquierdo y

derecho. Además, cada carruaje llevaba diez soldados y cinco sirvientes, sentados en los apoyos laterales. Los soldados eran los legendarios arishtanemis, la milicia más temida de la India.

Los cinco carruajes estaban hechos de madera maciza, sin ventanas ni aberturas, a excepción de unas hendiduras en la parte superior, que servían de ventilación. En la parte delantera había una rejilla, detrás del cochero, para permitir la entrada de luz y aire; podía cerrarse instantáneamente en caso de ataque. Todos los carruajes tenían exactamente el mismo tamaño y aspecto, lo que hacía imposible saber en cuál de ellos viajaba la familia real. Si una persona tuviera la *divyadrishi*, la visión divina, para mirar más allá de lo que puede ver el ojo humano, vería que el primer, el tercer y el cuarto carruajes iban vacíos. El segundo transportaba a la familia real: a Daksha, a su esposa, Veerini, y a su hija Sati. El último transportaba a Parvateshwar y a algunos de sus brigadieres clave.

—Padre, sigo sin entender por qué insistes en llevarme contigo a las *puyas*. Ni siquiera se me permite presenciar la ceremonia principal —dijo Sati.

—Ya te lo he dicho muchas veces —respondió Daksha sonriendo mientras acariciaba afectuosamente la mano de su hija—. Ninguna de mis *puyas* está completa hasta que he visto tu cara. Me da igual lo que diga la maldita ley.

—¡Padre! —susurró ella, que negó con la cabeza y sonrió avergonzada. Sabía que no estaba bien que su padre dijera aquello.

Veerini miró a Daksha con una sonrisa incómoda. Luego, echando un vistazo rápido a su hija, volvió al libro que estaba leyendo.

A poca distancia, oculto entre el denso bosque, un pequeño grupo de unos cincuenta soldados marchaba en silencio. Llevaban armaduras ligeras de piel en el torso y portaban los *dhotis* atados al estilo militar para facilitar los movimientos. Cada uno de ellos lucía dos espadas, un cuchillo largo y un escudo de metal y piel atado holgadamente en la espalda. Sus zapatos tenían huecos para llevar tres cuchillos pequeños. Dos hombres iban en cabeza. Uno de ellos, un joven apuesto con una cicatriz de guerra que le embellecía el rostro, llevaba un turbante marrón oscuro, lo que indicaba que era el capitán. Su armadura de piel le quedaba algo suelta; se le había escurrido una cadena de oro con un colgante. Éste tenía una bella representación en blanco de una luna creciente, el símbolo chandravanshi.

Junto a él caminaba un gigante cubierto con una túnica larga que le iba de los pies a la cabeza. Llevaba puesta la capucha que tenía cosida a la túnica. Su rostro estaba protegido por una máscara negra. Poco podía verse de él, aparte de sus manos carnosas y fuertes, así como sus inexpresivos ojos con forma de almendra. Llevaba un brazalete de piel atado en su muñeca derecha, con el símbolo del *om* bordado. Sin girarse hacia el capitán, la figura encapuchada dijo:

—Vishwadyumna, se te ve la marca. Guárdatela dentro y ajústate la armadura.

Avergonzado, Vishwadyumna se guardó la cadena inmediatamente y tiró de dos cuerdas que colgaban al lado de sus hombros para ajustarse la coraza.

—Os pido perdón, mi señor —dijo Vishwadyumna—. Pero quizá podríamos adelantarnos para confirmar que ésta es la ruta al monte Mandar. Una vez que lo sepamos, estaremos seguros de que nuestro informador estaba en lo cierto. Estoy convencido de que podemos volver más tarde para secuestrarla. En cualquier caso, nos superan peligrosamente en número. Ahora mismo no podemos hacer nada.

—Vishwadyumna, ¿he ordenado un ataque? ¿Dónde encaja eso de que nos superen en número? Y sí que vamos en dirección al monte Mandar. Unas horas de retraso no harán que se derrumben los cielos. Por ahora, seguiremos —contestó con tranquilidad la figura encapuchada.

Vishwadyumna tragó con fuerza. No había nada que odiara más que enfrentarse a las opiniones de su señor. Después de todo, había sido él quien había encontrado al extraño suryavanshi que simpatizaba con su causa. Ese avance haría posible que arrancaran y destruyeran el mismísimo corazón de Meluha. Habló con suavidad.

—Pero, mi señor, ya sabéis que a la reina no le gustan los retrasos. Entre los hombres se empieza a rumorear que quizás hayamos perdido el norte.

La figura encapuchada se giró bruscamente. Su cuerpo parecía transmitir ira, pero su voz era tranquila.

—No he perdido el norte. Si quieres marcharte, vete, por favor. Conseguirás tu dinero. Haré esto aunque deba hacerlo solo.

Sorprendido al ver esa rara muestra de emoción en su líder, Vishwadyumna se retractó de inmediato.

—No, mi señor. No pretendía sugerir eso. Lo siento. Me quedaré con vos hasta que decidáis prescindir de mí. Tenéis razón. Unas pocas horas no marcarán la diferencia cuando hemos esperado durante siglos.

El pelotón continuó su avance en silencio, siguiendo a la caravana real.



—Desde un punto conceptual, por así decirlo, el funcionamiento de la sombras es ridículamente sencillo —dijo Brahaspati—. Lo complicado fue hacer realidad ese concepto. Eso fue cosa del genio de Lord Brahma. *Jai Shri Brahma!*

—*Jai Shri Brahma* —repitieron Shiva, Kanakhala y Nandi.

—Antes de entender cómo la medicina ralentiza el proceso de envejecimiento, debemos comprender qué es lo que nos mantiene con vida —apuntó Brahaspati—. Hay una cosa fundamental sin la que no podemos vivir.

Shiva observó a Brahaspati, esperando que se explicara.

—La energía —añadió—. Cuando caminamos, hablamos, pensamos o hacemos cualquier cosa que nos convierte en seres vivos, usamos energía.

—Entre nuestra gente, tenemos un concepto similar —dijo Shiva—. Lo llamamos *shakti*.

—¿*Shakti*? —preguntó Brahaspati sorprendido—. Interesante. Esa palabra no se ha usado desde hace muchos siglos para describir la energía. Era un término de los pandyas, los ancestros de toda la gente de la India. ¿Sabes de dónde proviene tu tribu? ¿Su linaje?

—No estoy demasiado seguro, pero hay una anciana de mi tribu que dice saberlo todo sobre nuestra historia. Quizá deberíamos preguntárselo cuando venga a Devagiri.

—¡Tal vez! —dijo Brahaspati sonriendo—. En cualquier caso, volviendo al tema que nos ocupa, sabemos que nuestro cuerpo no puede hacer nada sin energía. Pero ¿de dónde proviene esa energía?

—¿De los alimentos que comemos? —sugirió Nandi tímidamente. Al fin estaba reuniendo la confianza necesaria para hablar ante gente tan importante.

—Correcto. La comida nos proporciona energía que luego podemos gastar. Por eso, si no comemos, nos sentimos débiles. Sin embargo, no solo obtenemos energía comiendo. Algo en el interior del cuerpo debe extraer la energía para que podamos usarla.

—Por supuesto —dijo Shiva.

—La conversión de la comida en energía se hace gracias al aire que respiramos —prosiguió Brahaspati—. El aire contiene varios gases. Uno de esos gases se llama oxígeno. Reacciona con la comida y libera energía. Si no consiguiéramos oxígeno, nuestro cuerpo no tendría energía y moriríamos.

—Pero ese proceso nos mantiene vivos —dijo Shiva—. ¿Qué tiene que ver con eso la medicina? La medicina ha de actuar sobre lo que causa que nos hagamos viejos, nos volvamos débiles y muramos.

Brahaspati sonrió.

—Lo que te he dicho tiene algo que ver con lo que nos hace envejecer. Resulta que la naturaleza tiene sentido del humor. Lo que nos mantiene vivos es lo que hace que envejecamos y terminemos muriendo. Cuando el oxígeno reacciona con la comida para liberar energía, también libera unos radicales libres llamados oxidantes. Esos oxidantes son tóxicos. Cuando dejas una fruta fuera y se estropea, es porque se ha «oxidado»; es decir, que los oxidantes han reaccionado con ella y la han podrido. Un «proceso de oxidación» similar es lo que causa que los metales se corroan. Eso le ocurre sobre todo a un nuevo metal que hemos descubierto: el hierro. Lo mismo le sucede a nuestro cuerpo cuando respiramos oxígeno. Éste ayuda a convertir en energía la comida que ingerimos, pero también provoca la liberación de oxidantes en nuestro cuerpo, y estos empiezan a reaccionar en nuestro interior. Nos corroemos desde el interior. Por ello envejecemos y morimos.

—¡Por el sagrado dios, Agni! —exclamó Nandi—. ¿Lo mismo que nos da la vida también nos mata poco a poco?

—Sí —respondió Brahaspati—. Piénsalo. El cuerpo intenta acumular todo lo que necesita del mundo exterior para sobrevivir. Almacena suficiente comida para que, si

no puedes comer durante unos días, no mueras. Acumula agua para que unos días de sed no lo maten. Parece lógico, ¿verdad? Si tu cuerpo necesita algo, guarda un poco por si llega una posible escasez.

—Por supuesto —dijo Shiva.

—Por otra parte, el cuerpo no almacena suficiente oxígeno, el componente más crucial para seguir vivo. Solo el suficiente para durar unos minutos. No tiene ningún sentido. La única explicación es que el cuerpo se dé cuenta de que, pese a ser un elixir, el oxígeno también es un veneno. Por ello es peligroso almacenarlo.

—¿Y qué hizo Lord Brahma? —preguntó Shiva.

—Tras muchas investigaciones, creó la somras, que, al consumirse, reacciona con los oxidantes, los absorbe y los expulsa del cuerpo en forma de sudor u orina. Gracias a la somras, no quedan oxidantes en el cuerpo.

—¿Por eso el sudor que libera el cuerpo es venenoso la primera vez que una persona bebe la somras?

—Sí. Tu sudor es particularmente peligroso la primera vez que bebes la somras. Dicho esto, no cabe olvidar que el sudor y la orina expulsados, incluso después de que una persona lleve años bebiendo la somras, siguen siendo tóxicos. Así que hay que expulsarlos del cuerpo y asegurarse de que no afectan a nadie más.

—Por eso los meluhanos están tan obsesionados con la higiene.

—Sí. Hay dos cosas vitales: agua e higiene. El agua es lo que mejor absorbe los efluvios que genera, y excreta como toxinas la somras. Los meluhanos aprenden a beber litros de agua. ¡Y todo lo que puede lavarse ha de lavarse! Los meluhanos se bañan al menos dos veces al día. Todas las abluciones se hacen en salas específicas, y los residuos se sacan de la ciudad de forma segura a través de desagües subterráneos.

—¡Normas de higiene estrictas! —apuntó Shiva con una sonrisa, mientras recordaba su primer día en Cachemira y las palabras de Ayurvati—. ¿Qué se necesita para fabricar la somras?

—Es algo complejo. Se necesitan varios ingredientes que no se encuentran fácilmente. Por ejemplo, el árbol sanjeevani. El imperio tiene plantaciones gigantes para producirlos. La fabricación genera mucho calor, así que tenemos que usar mucha agua durante el proceso para mantener la estabilidad de la mezcla. También hay que mezclar las ramas machacadas del sanjeevani con agua del río Saraswati antes de que empiece el proceso. El agua de otras fuentes no sirve.

—¿Ése es el ruido extraño que no he dejado de oír? ¿Las mezcladoras?

—Exactamente. Tenemos máquinas mezcladoras gigantes en una gran caverna en la base de esta montaña. Las aguas del Saraswati llegan hasta aquí a través de un complejo sistema de canales. El agua se recolecta en la caverna, en un estanque enorme que llamamos cariñosamente Sagar.

—¿Sagar? ¿Un océano? ¿Llamáis así a un estanque de agua? —preguntó Shiva sorprendido. Había oído leyendas sobre la enorme e interminable masa de agua llamada Sagar.

—Es una hipérbole —admitió Brahaspati con una sonrisa—. ¡Pero, si vieras el tamaño del estanque, te darías cuenta de que tampoco es tan exagerado!

—Bueno, me encantaría poder ver todas las instalaciones. Anoche llegamos muy tarde, así que no he visto demasiado de la montaña.

—Después de comer te llevaré a verla —dijo Brahaspati.

Shiva sonrió. Estaba a punto de decir algo, pero se contuvo a tiempo, mirando a Kanakhala y a Nandi.

Brahaspati notó la vacilación. Tal vez Shiva quería preguntarle algo, pero no delante de Nandi y Kanakhala. Se volvió hacia ellos y dijo:

—Creo que Shiva quiere preguntarme algo. ¿Puedo pedirlos que esperéis fuera?

Era una forma de pedir respeto. Kanakhala se levantó para abandonar la sala tras un *namasté* formal, seguida de Nandi. Brahaspati se volvió hacia Shiva con una sonrisa.

—¿Por qué no me haces la pregunta por la que, en realidad, has venido hasta aquí?



IX

EL AMOR Y SUS CONSECUENCIAS

—No quería hacerte la pregunta delante de ellos. Su fe es tan grande... —dijo Shiva con una sonrisa irónica. Le estaba empezando a gustar Brahaspati. Era bueno tener cerca a un hombre que lo trataba como a un igual.

Brahaspati asintió.

—Lo comprendo, amigo mío. ¿Qué querías preguntarme?

—¿Por qué yo? —preguntó Shiva—. ¿Por qué la somras tiene ese extraño efecto en mí? Puede que tenga el cuello azul, pero no sé cómo voy a convertirme en el salvador de los suryavanshis. El emperador me dice que se supone que seré quien complete las tareas pendientes de Lord Ram y destruya a los chandravanshis.

—¿Te ha dicho eso? —preguntó Brahaspati, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. El emperador puede ser un poco cargante a veces. Pero baste decir que lo que te ha dicho no es del todo correcto. La leyenda no dice exactamente que el Neelkanth vaya a salvar a los suryavanshis. La leyenda dice dos cosas. Primero, que el Neelkanth no será del Sapt Sindhu. Y segundo, que el Neelkanth será el «destructor del mal». Los meluhanos creen que eso implica que el Neelkanth destruirá a los chandravanshis, ya que, obviamente, son malvados. ¡Pero destruir a los chandravanshis no significa que los suryavanshis se vayan a salvar! Además que el de los chandravanshis, hay muchos otros problemas que debemos resolver.

—¿Qué clase de problemas? ¿Los nagas?

Brahaspati pareció dudar un momento.

—Hay muchos problemas —contestó con cautela—. Estamos trabajando duro para resolverlos. Pero volviendo a tu pregunta, ¿por qué la somras tiene ese efecto en ti?

—Sí, ¿por qué? ¿Por qué se me puso el cuello azul? Olvidemos lo de que detiene la degeneración de mi cuerpo. La somras me reparó un hombro dislocado y un dedo congelado.

—¿Te curó una herida? —preguntó Brahaspati incrédulo—. ¡Eso es imposible! Se supone que solo evita las enfermedades y el envejecimiento. No cura heridas.

—Pues en mi caso lo hizo.

Brahaspati meditó un momento.

—Tendremos que hacer experimentos para obtener una respuesta definitiva. Pero, por ahora, solo se me ocurre una explicación. Por lo que sé, vienes de las tierras altas más allá del Himalaya, ¿verdad?

Shiva asintió.

—El aire es más fino a medida que asciendes por la montaña —prosiguió Brahaspati—. En esas condiciones hay menos oxígeno. Eso significa que tu cuerpo estaba acostumbrado a sobrevivir con menos oxígeno y, por ello, estaba menos dañado por los oxidantes. Por tanto, es posible que los antioxidantes de la somras hayan tenido un efecto mayor sobre ti.

—Esa podría ser una de las razones —dijo Shiva—. Pero, de ser así, el resto de mi tribu también se habría quedado fría y azul. ¿Por qué solo me ha pasado a mí?

—Bien visto —replicó Brahaspati—. Pero dime algo: ¿tu tribu también experimentó una mejoría respecto a su estado anterior?

—Pues sí, así fue.

—Así que quizás el aire tan diluido en el que vivíais jugó algún papel. Pero como no toda tu tribu ha desarrollado el cuello azul, es obvio que la teoría del «aire fino» solo es una explicación parcial. Siempre podemos investigarlo más a fondo. Estoy seguro de que lo del cuello azul tiene una explicación científica.

Shiva miró fijamente a Brahaspati, como si leyera entre líneas esa última frase.

—No crees en la leyenda del Neelkanth, ¿verdad?

Brahaspati sonrió de forma incómoda. Empezaba a gustarle y no quería decir nada que le insultara, pero tampoco iba a mentir.

—Creo en la ciencia. Da solución y razón a todo. Y si algo parece un milagro, la única explicación es que aún no se ha encontrado una razón científica para ello.

—Entonces, ¿por qué lagente de Meluha no recurre a la ciencia para solucionar sus problemas?

—No estoy seguro. Quizá sea porque la ciencia es una maestra capaz pero insensible. A diferencia de lo que hará un Neelkanth, no te resolverá los problemas. Solo te da las herramientas que puedas necesitar para librar tus batallas. Quizá sea más fácil para la gente creer que alguien vendrá a resolverle sus problemas en lugar de tener que hacerlo ella misma.

—¿Y cuál crees que es el papel que debe jugar el Neelkanth en Meluha?

Brahaspati miró a Shiva con lástima.

—Me gustaría pensar que los auténticos suryavanshis deberían combatir sus propios demonios en lugar de poner la presión en otra persona y esperar que esta les resuelva sus problemas. El deber de un auténtico suryavanshi es llevar al límite sus habilidades y su fuerza. La llegada del Neelkanth solo debería redoblar sus esfuerzos, pues es obvio que se acerca el momento de la destrucción del mal.

Shiva asintió.

—¿Te preocupa que pueda ser un esfuerzo demasiado grande para ti aceptar una responsabilidad que no quieres, por culpa de la presión de esa fe? —preguntó Brahaspati.

—No, eso no me preocupa —contestó Shiva—. Este país es maravilloso, y quiero hacer todo lo que pueda para ayudar. Pero ¿y si tu gente depende de mí para que los proteja y yo no puedo hacerlo? Ahora mismo, no puedo decir que sea capaz de hacer lo que se espera de mí. ¿Cómo puedo dar mi palabra?

Brahaspati sonrió. Cualquiera hombre que se tomara tan en serio su palabra era digno de respeto.

—Pareces un buen hombre, Shiva. En los próximos días, es posible que te enfrentes a mucha presión. Ten cuidado, amigo mío. El color azul de tu cuello y la fe ciega que genera pueden hacer que lo que decidas tenga consecuencias que ni siquiera puedes prever. Recuerda: que un hombre sea una leyenda o no lo decidirá la historia, no los adivinos.

Shiva sonrió, contento de haber encontrado al fin a alguien que lo comprendía. Y, aún más importante, que estaba dispuesto a ofrecerle su consejo.



Era última hora de la tarde. Tras haber disfrutado de una visita completa al monte Mandar con Brahaspati, Shiva se echó en la cama a leer un libro. En la mesilla, había un *chilum* vacío.

Le preocupaban algunos aspectos de la historia que estaba leyendo: *La guerra justa contra los asuras*. Los asuras eran demonios, por lo que era posible que se comportaran como tales, con un odio patológico hacia los devas. Atacaban constantemente las ciudades devas, intentando forzarlos a aceptar el estilo de vida asura. Nada sorprendente. Lo inesperado era el comportamiento de algunos de esos devas, que traspasaban los límites éticos en su búsqueda desesperada de la victoria. Lord Rudra, aunque era un gran hombre, parecía ignorar todos aquellos excesos.

Un alboroto procedente del exterior lo sacó de sus pensamientos. Se asomó al balcón del primer piso y vio que acababa de llegar la caravana real. Los soldados arishtanemis habían formado una hilera junto a la entrada. Algunos bajaban por el lado más alejado del segundo carruaje. Shiva supuso que debía de ser la familia real. La sorpresa fue que los arishtanemis no parecían hacer nada fuera de lo común al recibirlos. No había ni rastro de la servidumbre habitual frente a la realeza. Tal vez tuviera que ver con la obsesión meluhana por la igualdad.

Sin embargo, la teoría de la igualdad de Shiva se derrumbó cuando miró hacia el quinto carruaje, del que descendió Parvateshwar. Allí, los arishtanemis parecían estar agitados. El capitán corrió hasta él y ejecutó un saludo militar meluhano, consistente en un rápido entrecocar de talones con el cuerpo rígido y en posición de firmes,

mientras se llevaba el puño derecho rápida y violentamente a la parte izquierda del pecho. Tras el saludo, el capitán hizo una gran reverencia como muestra de respeto al jefe del ejército. Los soldados que tenía detrás repitieron el saludo de su capitán. Parvateshwar les devolvió un saludo formal, acompañado de una ligera inclinación de cabeza.

Empezó a caminar hacia sus soldados, inspeccionándolos, mientras el capitán le seguía educadamente dos pasos por detrás.

Shiva tenía la sensación de que la admiración que profesaban hacia Parvateshwar no se debía al puesto que ocupaba. Era por el hombre en sí. Pese a su hosquedad, Parvateshwar tenía la reputación de ser un guerrero valiente y un general respetado por ser un hombre de palabra. Shiva podía ver la fuerza de aquella reputación en los ojos de cada arishtanemi que hacía una reverencia al recibir la atención de su general.

Al cabo de un raro, Shiva oyó como llamaban suavemente a su puerta. No necesitaba abrirla para saber quién estaba al otro lado. Soltando un gran suspiro, abrió.

La sempiterna sonrisa de Daksha desapareció cuando el olor extraño de la marihuana asaltó sus sentidos. Kanakhala, que estaba a la derecha del emperador, parecía igual de perpleja.

—¿Qué es ese hedor? —le preguntó Daksha a Brahaspati, que estaba a su izquierda—. Quizá deberías limpiar la habitación del señor. ¿Cómo puedes someterlo a tal incomodidad?

—Tengo la sensación de que Shiva está a gusto con este aroma, alteza —dijo Brahaspati.

—Es un olor que viaja conmigo, alteza —aclaró Shiva—. Me gusta.

Daksha estaba desconcertado. No hizo nada por ocultar la repulsión que sentía, pero pronto recuperó la compostura. Después de todo, su invitado parecía estar feliz con ese mal olor.

—Siento molestaros, mi señor —dijo, una vez que hubo recuperado la sonrisa—. He pensado que debería informaros de que mi familia y yo hemos llegado a la casa de huéspedes.

—Gracias por informarme, alteza. Es muy amable por vuestra parte —dijo Shiva con un *namasté* formal.

—Mi familia y yo esperábamos tener el honor de desayunar con vos mañana por la mañana, mi señor.

—El honor será mío, alteza.

—Excelente. Excelente —dijo Daksha mientras pasaba a la pregunta que ocupaba su mente—. ¿Qué opináis de la somras, mi señor? ¿Verdad que es la bebida de los dioses?

—Sí, alteza. Parece ser una bebida milagrosa.

—Es la base de nuestra civilización —continuó Daksha—. Una vez que hayáis visitado nuestra tierra, veréis la bondad de nuestro estilo de vida. Estoy seguro de que

el corazón os dictará que hagáis algo para salvarlo.

—Alteza, ya tengo una gran estima por vuestro gran país, un lugar que trata bien a sus ciudadanos. No dudo que sea un estilo de vida digno de protegerse. Sin embargo, no estoy tan seguro de lo que puedo hacer yo al respecto. La vuestra es una civilización muy avanzada, mientras que yo solo soy un hombre sencillo y tribal.

—La fe es un arma muy potente, mi señor —dijo Daksha, con las manos unidas en una súplica—. Lo único que se necesita es que tengáis tanta fe en vos mismo como la que tenemos nosotros en vos. Estoy seguro de que, si pasáis unos días más en nuestro país y veis el efecto que tiene vuestra presencia en nuestra gente, os daréis cuenta de lo que podéis hacer.

Shiva decidió dejar de discutir acerca de la creencia infantil de Daksha.

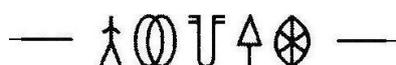
Brahaspati le guiñó el ojo antes de acudir al rescate.

—Alteza, me parece que Shiva está cansado. Ha sido un día muy largo. Quizá debería retirarse. Podríamos reunirnos mañana por la mañana.

Daksha sonrió.

—Tal vez tengas razón, Brahaspati. Disculpádmeme por molestaros, mi señor. Os veré en el desayuno. Buenas noches.

—Buenas noches —le contestó Shiva.



En silencio, Sati esperó en la mesa mientras Daksha miraba de forma nerviosa la lámpara *prahar*. A la izquierda estaban Kanakhala, Brahaspati y Parvateshwar. A la derecha había una silla vacía. «Para el Neelkanth», pensó Sati. Ella se sentaba al lado; a su derecha, su madre. Daksha se había devanado los sesos para sentar a todo el mundo de la forma adecuada. Sati supervisó los preparativos. Usaron una mesa formal y sillas de desayuno, en lugar de la mesa baja y los cojines en el suelo que solían emplear los meluhanos para sentarse a comer. Habían sustituido la adorada hoja de plátano por platos de oro. Habían cambiado los *kulhads* (copas de barro), que potenciaban el sabor, por refinados vasos de plata. Su padre se estaba excediendo un poco con esa reunión matutina. Ya le había visto depositar demasiadas esperanzas en Neelkanths de pacotilla. Milagreros que habían resultado ser fraudes. Esperaba que su padre no se llevara otra desilusión.

El heraldo anunció a Shiva y a Nandi. Mientras Daksha se alzaba con un *namasté* reverencial para recibirlo, Parvateshwar puso los ojos ante aquella escena. En ese mismo instante, Sati se agachó para recoger un vaso que, sin querer, había tirado al suelo.

—Mi señor —dijo Daksha señalando a la gente que estaba en pie alrededor de la mesa—. Ya conocéis a Kanakhala, Brahaspati y Parvateshwar. En el extremo derecho está mi esposa, la reina Veerini.

Shiva sonrió educadamente mientras devolvía el *namasté* de Veerini con otro *namasté* formal reverencial.

—Y, junto a ella —dijo Daksha con una amplia sonrisa mientras Sati se levantaba con el vaso que había recogido del suelo—, está mi hija, la princesa Sati.

Shiva se quedó sin aliento cuando vio que su vida le devolvía la mirada. Su corazón latía frenético. Habría jurado que podía oler su fragancia favorita: el aroma del Lago Sagrado al atardecer. Una vez más, pareció quedar hipnotizado.

En la sala se hizo un silencio incómodo, más allá del ruido del vaso, que a Sati se le volvió a caer. Aquel sonido metálico la distrajo ligeramente. Con un esfuerzo sobrehumano, logró controlar la sorpresa. Respiraba con dificultad, como si acabara de bailar un dueto con Shiva. Lo que ella no sabía es que eso era exactamente lo que estaba haciendo su alma.

Daksha observó a la atontada pareja con alegría. Parecía un director que acabara de ver su obra interpretada a la perfección. Nandi, que estaba justo detrás de Shiva, pudo ver la expresión de Sati. De pronto, todo le quedó claro. Las clases de danza, el toque vikarma, la *shudhikaran* y la angustia de su señor. Por un parte, estaba preocupado; por la otra, lo aceptó rápidamente. Si su señor quería eso, le prestaría todo su apoyo. Brahaspati observó fijamente a la pareja, perdido en sus pensamientos sobre lo que podía implicar aquello. Parvateshwar lo observó todo con una repugnancia apenas disimulada. Aquello estaba mal, era inmoral y, lo peor de todo, ilegal.

—Mi señor —dijo Daksha señalando al asiento vacío a su derecha—. Por favor, tomad asiento y empezaremos.

Shiva no reaccionó. Ni siquiera había oído aquellas palabras. Estaba en un mundo donde el único sonido era la melodía armoniosa de la respiración pesada de Sati, una canción que podría bailar alegremente durante sus próximas siete vidas.

—Mi señor —repitió Daksha un poco más alto.

Shiva finalmente miró a Daksha, como si lo hiciera desde un lugar muy lejano.

—Por favor, tomad asiento, mi señor —dijo Daksha.

—Sí, por supuesto, alteza —respondió Shiva apartando los ojos, avergonzado.

Cuando se sentó, empezaron a traer la comida. Era un manjar sencillo que los meluhanos adoraban para desayunar: arroz con cereales fermentados (todo molido en una masa espesa); pequeñas porciones de esa masa se envolvían en hojas de plátano y se cocían al vapor en unos cilindros. A continuación, se servía, aún envuelto en la hoja de plátano, junto a unas lentejas picantes que le daban gusto. El plato se llamaba *idli*.

—¿Eres el Neelkanth? —le susurró Sati, que había logrado calmar su respiración, aunque aún no se lo acababa de creer.

—Eso parece —contestó Shiva con una sonrisa juguetona—. ¿Impresionada?

Sati le contestó con una ceja alzada y despectiva. La máscara había vuelto.

—¿Por qué iba a estar impresionada?

¿¡Qué!?

—Mi señor —intervino Daksha.

—¿Sí, alteza?

—Estaba pensando que nuestra *puya* habrá terminado esta noche, pero tengo que quedarme aquí durante dos días más para revisar unos asuntos con Brahaspati. No tiene sentido que Veerini y Sati se aburran durante tanto tiempo.

—Gracias, alteza —dijo Brahaspati con una sonrisa irónica—. Vuestro voto de confianza en el interés que tiene la familia real en el monte Mandar es reconfortante.

Toda la mesa se echó a reír. Daksha también lo hizo, demostrando su buen carácter.

—¡Ya sabes lo que quería decir, Brahaspati! —respondió meneando la cabeza. Se giró hacia Shiva y añadió—: Por lo que sé, mi señor, teníais planeado partir hacia Devagiri mañana por la mañana. Creo que sería una buena idea que Veerini y Sati os acompañaran. El resto podemos reunirnos con vos dos días después.

Sati levantó la vista, alarmada. No estaba segura de por qué, pero algo le decía que aquello no era buena idea. Otra parte de ella le decía que no tenía motivos para asustarse. En los ochenta y cinco años que había pasado como vikarma, nunca había quebrantado la ley. Tenía el suficiente autocontrol para saber qué estaba bien y qué no.

Pero Shiva no pensaba lo mismo. Con un placer muy obvio, dijo:

—Creo que es una muy buena idea, alteza. Nandi y yo podemos viajar con sus altezas de vuelta a Devagiri.

—Entonces, decidido —dijo Daksha, visiblemente contento. Luego añadió—: Parvateshwar, por favor, encárgate de que la guardia arishtanemi se divida en dos grupos para el viaje de regreso.

—Mi señor, creo que eso no es aconsejable. Una gran parte de los arishtanemis sigue en Devagiri para la transferencia de materiales. Además, el contingente del monte Mandar no puede reducirse bajo ninguna circunstancia. Tal vez no tengamos suficientes soldados para dos caravanas. Quizá podríamos viajar todos juntos pasado mañana.

—Estoy seguro de que no habrá ningún problema —insistió Daksha—. Además, ¿no dices siempre que cada arishtanemi vale por cincuenta soldados enemigos? Está decidido. Lord Neelkanth, Veerini y Sati partirán mañana por la mañana. Por favor, ocúpate de los preparativos.

Parvateshwar regresó tristemente a sus pensamientos mientras Shiva y Sati volvían a hablar entre susurros.

—Fuiste a la *shudhikaran*, ¿no? —preguntó Sati con seriedad.

—Sí —dijo Shiva. No mentía. Había ido a una ceremonia de purificación en su última noche en Devagiri. No creía que la necesitara, pero sabía que ella le preguntaría al respecto y no quería mentirle—. Pero creo que el concepto de hacer una *shudhikaran* es totalmente absurdo —susurró—. De hecho, toda la idea de los

vikarmas es ridícula. En mi opinión, es una de las pocas cosas de Meluha que son injustas y que deberían cambiarse.

Sati lo miró con rostro inexpresivo. Shiva le devolvió la mirada, intentando captar alguno de los pensamientos que corrían por su mente. Pero se topó con un muro en blanco.



Al día siguiente, al principio del segundo *prahar*, Shiva, Veerini, Sati y Nandi partieron hacia Devagiri junto a un centenar de arishtanemis. Daksha, Parvateshwar y Kanakhala se quedaron frente a la casa de huéspedes para despedirlos. Brahaspati se había demorado por culpa de unos experimentos.

El séquito tuvo que montar en el mismo carruaje, pues el protocolo especificaba que debían reservarse al menos cuatro para cualquier caravana que transportara al emperador. Como la procesión real había venido en cinco carruajes, solo quedaba uno libre. A Parvateshwar no le gustaba nada que miembros de la familia real tuvieran que viajar sin carruajes de distracción, pero Daksha había hecho oídos sordos a sus objeciones.

Sati, que iba sentada en uno de los cómodos sofás del interior del carruaje, se fijó en que Shiva volvía a llevar el pañuelo.

—¿Por qué te cubres el cuello?

—Me incomoda la atención que provoca en la gente el color azul.

—Pues tendrás que empezar a acostumbrarte, no va a desaparecer.

—Cierto —contestó Shiva sonriendo—. Pero, hasta que me acostumbre, el pañuelo será mi escudo.

Mientras la caravana partía, Parvateshwar y Kanakhala se acercaron a Daksha.

—¿Por qué tenéis tanta fe en ese hombre, mi señor? —le preguntó Parvateshwar—. No ha hecho nada para ganarse tal respeto. ¿Cómo puede llevarnos a la victoria cuando ni siquiera ha sido entrenado para ello? Todo el concepto del Neelkanth va contra nuestras reglas. En Meluha, se supone que a una persona solo se le asigna una tarea para la que se le haya considerado capaz; una labor para la que el sistema la haya entrenado.

—Estamos en guerra, Parvateshwar —contestó Daksha—. Una guerra no declarada, pero guerra al fin y al cabo. Nos enfrentamos a atentados terroristas cada semana. Esos cobardes chandravanshis ni siquiera nos atacan de frente para que podamos repelerlos. Y nuestro ejército es demasiado pequeño como para atacar abiertamente su territorio. Nuestras «reglas» no funcionan. Necesitamos un milagro. Y la primera regla de la serendipia es que los milagros llegan cuando olvidamos las leyes racionales y tenemos fe. Yo tengo fe en el Neelkanth, igual que mi gente.

—Pero Shiva no confía en sí mismo. ¿Cómo podéis obligarle a ser nuestro

salvador cuando él no quiere serlo?

—Sati cambiará eso.

—Mi señor, ¿vais a usar a vuestra propia hija como cebo? —preguntó Parvateshwar horrorizado—. ¿Y queréis a un salvador que decida ayudarnos solo por lujuria!?

—¡No es lujuria!

Parvateshwar y Kanakhala se quedaron callados, sorprendidos por la reacción de Daksha.

—¿Qué clase de padre crees que soy? —preguntó—. ¿Crees que usaré a mi hija? Puede que encuentre consuelo y felicidad con él. Ya ha sufrido bastante. Quiero que sea feliz. Y si al hacerlo ayudo a mi país, ¿qué tiene eso de malo?

Parvateshwar estaba a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Necesitamos destruir la ideología chandravanshi —prosiguió Daksha—. Y la única manera de hacerlo es darle los beneficios de nuestro estilo de vida a la gente de Swadweep. Los swadweepianos de a pie nos lo agradecerán, pero sus gobernantes chandravanshis harán todo lo que esté en sus manos para impedirnoslo. Puede que sean capaces de resistirse a nosotros, pero, por mucho que lo intenten, no podrán detener a una gente liderada por el Neelkanth. Y si Sati está con el Neelkanth, él será incapaz de negarse a liderarnos contra los chandravanshis.

—Pero, alteza, ¿de verdad pensáis que el Señor se pondrá de nuestra parte solo por que esté enamorado de vuestra hija? —preguntó Kanakhala.

—No lo habéis entendido. No hay que convencerlo para que esté de nuestra parte —apuntó Daksha—. Ya lo está. Somos una gran civilización. Tal vez no sea perfecta, pero su grandeza es innegable. Habría que estar ciego para no verlo. Lo que necesita el Neelkanth es motivación y confianza en sí mismo. Y ésta crecerá cuando se acerque más a Sati.

—¿Y cómo ocurrirá eso, alteza? —preguntó Parvateshwar frunciendo un poco el ceño.

—¿Sabes cuál es la fuerza más poderosa en la vida de un hombre? —preguntó Daksha.

Kanakhala y Parvateshwar lo miraron confundidos.

—El deseo intenso de impresionar a la persona a la que ama por encima de todo. Miradme. Yo siempre amé a mi padre. El deseo que sentía de impresionarle es lo que aún hoy me guía. Incluso después de su muerte, aún deseo que esté orgulloso de mí. Me lleva hacia mi destino como el rey que restablecerá el modo de vida suryavanshi puro en toda la India. Y cuando el Neelkanth desarrolle el deseo profundo de que Sati se enorgullezca de él, se alzarán para cumplir con su destino.

Parvateshwar frunció el ceño. No estaba de acuerdo con esa lógica, pero sabía que era mejor guardar silencio.

—Pero ¿y si Sati busca algo diferente? —preguntó Kanakhala—. Como, por ejemplo, un marido que pase todo su tiempo con ella.

—Conozco a mi hija —contestó Daksha, con confianza—. Sé lo que se necesita para impresionarla.

—Es un punto de vista interesante, mi señor —dijo Kanakhala sonriendo—. Por curiosidad, ¿cuál creéis que es la fuerza más poderosa en la vida de una mujer?

Daksha soltó una carcajada.

—¿Por que lo preguntas? ¿No lo sabes?

—¡Bueno, la fuerza más poderosa en mi vida es el deseo de salir de casa antes de que mi suegra se despierte!

Daksha y Kanakhala se rieron a carcajadas. A Parvateshwar no le pareció tan divertido.

—Lo siento, pero esa no es forma de hablar de tu suegra.

—Oh, relájate, Parvateshwar —dijo Kanakhala—. Te lo tomas todo demasiado en serio.

—Yo creo —apuntó Daksha, con una sonrisa en los labios— que la fuerza más poderosa en la vida de una mujer es la necesidad de sentirse apreciada, amada y querida por lo que es.

Kanakhala sonrió y asintió. Su emperador entendía bien las emociones humanas.



X

EL REGRESO DE LA FIGURA ENMASCARADA

Mientras la caravana emergía de aquel pasadizo cuidadosamente esculpido que salía de las profundidades del monte Mandar, Veerini pidió que el carruaje se detuviera un minuto. Veerini, Sati, Shiva y Nandi se pusieron de rodillas y ofrecieron una plegaria a la montaña por su gracia constante. El arishtanemi Bhabravya, un fornido hombre de sesenta años con una barba y un mostacho que resultaban de lo más intimidante, los vigilaba atentamente.

Al poco tiempo, Bhabravya se acercó a Veerini y le dijo con una impaciencia poco disimulada:

—Alteza, quizá sea hora de regresar al canuaje.

Veerini miró al capitán y, con un leve asentimiento, se levantó. Sati, Shiva y Nandi le siguieron.



—Es ella —dijo Vishwadyumna, bajando el catalejo y girándose hacia su señor.

El pelotón estaba a una distancia segura, oculto a la caravana. El follaje denso e impenetrable era un escudo muy efectivo.

—Sí —respondió la figura encapuchada, mientras sus ojos se posaban en el cuerpo musculoso de Shiva. Incluso sin usar el catalejo, no tenía ninguna duda de que era el mismo hombre contra el que había luchado en el templo de Brahma unas semanas antes—. ¿Quién es ese hombre?

—No lo sé, mi señor.

—Vigílalo. Es el que frustró el último ataque.

Vishwadyumna quiso decir que el último ataque había fracasado por la falta de planificación. La presencia del descastado poco había tenido que ver con ello. Vishwadyumna no podía entender las últimas decisiones de su señor, tan irracionales. No eran típicas de él. Tal vez la cercanía del objetivo definitivo le estaba nublando el

juicio. Sin embargo, Vishwadyumna era suficientemente listo como para guardarse sus opiniones.

—Quizá podríamos seguirlos una hora antes de atacarlos, mi señor. Estaremos a una distancia segura de los arishtanemis de apoyo. Podemos terminar con esto rápidamente y volver para decirle a la reina de que su informador estaba en lo cierto.

—No. Esperaremos unas cuantas horas más, cuando estén al menos a medio día de distancia del monte Mandar. Sus nuevos carruajes tienen sistemas que pueden enviar inmediatamente una señal de emergencia. Debemos asegurarnos de que nuestro ataque finaliza antes de que lleguen los refuerzos.

—Sí, mi señor —dijo Vishwadyumna, contento de ver que la famosa brillantez táctica de su señor no había menguado.

—Y recuerda: quiero que se haga de prisa —añadió la figura encapuchada—. Cuanto más tiempo nos lleve, más gente saldrá herida.

—Sí, mi señor.



Era el principio del tercer *prahar* cuando la caravana se detuvo para comer en mitad de un claro. El bosque había sido talado para que cualquier ataque sorpresa resultara imposible. Las doncellas de la reina desempaquetaron rápidamente la comida y empezaron a calentarla en el centro del claro. La comitiva real y Shiva estaban sentados cerca del frente de la caravana, en dirección a Devagiri. Bhabravya estaba en un terreno más elevado, en la retaguardia, vigilando los alrededores. Además de la comitiva real, la mitad de los soldados arishtanemis también se había sentado a comer mientras los otros montaban guardia.

Shiva estaba a punto de coger una segunda ración de arroz cuando oyó el crujido de una rama en el camino. Se quedó quieto, alerta. No oyó nada más. Su instinto le decía que era un depredador que, al darse cuenta de que había cometido un error, se había quedado quieto. Miró hacia Sati para ver si ella había oído el ruido: la chica también miraba fijamente el camino. Oyeron un crujido suave cuando alguien levantó el pie de la rama rota. La mayoría lo habría pasado por alto, pero no alguien que estuviera atento.

Shiva dejó el plato inmediatamente, desenfundó su espada y se puso el escudo en la espalda. Bhabravya lo vio desde la otra punta de la caravana y también desenfundó; dio señales rápidas y silenciosas a sus hombres para que hicieran lo mismo. En cuestión de segundos, los arishtanemis estuvieron listos para la batalla. Sati y Nandi también desenvainaron, preparados para el combate.

Sin darse la vuelta, Sati le susurró a Veerini:

—Por favor, madre, quédate sentada en el carruaje y ciérralo con pestillo. Llévate a las doncellas, pero antes haz que desaten a los caballos. No vamos a huir y no

queremos que el enemigo te secuestre.

—Ven conmigo, Sati —le rogó Veerini mientras sus doncellas corrían a desatar el carruaje.

—No, me quedaré aquí. Date prisa, por favor. No tenemos mucho tiempo.

Veerini corrió hacia el carruaje seguida por sus doncellas, que rápidamente lo cerraron desde dentro.

A cierta distancia, Bhabravya le susurró a su edecán:

—Conozco sus tácticas. He visto a estos cobardes en la frontera del sur. Enviarán una pequeña avanzadilla suicida, fingirán una retirada y nos forzarán a defendernos. No me importan las bajas. Cazaremos a esos cabrones y los destruiremos a todos. Se han topado con los arishtanemis. Pagarán caro su error.

Mientras, Shiva se giró hacia Sati y le dijo en voz baja:

—Creo que buscan un objetivo de perfil alto. Y no hay nada más importante para ello que la familia real. ¿No crees que también deberías esperar en el carruaje?

Sati le clavó la mirada, sorprendida. El dolor inicial enseguida fue reemplazado por una mirada desafiante.

—Voy a luchar...

¿¡Qué diablos le pasa!/? Lo que he dicho es completamente lógico. Haz que el objetivo principal del enemigo sea difícil de conseguir y perderá la voluntad de luchar.

Shiva apartó esos pensamientos de su mente para centrarse en el camino. El resto de la caravana puso toda su atención en captar cualquier movimiento del enemigo. Estaban preparados para la emboscada. Era el turno del enemigo. Justo cuando pensaban que podía tratarse de una falsa alarma, el sonido de una caracola sonó desde el camino..., desde la dirección del monte Mandar. Shiva se giró, pero se mantuvo quieto donde estaba. Fuera lo que fuera lo que hacía ese ruido, se movía rápidamente hacia ellos.

Shiva no podía reconocer ese sonido cacofónico. Sin embargo, los arishtanemis de la frontera sur sabían de qué se trataba exactamente. Era el sonido de una caracola nagadhvani. ¡Se hacía sonar para anunciar un ataque naga!

Aunque estaba impaciente por luchar, Bhabravya no olvidó los procedimientos operativos habituales. Le dio una orden a un edecán, que corrió hacia el carruaje y extrajo una caja roja fijada en los bajos. El hombre la abrió y apretó un botón en el lateral. Una estructura tubular, similar a una chimenea, se alzó unos ocho metros desde la caja. La chimenea aseguraba que la señal de humo no se perdiera en el denso bosque y que los exploradores, tanto de Devagiri como del monte Mandar, pudieran verla. El soldado agarró una rama del fuego y la colocó en la última de las cuatro ranuras del lado derecho de la caja. La chimenea expulsó un humo rojo, que indicaba que el peligro al que se enfrentaban era del más alto nivel. La ayuda estaba a seis horas de distancia; a cuatro si los refuerzos cabalgaban al galope. Bhabravya no tenía intención de que la batalla durase tanto. Pretendía matar a todos los nagas y chandravanshis mucho antes.

Entonces empezó el ataque, desde el lado del camino que llevaba al monte Mandar. Un pequeño grupo de diez soldados chandravanshis cargó contra los arishtanemis. Uno de los soldados llevaba la caracola naga y la soplaba con fuerza. Otro llevaba la cara y la cabeza cubiertas con tela, a excepción de unas pequeñas aberturas para los ojos. ¡El naga en persona!

Shiva no se movió. Podía ver la batalla que se había desatado en el otro extremo de la caravana. Solo había diez chandravanshis. Los arishtanemis no necesitaban ayuda. Le hizo una señal a Sati y a Nandi para que se quedaran donde estaban. Sati accedió, pues ella también pensaba que ese ataque sería una treta.

La batalla fue corta y violenta. Los soldados chandravanshis lucharon con saña, pero eran muy inferiores en número. Tal y como esperaba Bhabravya, se dieron la vuelta y huyeron a toda prisa.

—¡Tras ellos! —gritó Bhabravya—. ¡Matadlos a todos!

Los arishtanemis corrieron detrás de su capitán, persiguiendo a los chandravanshis que huían. La mayoría de ellos no escucharon el grito de Shiva.

—¡No! Quedaos ahí. No los persigáis.

Para cuando algunos de los arishtanemis oyeron la orden, la mayor parte ya se había marchado a perseguir a los chandravanshis. Shiva se quedó en el claro con Sati, Nandi y otros veinticinco soldados. Shiva se giró hacia el lado del camino que llevaba a Devagiri..., el lado del que había venido el crujido de la rama.

Se volvió a girar para mirar a los arishtanemis que quedaban.

Señalando a su espalda, dijo con voz serena:

—De ahí es de donde vendrá el auténtico ataque. Colocaos en formación de a cuatro en esa dirección. Mantened a la princesa en el centro. Tendremos que contenerlos entre cinco y diez minutos. Los otros arishtanemis regresarán cuando se den cuenta de que no hay chandravanshis contra los que luchar en esa dirección.

Los arishtanemis miraron hacia Shiva y asintieron. Eran hombres aguerridos. Nada les gustaba más que un líder calmado y con la cabeza despejada que supiera exactamente lo que estaba haciendo. Adoptaron rápidamente la formación ordenada por Shiva y esperaron.

Entonces empezó, el auténtico ataque. Cuarenta soldados chandravanshis liderados por la figura encapuchada surgieron de entre los árboles, caminando lentamente hacia la caravana suryavanshi. Los arishtanemis, superados en número, permanecieron inmóviles, esperando a que el enemigo se acercara a ellos.

—Entregadnos a la princesa y nos marcharemos —dijo la figura encapuchada—. No queremos un derramamiento de sangre innecesario.

¿El mismo payaso del templo de Brahma? Lleva un disfraz curioso, pero lucha bien.

—Nosotros tampoco queremos un derramamiento de sangre —apuntó Shiva—. Marchaos en paz y prometemos no mataros.

—Eres tú quien está mirando de frente a la muerte, bárbaro —dijo la figura encapuchada, transmitiendo la ira con su postura más que con su voz, que

permanecía siniestramente serena.

Shiva se fijó en que el oficial de turbante marrón miraba con impaciencia a la figura encapuchada. Estaba claro que quería atacar deprisa y terminar con aquello.

¿Disensión entre las filas?

—Lo único que veo es una estúpida máscara de festival. ¡Y pronto haré que te la tragues! También deberías decirle al descerebrado de tu teniente que no debería revelar tus planes de batalla.

La figura encapuchada seguía tranquila, sin girarse para mirar a Vishwadyumna.

¡Maldita sea! Este tipo sabe lo que se hace.

—Ésta es la última advertencia, bárbaro —repitió la figura encapuchada—. Entréganosla ya.

Sati se giró hacia el carruaje.

—¡Madre! —gritó—. ¡La nueva caracola de emergencia que está junto a la rejilla frontal! ¡Hazla sonar!

El carruaje emitió una potente petición de ayuda. Habían llamado a Bhabravya y a sus hombres. La figura encapuchada soltó una maldición al darse cuenta de que había perdido su ventaja. Tenía poco tiempo para completar la operación. Pronto regresarían los otros suryavanshis.

—¡Cargad!

Los arishtanemis permanecieron en posición.

—Quietos —dijo Shiva—. Esperadlos. Lo único que debéis hacer es ganar tiempo y mantener a la princesa a salvo. Pronto volverán nuestros amigos.

A medida que se acercaban los chandravanshis, Sati atravesó el cordón y atacó a la figura encapuchada. El ataque sorpresa ralentizó la carga de los enemigos. Los arishtanemis no tuvieron elección. Cargaron contra los chandravanshis como tigres salvajes.

Shiva se movió rápidamente para proteger el flanco derecho de Sati mientras Vishwadyumna se acercaba peligrosamente a ella. Éste golpeó con su espada a Shiva para apartarlo de su camino. Sin embargo, la velocidad del avance le hizo perder el equilibrio; Shiva bloqueó el golpe con facilidad y empujó a Vishwadyumna hacia atrás con su escudo. Mientras, Nandi ocupó rápidamente la izquierda de Sati para bloquear a los chandravanshis que querían atacar desde ese lado.

Por su parte, Sati atacó a la figura encapuchada con golpes feroces. Sin embargo, su enemigo solo parecía defenderse, no contraatacaba. La quería capturar sana y salva.

Shiva, salvajemente, le hizo un corte a Vishwadyumna en el hombro que le había quedado expuesto cuando lo empujó hacia atrás. Con una mueca, su oponente alzó el escudo para bloquear otro ataque de Shiva. Con el mismo movimiento, Vishwadyumna levantó el brazo de su espada para lanzar una estocada al torso de su rival. Éste alzó rápidamente el escudo para protegerse, pero no lo bastante deprisa. Vishwadyumna logró hacerle un tajo en el pecho a Shiva. Retrocediendo y saltando hacia su derecha, Shiva bajó rápidamente su espada en un directo brutal. Aunque

Vishwadyumna empujó su escudo a gran velocidad para bloquear el ataque, el movimiento poco ortodoxo de Shiva le inquietó. Se tambaleó hacia atrás. Se dio cuenta de que Shiva era un espadachín excelente. Iba a ser un duelo largo y duro.

Nandi ya había derribado a uno de los soldados chandravanshis que había quebrantado la ley de combate de no atacar jamás por debajo de la cintura y que le había hecho un corte en la pantorrilla. Sangrando bastante, luchaba ferozmente contra otro soldado que le había atacado desde la izquierda. El chandravanshi golpeó duramente con su escudo la pierna herida de Nandi, que se tambaleó y cayó. Su enemigo pensó que ya lo tenía. Alzando la espada con ambas manos, estaba a punto de hacerla caer para terminar el trabajo cuando, de pronto, se arqueó hacia delante, como si una fuerza brutal lo hubiera empujado desde atrás. Mientras caía, Nandi vio un cuchillo clavado en la espalda del chandravanshi. Al levantar la vista vio como el brazo izquierdo de Shiva bajaba en un movimiento suave tras lanzar la daga. Con su mano derecha, Shiva alzó la espada para bloquear un tajo feroz de Vishwadyumna. Mientras Nandi lograba ponerse de nuevo en pie, él volvió a poner su escudo al frente.

La figura encapuchada sabía que estaban tardando demasiado. Pronto regresarían los otros arishtanemis. Intentó ponerse detrás de Sati para golpearla en la nuca y dejarla inconsciente, pero era demasiado veloz. Se movió rápidamente a la izquierda para volver a tener de frente a su enemigo. Sacando un cuchillo de entre los pliegues de su *angvastram* con la mano izquierda, lanzó una puñalada contra el inmenso estómago de la figura encapuchada. El cuchillo le rajó la túnica, pero se encontró con la armadura.

Y entonces, con un rugido atronador, Bhabravya y los otros arishtanemis regresaron corriendo a luchar junto a sus compañeros.

Al darse cuenta de que los superaban en número, la figura encapuchada no tuvo más remedio: ordenó la retirada de sus hombres. Shiva volvió a evitar que Bhabravya persiguiera a los chandravanshis.

—Deja que se marchen, valiente Bhabravya —dijo—. Ya tendremos ocasión de atraparlos. Ahora mismo, el objetivo principal es proteger a la familia real.

Bhabravya miró a Shiva con admiración. Le había impresionado su modo de luchar. Ignoraba el color azul de su cuello.

Asintió educadamente y dijo:

—Eso tiene sentido, extranjero.

Bhabravya organizó rápidamente a los soldados arishtanemis en un compacto perímetro; colocó en su interior a los heridos. No tocaron los cadáveres. Al menos tres arishtanemis habían perdido la vida, mientras que nueve cadáveres de soldados chandravanshis yacían en el claro. El último se había quitado la vida, pues estaba demasiado herido para escapar. Era mejor ir a reunirse con el Creador antes que caer vivo en manos del enemigo y revelar secretos. Bhabravya ordenó a sus soldados que mantuvieran la calma y se protegieran de posibles flechas con los escudos. Y así

esperaron hasta que llegó el equipo de rescate.



—¡Dios mío! —gritó Daksha nervioso mientras abrazaba con fuerza a Sati.

El equipo de rescate de quinientos soldados había llegado en la cuarta hora del segundo *prahar*. Daksha, Brahaspati y Kanakhala habían acompañado a la caravana, pese a las advertencias de Parvateshwar de que era demasiado arriesgado. Tras soltar a Sati, Daksha susurró mientras se le escapaba una lágrima:

—No estás herida, ¿verdad?

—Estoy bien, padre —dijo ella tímidamente—. Solo son unos cortes. Nada serio.

—Ha luchado valerosamente —apuntó Veerini, henchida de orgullo.

—Creo que eso es amor de madre —dijo Sati, mientras recuperaba su expresión seria. Se volvió hacia Shiva y añadió—: Ha sido Shiva quien ha salvado la situación, padre. Ha descubierto cuál era el auténtico plan de los chandravanshis y ha liderado a todo el mundo en el momento crucial. Los hemos vencido gracias a él.

—Oh, creo que está siendo demasiado generosa —replicó Shiva.

Está impresionada. ¡Al fin!

—No está siendo generosa, mi señor —apuntó Daksha, visiblemente agradecido—. Vuestra magia ya ha empezado. Hemos repelido un ataque terrorista. ¡No sabéis cuánto significa esto para nosotros!

—Pero no ha sido un ataque terrorista, alteza —replicó Shiva—. Han intentado secuestrar a la princesa.

—¿Secuestrarla?

—Está claro que ese encapuchado la quería sana y salva.

—¿¡Qué encapuchado!?! —gritó Daksha alarmado.

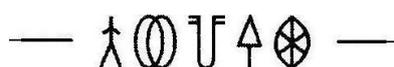
—Era el naga, alteza —dijo Shiva, sorprendido por la reacción histérica de su alteza—. He visto luchar a ese hombre. Es un guerrero excelente. Algo lento de movimientos, pero excelente de todos modos. Y mientras luchaba contra Sati, ha hecho todo lo posible para no herirla.

Daksha palideció. Veerini miró a su marido con una mezcla extraña de miedo y furia. Shiva se sintió un poco incómodo, como si se estuviera inmiscuyendo en un momento familiar privado.

—¿Padre? —preguntó Sati preocupada—. ¿Estás bien?

Sin esperar la respuesta de Daksha, Shiva se giró hacia Sati y le dijo:

—Tal vez sea mejor que hables a solas con tu familia. Si no te importa, iré a ver si Nandi y los demás soldados están bien.



Parvateshwar caminaba alrededor de sus hombres, comprobando cómo estaban los heridos y asegurándose de que recibieran la debida atención médica. Bhabravya andaba dos pasos por detrás de él. Llegó hasta el chandravanshi que había matado Shiva para proteger a Nandi.

—¡A este hombre lo han apuñalado por la espalda! —rugió horrorizado.

—Sí, mi señor —dijo Bhabravya con la cabeza gacha.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha quebrantado las sagradas reglas de combate?

—Creo que ha sido el extranjero, mi señor. Pero he oído que estaba intentando proteger al capitán Nandi, al que este chandravanshi estaba atacando. Y los chandravanshis no seguían las reglas de combate, pues atacaron a Nandi por debajo de la cintura.

Parvateshwar se giró y le lanzó una mirada furibunda a Bhabravya, que se encogió de miedo.

—Las reglas son las reglas —gruñó—. Están hechas para seguirse, aunque tu enemigo las ignore.

—Sí, mi señor.

—Asegúrate de que los muertos son incinerados como es debido. Incluidos los chandravanshis.

—¿Mi señor? —preguntó Bhabravya sorprendido—. Pero si son terroristas.

—Puede que sean terroristas —respondió Parvateshwar con un gruñido—, pero nosotros somos suryavanshis. Somos seguidores de Lord Ram. Hay normas que seguimos incluso con nuestros enemigos. Los chandravanshis serán incinerados como es debido. ¿Está claro?

—Sí, mi señor.



—¿Por qué llamas «señor» a ese extranjero? —preguntó un arishtanemi herido que yacía junto a Nandi.

Shiva se acababa de marchar después de pasar media hora junto a él y los otros soldados heridos. Cualquiera que los viera en ese momento no se creería que habían librado una batalla apenas unas horas antes. Charlaban animadamente entre ellos.

Algunos se mofaban de sus compañeros por haber mordido el anzuelo al principio de la batalla. Según las costumbres kshatriyas, reírse ante la muerte era la marca definitiva de un hombre.

—Porque es mi señor —contestó Nandi.

—Pero es un extranjero. Un forastero descastado —dijo el arishtanemi—. Es un guerrero valiente, sin duda. Pero en Meluha hay muchos como él. ¿Qué le hace tan especial? ¿Y por qué pasa tanto tiempo con la familia real?

—No puedo responderte a eso, amigo mío. Lo descubrirás cuando llegue el

momento.

El arishtanemi miró a Nandi socarronamente. Entonces, meneó la cabeza y sonrió. Era un soldado. Solo se preocupaba del aquí y del ahora. Las grandes cuestiones no permanecían demasiado tiempo en su mente.

—En cualquier caso, creo que es un buen momento para decirte que eres un hombre valiente, amigo mío. Te he visto luchar, pese a tus heridas. No sabes lo que significa rendirse. ¡Estaría orgulloso de que fueras mi *bhraata*!

Esa era una afirmación importante, viniendo de un arishtanemi. En el sistema *bhraata*, que seguía el ejército meluhano, a cada soldado hasta el rango de capitán se le asignaba un compañero del mismo nivel. Los dos *bhraatas* eran como hermanos que siempre luchaban juntos y cuidaban el uno del otro. Combatían contra quien fuera para defender al otro, nunca amaban a la misma mujer y siempre se decían la verdad, por amarga que fuera.

Los arishtanemis eran soldados de élite del imperio. Un arishtanemi solo le ofrecía ser un *bhraata* a los de su clase. Nandi sabía que jamás podría ser realmente el *bhraata* de un arishtanemi. Debía permanecer junto a su señor. Pero el honor que suponía que un arishtanemi le hiciera una oferta de hermandad bastó para que le brotaran las lágrimas de los ojos.

—No me lloriquees —dijo el arishtanemi, arrugando la nariz con burla.

Nandi se echó a reír mientras golpeaba al arishtanemi en el brazo.

—¿Cómo te llamas, amigo mío? —preguntó.

—Kaustav —contestó el otro—. Algún día lucharemos juntos contra el ejército chandravanshi, amigo mío. ¡Y, por la gracia de Lord Ram, mataremos a todos esos cabrones!

—¡Por Lord Agni que lo haremos!



—Ha sido interesante cómo te has metido en la mente del naga —dijo Brahaspati mientras observaba como le cambiaban la venda del torso a Shiva.

Él había insistido en que sus heridas recibieran atención médica solo después de que se hubiera atendido a todos los otros soldados.

—Bueno, la verdad es que no puedo explicarlo. La forma de pensar del naga me ha parecido muy obvia.

—¡Pues yo sí que puedo explicarlo!

—¿En serio? ¿Cómo?

—¡La explicación es que eres el omnipotente N, cuyo nombre no puede pronunciarse! —respondió Brahaspati, abriendo mucho los ojos y moviendo las manos como un mago antiguo.

Ambos rieron de la ocurrencia. Shiva se echó hacia atrás ligeramente. El doctor

militar le miró con severidad, cosa que hizo que se callase de inmediato y dejara que terminaran de vendarle la herida. Tras aplicarle la pasta ayurvédica y cubrirla con hoja de nim, el doctor le vendó con una tela de algodón.

—Tendrás que cambiártelo cada dos días, extranjero —dijo el hombre señalando el vendaje—. El doctor real de Devagiri podrá hacerlo por ti. Y no mojes esta zona al menos durante una semana. Y evita la somras durante ese período, ya que no podrás darte baños.

—Oh, no necesita la somras —bromeó Brahaspati—. Ya le ha hecho todo el daño posible.

Shiva y Brahaspati se partieron de risa mientras el doctor se alejaba, meneando la cabeza, enfadado.

—En serio —dijo Brahaspati calmándose un poco—, ¿por qué te han atacado? No le has hecho daño a nadie.

—No creo que me atacaran a mí. Creo que iban a por Sati.

—¡Sati! ¿Y por qué ella? Eso es aún más extraño.

—Probablemente no fueran específicamente a por ella. Creo que el objetivo era la familia real, y más concretamente el emperador. Como no estaba allí, fueron a por el objetivo secundario: Sati. Creo que pretendían secuestrar a alguien de la realeza y utilizarlo como moneda de cambio.

Brahaspati no respondió. Parecía preocupado. Con las manos bajo su barbilla, miró hacia lo lejos, perdido en sus pensamientos. Shiva metió la mano en su bolsa y sacó el *chilum*. Lo rellenó cuidadosamente con marihuana. Brahaspati se giró hacia su amigo, desaprobando lo que estaba haciendo.

—No te lo había dicho antes y quizá no debería, pues..., pues eres un hombre libre —dijo—, pero te considero mi amigo y es mi deber contarte la verdad. En Karachapa he visto a algunos mercaderes egipcios enganchados a la marihuana. No es bueno para ti.

—Te equivocas, amigo mío —dijo Shiva sonriendo abiertamente—. Éste es el mejor vicio del mundo.

—Probablemente no sepas que tiene muchos efectos perjudiciales, Shiva. Y lo peor de todo es que daña incluso tu memoria. Puede causarle daños incalculables a tu cerebro.

El rostro de Shiva se tornó inusualmente serio. Le devolvió la mirada a Brahaspati con una sonrisa melancólica.

—Por eso precisamente es bueno, amigo mío. Ningún idiota que fume esto tiene miedo de olvidar algo. —Encendió el *chilum*, dio una larga calada y añadió—: Lo que le asusta es no olvidar.

Brahaspati miró fijamente a Shiva, preguntándose qué pasado terrible había llevado a su amigo a ser un adicto a la hierba.



XI

EL NEELKANTH DESVELADO

A la mañana siguiente, la caravana real continuó su viaje hacia Devagiri, después de pasar unas horas en un campamento temporal que improvisaron en el claro. Dadas las circunstancias, no era seguro viajar de noche. Los heridos, incluido Nandi, iban tumbados en los tres primeros carruajes y en el quinto. La familia real y Shiva viajaban en el cuarto. Todos los soldados que habían luchado el día anterior tenían el privilegio de viajar relativamente cómodos montando a caballo. Brahaspati y Kanakhala caminaban junto al resto de las tropas, que lloraban a los tres arishtanemis caídos. Parvateshwar, Bhabravya y otros dos soldados llevaban un improvisado palanquín de madera que transportaba tres urnas que contenían las cenizas de los mártires. Les entregarían las urnas a sus familias para que hicieran una inmersión ceremonial en el Saraswati. Shiva, Sati y Nandi también querían ir a pie, pero el doctor insistió en que no estaban en condiciones de hacerlo.

Parvateshwar estaba henchido de orgullo por la valentía de sus soldados. Sus chicos, como los llamaba él, habían demostrado que estaban hechos de un metal forjado en el mismísimo horno de Lord Indra. Se maldijo a sí mismo por no haber estado allí para luchar con ellos, por no haber estado allí para proteger a su ahijada, su Sati, cuando estuvo en peligro. Rezó por que llegara el día en que finalmente tendría la oportunidad de destruir a los cobardes chandravanshis. También juró en silencio que donaría su salario de los próximos seis meses a las familias de los soldados caídos.

—¡No pensaba que fuera capaz de caer tan bajo! —exclamó Daksha disgustado.

Shiva y Sati, que iban dormidos tranquilamente en el carruaje, se despertaron tras el estallido de Daksha. Veerini levantó la vista del libro que estaba leyendo, entrecerrando los ojos para concentrarse en su marido.

—¿Quién, alteza? —preguntó Shiva aún medio dormido.

—¡Dilipa! ¡Esa lacra de la humanidad! —respondió Daksha, sin ocultar apenas la repugnancia que sentía.

Veerini observó a su marido. Lentamente, alargó la mano hasta la de Sati, la agarró, se la acercó a los labios y la besó suavemente. Luego le puso la otra mano en la

cabeza de forma protectora. Ella miró a su madre cariñosamente, con una leve sonrisa, y apoyó su cabeza cansada sobre el hombro de Veerini.

—¿Quién es Dilipa, alteza? —preguntó Shiva.

—Es el emperador de Swadweep —contestó Daksha—. Todo el mundo sabe que Sati es la niña de mis ojos. ¡Es posible que intentaran secuestrarla para provocarme!

Shiva observó a Daksha con piedad. Podía entender la indignación del emperador ante la última traición chandravanshi.

—Y rebajarse hasta el punto de usar a un naga para su malvado plan —dijo furioso— demuestra de lo que son capaces los chandravanshis.

—No sé si estaban usando al naga, alteza —apuntó Shiva—. Parecía que fuera el líder.

Pero Daksha estaba demasiado perdido en su ira como para pensar en la insinuación de Shiva.

—Puede que el naga fuera el líder de ese pelotón en particular, mi señor, pero seguro que estaba bajo el mando de los chandravanshis. Ningún naga puede ser líder. Son gente maldita, nacida con deformidades y enfermedades terribles como castigo por los crímenes horribles cometidos en su vida anterior. A los nagas les avergüenza incluso mostrar su cara en público. Pero tienen habilidades y poderes impresionantes. Su presencia infunde terror en el corazón de todos los meluhanos, e incluso de muchos swadweepanos. Los chandravanshis se han rebajado tanto como para recurrir a esos demonios deformes. Nos odian tanto que no se dan cuenta del pecado que para su alma supone cooperar con los nagas.

Shiva, Sati y Veerini escucharon en silencio la diatriba. Se giró hacia Shiva y continuó:

—¿Veis la clase de alimañas a las que nos enfrentamos, mi señor? No tienen códigos ni honor. Y nos superan en una proporción de diez a uno. Necesitamos vuestra ayuda, mi señor. No solo mi gente, sino también mi familia. Estamos en peligro.

—Alteza, haré todo lo que pueda para ayudaros —dijo Shiva—. Pero no soy general. No puedo dirigir un ejército contra los chandravanshis. Solo soy un simple líder tribal. ¿Qué puedo hacer?

—Al menos, dejad que anuncie vuestra presencia a la corte y a la gente, mi señor —le rogó Daksha—. Pasad unas semanas viajando por el imperio. Vuestra presencia levantará la moral de la gente. Tened en cuenta lo importante que fue teneros ayer entre nuestras filas. Evitamos un ataque terrorista gracias a vos y a vuestra presencia de espíritu. Por favor, permitidme que anuncie vuestra llegada. Es lo único que pido.

Shiva miró con inquietud el rostro serio de Daksha. Podía sentir los ojos de Sati y de Veerini clavados en él. Sobre todo los de Sati.

¿Dónde me estoy metiendo?

—De acuerdo —concedió resignado.

Daksha se levantó y abrazó a Shiva con firmeza.

—¡Gracias, mi señor! —exclamó, mientras Shiva se deshacía de su abrazo para coger aire—. Anunciaré vuestra presencia ante la corte mañana mismo. Luego podéis partir a hacer una gira por el imperio durante tres semanas. Me ocuparé personalmente de los preparativos. Viajaréis con toda una brigada, por seguridad. Parvateshwar y Sati también os acompañarán.

—¡No! —protestó Veerini con un tono cortante que Sati no le había oído usar jamás a su madre—. Ella no irá a ninguna parte. No permitiré que pongas en peligro la vida de nuestra hija. Se quedará conmigo en Devagiri.

—No seas boba, Veerini —dijo Daksha con calma—. ¿De verdad crees que le pasará algo si Lord Neelkanth está cerca de ella? No hay lugar donde pueda estar más segura.

—No irá. ¡Y punto! —sentenció Veerini con voz firme, agarrando la mano de su hija con fuerza.

Daksha se giró hacia Shiva, ignorando a Veerini.

—No os preocupéis, mi señor. Me encargaré de los preparativos. Parvateshwar y Sati viajarán con vos. De vez en cuando, tendréis que dominar a Sati.

Shiva frunció el ceño, igual que Sati. Daksha sonrió afablemente.

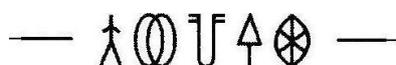
—Mi querida hija a veces es demasiado valiente. Como aquella vez, cuando era niña, en la que se lanzó ella sola con una espada a salvar a una mujer a la que estaban atacando una manada de perros salvajes. Casi muere en el intento. Fue uno de los peores días de mi vida. Creo que es esa impulsividad lo que preocupa a Veerini.

Shiva miró a Sati. Su rostro permanecía impassible.

—Por eso —prosiguió Daksha— os sugiero que la mantengáis a raya. Así no tendría que haber ningún problema.

Shiva volvió a mirar a Sati. Una oleada de admiración se unió al amor infinito que sentía por aquella mujer.

Ella hizo lo que yo no pude hacer.



A la mañana siguiente, Shiva se encontró sentado junto a Daksha en la corte real meluhana. La majestuosidad de aquel lugar lo dejó sin palabras. Como se trataba de un edificio público, la contención meluhana habitual y los diseños sobrios habían quedado a un lado. Estaba construido junto al gran baño público. Habían erigido la plataforma con los típicos ladrillos, pero la estructura —incluido el suelo— estaba hecha de madera de teca, que se tallaba y adoptaba formas con facilidad, aunque a la vez era muy fuerte. Unas columnas robustas de madera estaban encajadas en muescas sobre la plataforma. Las columnas estaban esculpidas de forma extravagante con figuras de apsaras, devas y rishis (ninfas celestiales, dioses y sabios), entre otras cosas. Un techo de madera tallada, que tenía incrustaciones de oro y plata, coronaba lo alto

de las columnas. De él colgaban banderines con el color azul sagrado y el rojo real. Cada uno de los nichos de las paredes tenía una pintura que mostraba la vida de Lord Ram. Pero Shiva tuvo poco tiempo para admirar la arquitectura gloriosa de la corte.

Las expectativas de Daksha quedaron claras en su discurso. Y eso le incomodó.

—Como muchos de vosotros habréis oído —anunció Daksha—, ayer se produjo otro ataque terrorista. Los chandravanshis atacaron a la familia real en el trayecto desde el monte Mandar hacia Devagiri.

Un murmullo de consternación recorrió la sala. ¿Cómo habían descubierto los chandravanshis la ruta hasta el monte Mandar? Shiva, por su parte, no dejaba de pensar que no había sido un ataque terrorista, sino un intento de secuestro.

—Los chandravanshis habían planeado su ataque con gran sigilo —dijo Daksha, acallando los murmullos con su potente voz.

Los talentosos arquitectos de la corte habían diseñado la estructura de modo que cualquier cosa que se dijera desde la plataforma real resonara por toda la sala.

—Pero los repelimos. Por primera vez en décadas, repelimos un ataque terrorista.

La corte estalló en un rugido exultante. Ya se habían rechazado varios ataques militares de los chandravanshis antes, pero, hasta ese momento, los meluhanos no habían podido responder a los temibles ataques terroristas. Solían darlos por sorpresa, contra localizaciones civiles. Y cuando los soldados suryavanshis llegaban al lugar, ellos ya habían huido.

Alzando la mano para acallar a la multitud, Daksha continuó.

—¡Los repelimos porque finalmente ha llegado el momento de que triunfe la verdad! ¡Los repelimos porque nos guio el mensajero del Padre Manu! ¡Los repelimos porque ha llegado la hora de la justicia!

Más y más murmullos. ¿Había llegado al fin el Neelkanth? Todo el mundo había oído rumores, pero nadie se los había creído. En el pasado ya habían circulado noticias como aquella, pero al final no tenían nada de cierto.

Daksha alzó la mano. Esperó lo suficiente para que aumentara la expectación. Entonces, lleno de júbilo, vociferó:

—¡Sí! Los rumores son ciertos. ¡Nuestro salvador ha llegado! ¡El Neelkanth ha llegado!

Shiva hizo una mueca al verse expuesto en la plataforma real sin su pañuelo al cuello. La élite meluhana se arremolinó a su alrededor. Sus palabras le zumbaban en los oídos.

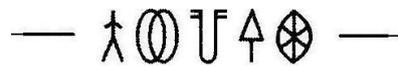
—Habíamos oído los rumores, mi señor, pero no creímos que fueran ciertos.

—Ya no tenemos nada que temer, mi señor. ¡El mal tiene los días contados!

—¿De dónde sois, mi señor?

—¿El monte Kailash? ¿Dónde está eso, mi señor? Me gustaría peregrinar hasta allí.

Contestar a esas preguntas y enfrentarse a la fe ciega de esa gente lo inquietaba. En cuanto le fue posible, solicitó permiso para abandonar la corte.



Unas horas más tarde, sentado en la comodidad tranquila de sus aposentos, reflexionaba sobre lo que había ocurrido en la corte. Volvía a llevar el pañuelo al cuello.

—Por el Lago Sagrado, ¿de verdad puedo salvar a esta gente de sus problemas?

—¿Qué habéis dicho, mi señor? —preguntó Nandi, que estaba sentado a cierta distancia.

—La fe de tu gente me pone nervioso —respondió Shiva, lo suficientemente alto como para que Nandi le pudiera escuchar—. Si fuera una batalla de uno contra uno, me podría enfrentar a cualquier enemigo para proteger a tu gente. Pero no soy un líder. Y, desde luego, no soy un «destructor del mal».

—Estoy seguro de que podéis llevarnos hasta la victoria contra quien sea, mi señor. Los repelisteis en el camino a Devagiri.

—Eso no fue una auténtica victoria —dijo Shiva con desdén—. Eran un pequeño pelotón que intentaba secuestrar, no matar. Si nos enfrentáramos a un ejército más grande y bien organizado, cuya intención fuera la de asesinar, la situación podría ser muy diferente. Si quieres mi opinión, parece que Meluha se enfrenta a enemigos formidables y despiadados. Tu país no necesita tener fe en un solo hombre. Esa no es la solución. Tu gente necesita adaptarse a los nuevos tiempos. Quizá tengáis un estilo de vida demasiado inocente como para enfrentaros a un enemigo con tal sangre fría. Se necesita un nuevo sistema. No soy una especie de dios que vaya a arreglaros mágicamente los problemas.

—Tenéis razón, mi señor —respondió Nandi, con la convicción de un hombre sencillo, afortunado y que no se complica la vida—. Se necesita un nuevo sistema. No sé cuál debería ser, pero hay algo que sí entiendo... Hace más de mil de años, nos enfrentamos a una situación similar. Entonces, Lord Ram vino y nos mostró un estilo de vida mejor. Estoy seguro de que, de un modo similar, nos lideraréis a un camino superior.

—¡No soy Lord Ram, Nandi!

¿Cómo puede compararme ese necio con Lord Ram, el Maryada Purushottam, el hombre ideal?

—Sois mejor que Lord Ram, mi señor.

—¡Deja de decir bobadas, Nandi! ¿Qué he hecho para que me compares con Lord Ram, y no digamos ya para que me consideres mejor?

—Vos haréis hazañas que os colocarán por encima de él.

—¡Cállate ya!



Los preparativos para la gira de Shiva por el imperio estaban en marcha. Sin embargo, él seguía encontrando tiempo cada tarde para las clases de danza de Sati. Estaban desarrollando una amistad tranquila. Pero a Shiva le atormentaba que, pese a que ella mostraba respeto, no se hubieran suavizado sus emociones ni expresara ningún sentimiento.

Mientras, la tribu de Shiva había llegado a Devagiri, donde se les proporcionaron alojamientos cómodos y trabajos. Sin embargo, Bhadra no iba a quedarse con los gunas. Se le había asignado la tarea de acompañar al Neelkanth en su viaje.

—¡Veerbhadra! ¿Cuándo diablos te han puesto ese nombre? —le preguntó Shiva al encontrarse con él por primera vez desde su partida de Cachemira.

—Pues el motivo es muy tonto —dijo Bhadra con una sonrisa; su pequeña joroba había desaparecido por completo gracias a la mágica sombra—. En el viaje hacia aquí, salvé al líder de la caravana del ataque de un tigre. Me puso el título de «hombre valiente» antes de mi nombre.

—¿Te enfrentaste tú solo a un tigre? —preguntó Shiva claramente impresionado. Bhadra asintió algo incómodo.

—¡Pues entonces mereces que te llamen Veerbhadra!

—¡Sí, claro! —dijo Bhadra, pero de pronto se puso serio—. Esa chaladura del «destructor del mal»..., ¿te parece bien? No estarás cediendo a todas esas súplicas solo por tu pasado, ¿no?

—Ahora mismo me estoy dejando llevar, amigo mío. Algo me dice que, pese a todos mis celos, puedo ayudar a esta gente. Estos meluhanos están completamente locos, sin duda, y no puedo hacer todo lo que esperan de mí. Pero creo que si logro hacer algo, aunque sea un poco, podré reconciliarme con mi pasado.

—Si estás seguro, entonces yo también lo estoy. Te seguiré a donde sea.

—No me sigas. ¡Camina junto a mí!

Veerbhadra se rio y abrazó a su amigo.

—Te echaba de menos, Shiva.

—Y yo a ti.

—¿Nos vemos esta tarde en el jardín? Tengo una remesa de marihuana genial.

—¡Trato hecho!

Brahaspati había pedido permiso para viajar con Shiva. Explicó que un barco de Mesopotamia que llevaba unas sustancias químicas excepcionales, esenciales para un experimento importante, iba a atracar en la ciudad portuaria de Karachapa. Su equipo tenía que comprobar y obtener esos materiales, y sería una buena idea que viajara junto a Shiva. Daksha dijo que no tenía ningún problema en que se uniera a la gira si a Shiva le parecía bien. Por supuesto, él accedió con entusiasmo a la sugerencia.

Tres semanas después del anuncio en la corte sobre el Neelkanth, finalmente llegó el día en que Shiva iniciaba la gira por el imperio. Esa misma mañana, Daksha entró en sus aposentos.

—Podría haberme hecho llamar, alteza —dijo Shiva con un *namasté*—. No hacía

falta que vinierais hasta aquí.

—Es un placer acudir a vuestros aposentos, mi señor —respondió Daksha sonriendo y devolviendo el saludo con una reverencia—. He pensado que debía presentaros a la doctora que viajará con vuestro séquito. Llegó anoche desde Cachemira.

Daksha se hizo a un lado para que su escolta dejara pasar a la doctora.

—¡Ayurvati! —exclamó Shiva, con la cara iluminada por una brillante sonrisa—. ¡Me alegro mucho de volver a verte!

—El placer es mío, mi señor —dijo ella mientras se agachaba a tocarle los pies a Shiva.

Él se apartó inmediatamente para esquivarla.

—Ya te lo dije, Ayurvati, eres una dadora de vida. Por favor, no me avergüences tocándome los pies.

—Y vos sois el Neelkanth, mi señor, el destructor del mal —respondió Ayurvati con devoción—. ¿Cómo podéis negarme el privilegio de recibir vuestra bendición?

Shiva meneó la cabeza, desesperado, y dejó que aquella mujer le tocara los pies. Delicadamente, le posó las manos sobre la cabeza y la bendijo.

Unas horas después, Shiva, Sati, Parvateshwar, Brahaspati, Ayurvati, Krittika, Nandi y Veerbhadra partieron camino de su viaje. Los acompañaban una brigada de mil quinientos soldados, veinticinco sirvientas y cincuenta miembros del personal de apoyo, para su seguridad y comodidad. Planeaban ir por carretera hasta la ciudad de Kotdwaar, junto al río Beas. Desde ahí, viajarían en barco hasta la ciudad portuaria de Karachapa. Luego, irían hacia el este hasta la ciudad de Lothal. Luego, viajarían hacia el norte por carretera hasta el delta interior del Saraswati. Finalmente, regresarían en barco hasta Devagiri.





XII

EL VIAJE POR MELUHA

—¿Quién era Manu? —preguntó Shiva—. He oído hablar de él como «el Padre».

La caravana llevaba varios días viajando por la ancha carretera de Devagiri a Kotdwaar. La parte central constaba de siete carruajes idénticos a los utilizados durante el viaje a Mandar. Cinco de ellos iban vacíos. Shiva, Sati, Brahaspati y Krittika viajaban en el segundo. Parvateshwar viajaba en el quinto, junto a Ayurvati y a sus brigadieres más importantes. La presencia del general implicaba que se debían cumplir de forma estricta todas las normas. Por ello, Nandi, cuyo rango no le permitía viajar en el carruaje, iba a caballo con el resto de la caballería. Veerbhadra había sido reclutado como soldado en el pelotón de Nandi. Liderada por sus respectivos capitanes, la brigada marchaba en las típicas formaciones de defensa delante, detrás y a los lados de la caravana.

Brahaspati y Sati empezaron a contestarle a Shiva al mismo tiempo.

—Lord Manu fue el...

Ambos dejaron de hablar.

—Después de ti, Brahaspati —dijo Sati.

—No, no —apuntó éste con una sonrisa cálida—. ¿Por qué no le cuentas tú la historia?

Sabía bien la voz que el Neelkanth prefería escuchar.

—Claro que no, Brahaspati. ¿Cómo podría quitarte el honor? Eso sería totalmente inapropiado.

—¿Me contestará alguien o vais a seguir así para siempre? —preguntó Shiva.

—Vale, vale. —Brahaspati se rio—. Tranquilo, o te pondrás azul.

—Eres divertidísimo, Brahaspati —replicó Shiva con una sonrisa—. Sigue así y quizá consigas que alguien se ría dentro de cien años.

Mientras Brahaspati y Shiva sofocaban la risa, Sati estaba estupefacta por lo inapropiado de la conversación. Pero si el reverenciado científico jefe parecía cómodo, ella no diría nada al respecto. Y, en cualquier caso, ¿cómo podía regañar a Shiva? Su código de honor se lo prohibía. Él le había salvado la vida. Dos veces.

—Bueno, tienes razón con lo de Lord Manu —señaló Brahaspati—. Toda la gente de la India le considera el progenitor de nuestra civilización.

—¿Incluidos los swadweepanos? —preguntó Shiva incrédulo.

—Sí, eso creemos. En cualquier caso, Lord Manu vivió hace más de ocho mil quinientos años. Al parecer, era un príncipe del sur de la India, de una tierra más allá del río Narmada, donde termina la tierra y empieza el gran océano. Esa tierra es Sangamtamil.

—¿Sangamtamil?

—Sí. Era el país más rico y poderoso del mundo. La familia de Lord Manu, los pandyas, llevaban varias generaciones gobernando esa tierra. Sin embargo, por los registros que dejó Lord Manu, sabemos que, para entonces, los reyes habían abandonado su código de honor. Tras haber caído en la corrupción, dedicaban sus días a disfrutar de sus fabulosas fortunas en lugar de centrarse en sus deberes y en su vida espiritual. Entonces, ocurrió algo terrible. Los mares se alzaron y destruyeron toda su civilización.

—¡Dios mío! —exclamó Shiva.

—Lord Manu sabía que ese día llegaría. Se había preparado para ello. Creía que la decadencia en la que estaba sumido su viejo país era lo que había provocado la ira de los dioses. Para escapar de tal destino, lideró a un grupo de seguidores hacia las tierras altas del norte, a bordo de una flota de barcos. Estableció su primer campamento en un lugar llamado Mehragarh, en lo profundo de las montañas occidentales de lo que hoy es Meluha. Como quería establecer una sociedad justa y moral, renunció a sus ropajes principescos y se convirtió en monje. De hecho, el término para los monjes de la India, *pandit*, es una derivación de Pandya, el apellido de Lord Manu.

—Interesante. ¿Y cómo creció el pequeño grupo de Lord Manu hasta convertirse en la India formidable de hoy?

—Los años inmediatamente siguientes a su llegada a Mehragarh fueron muy duros para ellos. Con el monzón de cada año, las inundaciones y las mareas se hicieron más fuertes. Pero, tras varios años, y con la fuerza de las plegarias de Lord Manu, la ira de los dioses se calmó y las aguas dejaron de avanzar. Sin embargo, el mar nunca descendió a su nivel original.

—¿Eso significa que, en alguna parte del extremo sur, el mar sigue cubriendo las antiguas ciudades de Sangamtamil?

—Eso creemos —respondió Brahaspati—. Una vez que el mar dejó de avanzar, Lord Manu y sus hombres bajaron de las montañas. Les sorprendió ver que el riachuelo Indo se había convertido en un río inmenso. Muchos otros riachuelos del norte de la India también habían crecido. Emergieron los seis grandes ríos: Indo, Saraswati, Yamuna, Ganges, Sarayu y Brahmaputra. Lord Manu dijo que los ríos empezaron a fluir porque la temperatura de nuestra tierra aumentó con la ira de los dioses. Y, con esa subida de las temperaturas, empezaron a derretirse grandes canales de hielo o glaciares congelados en lo alto del Himalaya. Así nacieron los ríos.

—Hmm...

—Las aldeas, y más tarde las ciudades, empezaron a crecer a sus orillas. De este modo, nuestra tierra de los siete ríos, el Sapt Sindhu, se creó a partir de la destrucción de Sangamtamil.

—¿Siete? Pero solo has hablado de la creación de seis ríos en el norte de la India.

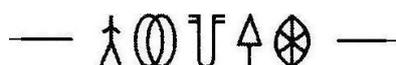
—Sí, es cierto. El séptimo río ya existía. Es el Narmada, que se convirtió en nuestra frontera del sur. Lord Manu prohibió explícitamente a sus descendientes que fueran más allá del sur del Narmada; si lo hacían, jamás podrían regresar. Es una ley que, creemos, incluso los chandravanshis cumplen.

—¿Y cuáles son las otras leyes de Lord Manu?

—La verdad es que hay muchas leyes. Están todas catalogadas en un extenso tratado llamado el Manusmriti. ¿Te interesaría escuchar todo el texto?

—Es tentador —sonrió Shiva—, pero creo que paso.

—Con vuestro permiso, mis señores, quizá podamos comentar más a fondo la influencia de Lord Manu en nuestra sociedad durante la comida —sugirió Krittika.



A poca distancia del camino por donde viajaba la caravana del Neelkanth, una pequeña banda de unos cuarenta hombres caminaba en silencio junto al Beas. Uno de cada dos miembros del pelotón llevaba un pequeño *coracle* sobre la cabeza. Era típico de aquella región. Los lugareños hacían pequeños botes ligeros con bambú, caña y cuerda, lo suficientemente portátiles para que los pudiera llevar un solo hombre en la cabeza. Cada bote podía transportar a dos personas con cierta seguridad y velocidad. A la cabeza del pelotón iba un joven con una orgullosa cicatriz de batalla que adornaba su rostro y con la cabeza coronada por un turbante marrón. Un poco por delante de él caminaba una figura encapuchada. Iba con la cabeza gacha y los ojos entrecerrados, dando pasos metódicos, con la mente perdida en pensamientos insondables. Su respiración era pesada. Alzó la mano lánguidamente para frotarse la frente enmascarada. En la muñeca derecha llevaba un brazalete de piel con el símbolo de la serpiente *om* bordado.

—Vishwadyumna —dijo la figura encapuchada—, entraremos al río por aquí. Cuando nos acerquemos a zonas pobladas, nos alejaremos de ellas para evitar que nos detecten. Tenemos que llegar a Karachapa dentro de dos meses.

—¿Karachapa, mi señor? —preguntó con sorpresa Vishwadyumna—. Creía que íbamos a mantener una reunión secreta con la reina a las afueras de Lothal.

—No —respondió la figura encapuchada—. Nos reuniremos con ella a las afueras de Karachapa.

—Sí, mi señor —contestó Vishwadyumna, mientras miraba en dirección al camino de Kotdwaar. Sabía que a su señor le habría encantado hacer otro intento de

secuestrar a la princesa. Pero también sabía que era imprudente, teniendo en cuenta las fuerzas que acompañaban a la caravana. En cualquier caso, iban con retraso para su misión principal. Debían reunirse urgentemente con la reina.

Girándose hacia sus soldados, Vishwadyumna ordenó:

—Sriktaa, pon tu *coracle* en el río y dame tu remo. Llevaré al señor en esta parte del viaje.

Sriktaa cumplió enseguida las órdenes. Vishwadyumna y la figura encapuchada fueron los primeros del pelotón en entrar en el río. Vishwadyumna ya había empezado a remar mientras sus hombres metían sus botes en el agua. Más adelante, a cierta distancia, la figura encapuchada vio a dos mujeres que reían despreocupadas en una barca. Una de ellas estaba chapoteando agua hacia su amiga desde uno de los lados; la otra intentaba infructuosamente que no la mojara. Su juego infantil provocó que su barca se meciera peligrosamente de un lado a otro. No se habían fijado en que un cocodrilo había entrado en el río desde la orilla contraria. Al ver lo que parecía una comida apetecible, el animal empezó a nadar rápidamente hacia el bote de las mujeres.

—¡Mirad detrás! —les gritó la figura encapuchada. Le indicó a Vishwadyumna que remara rápidamente en aquella dirección.

Las mujeres no podían escucharle desde tan lejos. Lo que vieron fue a dos hombres remando hacia ellas. Pudieron ver que uno de ellos parecía un gigante cubierto de pies a cabeza con una túnica extraña y con el rostro tapado con una máscara. Ese hombre hacía gestos frenéticos. Detrás de ellos había un gran número de soldados que estaban metiendo sus botes en el río. Aquella fue la única advertencia que necesitaron. Pensando que esos hombres avanzaban hacia ellas con malas intenciones, pusieron todo su esfuerzo en empezar a remar apresuradamente para alejarse del bote de la figura encapuchada.

Hacia el cocodrilo.

—¡No! —gritó la figura encapuchada.

Le quitó el remo a Vishwadyumna y usó sus brazos poderosos para remar rápidamente. Estaba reduciendo la distancia entre ellos y las mujeres, pero no lo suficientemente deprisa. El cocodrilo se echó encima del bote de las mujeres y, zambulléndose en el agua, cargó contra la barca, balanceándola con su cuerpo inmenso. La embarcación se ladeó y volcó. Las mujeres cayeron al Beas.

Los gritos de terror llenaron el aire mientras las mujeres luchaban por mantenerse a flote. El cocodrilo se había pasado de largo en su carrera. Se giró y nadó hacia ellas. Ese retraso de unos segundos resultó crucial. El bote de rescate se interpuso entre ellas y el cocodrilo. Girándose hacia Vishwadyumna, la figura encapuchada ordenó:

—Salva a las mujeres.

Antes de que Vishwadyumna pudiera reaccionar, se quitó la túnica y se lanzó al río. Nadó hacia el cocodrilo con el cuchillo entre los dientes. Vishwadyumna tiró de una de las mujeres, que ya estaba inconsciente, y la metió en el bote. Girándose hacia

la otra mujer, le dijo:

—Ahora vuelvo.

Vishwadyumna se giró y remó enérgicamente hacia la orilla.

En el trayecto se cruzó con algunos de sus soldados.

—Remad deprisa. La vida del señor corre peligro.

Los soldados remararon hacia la zona donde se había sumergido la figura encapuchada. El agua se había tenido de rojo con la sangre de la lucha que se estaba librando bajo el agua. Todos murmuraron una oración a Lord Varun, el dios del agua y del mar, con la esperanza de que la sangre no perteneciera a su señor.

Uno de los soldados estaba a punto de saltar al agua con su espada cuando la figura encapuchada salió a la superficie, empapada de sangre, de sangre del cocodrilo. Nadó con fuerza hacia la otra mujer, que estaba a punto de perder la consciencia. Llegó justo a tiempo y le sacó la cabeza del agua. Mientras, dos de los soldados chandravanshis se lanzaron al agua.

—Mi señor, por favor, subid al bote —dijo uno de ellos—. Nadaremos hasta la orilla.

—Antes, ayudad a la mujer —contestó la figura encapuchada.

Los soldados subieron a la mujer inconsciente al *coracle*.

Luego, él mismo subió a bordo y remó hacia la orilla. Para cuando la figura encapuchada llegó a la orilla, Vishwadyumna ya había reanimado a la otra mujer, que estaba completamente desorientada.

—¿Está bien? —le preguntó Vishwadyumna.

Como respuesta, la mujer miró detrás de Vishwadyumna y chilló. Éste se giró. La figura encapuchada estaba llegando a la orilla cargando el cuerpo de la otra mujer. Llevaba la ropa pegada a su cuerpo enorme. La sangre de cocodrilo que teñía su ropa parecía la de su amiga.

—¿Qué le has hecho, bestia? —gritó.

El naga levantó la vista abruptamente. Sus ojos mostraban cierta sorpresa. Sin embargo, no dijo nada. Dejó suavemente a la mujer en el suelo. Mientras lo hacía, se le cayó la máscara de la cara. La mujer que estaba junto a Vishwadyumna lo miró horrorizada.

—¡Naga! —chilló.

Antes de que Vishwadyumna pudiera reaccionar, se puso en pie y huyó entre gritos.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Un naga se está comiendo a mi amiga!

El naga miró con cierta melancolía a la mujer que huía. Cerró las ventanas de su alma atormentada y meneó ligeramente la cabeza. Mientras, Vishwadyumna se giró y vio el rostro de su señor por primera vez desde hacía años. Bajó la mirada enseguida, pero no sin antes ver una rara emoción de dolor intenso en los ojos normalmente inexpresivos de su señor. Hecho una furia, Vishwadyumna desenvainó su espada, jurando que mataría a la zorra desagradecida que acababa de salvar.

—No, Vishwadyumna —ordenó el naga. Se puso la máscara y se giró hacia sus soldados—. Reanimadla.

—Mi señor —se quejó Vishwadyumna—, su amiga atraerá a más gente. Dejemos a esta mujer a su suerte y marchémonos.

—No.

—Pero, mi señor, alguien vendrá pronto. Debemos escapar.

—No hasta que la hayamos salvado —insistió el naga con su voz tranquila de siempre.



La comitiva real, incluidos Nandi y Veerbhadra, estaba sentada disfrutando de la comida en el patio de la casa de reposo donde se habían detenido. La mitad de la brigada también estaba comiendo. Necesitaban acumular toda la energía posible para marchar bajo ese calor abrasador. Parvateshwar había ido a supervisar cómo preparaban la comida. Le preocupaba especialmente la comodidad de Sati. Sin embargo, se negó a unirse a ellos. Comería más tarde con sus soldados.

El alboroto que percibió a cierta distancia alteró a Shiva. Se levantó para averiguar qué sucedía. Indicó a Brahaspati, a Nandi y a Veerbhadra que permanecieran sentados. Parvateshwar también había oído aquel ruido y fue hacia el tumulto.

—¡Salvadla, por favor! —gritó la mujer—. ¡Se la está comiendo un naga!

—Lo siento —contestó el capitán—, pero tenemos órdenes estrictas. No podemos abandonar los alrededores de esta casa de reposo bajo ninguna circunstancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Parvateshwar.

El capitán se giró sorprendido y le saludó con una reverencia.

—Mi señor —dijo el capitán—, esta mujer dice que un naga ha atacado a su amiga. Nos pide que la ayudemos.

Parvateshwar miró intensamente a la mujer. Nada le habría gustado más que perseguir al grupo del naga y destruirlo. Pero sus órdenes eran claras: no debía abandonar al Neelkanth y a Sati. Su protección era el único objetivo de la brigada. Pero él era un kshatriya. ¿Y qué clase de kshatriya sería si no luchara para proteger al débil? Furioso por las restricciones que se le habían impuesto, estaba a punto de decir algo cuando apareció Shiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Mi señor —dijo el capitán, asombrado por tener la oportunidad de conversar con el Neelkanth—. Esta mujer dice que un naga ha atacado a su amiga. Nos preocupa que pueda tratarse de una trampa. Ya hemos oído hablar de la treta chandravanshi en el camino al monte Mandar.

Shiva oyó como su voz interior gritaba: «¡Corre! ¡Ayúdala!».

Desenfundando su espada con un movimiento grácil, le dijo a la mujer:

—Llévame con tu amiga.

Parvateshwar miró con respeto a Shiva. Era aún un sentimiento muy débil, pero era respeto, al fin y al cabo. Inmediatamente, desenfundó su espada y se giró hacia el capitán.

—Seguidnos con vuestro pelotón. Brigadier Vraka, ponga en alerta a toda la brigada ante un posible ataque sorpresa. ¡Hay que mantener a la princesa a salvo cueste lo que cueste!

Shiva y Parvateshwar corrieron detrás de la mujer, que parecía guiarlos con facilidad. Obviamente, era una lugareña. El capitán los siguió con su pelotón de treinta soldados. Tras correr durante casi media hora, llegaron al río y se encontraron con una mujer aturdida y sentada en el suelo. Respiraba con dificultad y miraba conmovida una suerte de visión imaginaria en la distancia. Tenía la ropa manchada de sangre, pero no tenía ninguna herida. Había muchas huellas que parecían salir del agua y luego volver a ella.

El capitán miró con cierta sospecha a la mujer que los había traído hasta allí. Girándose hacia sus soldados, les ordenó:

—Formad un perímetro alrededor del general y del Neelkanth. Podría ser una trampa.

—Se la estaba comiendo viva, os lo digo —gritó la mujer, asombrada de ver que su amiga estaba viva e ilesa.

—No es así —dijo Shiva tranquilamente. Señaló el cadáver del cocodrilo que flotaba en el río. Una gran bandada de cuervos se había posado sobre el cuerpo del animal y se peleaban por sus entrañas—. Alguien la ha salvado de ese cocodrilo.

—Fuera quien fuera, ha cruzado el río remando, mi señor —apuntó el capitán, señalando las pisadas que había cerca del río.

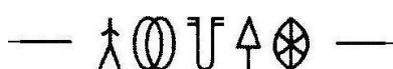
—¿Por qué arriesgaría su vida un naga para salvar a esta mujer? —preguntó Shiva.

Parvateshwar parecía igual de sorprendido. Eso era completamente inusual para los nagas sedientos de sangre a los que se había enfrentado hasta el momento.

—Mis señores —dijo el capitán, dirigiéndose a Shiva y a Parvateshwar—, las mujeres parecen estar a salvo. Lo mejor será que no nos quedemos todos aquí. Si me dan su permiso, escoltaré a estas mujeres hasta su aldea y me reuniré con la caravana en Kotdwaar. Así vos podréis retiraros a la casa de reposo.

—De acuerdo —dijo Parvateshwar—. Llévase a cuatro soldados, por si acaso.

Shiva y Parvateshwar regresaron caminando, totalmente desconcertados.



A última hora de la noche, Shiva, Brahaspati, Nandi y Veerbhadra estaban sentados en silencio alrededor de la fogata. Shiva se giró para ver a Sati. Sentada a lo lejos, en el porche de la casa de reposo, hablaba seriamente con Ayurvati y Krittika.

Parvateshwar, como siempre, se movía entre sus soldados, supervisando la seguridad del campamento y la comodidad de sus chicos.

—Está listo, Shiva —dijo Veerbhadra, que le entregó el *chilum* al Neelkanth.

Se llevó la pipa a los labios y dio una buena calada. Se relajó visiblemente. Sintiendo la necesidad de tener un respiro, fumó un poco más antes de devolvérselo a su amigo. Veerbhadra se lo ofreció a Brahaspati y a Nandi, pero ambos lo rechazaron. Brahaspati miró a Shiva, que seguía intercambiando miraditas con Sati. Sonrió y meneó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Shiva al ver el gesto de Brahaspati.

—Entiendo tu anhelo, amigo mío, pero lo que anhelas es bastante complicado. Casi imposible.

—Cuando algo es valioso, no puede ser fácil, ¿verdad?

Brahaspati sonrió y palmeó la mano de Shiva.

Veerbhadra sabía lo que necesitaba su amigo. Música y danza. Eso siempre le animaba.

—¿Es que en este condenado país nadie canta y baila?

—Soldado Veerbhadra —dijo Nandi usando un tono diferente para su subordinado—. Primero, este país no es condenado. Es la mejor tierra del mundo.

Veerbhadra juntó las manos alegremente en una disculpa fingida.

—Segundo —prosiguió Nandi—, solo bailamos cuando lo requiere la ocasión, como en el festival holi o en una actuación pública.

—Pero la mayor alegría de bailar se da cuando se hace sin ningún motivo, capitán —replicó Veerbhadra.

—Estoy de acuerdo —coincidió Shiva.

Nandi no supo qué decir.

Sin previo aviso, Veerbhadra empezó a entonar una canción típica de su región. Shiva sonrió a su amigo, pues Veerbhadra estaba interpretando una de sus favoritas. Sin dejar de cantar, se puso en pie lentamente y empezó a bailar al ritmo de la canción, ahora acompañado por Shiva. La combinación de la marihuana y el baile le cambiaron el humor.

Brahaspati miró a Shiva, primero impactado y luego encantado. Se fijó en que su baile tenía un patrón, una suave combinación de seis pasos que se repetía rítmicamente. Shiva alargó la mano y tiró de Brahaspati y de Nandi para que se levantaran. Ellos se unieron al baile, vacilantes al principio. Pero solo fue cuestión de tiempo que Brahaspati se entregara por completo. El grupo se movía en un círculo alrededor del fuego, cantando más alto y con más ganas.

De pronto, Shiva salió corriendo del círculo hacia Sati.

—Baila conmigo.

Sati, estupefacta, meneó la cabeza.

—¡Oh, venga! Si puedes bailar mientras te miramos el *guruji* y yo, ¿por qué no aquí?

—¡Eso era por el entrenamiento! —replicó ella.

—¿Y qué? ¿Está mal bailar si no es por aprender?

—No he dicho eso.

—Vale. Como quieras —dijo Shiva con un gesto frustrado—. ¡Ven, Ayurvati!

Ayurvati, aturdida, no supo cómo reaccionar. Antes de que pudiera decidir qué hacer, Shiva le tendió la mano y la arrastró hasta el círculo. Veerbhadra también atrajo a Krittika. Todos empezaron a bailar y cantar a voz en grito. La noche tranquila dejó paso a un gran alboroto. Sati se levantó, claramente agitada, miró la espalda de Shiva y se metió corriendo en la casa de reposo. Cuando él, al girarse hacia el porche, se dio cuenta de que se había ido, se sintió frustrado.

¡Mierda!

Volvió a su danza, con una extraña mezcla de alegría y dolor en el corazón. De nuevo se giró hacia el porche. No había nadie.

¿Quién está detrás de esa cortina?

Veebhadra lo arrastró al siguiente movimiento. Unos momentos después, Shiva volvió a estar en posición de poder mirar de nuevo hacia el porche. Pudo ver a Sati, recortada tras la cortina, mirándole. Solo a él.

Vaya.

Sorprendido y encantado, regresó a su baile, moviéndose de forma exquisita. ¡Tenía que impresionarla!



XIII

BENDICIONES DEL IMPURO

Kotdwaar estaba en todo su esplendor para recibir al Neelkanth. Habían encendido antorchas por todo el perímetro del fuerte como si fuera el Diwali. Habían colgado por doquier banderines rojos y azules, decorados con el sol suryavanshi. En una clara infracción del protocolo, el gobernador había salido de la ciudad para recibir personalmente al Neelkanth. Tras exhibirlo ante la élite de Kotdwaar en la corte local, se había organizado una función pública para el día siguiente. Sesenta y cinco mil personas, prácticamente toda la población de Kotdwaar, se habían congregado allí. Teniendo en cuenta el gran número de asistentes, el evento se había organizado fuera de la plataforma de la ciudad, para dar cabida a todo el mundo.

El discurso de Shiva convenció a los kotdwaaranos de que los días de aflicción de Meluha terminarían pronto. El efecto increíble que pareció tener Shiva sobre la gente fue toda una revelación para él. Aunque eligió cuidadosamente sus palabras, diciéndoles que haría todo lo que pudiera para ayudar a los meluhanos, el público hizo su propia interpretación.

—Al fin serán destruidos esos malditos chandravanshis —dijo un hombre.

—Ya no tenemos que preocuparnos de nada. El Neelkanth se ocupará de todo —apuntó una mujer.

Sentado con Brahaspati y Sati en la plataforma de oradores, Parvateshwar parecía profundamente descontento con la reacción del público. Girándose hacia el científico jefe, dijo:

—Toda nuestra sociedad se basa en las leyes, y se supone que no debemos seguir a nadie ciegamente. Se supone que debemos resolver nuestros propios problemas y no esperar milagros de un solitario. ¿Qué ha hecho ese hombre para merecer tal fe ciega?

—Parvateshwar —dijo Brahaspati educadamente, pues lo respetaba muchísimo—, creo que Shiva es un buen hombre. Todo esto le importa lo suficiente para querer hacer algo. ¿Y acaso las buenas intenciones no son el primer paso para cualquier buena obra?

Parvateshwar no estaba del todo de acuerdo. El general, que nunca había creído

en la leyenda del Neelkanth, pensaba que todo hombre y toda mujer debía ganarse su posición en la vida a través del entrenamiento y la preparación, y no recibirla en bandeja de plata por un cuello azul.

—Sí, puede que eso sea cierto, pero no basta con las intenciones. Éstas tienen que ir acompañadas de la habilidad. Y aquí estamos, poniendo a un hombre inexperto en un pedestal y actuando como si fuera nuestro salvador. Por lo que sabemos, podría llevarnos al desastre. Estamos actuando movidos solo por la fe, no a partir de la lógica o la experiencia.

—A veces se necesita un poco de fe para enfrentarse a una situación complicada. Las respuestas racionales no siempre funcionan. Y también necesitamos un milagro.

—¿Tú me hablas de milagros? ¿Un científico?

—También puede haber milagros científicos, Parvateshwar —respondió Brahaspati con una sonrisa.

Parvateshwar se distrajo al ver que Shiva bajaba de la plataforma. Una multitud de personas quisieron tocarle la mano. Los soldados, liderados por Nandi y Veerbhadra, los mantenían a raya. Entre ellos, había un hombre ciego que parecía haber quedado herido en la aglomeración.

—Nandi, deja pasar a ese hombre —dijo Shiva.

Nandi y Veerbhadra bajaron la cuerda para permitirle el paso.

—Soy su hijo. Necesita que le guíe —exclamó otro hombre.

—Deja que él también pase —dijo Shiva.

El hijo corrió y le dio la mano a su padre. El ciego, que parecía perdido sin la mano de su hijo, sonrió cálidamente al reconocer ese tacto familiar. Lo acercaron hasta Shiva.

—Padre, tienes al Neelkanth delante de ti —le señaló su hijo—. ¿Puedes sentir su presencia?

El ciego lloraba copiosamente. Sin pensar, se agachó para intentar tocar los pies de Shiva. Su hijo gritó sorprendido mientras tiraba del hombre con fuerza.

—¡Padre! —le reprendió.

A Shiva le impactó la dureza de su tono, lejos del cariño que había dejado vislumbrar su voz hasta ese momento.

—¿Qué ha pasado?

—Lo siento, mi señor —se disculpó el hijo—. No era su intención. Ha perdido el control debido a vuestra presencia.

—Lo siento, mi señor —añadió el ciego, llorando más intensamente.

—¿Qué es lo que sientes?

—Es un vikarma, mi señor —dijo el hijo—, desde que una enfermedad lo dejó ciego hace ya veinte años. No tendría que haber intentado tocaros.

Sati, que ahora estaba de pie cerca de Shiva, había escuchado toda la conversación. Sintió simpatía por el ciego. Conocía el tormento de que hasta su roce se considerase impuro. Pero lo que había intentado hacer era ilegal.

—Lo siento, mi señor —prosiguió el ciego—, pero, por favor, no dejéis que vuestro enfado conmigo evite que protejáis a nuestro país. Es la tierra más grande que creó Parmatma. Salvadla de los malvados chandravanshis. Salvadnos, mi señor.

El ciego siguió llorando, con las manos en un *namasté* penitente. A Shiva le conmocionó la dignidad de aquel hombre.

Sigue amando al país que lo trata de forma tan injusta. ¿Por qué? Lo que es aún peor es que no parece que crea que se le trate mal.

Las lágrimas anegaron los ojos de Shiva cuando se dio cuenta de que estaba mirando a un hombre maltratado por el destino.

Detendré esta tontería.

Shiva dio un paso al frente y se agachó. El hijo, atónito e incrédulo, tembló al ver que el Neelkanth le tocaba los pies a su padre. El ciego se sintió perdido durante unos instantes. Cuando comprendió lo que acababa de hacer el Neelkanth, se tapó la boca con la mano, horrorizado.

Shiva se levantó y se quedó un instante frente al ciego.

—Bendígame, señor, para que encuentre las fuerzas para luchar por un hombre tan patriota como usted.

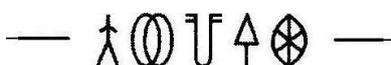
El ciego no daba crédito a lo que estaba pasando. La perplejidad hizo que se le secaran las lágrimas. Estaba a punto de desmayarse cuando Shiva dio un rápido paso al frente para recogerlo y evitar que cayera al suelo. El hombre encontró las fuerzas para decir: «*Vijaibhav*». Ojalá venzas.

Cuando Shiva lo soltó, el hijo agarró a su padre. Toda la multitud había quedado en silencio, sorprendida ante lo que había hecho el Neelkanth. No solo había tocado a un vikarma, que ya era suficientemente grave, sino que había pedido que éste le bendijera. Shiva se giró y vio el rostro enfurecido de Parvateshwar.

Shiva había quebrantado la ley. Lo había hecho de forma descarada y en público. Junto a él estaba Sati. Su rostro, sus ojos...

Toda ella estaba inexpresiva.

¿En qué diablos estará pensando?



Brahaspati y Sati entraron en los aposentos de Shiva en cuanto éste se quedó solo. La sonrisa que esbozó al ver a sus dos personas favoritas desapareció al oír la voz de Sati.

—Debes someterte a una *shudhikaran*.

Él la miró y susurró:

—No.

—¿No? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no. *Nahin. Nako* —añadió Shiva en los dialectos de Cachemira y Kotdwaar, para ser más claro.

—Shiva —dijo Brahaspati manteniendo la compostura—, esto no es un asunto de risa. Estoy de acuerdo con Sati. El gobernador también se ha preocupado por tu seguridad y ha solicitado la presencia de un *pandit*. Está esperándote fuera. Haz la ceremonia ya.

—Ya he dicho que no.

—Shiva —intervino Sati volviendo a su tono habitual—, te respeto enormemente. Tu valor. Tu inteligencia. Tu talento. Pero no estás por encima de la ley. Has tocado a un vikarma. Debes someterte a una *shudhikaran*. Lo dice la ley.

—¡Si la ley dice que tocar a un pobre ciego es ilegal, entonces la ley está mal!

Sati se quedó en silencio, sin saber qué decir.

—Escúchame, Shiva —le dijo Brahaspati—, no someterte a una *shudhikaran* puede ser perjudicial para ti. Estás destinado a hacer grandes cosas. Eres importante para el futuro de la India. No te pongas en riesgo solo por cabezonería.

—No es cabezonería. Dime cómo puede hacerme daño el hecho de haber tocado a un hombre injuriado. Un hombre que sigue amando a su país pese a la forma en la que se le ha maltratado, a pesar de cómo se le ha marginado.

—Puede que sea un buen hombre, Shiva, pero los pecados de su vida anterior contaminarán tu destino —dijo Brahaspati.

—¡Pues que lo hagan! Si eso alivia la carga de ese hombre, me sentiré bendito.

—¿Qué estás diciendo, Shiva? —preguntó Sati—. ¿Por qué ibas a cargar con el castigo por los pecados de otro?

—Primero, no me creo esa bobada de que haya sido castigado por los pecados de su vida anterior. Solo quedó infectado por una enfermedad, lisa y llanamente. Segundo, si elijo cargar con el peso de los llamados pecados de otro, ¿qué debería importarle eso a nadie?

—¡Importa porque nos preocupamos por ti! —gritó Brahaspati.

—Venga, Sati —dijo Shiva—. No me digas que crees en esa basura.

—No es basura.

—Oye, ¿no quieres que luche por ti? ¿Que detenga la injusticia a la que te ha sometido tu sociedad?

—¿De eso se trata todo esto? ¿De mí? —preguntó Sati casi fuera de sí.

—No... —contestó él rápidamente—. Bueno, la verdad es que sí. Esto también trata de ti. Trata de los vikarmas y de la injusticia a la que deben enfrentarse. Quiero librarlos de tener que llevar una vida de parias.

—¡No necesito que me protejas! ¡No puedo salvarme! —gritó Sati antes de salir de la habitación hecha una furia.

Shiva observó irritado cómo se marchaba.

—¿¡Qué diablos le pasa a esta mujer!?

—Tiene razón, Shiva —le dijo Brahaspati—. No vayas por ahí.

—¿Estás de acuerdo con ella en el asunto de los vikarmas? Contesta sinceramente, Brahaspati. ¿No crees que es injusto?

—No estaba hablando de eso. Estaba hablando de Sati.

Shiva observó a Brahaspati con cierto desafío en la mirada. Todo en su mente, cuerpo y alma le decía que debía perseguir a Sati, que su vida no tendría sentido sin ella, que su alma estaría incompleta sin ella.

—No vayas por ahí, amigo mío —reiteró Brahaspati.



La caravana dejó la ciudad de Kotdwaar en una barcaza real seguida de dos barcos grandes del mismo tamaño y grandeza que la embarcación real. Como era típico en el sistema de seguridad meluhano, los barcos adicionales se utilizaban para confundir a los posibles atacantes sobre la embarcación en la que viajaba la familia real. Toda la comitiva real iba en el segundo barco. Cada uno de los tres grandes barcos estaba tripulado por una brigada de soldados. Además, había cinco barcos pequeños y rápidos a ambos lados del convoy real, al que seguían el paso y cuyos flancos protegerían en el caso de que se produjera una emboscada.

—Cuando no hay monzón, mi señor —dijo Ayurvati—, los ríos son el mejor medio de transporte. Aunque tenemos buenas carreteras que unen todas las grandes ciudades, no pueden igualar a los ríos en cuanto a velocidad y seguridad.

Shiva sonrió educadamente a Ayurvati. No estaba de humor para muchas conversaciones. Sati no le había dirigido la palabra desde aquel fatídico día en Kotdwaar, cuando él se negó a someterse a una *shudhikaran*.

La barcaza real se detuvo en muchas ciudades a lo largo del río. La rutina era siempre la misma. La llegada del Neelkanth hacía que la ciudad en cuestión se dejara llevar por una extrema exuberancia. Era algo impropio de Meluha. Pero, claro, el Neelkanth no iluminaba con su gracia esas tierras todos los días.

—¿Por qué? —le preguntó Shiva a Brahaspati, tras muchos días de guardar silencio respecto al desasosiego que sentía en su corazón.

—¿Por qué qué?

—Ya sabes de lo que estoy hablando, Brahaspati —dijo Shiva entrecerrando los ojos, irritado.

—Ella cree de verdad que merece ser una vikarma —contestó Brahaspati con una sonrisa triste.

—¿Por qué?

—Quizá por la forma en la que se convirtió en vikarma.

—¿Cómo ocurrió?

—Sucedió durante su precoz matrimonio.

—¿Qué? ¿Sati estuvo casada!?

—Sí. Eso fue hace unos noventa años. Fue un matrimonio de conveniencia, político. Se casó con un miembro de una de las familias nobles del imperio. Su marido

se llamaba Chandandhwaj. Ella se quedó embarazada y fue a Maika a dar a luz. Fue en la época del monzón. Por desgracia, el niño nació muerto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Shiva, asumiendo el dolor que debió de sentir Sati.

—Pues fue aún peor. Ese mismo día, su marido, que había ido al Narmada a rezar por que su hijo naciera bien, se ahogó. Aquella fatídica jornada, la vida de Sati quedó destruida para siempre.

Shiva miró a Brahaspati, demasiado aturdido para reaccionar.

—El mismo día que enviudó, se convirtió en vikarma.

—Pero ¿cómo podría considerarse culpa suya la muerte de su marido? —alegó Shiva—. Eso es completamente ridículo.

—No la declararon una vikarma por la muerte de su marido. Fue porque dio a luz a un niño muerto.

—Pero eso podría deberse a cualquier motivo. Quizá los doctores locales cometieron un error.

—Eso no ocurre en Meluha, Shiva —dijo Brahaspati con calma—. Dar a luz a un niño muerto es, probablemente, la peor forma que tiene una mujer de convertirse en vikarma. Solo se consideraría peor dar a luz a un naga. Gracias a Dios, eso no ocurrió. Porque, entonces, Sati habría quedado completamente marginada de la sociedad.

—Eso tiene que cambiar. Todo este asunto de los vikarmas es completamente injusto.

Brahaspati miró a su amigo con intensidad.

—Puede que salves a los vikarmas, Shiva, pero ¿cómo salvarás a una mujer que no quiere que la salven? Ella cree sinceramente que se merece este castigo.

—¿Por qué? Estoy seguro de que no es la primera meluhana que da a luz a un hijo muerto. Ha debido de haber otras antes. Y habrá muchas más después.

—Ella fue la primera mujer de la realeza en dar a luz a un hijo muerto. Su destino ha sido motivo de vergüenza para el emperador. Plantea interrogantes sobre sus ancestros.

—¿Cómo puede plantear preguntas sobre su linaje? Sati no es su hija biológica. También vino de Maika, ¿no?

—No, amigo mío. La ley se relajó para las familias nobles hace unos doscientos cincuenta años. Al parecer, y por el «interés nacional», se permitió que las familias nobles se quedaran a sus hijos naturales. Algunas leyes pueden modificarse, siempre y cuando el noventa y nueve por ciento de los brahmins, kshatriyas y vaishyas que estén por encima de una tribu elegida y un puesto de trabajo en particular se muestren a favor del cambio. Ha habido casos, poco frecuentes, en los que se ha dado tal unanimidad. Este fue uno de ellos. Solo un hombre se opuso a este cambio.

—¿Quién?

—Lord Satyadhvaj, el abuelo de Parvateshwar. Su familia juró no tener más hijos naturales después de que se aprobara esa ley. Parvateshwar ha honrado esa promesa hasta hoy.

—Pero si pudo cambiarse la ley de nacimientos —dijo Shiva—, ¿por qué no podría hacerlo la ley de los vikarmas?

—Porque no hay suficientes familias nobles afectadas por esa ley. Esa es la cruda realidad.

—¡Pero eso va totalmente en contra de las enseñanzas de Lord Ram!

—Las enseñanzas de Lord Ram también dicen que el concepto de los vikarmas es correcto. ¿No quieres cuestionar eso?

Shiva observó a Brahaspati en silencio, antes de volver la vista hacia el río.

—No hay nada de malo en cuestionar las leyes de Lord Ram, amigo mío —dijo Brahaspati—. Hubo muchas veces en las que él mismo tuvo que ceder ante el razonamiento de otros. La cuestión es cuáles son tus motivos para querer cambiar la ley. ¿Es porque crees de verdad que la ley es injusta, o es porque te atrae Sati y quieres eliminar una ley incómoda que se interpone en tu camino?

—Creo que la ley de los vikarmas es injusta. Lo pienso desde el momento en que me enteré. Incluso antes de saber que Sati lo era.

—Pero Sati no cree que la ley sea injusta.

—Pero es una buena mujer. No se merece que la traten así.

—No solo es una buena mujer. Es una de las mejores que haya conocido jamás. Es bella, honesta, directa, valiente e inteligente. Todo lo que un hombre querría en una mujer. Pero tú no eres un hombre corriente. Eres el Neelkanth.

Shiva se dio la vuelta y apoyó las manos en la barandilla de la barcaza. Miró hacia el bosque denso que corría junto a la orilla del río a medida que su barco surcaba las aguas. La brisa calmada de la tarde meció los largos mechones de Shiva.

—Ya te lo dije, amigo mío —dijo Brahaspati—. Debido a ese desgraciado cuello azul, toda decisión que tomes tendrá múltiples consecuencias. Tienes que pensártelo mucho antes de hacer nada.



Eran altas horas de la noche. El convoy real había zarpado de la ciudad de Sutgengarh, junto al Indo. La emoción en Sutgengarh había estado a la altura de lo esperado ante la presencia del Neelkanth. Al fin había llegado el salvador de su civilización.

Sin embargo, su salvador estaba pasando por un infierno personal. Sati había estado manteniendo las distancias durante las últimas semanas. Shiva se sentía desgarrado. El dolor y la consternación eran insoportables.

La siguiente parada fue en la famosa ciudad de Mohan Jo Daro, o la plataforma de Mohan. Estaba situada junto al poderoso río Indo y dedicada al gran monje filósofo Lord Mohan, que vivió en esa región muchos miles de años atrás.

Después de reunirse con la gente del lugar, Shiva expresó su deseo de visitar el templo de Mohan, situado fuera de la plataforma principal de la ciudad, río abajo. El

gobernador de Mohan Jo Daro se había ofrecido a llevar a Lord Neelkanth en una gran procesión. Sin embargo, Shiva había insistido en ir solo. El templo lo atrajo. Sintió que podía obtener algunas soluciones para su corazón afligido.

Era un lugar sencillo, como Lord Mohan. Una pequeña estructura anodina se anunciaba como el lugar de nacimiento del sabio. La única señal de la importancia del templo eran las enormes puertas en los cuatro puntos cardinales del recinto. Tal y como pidió Shiva, Nandi y Veerbhadra, junto a su pelotón, esperaron fuera.

Con su reconfortante pañuelo alrededor del cuello, subió los escalones sintiéndose tranquilo después de mucho tiempo. Hizo sonar la campana de la entrada y se sentó contra una columna, con los ojos cerrados y meditando en silencio. De pronto, una voz extrañamente familiar le preguntó:

—¿Cómo estás, amigo mío?



XIV

EL PANDIT DE MOHAN JO DARO

Shiva abrió los ojos y contempló a un hombre que era casi una réplica exacta del *pandit* que había conocido en el templo de Brahma, en lo que ahora le parecía otra vida. Lucía una barba blanca y una larga melena del mismo color. Vestía un *dhoti* y un *angvastram* de color azafrán. Su rostro marchito exhibía una sonrisa tranquila y acogedora. De no ser porque este *pandit* era más alto, Shiva lo habría confundido fácilmente con el que conoció en el templo de Brahma.

—¿Cómo estás, amigo mío? —repitió el *pandit* mientras se sentaba.

—Estoy bien, *panditji* —dijo Shiva; el sufijo indio «ji» indicaba respeto.

No sabría decir por qué, pero se alegró de ver a aquel hombre. Casi sentía que se había visto atraído a ese templo porque estaba destinado a conocer al *pandit*.

—¿Todos los *pandits* de Meluha se parecen tanto?

El hombre sonrió cálidamente.

—No todos los *pandits*. Solo nosotros.

—¿Y quiénes sois «vosotros», *panditji*?

—La próxima vez que te encuentres con uno de nosotros, te lo diremos —le respondió misteriosamente—. Te lo prometo.

—¿Y por qué no ahora?

—En este momento, nuestra identidad no es importante —dijo el hombre, con una sonrisa en el rostro—. Lo que es importante es que te preocupa algo. ¿Quieres hablar sobre ello?

Shiva respiró hondo. El instinto le decía que podía confiar en ese hombre.

—Se supone que debo hacer una tarea para Meluha.

—Lo sé. Aunque yo no llamaría al papel del Neelkanth una «tarea». Es mucho más que eso. —Le señaló el cuello y añadió—: Los trozos de algodón no pueden cubrir el brillo divino.

Shiva alzó la vista con una sonrisa.

—Bueno, Meluha parece una sociedad maravillosa. Y yo quiero hacer todo lo que pueda para protegerla del mal.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que veo que hay prácticas muy injustas en su sociedad casi perfecta. Y eso no cuadra con los ideales a los que aspira Meluha.

—¿A qué prácticas te refieres? —preguntó el *pandit*.

—Pues, por ejemplo, a la forma en que tratan a los vikarmas.

—¿Por qué es injusta?

—¿Cómo puede nadie estar seguro de que esa gente cometió pecados en su vida anterior y que sus sufrimientos son consecuencia de ello? Podría tratarse de pura mala suerte. O de un acto aleatorio de la naturaleza.

—Tienes razón. Podría ser eso. Pero ¿crees que el destino de los vikarmas es algo personal?

—¿No lo es?

—No, no lo es —explicó el *pandit*—. Se trata de la sociedad en conjunto. Que los vikarmas acepten su destino es esencial para la estabilidad de Meluha.

Shiva frunció el ceño.

—Lo que necesita cualquier sociedad próspera, oh, Neelkanth, es flexibilidad con estabilidad. ¿Por qué se necesita flexibilidad? Porque cada persona tiene diferentes sueños y capacidades. El hijo de un guerrero podría tener el talento para ser un gran hombre de negocios. Por ello, la sociedad necesita ser suficientemente flexible para permitir que ese hijo decida su vocación y pueda elegir una profesión diferente de la de su padre. La flexibilidad en una sociedad permite el cambio, para que todos sus miembros tengan la posibilidad de descubrir su auténtico yo y alcancen su pleno potencial. Y si cada persona lo logra, la sociedad como conjunto también lo alcanza.

—Estoy de acuerdo.

Pero ¿qué tiene eso que ver con los vikarmas?

—En breve abordaré el tema central. Paciencia —dijo el *pandit*—. Si creemos que la flexibilidad es la clave para una sociedad próspera, el sistema Maika está diseñado para llevarla a la práctica. Ningún niño sabe cuál es la profesión de sus padres biológicos. Pueden decidir de forma independiente qué hacer según lo que les indica su talento natural.

—Estoy de acuerdo. El sistema Maika es asombrosamente justo. Una persona solo puede agradecerse o culparse a sí misma de lo que haga con su vida. A nadie más. Pero eso es la flexibilidad. ¿Qué hay de la estabilidad?

—La estabilidad permite la libertad de elección a una persona, amigo mío. La gente puede perseguir sus sueños solo cuando vive en una sociedad en la que la supervivencia no es una amenaza diaria. En una sociedad sin seguridad ni estabilidad, no hay intelectuales, hombres de negocios, artistas o genios. El hombre está constantemente en guardia. No es mejor que un animal. ¿Dónde está la oportunidad de permitir que se promuevan las ideas y se persigan los sueños? Así eran todos los humanos antes de que formáramos las sociedades. La civilización es muy frágil. Solo se necesitan unas pocas décadas de caos para que olvidemos la humanidad y nos

convirtamos en animales. Nuestra naturaleza básica puede dominarnos muy rápidamente. Podemos olvidar que somos seres racionales, con leyes, códigos y ética.

—Lo comprendo. Las tribus de mi tierra no eran mejores que los animales. ¡Ni siquiera querían tener una vida mejor!

—No sabían que era posible una vida mejor, Neelkanth. Ésa es la maldición del conflicto constante. Nos hace olvidar la parte más bella de ser humanos. Por ello, la sociedad ha de permanecer estable, para que no nos pongamos unos a otros en situación de tener que luchar por la supervivencia.

—De acuerdo. Pero ¿por qué dejar que la gente desarrolle su potencial causa inestabilidad? De hecho, eso debería hacer que las personas fueran más felices con sus vidas y, por tanto, que la sociedad fuera cada vez más estable.

—Cierto, pero solo en parte. La gente es feliz cuando su vida cambia a mejor. Pero hay dos situaciones en las que el cambio puede llevar al caos. Primera, cuando la gente se enfrenta a un cambio externo, a situaciones que no puede entender. Eso los asusta casi tanto como morir. Cuando el cambio es demasiado rápido, se resisten a él.

—Sí, el cambio forzado por otros es difícil de aceptar.

—Y un cambio demasiado rápido provoca inestabilidad. Ése es el fundamento del estilo de vida de Lord Ram. Hay leyes que ayudan a que la sociedad cambie lentamente y permanezca estable. Al mismo tiempo, permite que los ciudadanos gocen de la libertad de perseguir sus sueños. Él creó un equilibrio ideal entre estabilidad y flexibilidad.

—Has mencionado una segunda situación...

—Sí, es cuando la gente no puede hacer la transición que desea para mejorar su vida, por razones que escapan a su control. Digamos que hay un guerrero excepcional que pierde su coordinación debido a una enfermedad. Sigue siendo un guerrero, pero ya no es extraordinario. Cabe la posibilidad de que se sienta frustrado al percibir que la injusticia se ha cebado con él. Es posible que culpe a su doctor, o incluso a la sociedad en su conjunto. Mucha gente descontenta puede convertirse en una amenaza para la sociedad.

Shiva frunció el ceño. No le gustaba esa lógica, pero también sabía que una de las razones principales por las que los pakratis rechazaron la oferta de paz que, años atrás les hizo su tío, fue porque su viejo y enfermo jefe estaba desesperado por estar a la altura de su antigua reputación de guerrero excepcional, un guerrero que podría haber derrotado a los gunas.

—Su rabia podría llevar al malestar... o a la violencia —dijo el *pandit*—. Lord Ram lo sintió. De ahí el concepto de los vikarmas. Si haces que una persona crea que su mala fortuna en esta vida se debe a los pecados de su vida anterior, se resignará a su destino y no dirigirá su ira hacia la sociedad.

—Pero no estoy de acuerdo en que marginar a los vikarmas funcione. Eso solo lleva a más ira reprimida.

—Pero es que no están marginados. El Gobierno subvenciona su vida, por así

decirlo. Siguen pudiendo interactuar con los miembros de su familia. Se les permite continuar obteniendo la excelencia personal en el campo que elijan, en la medida de lo posible. También son capaces de luchar para protegerse. Lo que no pueden hacer jamás es estar en posición de influir a otros. Y este sistema ha funcionado durante mil años. ¿Sabes lo comunes que eran las rebeliones en la India antes de que Lord Ram creara este imperio? Y, la mayoría de las veces, las rebeliones no estaban lideradas por visionarios que pensarán que podían crear un estilo de vida mejor para el hombre de a pie. Estaban lideradas por individuos descontentos con su vida. Gente muy parecida a los vikarmas. Y esas rebeliones solían causar el caos. Pasaban décadas antes de que se restableciera el orden.

—Estás diciendo que cualquiera que esté frustrado con su vida debería resignarse a ser un vikarma —apuntó Shiva.

—¿Por qué?

—Por el bien de la sociedad.

Shiva estaba horrorizado. No podía creerse lo que estaba escuchando. Todo aquello le desagradaba muchísimo.

—Lo siento, pero creo que ese sistema es completamente injusto. He oído que la vigésima parte de la gente de Meluha son vikarmas. ¿Vais a mantener marginada a tanta gente por siempre? Este sistema ha de cambiar.

—Tú puedes cambiarlo. Eres el Neelkanth. Pero recuerda que ningún sistema es perfecto. En los tiempos de Lord Ram, una dama llamada Manthara desató una serie de acontecimientos que llevaron a la pérdida de millones de vidas. Ella había sufrido terriblemente debido a sus deformidades físicas. Y, entonces, el destino la colocó en posición de influir sobre una poderosa reina y, por tanto, sobre todo un imperio. Por ello, el karma de una víctima del destino llevó a una gran destrucción. ¿No habría sido mejor para todos que se hubiera declarado vikarma a esa persona? No hay respuestas sencillas. Dicho esto, tal vez tengas razón. Quizás ahora haya demasiados vikarmas, lo que puede llevar a un punto de inflexión. Puede sumir a la sociedad en el caos. ¿Tengo una solución para ese problema? Pues no. Quizá tú la puedas encontrar.

Shiva apartó la cara. Creía realmente que el sistema vikarma era injusto.

—¿Te preocupan todos los vikarmas, oh, Neelkanth? —preguntó el *pandit*—. ¿O solo alguno en particular?



—¿Qué hace ahí dentro? —preguntó Nandi—. Está tardando demasiado.

—No lo sé —respondió Veerbhadra—. Lo único que sé es que si Shiva dice que necesita hacer algo, lo acepto.

—¿Por qué llamas al Señor por su nombre?

—¡Porque se llama así!

Nandi sonrió ante la respuesta espontánea y se giró para mirar hacia el templo.

—Dime, capitán —dijo Veerbhadra acercándose a Nandi—: ¿Krittika está pedida?

—¿Pedida?

—Bueno... —siguió Veerbhadra—, ¿está vedada?

—¿Vedada?

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Veerbhadra, que se puso rojo como un tomate.

—Es viuda —dijo Nandi—. Su marido murió hace quince años.

—¡Oh, eso es terrible!

—Sí, lo es —dijo Nandi sonriendo a Veerbhadra—. Pero, respondiendo a tu pregunta, no está «pedida» por ahora.



—¿Puedo decir algo, mi señora? —preguntó Krittika.

Sati dejó de mirar por la ventana de la habitación de invitados y se giró sorprendida para mirar a Krittika.

—¿Alguna vez te he prohibido que te expresaras? Un auténtico suryavanshi siempre dice lo que piensa.

—Bueno —dijo Krittika—, a veces puede que no esté mal perder el control.

Sati frunció aún más el ceño.

Krittika habló deprisa, antes de que el coraje la abandonara.

—Olvidad que es el Neelkanth, mi señora. Creo que, como hombre, es el mejor que haya visto jamás. Es inteligente y valiente, divertido y amable, y venera el suelo que pisáis. ¿De verdad eso es tan malo?

Sati observó a Krittika. No sabía si estaba más ofendida por lo que acababa de oír o por tener unos sentimientos que, al parecer, resultaban obvios.

Krittika continuó.

—Quizá, solo quizá, romper las reglas pueda llevar a la felicidad.

—Soy una suryavanshi —replicó Sati bajando la voz—. Vivo según las reglas. ¿Qué tengo yo que ver con la felicidad? ¡No te atrevas a volver a hablarme de esto!



—Sí, hay una vikarma en particular —admitió Shiva—, pero no es por ella por lo que pienso que la ley vikarma es injusta.

—Lo sé —dijo el *pandit*—. Pero también sé que lo que te preocupa ahora mismo es tu relación con esa persona en particular. No quieres que ella piense que cambiarías

la ley, por justificado que estuviera, solo para conseguirla. Porque si Sati cree eso, nunca vendrá a ti.

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó Shiva anonadado.

—Sabemos muchas cosas, amigo mío.

—Sin ella, mi vida no tiene sentido.

—Lo sé —dijo el *pandit* sonriendo—. Quizá pueda ayudarte.

Shiva frunció el ceño. Eso era algo inesperado.

—Quieres que tu amor sea recíproco. Pero ¿cómo puede serlo si ni siquiera la entiendes?

—Creo que la entiendo. La amo.

—Sí, la amas, pero no la entiendes. No sabes lo que quiere.

Shiva se quedó en silencio. Sabía que el *pandit* tenía razón.

Estaba muy confundido respecto a Sati.

—Puedes llegar a suponer lo que quiere —prosiguió el *pandit*—, con la ayuda de la teoría de las transacciones.

—¿El qué? —preguntó Shiva desconcertado.

—Es lo que crea el tejido de la sociedad.

—Disculpa, pero ¿qué tiene eso que ver con Sati?

—Permíteme que te lo cuente, Neelkanth —dijo el *pandit*—. Sabes que la ropa que llevas está hecha con hilo de algodón tejido, ¿verdad?

—Sí —contestó Shiva.

—De forma similar, las transacciones son hilos que, al tejerse, crean la sociedad y su cultura. O, en el caso de una persona, tejen su carácter.

Shiva asintió.

—Si quieres saber si una ropa es buena, inspeccionas la calidad de su tejido. Si quieres comprender el carácter de una persona, observas con atención su comportamiento interpersonal o sus transacciones.

—De acuerdo —dijo Shiva lentamente, asimilando las palabras del *pandit*—. Pero las transacciones son...

—Te lo explicaré —le interrumpió el *pandit*—. Las transacciones son interacciones entre dos individuos. Podría ser el comercio de bienes, como un granjero shudra que ofrece grano a un vaishya a cambio de dinero. Pero también podría ir más allá de bienes materiales, como un kshatriya que ofrezca protección a una sociedad a cambio de poder.

Shiva asintió.

—Las transacciones son dar y tomar.

—Exacto. Siguiendo esta lógica, si quieres algo de alguien, tienes que darle a esa persona algo que quiera.

—¿Y qué crees que quiere ella? —preguntó Shiva.

—Intenta entender las transacciones de Sati. ¿Qué crees tú que quiere?

—No lo sé. Es muy complicada.

—No, no lo es. Hay un patrón. Piensa. Probablemente sea la vikarma más eminente de la historia. Tiene el suficiente poder para rebelarse, y está claro que posee el espíritu necesario, pues nunca se echa atrás en una pelea. Pero no se ha rebelado contra la ley vikarma, ni tampoco se funde con el fondo del escenario y vive en el anonimato como la mayoría de los vikarmas. Sigue los mandamientos, pero no se queja a los demás. Por injusta que sea la vida con ella, se comporta con dignidad. ¿Por qué?

—¿Porque es una mujer recta?

—Lo es, sin duda. Pero esa no es la razón. Recuerda: en una transacción entregas algo porque quieres algo a cambio. Ella acepta una ley injusta sin intentar que nadie se sienta culpable por ello. Y, aún más importante, sigue usando su talento para contribuir al bien de la sociedad siempre que puede. ¿Qué crees que quiere a cambio una persona que lo da todo en sus transacciones con la sociedad?

—Respeto —contestó Shiva.

—¡Exacto! —dijo el *pandit*. Una sonrisa iluminó su rostro—. ¿Y qué crees que haces cuando intentas proteger a una persona así?

—Faltarle al respeto.

—¡Por supuesto! Sé que querer proteger a cualquier buena persona que parezca tener problemas es algo natural en ti. Pero debes controlar esa tendencia con respecto a Sati. Respétala. Así, se verá irresistiblemente atraída por ti. Ella consigue muchas cosas de la gente que la quiere. Pero lo que no logra es lo que más ansía: respeto.

Shiva miró al *pandit* con una sonrisa agradecida. Había encontrado su respuesta. Respeto.



Después de dos semanas, el convoy del Neelkanth llegó a Karachapa, en la confluencia del Indo con el mar occidental. Era una ciudad brillante que había crecido mucho más allá de la plataforma sobre la que la habían construido. La Dwitiya, o segunda plataforma, se había erigido cincuenta años antes a una escala aún mayor que la primera. En la plataforma Dwitiya vivía la élite de Karachapa. El gobernador, un vaishya diminuto llamado Jhoolshwar, se había enterado de la tradición de recibir al Neelkanth fuera de la ciudad, y se sumó a ella.

Karachapa, con sus cien mil habitantes, era en el fondo una ciudad comercial fronteriza. Lord Brahmanayak, el padre del emperador Daksha, fue previsor cuando designó a un vaishya como gobernador cien años atrás. Jhoolshwar había gobernado la ciudad excelentemente, cubriendo su destino de oro. Se le consideraba su gobernador más sabio y eficiente. Hacía tiempo que Karachapa había superado a Lothal y se había convertido en la principal ciudad comercial de la parte este del imperio. Aunque se dejaba que los extranjeros como los mesopotámicos o los egipcios

entraran en esta ciudad liberal, no se les permitía viajar hacia el interior de Meluha sin un permiso real expreso.

En su primer día en Karachapa, Jhoolshwar escoltó al Neelkanth en una excursión hasta el mar occidental. Shiva no había visto jamás el mar. Quedó fascinado ante esa masa infinita de agua. Se pasó varias horas en el puerto, donde Jhoolshwar le expuso orgullosamente los diferentes tipos de embarcaciones que se fabricaban en los astilleros que había junto al puerto de Karachapa. Brahaspati los acompañó hasta el puerto para comprobar las mercancías importadas que le habían traído los mercaderes mesopotámicos.

En la cena de estado organizada para Shiva, Jhoolshwar anunció con orgullo que para el día siguiente se había planeado un *jagna* (un sacrificio ceremonial con fuego) para honrar al Neelkanth, bajo los auspicios de Lord Varun y de los legendarios gemelos Ashwini Kumar.

Estos últimos eran unos legendarios marineros que navegaron por las rutas oceánicas desde Meluha a Mesopotamia y más allá. Sus mapas, guías e historias constituyeron una fuente de inspiración y aprendizaje para esta ciudad de marineros.

Tras la cena, Shiva visitó los aposentos de Sati y de Krittika.

—Me preguntaba —dijo Shiva, muy cuidadoso con Sati desde que ella había vuelto a tratarle formalmente— si vendrás mañana al *jagna*.

—Lo siento mucho, Lord Neelkanth —dijo Sati cortésmente—, pero no podré acudir a la ceremonia. No se me permite acudir a los *jagnas*.

Shiva estaba a punto de decir que nadie cuestionaría su presencia, pues acudiría junto al Neelkanth, pero se lo pensó mejor.

—¿Quizá podamos hacer una clase de danza mañana?

—Eso estaría bien. No he tenido el placer de recibir vuestras enseñanzas desde hace tiempo —dijo Sati.

Shiva asintió con tristeza. Que su relación se hubiera vuelto tan fría lo atormentaba. Se despidió y se dio la vuelta para marcharse.

Krittika miró a su señora y negó con la cabeza imperceptiblemente.



XV

PRUEBA DE FUEGO

El chiquillo corría por el polvoriento camino de cabras. Intentaba evitar las piedras afiladas envolviéndose bien en su abrigo de piel. El bosque frío y denso invadía el camino, amenazador. Era difícil ver más allá de los árboles que se alineaban junto al estrecho camino. Estaba seguro de que había monstruos terribles agazapados entre el denso follaje, esperando para abalanzarse sobre él si iba más despacio. Su aldea estaba a unas pocas horas de distancia. El sol se estaba poniendo deprisa detrás de las montañas. «A los monstruos les encanta la oscuridad», le había escuchado decir a su madre y a su abuela cuando se portaba mal. Le habría gustado que le acompañara un adulto, pues los monstruos no molestaban a los mayores.

El corazón le dio un vuelco cuando escuchó un extraño sonido palpitante. Desfundó de inmediato su corta espada, previendo un ataque por la espalda. Sus amigos habían oído muchas historias sobre los monstruos de los bosques. Los cobardes nunca atacaban de frente.

Se quedó quieto, intentando determinar la dirección de la que procedía el sonido. Tenía un ritmo repetitivo peculiar. Le era vagamente familiar, como si lo hubiera oído antes. Ahora también escuchaba una voz masculina que gruñía. ¡No era un monstruo! La emoción le recorrió todo el cuerpo. Había oído que sus amigos hablaban de ello entre risitas, pero nunca había visto el acto en persona. Ésa era su oportunidad.

Reptó lentamente entre el follaje, con la espada colgando a un lado. No tuvo que ir demasiado lejos para encontrar lo que buscaba. En un pequeño claro. Se escondió detrás de un tronco y echó un vistazo.

Era una pareja. Parecían tener prisa. Ni siquiera se habían desvestido del todo. El hombre era extremadamente peludo, casi como un oso. Desde este ángulo, el niño solo podía verle la espalda. Tenía una vista frontal de la mujer. Era bellísima. Su cabello era ondulado, largo y lustroso. La blusa parcialmente arrancada dejaba entrever un busto firme, con grandes verdugones debido al brutal coito. Su falda estaba rasgada y revelaba unas piernas largas y exquisitas. El niño estaba tremendamente excitado. No podía esperar a contárselo a su amigo Bhadra.

Mientras disfrutaba del espectáculo, creció su desconcierto. Algo fallaba. El hombre estaba en un trance apasionado, mientras que la mujer yacía pasiva..., casi muerta. Las manos colgaban sin vida a ambos lados. Tenía la boca muy apretada. No le susurraba palabras a su amante. ¿Lo que le caía por las mejillas eran lágrimas de éxtasis? ¿O es que la estaban forzando? Pero ¿cómo podía ser eso? La mujer tenía a su alcance el cuchillo del hombre. Podía agarrarlo y clavárselo si quisiera.

El niño meneó la cabeza. Intentó silenciar su conciencia: «Cállate y déjame mirar». Y entonces llegó el momento que lo atormentaría el resto de su vida. De pronto, los ojos de la mujer se posaron sobre él.

—¡Socorro! —gritó ella—. ¡Ayúdame, por favor!

El niño cayó de espaldas, sorprendido, y soltó la espada. El monstruo peludo se dio la vuelta para ver a quién estaba llamando la mujer. El crío recogió rápidamente su espada y huyó, ignorando el dolor agudo de su pie helado mientras corría. Le aterrorizaba pensar que el hombre le perseguía. Podía oír su pesada respiración.

Saltó hacia el camino de cabras y corrió hacia su aldea. Aún podía oír la respiración pesada. Se acercaba más a cada instante. De pronto, giró hacia su izquierda, pivotó y lanzó una estocada con su espada.

Allí no había nadie. Ningún sonido de respiración pesada. El único ruido era el de la súplica atormentada de aquella mujer.

—¡Socorro! ¡Ayuda, por favor!

El niño miró atrás. Pobre mujer.

«¡Vuelve! ¡Ayúdala!», le decía su voz interior.

Dudó un momento. Entonces se dio la vuelta y huyó hacia su aldea.

«¡No! ¡Vuelve! ¡Ayúdala!»

Shiva se despertó empapado en sudor. El corazón le palpitaba, desbocado. Se dio la vuelta de forma instintiva. Le hubiera gustado poder volver a aquel día fatídico, para redimirse. Pero no habría redención. El rostro atormentado de la mujer volvió a atormentarle. Cerró los ojos. Pero ¿cómo dejas a un lado una imagen grabada a fuego en tu mente?

Se hizo un ovillo y apoyó la cabeza en las rodillas. Luego hizo lo único que le ayudaba: llorar.



Habían preparado el *jagna* en la plaza central de la plataforma Dwitiya. Para Karachapa, no era uno de los típicos asuntos austeros de Meluha. Los colores brillantes que adornaban la ciudad parecían reclamar admiración. La plataforma estaba pintada con un tono dorado brillante. Unos mástiles decorados con mucho colorido y adornados con flores sostenían una *shamiana*, una cubierta de tela. Unos banderines rojos y azules, con el símbolo suryavanshi pintado, colgaban

orgullosamente de unos mástiles. Todo era pompa y alegría.

Jhoolshwar recibió a Shiva en la punta de la plataforma y lo guio hasta su asiento ritual en el *jagna*. El gobernador insistió en que Shiva se quitara el pañuelo durante la ceremonia, y él aceptó. Parvateshwar y Brahaspati se sentaron a la derecha del Neelkanth, mientras que Jhoolshwar y Ayurvati lo hicieron a su izquierda. Nandi y Veerbhadra también fueron invitados a sentarse detrás de Shiva. Aunque era algo poco ortodoxo, Jhoolshwar había accedido a la petición del Neelkanth. Jhoolshwar gobernaba una ciudad fronteriza cosmopolita y creía que podía hacerse la vista gorda respecto a algunas estrictas leyes meluhanas, por el bien de la conveniencia. Su actitud liberal había convertido Karachapa en una suerte de imán para gente de distintas razas. Era un centro de intercambio de bienes, servicios e ideas.

Shiva miró hacia el balcón de Sati, que daba a la plaza central. Aunque ella no tenía permitido subir a la plataforma mientras se realizaba el *jagna*, podía observar el acto desde la distancia segura de sus aposentos. Shiva se fijó en que estaba de pie tras la cortina del balcón, con Krittika a su lado, sin perderse detalle de la ceremonia.

Como era costumbre antes de un *jagna*, el *pandit* se levantó y dijo formalmente:

—Si alguien tiene alguna objeción sobre este *jagna*, que hable ahora o calle para siempre.

Era una pregunta tradicional, retórica. Sin embargo, alguien gritó:

—Yo objeto.

Una gran sorpresa recorrió el lugar, pero nadie necesitó mirar para reconocer de dónde provenía la voz. Era Tarak, un inmigrante de las regiones ultraconservadoras del noroeste del imperio. Desde que había llegado a Karachapa, se había designado a sí mismo «policía moral» de esa «ciudad decadente de pecado».

Shiva estiró el cuello para ver qué pasaba. Vio a Tarak de pie, al fondo, en el borde de la plataforma *puya*, muy cerca del balcón de Sati. Era un hombre gigante, con un rostro bello lleno de cortes brutales consecuencia de una vida de lucha; tenía una barriga enorme y unos abultados y musculosos brazos de minero. Era una figura imponente. Resultaba obvio, sin tener que mirar sus amuletos, que Tarak era un *kshatriya* que se había ganado la vida en los escalafones más bajos del ejército.

Exasperado, Jhoolshwar miró a Tarak.

—¿Y ahora qué? Esta vez nos hemos asegurado de no usar el color blanco *chandravanshi* en la decoración. ¿O es que crees que el agua que usamos para la ceremonia no está a la temperatura correcta que indican los vedas?

La concurrencia se rio por lo bajo. Parvateshwar miró a Jhoolshwar con aspereza. Antes de que pudiera regañar al gobernador por esa referencia desenfadada a los vedas, Tarak habló de nuevo:

—La ley dice que no se permite que un *vikarma* esté en la plataforma *jagna*.

—Sí —dijo Jhoolshwar—, y a menos que te hayan declarado *vikarma*, creo que no se ha quebrantado la ley.

—¡Sí se ha hecho!

Murmullos de sorpresa.

—Aquí no hay ningún vikarma, Tarak —replicó Jhooleshwar tras alzar la mano—. Ahora siéntate, por favor.

—La princesa Sati profana el *jagna* con su presencia.

Shiva y Parvateshwar miraron con dureza a Tarak. Jhooleshwar estaba tan sorprendido como los demás.

—¡Tarak! —dijo Jhooleshwar—. Estás yendo demasiado lejos. La princesa Sati está confinada en la casa de huéspedes, obedeciendo las leyes del *jagna*. No se encuentra aquí. Ahora siéntate, antes de que ordene que te azoten.

—¿Y con qué cargos haríais que me azotaran, gobernador? —gritó Tarak—. En Meluha, alzarse en defensa de la ley no es ningún crimen.

—¡Pero no se ha quebrantado la ley!

—Sí se ha quebrantado. La ley dice exactamente que ningún vikarma puede estar en la plataforma en la que se realiza un *jagna*. Y éste se está llevando a cabo en la plataforma Dwitiya de la ciudad. Al estar en la misma plataforma, la princesa profana el *jagna*.

Técnicamente, Tarak estaba en lo cierto. La mayoría de la gente interpretaba la ley en el sentido de que no se permitía que ningún vikarma pudiera estar en la plataforma de la ceremonia. Sin embargo, Karachapa, igual que la mayoría de las ciudades meluhanas, estaba construida sobre una plataforma. Así pues, una interpretación estricta de la ley implicaría que Sati no debería estar en ninguna parte de toda la plataforma Dwitiva. Para que el *jagna* fuera válido, tendría que irse a la otra plataforma de la ciudad o al exterior de los muros.

Por un momento, Jhooleshwar quedó desconcertado. La objeción de Tarak parecía tener sentido. Intentó contestar débilmente.

—Venga, Tarak. Estás siendo demasiado escrupuloso. Creo que esa interpretación es más que estricta...

—No; Shri Jhooleshwarji. —Una potente voz resonó entre el gentío. Todo el mundo se giró para ver de dónde provenía. Sati, que había salido al balcón, prosiguió —: Por favor, acepte mis disculpas por interrumpirle, gobernador —dijo con un *namasté* formal—, pero la interpretación que hace Tarak de la ley es justa. Siento muchísimo haber perturbado el *jagna*. Mi séquito y yo abandonaremos inmediatamente la ciudad. Regresaremos al inicio del tercer *prahar*. Para entonces, la ceremonia ya habrá terminado.

Shiva apretó los puños. Deseaba con todas sus fuerzas retorcerle el pescuezo a Tarak, pero, con un esfuerzo sobrehumano, logró controlarse. Al cabo de unos minutos, Sati estaba fuera de la casa de huéspedes, junto a Krittika y cinco guardaespaldas personales. Shiva se giró para mirar a Nandi y a Veerbhadra, que se alzaron para irse con ella. Shiva quería que se aseguraran que Sati estuviera a salvo en todo momento.

—Es repulsivo que no os dierais cuenta vos misma —le dijo Tarak con un gran

desprecio—. ¿Qué clase de princesa sois? ¿Es que no respetáis la ley?

Sati miró a Tarak, con el rostro tranquilo. No quería enzarzarse en una discusión. Esperó a que los guardias prepararan los caballos.

—No entiendo qué hace una mujer vikarma viajando con la caravana del Neelkanth. Está contaminando todo el viaje —dijo Tarak enfurecido.

—¡Basta! —intervino Shiva—. La princesa Sati se está marchando dignamente. Detén tu diatriba ahora mismo.

—¡No lo haré! —chilló Tarak—. ¿Qué clase de líder eres? Estás yendo contra las levas de Lord Ram.

—¡Tarak! —gritó Jhoolshwar—. Lord Neelkanth tiene derecho a ir contra la ley. Si valoras tu vida, no desafiarás su autoridad.

—Soy meluhano —exclamó Tarak—. Tengo derecho a retar a cualquiera que quebrante la ley. Un *dhobi*, un simple lavadero, retó a Lord Ram. Éste, en su grandeza, accedió a la objeción del hombre y renunció a su esposa. Le aconsejaría al Neelkanth que aprendiera del ejemplo de Lord Ram y usara el cerebro para tomar sus decisiones.

—¡Ya basta, Tarak! —estalló Sati.

Toda la congregación se había quedado estupefacta y en silencio ante el comentario de Tarak, pero Sati no. Algo en su interior se había roto. Había tolerado demasiados insultos durante mucho tiempo, y los había soportado con una dignidad tranquila. Pero aquel hombre había insultado a Shiva. A su Shiva, se reconoció finalmente.

—Invoco el derecho del *agnipariksha* —dijo Sati recuperando de nuevo el control.

Los espectadores, anonadados, no se podían creer lo que estaban oyendo. ¡Una prueba de fuego!

Todo iba de mal en peor. Según el *agnipariksha*, un alma herida injustamente podía retar a un duelo a su agresor. Se denominaba *agnipariksha* porque el combate tenía lugar en un círculo de fuego. No se podía escapar de él. Los contendientes debían seguir luchando hasta que uno de los dos se rindiera o muriera. En aquella época, era algo infrecuente. Y que una mujer invocara ese derecho era algo inaudito.

—No hay motivo para eso, mi señora —le suplicó Jhoolshwar. Igual que a sus súbditos, a Jhoolshwar le aterrorizaba que la princesa Sati pudiera morir en su ciudad, pues estaba claro que el gigantesco Tarak la iba a matar. La ira del emperador sería terrible. Se giró hacia Tarak y le ordenó—: No aceptarás este duelo.

—¿Y que me llamen cobarde?

—¿Quieres demostrar tu valentía? —preguntó Parvateshwar, hablando por primera vez—. Pues lucha conmigo. Seré el representante de Sati en el duelo.

—Solo yo tengo el derecho a designar un representante, *pitratulya* —dijo Sati, refiriéndose respetuosamente a Parvateshwar como «un segundo padre». Se giró hacia Tarak y le dijo—: No designaré a ningún representante. Lucharás contra mí.

—No harás tal cosa, Tarak —intervino Brahaspati.

—Tarak, el único motivo por el que no querrías luchar sería porque tuvieras miedo de que te matara —dijo Shiva.

Todo el mundo se giró hacia el Neelkanth, impactados por sus palabras.

Él miró a Sati y prosiguió:

—Ciudadanos de Karachapa, he visto luchar a la princesa. Puede derrotar a quien sea. Incluso a los dioses.

Sati observó a Shiva. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Acepto el reto —gruñó Tarak.

Sati asintió, se montó en su caballo blanco y se dio la vuelta para marcharse. En el borde de la plaza, se detuvo y se giró para echar otro vistazo a Shiva. Ella le sonrió y se marchó cabalgando.



Era el principio del tercer *prahar* cuando Shiva y Brahaspati entraron en silencio en el local *varjish graha*, el salón de entrenamiento, para observar cómo se ejercitaba Tarak con dos contrincantes. El *jagna* había sido un desastre. Quien más quien menos daba por seguro que la princesa moriría al día siguiente, por lo que nadie quiso participar en la ceremonia. Sin embargo, una vez convocado, el *jagna* debía completarse; de lo contrario, los dioses se ofenderían. La congregación cumplió con el trámite y el *jagna* se dio por concluido.

Los famosos y temidos golpes de Tarak a sus desdichados contrincantes llenaron de espanto el alma de Brahaspati, que tomó una decisión.

—Le mataré esta misma noche. Ella no morirá mañana.

Shiva se giró estupefacto e incrédulo hacia el jefe científico.

—¿Qué estás diciendo, Brahaspati?

—Sati es demasiado noble para sufrir un destino como ése. Estoy dispuesto a sacrificar mi vida y mi reputación por ella.

—Pero eres un brahmin. Se supone que no debes matar.

—Lo haré por ti —susurró Brahaspati. Las emociones le nublaban el buen juicio —. No la perderás, amigo mío.

Shiva se acercó a él y le abrazó.

—No corrompas tu alma, amigo mío. No me merezco un sacrificio tan grande.

Brahaspati se aferró a Shiva.

Dando un paso atrás, Shiva susurró:

—En cualquier caso, tu sacrificio no será necesario. Estoy seguro de que mañana, Sati, derrotará a Tarak. Tan seguro como de que el sol sale por el este.



Unas horas más tarde del tercer *prahar*, Sati regresó a la casa de huéspedes. No fue a su habitación, sino que convocó a Nandi y a Veerbhadra en el patio central, desenfundó la espada y empezó a practicar con ellos.

Un poco después, apareció Parvateshwar, que estaba visiblemente preocupado. Temía que ésa pudiera ser la última vez que hablara con Sati. Ella dejó de practicar, enfundó su espada y puso las manos en un *namasté* respetuoso.

—*Pitratulya* —susurró.

Parvateshwar se acercó a Sati con el rostro desencajado. No estaba segura, pero parecía que Parvateshwar hubiera estado llorando. Nunca le había visto derramar ni una sola lágrima.

—Mi niña —murmuró él.

—Estoy haciendo lo que considero correcto. Estoy contenta.

Parvateshwar no encontró las fuerzas suficientes para decir nada más. Por un instante, pensó en asesinar a Tarak aquella noche. Pero no podía hacer eso, pues iba contra la ley.

En ese momento entraron Brahaspati y Shiva, que se fijó en el rostro de Parvateshwar. Era la primera vez que veía un signo de debilidad en el general. Aunque podía entender su dilema, no le gustaba el efecto que estaba teniendo en Sati.

—Siento llegar tarde —dijo alegremente.

Todo el mundo se giró para mirarle.

—De hecho, Brahaspati y yo hemos ido al templo de Lord Varun para rezar por Tarak —dijo Shiva—. Hemos rezado para que el viaje de su alma hasta el otro mundo sea agradable.

Sati estalló en carcajadas, igual que el resto del grupo del patio.

—Bhadra, no eres el oponente adecuado para la práctica —dijo Shiva—. Te mueves demasiado deprisa. Nandi, lucha con la princesa. Y controla tu agilidad. —Se volvió hacia Sati y continuó—: He visto a Tarak practicando. Sus golpes tienen una fuerza tremenda, pero eso lo hace más lento. Su fuerza se convierte en debilidad. Usa tu agilidad contra sus movimientos.

Ella asintió, intentando asimilar sus consejos, y retomó su práctica con Nandi. Moviéndose con rapidez, comparado con los movimientos más lentos de Nandi, Sati fue capaz de apañárselas para dar un golpe letal.

De pronto, una idea asaltó a Shiva. Le dijo a Nandi que parara y le preguntó a Sati:

—¿Se te permite escoger el arma del combate?

—Sí, es mi prerrogativa, pues fui yo quien le desafió.

—Entonces, elige el cuchillo. Eso reducirá el alcance de sus golpes, mientras que tú podrás acercarte y alejarte mucho más deprisa.

—¡Eso es brillante! —coincidió Parvateshwar mientras Brahaspati asentía.

Sati mostró su acuerdo inmediatamente. Al cabo de un momento, Veerbhadra apareció con dos cuchillos. Le dio uno a Nandi y otro a Sati.

—Practicad, mi señora.



Sati y Tarak estaban en el centro de un estadio circular. No era el *rangbhoomi* de Karachapa, cuyas proporciones eran gigantescas. Lo habían construido junto al estadio principal para los conciertos de música que tanto gustaban a los inmigrantes mesopotámicos de Karachapa. La arena tenía las dimensiones exactas que se necesitaban para un *agnipariksha*. No tan grande como para que una persona pudiera esquivar al otro combatiente, pero no tan pequeña como para que la lucha terminara demasiado deprisa. Había gradas alrededor de la arena. Unas veinte mil personas habían acudido a ver el duelo más importante de Karachapa de los últimos quinientos años.

Todos los labios pronunciaban plegarias para que el Padre Manu obrara un milagro y la princesa Sati pudiera ganar. O para que al menos estuviera cerca de hacerlo. Tarak y Sati se saludaron con un *namasté*, repitiendo el antiguo juramento de luchar con honor. Luego, girándose hacia la estatua de Lord Varun que había en lo alto de la grada principal, hicieron una reverencia para pedir la bendición del dios de las aguas y del mar. Jhooleshwar le había cedido a Shiva su asiento ceremonial bajo la estatua de Lord Varun. El gobernador se sentó a la izquierda de Shiva; Ayurvati y Krittika estaban a su izquierda. Brahaspati y Parvateshwar se sentaron a la derecha de Shiva. Nandi y Veerbhadra, como casi siempre, guardaban las espaldas de Shiva. El día anterior habían enviado un pájaro mensajero a Daksha para informar sobre el duelo. Sin embargo, no hubo tiempo suficiente para esperar una respuesta.

Jhooleshwar se puso en pie. Por dentro estaba nervioso, pero parecía sereno. Según la costumbre, alzó el puño hasta su corazón y exclamó:

—¡*Satya!* ¡*Dharma!* ¡*Maam!* —Era una invocación a la verdad, el deber y el honor.

El estadio resonó de acuerdo: «¡*Satya!* ¡*Dharma!* ¡*Maan!*».

Tarak y Sati lo repitieron: «¡*Satya!* ¡*Dharma!* ¡*Maan!*».

Jhooleshwar hizo un gesto con la cabeza al guardián del estadio, que encendió la lámpara de aceite ceremonial con el fuego sagrado. La lámpara prendió el canal de aceite. Los límites de la pista central estaban en llamas. El cuadrilátero para el *pariksha* estaba listo.

Jhooleshwar se volvió hacia Shiva.

—Mi señor, vuestras instrucciones para empezar el duelo.

Shiva miró a Sati con una sonrisa placentera. Luego, se giró hacia el estadio y exclamó:

—¡En el fuego purificador de Lord Agni, la verdad siempre triunfará!

Tarak y Sati sacaron sus cuchillos. Tarak sostenía el suyo frente a él, como la mayoría de los luchadores tradicionales. Había elegido una estrategia que intentaba sacar partido a sus puntos fuertes: mantener el cuchillo frente a él le permitía atacar en el momento en que su rival se le acercara. No se movía demasiado y dejaba que

Sati no se estuviera quieta.

Ella, saltándose todas las reglas de combate conocidas, mantenía el cuchillo tras su espalda. Lo cambiaba continuamente de mano y seguía a una distancia prudencial de su oponente. Quería confundirlo respecto a la dirección del ataque. Por otro lado, su oponente observaba como un halcón los movimientos de Sati. Le vio flexionar el brazo derecho. Ahora ella llevaba el cuchillo en la mano derecha.

De pronto, Sati saltó hacia la izquierda. Tarak permaneció inmóvil. Sabía que, con el cuchillo en la mano derecha, ese movimiento no era más que una finta. Ella habría tenido que moverse a la derecha para poder usar el cuchillo. Como era de esperar, Sati se movió rápidamente a la derecha y subió el brazo derecho para apuñalar. Tarak estaba preparado. Pasándose el cuchillo a la mano izquierda, lanzó un tajo brutal y le hizo un corte a Sati en el torso. No era profundo, pero sí doloroso. Entre el público se escapó más de un grito ahogado.

Sati retrocedió y se recuperó. Volvió a ponerse el cuchillo en la espalda, pasandoselo de una mano a otra. Tarak seguía observando con atención sus brazos. El cuchillo estaba en la mano izquierda. Esperaba que ella se moviera a la derecha, cosa que hizo. Él permaneció inmóvil, esperando que virase de pronto hacia el otro lado. Y así fue. Sati balanceó el brazo izquierdo mientras se movía. Tarak reaccionó antes de que su brazo pudiera acercarse lo suficiente como para causarle algún daño. Moviéndose su brazo derecho con contundencia y le hizo un corte profundo en el hombro izquierdo. Enseguida Sati retrocedió, mientras la congregación soltaba un gemido de horror. Algunos cerraron los ojos. Ya no podían soportar seguir mirando. La mayoría de ellos rezaban con fervor. Si tenía que pasar, que fuera rápido y no lento y doloroso.

—¿Qué está haciendo? —le susurró Brahaspati, presa del pánico, a Shiva—. ¿Por qué carga de forma tan temeraria?

Shiva se giró para mirarlo y se fijó en el rostro de Parvateshwar: tenía una sonrisa de sorpresa y, a la vez, de admiración. A diferencia de Brahaspati, él sabía lo que estaba pasando.

—Está tendiéndole una trampa —le susurró Shiva tras darse la vuelta de nuevo.

En el centro, Sati seguía pasándose el cuchillo entre sus manos, por la espalda. Simuló un movimiento de su mano izquierda hacia la derecha, pero esta vez no se cambió el cuchillo de mano. Flexionó el brazo izquierdo, manteniendo el derecho, donde llevaba el cuchillo, suelto y relajado.

Tarak observaba a Sati con atención: la desangraría hasta morir. Creía que el cuchillo estaba en su mano izquierda. Esperó que ella se moviera a la derecha y luego a la izquierda, cosa que Sati hizo con un rápido viraje. Esperando que usara su brazo izquierdo, lanzó una cuchillada con su mano derecha. Sati hizo una pirueta limpia hacia atrás y antes de que Tarak pudiera reaccionar, Sati ya había saltado hacia su derecha, lanzando su mano derecha contra el pecho de Tarak. El cuchillo le perforó el pulmón. Tarak se quedó inmóvil. La sangre salió a chorros por su boca. Soltó el cuchillo y retrocedió tambaleándose. Sati mantuvo la presión de forma despiadada.

Clavó aún más el cuchillo, hasta la empuñadura.

Tarak retrocedió tropezando y cayó al suelo, inerte. Todo el estadio estaba sorprendido. El rostro de Sati tenía la expresión de la diosa madre enfurecida. En aquel instante, ochenta y cinco años de rabia reprimida afloraron. Sacó el cuchillo, retorciéndolo lentamente para infligir el máximo daño posible. La sangre manaba sin parar por la boca de Tarak. Ella levantó el cuchillo con ambas manos. Lo único que tenía que hacer para que Tarak se reuniera con su creador era clavárselo en el corazón. Entonces, de pronto, su expresión volvió a relajarse. Era casi como si alguien le hubiera extraído toda la energía negativa. Se giró. Shiva, el destructor del mal, sentado en su trono, la observaba con una ligera sonrisa.

Sati miró a Tarak y le susurró:

—Te perdono.

El estadio estalló de alegría. Si Lord Varun en persona hubiera tramado el guion del combate, no habría salido tan perfecto.

Había tenido todo aquello que apreciaban los suryavanshis. Desafiante bajo presión, pero magnánima en la victoria.

Sati alzó el cuchillo y gritó:

—*Jai Shri Ram!*

Todo el estadio repitió:

—*Jai Shri Ram!*

Sati se giró hacia Shiva y volvió a chillar:

—*Jai Shri Ram!*

—Jai... —Shiva no pudo decir más, pues se le había hecho un nudo en la garganta.

Al señor no le importará que esta vez no termine el grito.

Shiva apartó la mirada de Sati, pues no quería que la mujer a la que amaba le viera llorar. Recuperando el control, volvió a observarla con una sonrisa radiante. Sati siguió mirando a Shiva. Las emociones que habían estado tanto tiempo dormidas en su interior la recorrieron al ver su admiración. Cuando ya no pudo soportarlo más, cerró los ojos.



XVI

EL SOL Y LA TIERRA

Esa noche hubo una fiesta improvisada en Karachapa. La princesa estaba a salvo. Aquel maldito Tarak había caído. Mucha gente del lugar creía que hasta su madre debía de haber odiado a esa suerte de insufrible predicador. Muy pocos estaban a su lado. Pero los duelos tenían reglas. Por ello, en el momento en que Sati perdonó a Tarak, los paramédicos se apresuraron a llevarlo al hospital. Los cirujanos trabajaron durante seis horas para salvarle la vida. Para consternación de la gente de la ciudad, lo lograron.

—¿Has oído hablar del poema del Sol y la Tierra? —le preguntó Sati a Shiva.

Estaban de pie en el balcón del palacio del gobernador, mientras dentro se celebraba una bulliciosa fiesta.

—No —dijo Shiva con una sonrisa seductora, acercándose un poco más a ella—, pero me encantaría escucharlo.

—Al parecer, a veces la Tierra piensa en la posibilidad de acercarse al Sol —dijo Sati—, pero no puede hacerlo. El Sol es tan básico y su brillo resulta tan abrasador que causaría destrucción si ella se acercara.

¿Y ahora qué?

—No estoy de acuerdo —dijo Shiva—. Creo que el Sol solo arde cuando tiene cerca a la Tierra. Si ella no estuviera allí, él no tendría razón para existir.

—El Sol no existe solo para la Tierra. Existe para todos los planetas del sistema solar.

—¿Acaso el Sol no decide para quién existe?

—No —dijo Sati mirando a Shiva con melancolía—. En el momento en que se convirtió en el Sol, su llamada se hizo más importante. No existe para sí mismo. Existe por el bien común de todos. Su luminosidad es el alma del sistema solar. Y, si la Tierra tiene algún sentido de la responsabilidad, no hará nada que destruya ese equilibrio.

—¿Y qué debería hacer el Sol? —preguntó Shiva, con el dolor y la ira claramente marcados en su rostro—. ¿Malgastar su vida limitándose a arder sin más? ¿Mirar a la

Tierra desde lejos?

—La Tierra no se irá a ninguna parte. El Sol y la Tierra aún pueden compartir una amistad cálida. Pero cualquier cosa más va contra las leyes. Atenta contra el interés de los demás.

Shiva le dio la espalda, molesto. Miró al norte para buscar el consuelo del Lago Sagrado. Al no sentir nada, levantó la mirada al cielo, hacia unos dioses en los que no creía.

¡Maldita sea!

Golpeó la barandilla del balcón con su poderoso puño. Algunos de los ladrillos cayeron. Se marchó de allí muy enojado.



En el exterior de la ciudad, en una zona boscosa, unos cuantos soldados permanecían a la espera. A cierta distancia, había dos figuras encapuchadas sentadas sobre unas grandes rocas. El capitán del pelotón permanecía rígido y atento a aquella pareja. No podía creerse que estuviera tan cerca de la reina en persona. Era tal privilegio que se sentía abrumado.

Una de las figuras encapuchadas alzó la mano y le hizo un gesto para que se acercara. En la muñeca llevaba un brazalete de piel con la serpiente *om*.

—Vishwadyumna, ¿estás seguro de que era aquí donde debíamos reunirnos con él? Llega casi una hora tarde.

—Sí, mi señor —contestó Vishwadyumna, al que se le notaba nervioso—. Aquí es exactamente donde dijo que nos reuniríamos.

La otra figura encapuchada se giró y habló con voz autoritaria y femenina. Parecía acostumbrada a que la obedecieran sin que le hicieran preguntas.

—¡Ese hombre hace esperar a la reina de los nagas! —Se giró hacia la otra figura encapuchada—. Espero que te hayas encargado hasta del último detalle. Asimismo, espero no haber entrado en este territorio vil en vano.

La otra figura encapuchada movió sus manos carnosas pidiendo paciencia a la reina.

—Tened fe, alteza. Este hombre es la clave para poder darles a los suryavanshis un golpe del que jamás podrán recuperarse.

—Al parecer, ayer hubo un combate *agnipariksha* entre la princesa y un hombre de la ciudad —dijo de pronto Vishwadyumna, intentando impresionar a la reina—. No dispongo de los detalles exactos. Solo espero que nuestro hombre no se viera involucrado en ello.

La reina se giró hacia la otra figura encapuchada; luego otra vez hacia Vishwadyumna.

—Por favor, espera con el resto de los soldados.

Vishwadyumna sintió que había dicho algo que no debía y retrocedió rápidamente antes de que la mirada severa de su señor pudiera reprenderle. En la academia militar habían tratado de enseñarle que un buen soldado nunca habla la menos que se dirijan a él.

—¿Ella está aquí? —preguntó la reina sin poder reprimir apenas su ira.

La otra figura encapuchada asintió.

—Pensaba que te había dicho que te olvidaras de esto —dijo la reina con severidad—. No sacaremos nada de ello. ¿Te das cuenta de que tu estúpido ataque en el monte Mandar puede haberlos hecho sospechar que tienen un topo entre sus filas?

La figura masculina alzó la vista a modo de disculpa.

—¿Has venido aquí por ella?

—No, alteza —respondió la figura encapuchada con un tono profundamente respetuoso—. Éste es el lugar donde él nos dijo que se encontraría con nosotros.

La reina estiró la mano y palmeó suavemente su hombro.

—Céntrate, mi niño —dijo suavemente—. Podemos estar ante nuestra mayor victoria de todos los tiempos. Como has dicho, será un golpe del que les será muy difícil recuperarse.

El hombre asintió.

—Pero que te preocupes tanto por ella hace que tomes decisiones impropias de ti —continuó la reina, volviendo a guardarse la mano entre su túnica negra—. ¿Sabes que él ha enviado el mensaje claro que de no se la puede tocar? Si no, el trato se romperá.

El encapuchado la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo habéis...?

—Soy la reina de los nagas, mi niño —le interrumpió ella—. Tengo más de una pieza en el tablero.

El encapuchado siguió mirando a la reina, avergonzado por su mala decisión en el monte Mandar. Y lo que ella le dijo a continuación hizo que aún aumentara más ese sentimiento.

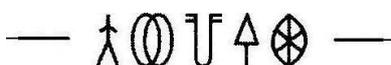
—Estás cometiendo errores impropios de ti, mi niño. Puedes convertirte en el naga más importante de todos los tiempos. No malgastes tu potencial.

—Sí, alteza.

La reina pareció relajarse.

—Creo que estamos solos —dijo la reina—. Quizá quieras dirigirte a mí como *mausi*. Después de todo, soy la hermana de tu madre.

—Por supuesto —contestó el encapuchado mientras una sonrisa iluminaba sus ojos—. Lo que tú digas, *mausi*.



Ya habían pasado dos semanas desde el *agnipariksha*. Sati se había recuperado lo suficiente como para que la caravana continuara el viaje hasta su próximo destino. Shiva, Parvateshwar y Brahaspati estaban sentados juntos en la habitación de Shiva, en la casa de huéspedes.

—Entonces está decidido —dijo Parvateshwar—. Me encargaré de los preparativos para empezar nuestro viaje dentro de una semana. Para entonces, Sati tendría que estar completamente recuperada.

—Sí, creo que es lo mejor —contestó Shiva.

—Parvateshwar, yo ya no os acompañaré —dijo Brahaspati.

—¿Por qué? —preguntó Parvateshwar.

—Bueno, ya han llegado los productos químicos que pedí. Estaba pensando en volver con la próxima remesa hacia el monte Mandar. Así podremos empezar los experimentos lo antes posible. Si tenemos éxito, el agua que conseguiremos para hacer la somras menguará drásticamente.

Shiva sonrió con tristeza.

—Te echaré de menos, amigo mío.

—Y yo a ti —dijo Brahaspati—. Pero no me marcho del país. Cuando termines tu gira, ven al monte Mandar. Te enseñaré los bosques selváticos junto a nuestras instalaciones.

—Sí —dijo Shiva con una sonrisa—. ¡Tal vez tus habilidades científicas te sirvan para dar una explicación sencilla del color de mi cuello!

Shiva y Brahaspati se echaron a reír. Parvateshwar, que no entendió la broma, los observó educadamente.

—Solo una cosa, Brahaspati —dijo Parvateshwar—. No podré asignarte a ningún soldado del séquito real. Hablaré con el gobernador Jhoolshwar para que te acompañen algunos de sus soldados en tu viaje de regreso.

—Gracias, Parvateshwar, pero estaré bien. ¿Por qué iba a interesarse en mí un terrorista?

—Ayer hubo otro ataque en una aldea, a unos cincuenta kilómetros de Mohan Jo Daro —le informó Parvateshwar—. Destruyeron el templo y mataron a todos los brahmins.

—Otro más —dijo Shiva, enfurecido—. ¡Es el tercero de este mes!

—Sí —afirmó Parvateshwar—. Y se están volviendo más atrevidos. Como suele ocurrir, escaparon antes de que pudieran llegar refuerzos para plantarles cara.

Shiva apretó los puños. No tenía ni idea de cómo contrarrestar esos ataques terroristas. No había forma de prepararse para ellos, pues nadie sabía dónde atacarían la próxima vez. ¿Acaso atacar Swadweep, el país de los chandravanshis, era la única forma de detener esto? Brahaspati se mantuvo en silencio, sintiendo la agitación interna de Shiva. No había respuestas sencillas.

Parvateshwar miró a Shiva y prosiguió.

—Me ocuparé de que mi gente haga los preparativos para nuestro viaje. Nos

veremos por la noche, en la cena. Creo que, al fin, Sati podrá unirse a nosotros. Asimismo, enviaré instrucciones para que Nandi y Veerbhadra también vengan. Sé que te gusta su compañía.

Shiva parecía sorprendido ante la poca consideración de Parvateshwar.

—Gracias, Parvateshwar. Eres muy amable, pero creo que Krittika, Nandi y Veerbhadra irán a un recital de flauta. ¡El loco de Veerbhadra se ha comprado unas joyas para no parecer un campesino al lado de Nandi!

Parvateshwar sonrió educadamente.

—Pero será un placer cenar contigo —añadió Shiva.

—Gracias —contestó Parvateshwar mientras se levantaba. Tras dar unos pasos, se detuvo y se dio la vuelta. Tras vencer su vacilación, murmuró—: ¡Shiva!

—¿Sí? —Él se levantó.

—Creo que aún no te había dicho esto —dijo Parvateshwar, un tanto incómodo—, pero me gustaría darte las gracias por haber ayudado a Sati en su *agnipariksha*. Gracias a tus consejos ganó el combate.

—No, no. Todo fue gracias a su brillantez.

—Sí, claro —concedió Parvateshwar—. Pero tú le diste la confianza y la estrategia para que demostrara su brillantez. Para mí, Sati es alguien muy especial. Gracias por ayudarla.

—De nada. —Shiva sonrió; no quería alargar más la conversación, que solo lograría avergonzar más y más a Parvateshwar.

Éste sonrió y colocó las manos en un *namasté*. Aunque aún no había caído presa de la «fiebre del Neelkanth» que asolaba al país, empezaba a respetar a Shiva. Y es que ganarse su estima era un largo camino que apenas acababa de empezar. El general se dio la vuelta y salió de la habitación.

—No es mal tipo —apuntó Brahaspati, mirando como se retiraba—. Puede que sea algo hosco, pero es uno de los suryavanshis más honrados que he conocido jamás. Un auténtico seguidor de Lord Ram. Espero que no te moleste demasiado su mal genio.

—No, para nada —respondió Shiva—. De hecho, tengo muy buena opinión de él. Me encantaría ganarme el respeto de ese hombre.

Brahaspati sonrió al ver otro ejemplo del gran corazón de Shiva. Se acercó más a él y le dijo:

—Eres un buen hombre.

Shiva le sonrió.

—La última vez que me preguntaste, no te contesté, Shiva —prosiguió Brahaspati—. La verdad es que nunca había creído en la leyenda del Neelkanth. Y sigo sin hacerlo.

La sonrisa de Shiva se hizo un poco más grande.

—Pero creo en ti. Si hay una persona capaz de extraer la energía negativa de esta tierra, serás tú. Y yo haré todo lo que pueda para ayudarte. De la forma que pueda.

—Eres el hermano que nunca tuve, Brahaspati. Tu presencia es toda la ayuda que necesito —dijo, y abrazó a su amigo.

Brahaspati le correspondió cálidamente, sintiendo que le recorría una energía renovada. Se juró una vez más que nunca se echaría atrás en su misión, sin importar lo que ocurriera. No era solo por Meluha. También era por Shiva. Su amigo.



Habían pasado casi tres semanas desde el *agnipariksha* cuando la caravana abandonó Karachapa. Los siete carruajes habituales viajaban en fila. Esta vez, los señuelos no eran cinco, sino seis carruajes. Shiva iba con Sati en el tercero, acompañados por Parvateshwar y Ayurvati. Era la primera vez que Parvateshwar viajaba en el mismo carruaje que Shiva. Kritika había rogado no viajar con ellos y se presentó voluntaria para ir a caballo.

Arguyó que se estaba perdiendo la belleza del paisaje campestre. Veerbhadra estaba más que contento de poder cabalgar con ella en el pelotón de Nandi. Llevaban unos días de viaje cuando tuvieron que detenerse al encontrarse con una gran caravana que viajaba a toda prisa en dirección contraria. Parvateshwar salió del carruaje para ver qué sucedía. El brigadier Vraka se acercó a él y ejecutó un saludo militar.

—¿Qué ocurre?

—Mi señor, son refugiados de la aldea de Koonj —respondió Vraka—. Están huyendo de un ataque terrorista.

—¡Huyendo! —exclamó Parvateshwar—. ¿Quiere decir que el ataque aún continúa?

—Eso creo, mi señor —dijo Vraka, con el rostro rojo de rabia.

—¡Maldita sea!

Ni Meluha ni él tendrían una oportunidad como esa: estar en el momento y el lugar oportunos con quinientos soldados mientras se producía un ataque terrorista. Pero tenía las manos atadas. Debía limitarse a proteger al Neelkanth y a la princesa. Ésa era su misión.

—Qué locura —se dijo a sí mismo—. ¡Mis órdenes me prohíben seguir mi *dharma kshatriya*!

—¿Qué ocurre, Parvateshwar?

Se giró y se encontró a Shiva justo detrás de él. Sati y Ayurvati también estaban bajando del carruaje. Antes de que pudiera contestar, un ruido horrible atravesó el tranquilo camino forestal. Era un sonido que Shiva había aprendido a reconocer. La caracola sonó alto y claro: un nuevo ataque de los nagas.



XVII

LA BATALLA DE KOONJ

—¿Dónde están? —preguntó Parvateshwar.

—Están en mi aldea, mi señor —dijo el jefe de la aldea, completamente asustado—. A poca distancia de aquí. Son unos quinientos soldados chandravanshis, liderados por cinco nagas. Nos han dado cinco minutos para marchamos, pero han retenido a los brahmins del templo.

Parvateshwar apretó los puños, intentando contener su furia.

—Nuestro *panditji* es un buen hombre, mi señor —dijo el jefe de la aldea, mientras unas lágrimas caían por sus mejillas.

Vraka le puso la mano en el hombro para consolarlo, pero ese gesto solo entristeció aún más al jefe. No saber cuál sería el destino del monje de la aldea le hacía sentir aún más culpable.

—Queríamos quedarnos y luchar junto a nuestro *pandit* y los otros brahmins —informó entre sollozos—. Son hombres de Dios. No saben ni cómo agarrar un arma. ¿Cómo podrán enfrentarse a esa horda?

Vraka soltó al jefe mientras la rabia se apoderaba de él.

—Pero el *panditji* nos ha ordenado que nos marcháramos. Nos ha dicho que huyéramos con nuestras mujeres y niños. Ha dicho que se enfrentaría a aquello que Lord Brahma hubiera escrito en su destino. Pero si se puede salvar a alguien, habría que salvarlos a ellos.

Parvateshwar se clavó las uñas en la piel. No podía creer que esos cobardes chandravanshis volvieran a atacar a brahmins indefensos, y no a kshatriyas que podían responder. Detestaba que el destino le hubiera puesto en una posición en la que no podía actuar. Una parte de él deseaba ignorar sus órdenes, pero no podía quebrantar la ley.

—¡Este disparate debe terminar!

Parvateshwar alzó la vista para ver quién se había hecho eco de sus pensamientos. La expresión en el rostro de Shiva lo dejó anonadado. La furia del Neelkanth habría paralizado incluso a un deva.

—Somos buena gente —escupió Shiva—. ¡No somos gallinas que se dan la vuelta y huyen! ¡Ellos deberían ser los que sintieran la furia de los suryavanshis!

—¡Pero son terroristas! —apuntó un aldeano que estaba detrás del jefe—. No podemos derrotarlos. El *panditji* lo sabía. Por eso nos ha ordenado que huyéramos.

—Contamos con mil quinientos soldados —dijo Shiva, irritado ante tal muestra de cobardía—. Y vosotros sois otros quinientos. Los superamos en una proporción de cuatro a uno. Podemos aplastarlos, darles una lección que tarden en olvidar.

—¡Pero tienen nagas! —objetó el jefe de la aldea—. ¡Son asesinos sobrenaturales y sedientos de sangre! ¿Qué podemos hacer ante tal maldad?

Shiva entendió que la superstición solo se podía contrarrestar con una creencia aún más fuerte. Se subió al pedestal del carruaje. Los aldeanos lo miraron. Se arrancó el pañuelo y lo lanzó lejos. Ya no lo iba a necesitar.

—¡Soy el Neelkanth!

Todos los soldados miraron anonadados al destructor del mal. Estaban encantados de ver que aceptaba su destino. Los aldeanos, que no sabían de la llegada del Neelkanth, quedaron impactados al ver que la leyenda se convertía en realidad ante sus propios ojos.

—Voy a luchar contra esos terroristas —rugió Shiva—. Voy a demostrarles que ya no tenemos miedo. Voy a hacerles sentir nuestro dolor. Voy a hacerles saber que Meluha no va a rendirse ni a dejarles hacer lo que quieran.

Una descarga de energía atravesó a la masa apiñada frente a Shiva, irguiendo sus espaldas e inspirando sus almas.

—¿Quién viene conmigo?

—Yo —bramó Parvateshwar, sintiendo que las restricciones asfixiantes que se le habían impuesto caían tras el pronunciamiento de Shiva.

Enseguida se sumaron Sati, Nandi, Veerbhadra y Vraka. Y, al cabo de un momento, todos los allí reunidos.

De pronto, los aldeanos asustados y los soldados se convirtieron en un ejército de justos. Los soldados desenvainaron sus espadas. Los aldeanos agarraron las armas que pudieron de la armería de la caravana.

—¡A Koonj! —gritó Shiva, que montó un caballo y salió al galope.

Parvateshwar y Sati desataron rápidamente a sus caballos del carruaje y lo siguieron. Los suryavanshis fueron tras ellos, gritando más fuerte que cualquier caracola naga. Cuando entraron en Koonj, el horror los golpeó. Los chandravanshis habían ignorado el resto de la aldea y se habían concentrado en la zona que más angustiaría a los meluhanos: su venerado templo. Los cuerpos decapitados de los brahmíns yacían alrededor del santuario. Los habían reunido y ejecutado. Habían destruido el templo de forma despiadada. Ardía en llamas. La visión de ese ataque espantoso soliviantó aún más a los suryavanshis. Cargaron como toros enloquecidos. Los chandravanshis no tuvieron opción alguna. Estaban completamente superados en número, avasallados. Perdieron terreno rápidamente. Algunos de los chandravanshis

empezaban a retirarse cuando los cinco nagas los hicieron volver. Lucharon pese a tenerlo todo en contra. Se enfrentaron a los justos suryavanshis con un coraje inesperado.

Parvateshwar batalló como un poseso. Shiva, que nunca había visto al general en combate, quedó asombrado por su habilidad y su valor. Como Shiva, Parvateshwar sabía que la clave de la victoria estaba en los nagas. Mientras estuvieran vivos, los suryavanshis estarían aterrorizados, y los chandravanshis sentirían que una fuerza superior los guiaba. Atacó a uno de ellos con una furia desatada.

El naga detuvo hábilmente el ataque con su escudo. Bajando la espada, intentó golpear el hombro expuesto de Parvateshwar. Lo que no sabía era que su rival había dejado expuesto su flanco izquierdo a propósito. Inclinandose hacia un lado para evitar el golpe, dejó que el escudo chocara contra su espada mientras extraía velozmente un cuchillo. Lo lanzó al hombro descubierto del naga. El grito le dejó claro que la herida era profunda.

El naga chilló de rabia, pero, para sorpresa y admiración de Parvateshwar, lanzó un ataque con el brazo en el que llevaba clavado el cuchillo. Él alzó el escudo y bloqueó el golpe ligeramente más débil del naga. Lanzó una estocada hacia arriba, pero su rival era demasiado rápido y la desvió. Parvateshwar viró a la izquierda y embistió con el escudo contra el cuchillo que seguía clavado en el hombro del naga. El arma astilló el hueso del hombro. El naga gruñó de dolor y se tambaleó. Eso era justo lo que necesitaba Parvateshwar. Alzó la espada y atravesó sin piedad el corazón del naga, que quedó congelado mientras la espada de su enemigo le arrancaba la vida. Cayó hacia atrás, inerte.

Como todos los meluhanos, a Parvateshwar le fascinaban los rostros de los nagas. Se agachó para arrancarle la máscara y dejó al descubierto un semblante horroroso. Su nariz era puro hueso, que había crecido hasta casi formar un pico de pájaro. Sus orejas eran ridículamente grandes, mientras que su boca era grotescamente pequeña. Parecía un buitre con forma humana. Parvateshwar susurró lo que todo suryavanshi solía decir cuando derribaba a un oponente digno:

—Que tengas un buen viaje hasta el otro lado, valiente guerrero.

Aún quedaban cuatro más. Cuando se levantó, se dio cuenta de que no: ya solo restaban tres. A lo lejos, vio que Shiva acababa con un naga gigantesco. Haciéndole un gesto de reconocimiento, señaló a la espalda de Parvateshwar, que se giró y vio a un feroz naga luchando él solo contra cinco suryavanshis. Volvió a mirar a Shiva y asintió. Éste se dio la vuelta para cargar contra otro naga mientras Parvateshwar hacía lo propio con el suyo.

Shiva se abrió paso en aquella batalla campal para llegar junto al naga que acababa de matar a un soldado suryavanshi. Dio un gran salto, con el escudo delante para evitar el golpe frontal típico de los nagas. Su rival había alzado el suyo para evitar el típico golpe de arriba a abajo desde una buena altura. Sin embargo, Shiva sorprendió al naga con un ataque lateral con la espada. Esquivó limpiamente el escudo del naga y

le hizo un tajo en el brazo. El naga bramó de dolor y retrocedió. Se enderezó y volvió a alzar su escudo. Enseguida se dio cuenta de que Shiva no le iba a poner las cosas fáciles.

Como puso toda su atención en aquella lucha, Shiva no se fijó en otro naga que había a lo lejos, quien se percató de que estaba siendo derrotado. Solo era cuestión de tiempo que tuvieran que iniciar la retirada. Y el naga tendría que enfrentarse a la vergüenza de haber liderado el primer ataque fallido. Se fijó en que Shiva era quien había liderado la contraofensiva. Tenía que destruir a ese hombre si quería que su misión llegara a buen puerto. El naga preparó su arco.

Mientras, Shiva, ajeno al peligro, había clavado su espada en el estómago del naga, aunque solo ligeramente. La bestia luchó con todas sus fuerzas, retrocediendo lentamente mientras golpeaba a su oponente con el escudo. En vano intentó lanzarle un tajo. Shiva siguió esquivando los ataques del naga mientras lo empujaba hacia delante, clavando la espada más y más profundamente. Pasaron unos segundos antes de que el alma del naga se rindiera. Se fue apagando mientras su cuerpo moría desangrado y se derrumbaba. Shiva no pudo más que sentir cierta admiración por él.

Puede que esa gente sea malvada, pero son soldados intrépidos.

Miró a la izquierda y vio que Parvateshwar también había acabado con el naga al que se había enfrentado. Siguió girándose lentamente, intentando encontrar al último naga. Entonces, oyó su grito, el grito de la persona a la que amaba por encima de todas las cosas.

—¡¡¡Shiva!!!

Se giró a la derecha y vio que Sati corría hacia él. Miró detrás de ella para ver si alguien la perseguía. Nadie. Frunció el ceño. Antes de que pudiera reaccionar, Sati saltó hacia delante. Un salto perfectamente coordinado.

El naga que lo había estado observando había soltado su *agnibaan* (su flecha de fuego), una de aquellas legendarias flechas envenenadas. El veneno que llevaba en la punta quemaba el cuerpo de la víctima desde dentro: provocaba una muerte lenta y dolorosa capaz de marcar un alma durante muchas reencarnaciones. La flecha iba directa al cuello de Shiva. El disparo fue preciso. Sin embargo, el naga no había contemplado la posibilidad de que alguien se interpusiera en su camino.

Sati retorció su cuerpo en el aire mientras saltaba frente a Shiva. La flecha se clavó en su pecho con una fuerza brutal, lanzando su cuerpo hacia atrás. Cayó a la izquierda de Shiva, flácida e inmóvil. Shiva, fuera de sí, observó el cuerpo de Sati. Sintió que, en ese momento, se le partía el corazón.

El destructor del mal rugió de rabia. Cargó contra el naga como un elefante salvaje al borde de la locura, con la espada alzada. El naga se quedó momentáneamente pasmado al ver al Neelkanth cargando contra él, pero pudo recomponerse. Sacó rápidamente otra flecha de su carcaj, tensó el arco y la soltó. Shiva rechazó la flecha con su espada, sin tropezar ni reducir su velocidad sobrenatural. El pánico fue dominando al naga, que agarró otra flecha y disparó de nuevo. Shiva volvió a usar su

espada para desviar la flecha con facilidad, ganando más velocidad. El naga echó la mano atrás para sacar otra flecha, pero ya era demasiado tarde. Con un grito fiero, Shiva saltó con fuerza mientras se acercaba al naga. El potente golpe de su espada decapitó al naga de un solo tajo.

El cuerpo sin vida de aquel ser se desplomó mientras su cabeza volaba lejos. El corazón seguía bombeando sangre a través de su cuello cercenado.

Pero el Neelkanth no había saciado aún su sed de venganza. Gritando, Shiva se agachó y siguió lanzando tajos al cuerpo inerte del naga, despedazándolo sin piedad. Nada parecía capaz de hacerle salir de su locura. Solo una voz suave, apagada y herida, que apenas era audible en el fragor de la batalla, excepto para él.

—Shiva...

Se dio la vuelta. Sati estaba tendida a lo lejos, con la cabeza ligeramente levantada.

—¡Sati! —Corrió hacia ella, gritando—: ¡Parvateshwar! ¡Ve a por Ayurvati! ¡Sati ha caído!

Ayurvati ya había visto el cuerpo herido de Sati. Los chandravanshis se estaban retirando apresuradamente. La doctora corrió hacia la princesa, igual que hizo Parvateshwar al oír la llamada de Shiva, que fue el primero en llegar a su lado. Estaba inconsciente, pero viva. Respiraba de forma pesada, pues la flecha le había atravesado el pulmón izquierdo y había inundado de sangre sus entrañas. No podía hablar: la fuerza del golpe le había llenado la boca de sangre. Pero no dejó de mirar a Shiva. Su rostro exhibía una sonrisa extraña, casi serena. Abrió la boca, como si intentara decir algo. Shiva deseaba abrazarla desesperadamente, pero mantuvo las manos entrelazadas mientras luchaba por controlar sus lágrimas.

—¡Oh, Lord Brahma! —gritó Ayurvati al llegar hasta Sati y reconocer la flecha—. ¡Mastrak! ¡Dhruvini! ¡Id a por una camilla! ¡Vamos, rápido!

Parvateshwar, Ayurvati, Mastrak y Dhruvini llevaron a Sati a una de las casas de la aldea. Shiva los siguió de cerca. Los ayudantes de Ayurvati ya habían empezado a limpiar la cabaña y a preparar el instrumental para operarla.

—Esperad fuera, mi señor —le dijo Ayurvati a Shiva alzando la mano.

Él quería seguir a Ayurvati al interior de la cabaña, pero Parvateshwar lo detuvo tocándole el hombro.

—Ayurvati es una de las mejores doctoras del mundo, Shiva. Deja que haga su trabajo.

Se giró para mirar a Parvateshwar, que estaba haciendo un enorme esfuerzo por controlar sus emociones. Aun así, con solo mirarle a los ojos resultaba obvio que estaba tan preocupado como él. Probablemente más aún que antes del *agnipariksha*. De pronto, a Shiva se le ocurrió algo. Se dio la vuelta y corrió hacia el cadáver más cercano de un naga. Se agachó y comprobó su muñeca derecha. Nada. Se dio la vuelta y corrió hacia el otro cadáver de naga.

Por su parte, Parvateshwar consiguió calmarse un momento: había mucho por hacer. Llamó a Vraka.

—Asigne guardias a los prisioneros de guerra. Que los médicos atiendan a los heridos, incluidos a los chandravanshis.

—Los chandravanshis heridos ya se han tomado su veneno, mi señor —dijo Vraka—. Ya sabéis que jamás se dejan atrapar con vida.

Le fulminó con la mirada: no le interesaban nada de nada los detalles; lo que tenía que hacer era ponerse manos a la obra.

—Sí, mi señor —dijo Vraka.

—Organice un perímetro por si llegara algún contraataque —prosiguió Parvateshwar. No podía concentrarse en otra cosa que no fuera en la salud de Sati—. Y...

Vraka miró a Parvateshwar, sorprendido por la vacilación de su señor. Era la primera vez que le veía en tal estado. Pero Vraka fue lo suficientemente sensato como para no decir nada. Esperó a que su señor terminara la frase.

—Y... —continuó Parvateshwar—, en el templo tendría que haber alguna paloma mensajera viva. Envíe una carta de color rojo a Devagiri. Para el emperador. Hay que informar de que la princesa Sati está gravemente herida.

Vraka le miró sin creerse lo que le decía. No sabía nada sobre lo que le había pasado a Sati, pero supo que era mejor no abrir la boca.

—Dígale al emperador —continuó Parvateshwar— que le ha alcanzado una *agnibaan*.

—¡Oh, Lord Indra! —exclamó Vraka incapaz de controlar su consternación.

—¡Hágalo ya, brigadier! —gruñó Parvateshwar.

—Sí, mi señor —dijo Vraka con un saludo débil.

Mientras, Shiva ya había comprobado las muñecas de cuatro de los nagas. Ninguno de ellos llevaba el brazalete de cuero con la serpiente *om*. Llegó al último. El que había disparado a Sati.

El desdichado al que él mismo había hecho pedazos. Le pateó el torso con odio antes de buscar su brazo derecho. Le llevó un rato encontrar la extremidad amputada. Levantó los restos de la túnica para mirarle la muñeca. No llevaba un brazalete de piel. No era él.

Shiva volvió hacia la cabaña. Parvateshwar estaba sentado en un taburete. Krittika seguía de pie junto a la entrada de la cabaña, llorando a moco tendido. Veerbhadra la abrazaba gentilmente, consolándola. Nandi, consternado, permanecía con un rostro inexpresivo. Parvateshwar miró a Shiva y, con una débil sonrisa, señaló un taburete vacío junto a él. Estaba haciendo un esfuerzo enorme por mantener la calma. Shiva se sentó y miró a lo lejos, esperando que Ayurvati saliera.



—Hemos extraído la flecha, mi señor —anunció Ayurvati.

Shiva y Parvateshwar estaban de pie en la cabaña, mirando a Sati, que vacía inconsciente. Nadie más pudo entrar. Ayurvati había dicho claramente que Sati no necesitaba arriesgarse a contraer otra infección, y nadie se atrevía a discutir sobre asuntos médicos con ella. Mastrak y Dhruvini ya se habían desplegado para ayudar a los oficiales médicos que trataban a los soldados suryavanshis heridos.

Shiva volvió la vista hacia la derecha de la cama y vio las pinzas ensangrentadas que habían usado para separar las entrañas de Sati y poder sacar la flecha. No podrían volver a usar esas pinzas, pues estaban infectadas con el veneno *agnibaan*. Ni el calor ni los productos químicos podrían esterilizar ese instrumento. Junto a las pinzas estaba aquella maldita flecha, envuelta en hojas de *neem*. Allí la dejarían un día entero, antes de enterrarla en una zanja profunda, para asegurarse de que no hiciera más daño.

Shiva miró a Ayurvati con los ojos húmedos, incapaz de reunir las fuerzas suficientes para hacer la pregunta.

—No os mentiré, mi señor —dijo Ayurvati, con el tono frío que usan los médicos en circunstancias tan dramáticas—. No tiene buena pinta. Nadie ha sobrevivido jamás a una *agnibaan* que haya penetrado un órgano vital. El veneno empezará a causar una fiebre intensa dentro de poco tiempo, lo que provocará el fallo de un órgano tras otro.

Shiva bajó la vista hacia Sati y luego la levantó, suplicante. Ayurvati luchó por contener las lágrimas y por mantener la compostura. No se podía permitir perder el control. Debía salvar muchas vidas en las próximas horas.

—Lo siento, mi señor —dijo—, pero no hay cura. Solo podemos darle medicinas para que tenga un final más fácil.

Shiva miró enfadado a Ayurvati.

—¡No nos vamos a rendir! ¿Está claro?

Ella miró al suelo, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Si mantenemos la fiebre controlada, sus órganos no quedarán dañados, ¿verdad? —preguntó Shiva, agarrándose a un rayo de esperanza.

—Sí, mi señor —respondió ella tras levantar la vista del suelo—. Pero esa no es una solución definitiva. La fiebre causada por una *agnibaan* solo puede retrasarse, no evitarse. Si logramos controlar la fiebre, esta volverá con más fuerza cuando dejemos de darle medicinas.

—¡Pues controlaremos la fiebre eternamente! —gritó Shiva—. Me sentaré a su lado toda la vida si es necesario. La fiebre no le subirá.

Ayurvati estaba a punto de decirle algo, pero se lo pensó mejor y se quedó callada. Volvería con Shiva dentro de unas horas. Sabía que no podían salvar a Sati. Era imposible. Con esta discusión estaba perdiendo un tiempo precioso, un tiempo que podía emplear para salvar otras vidas.

—De acuerdo, mi señor —concedió Ayurvati, administrándole rápidamente a Sati las medicinas para bajarle la fiebre—. Esto debería bajarle la fiebre durante unas horas.

Miró a Parvateshwar, que era consciente que eso solo alargaría la agonía. Aun así, también quería agarrarse al mismo clavo ardiendo que Shiva.

—Vos también estáis herido, mi señor —le dijo Ayurvati a Shiva—. Dejadme que os vende las heridas y me marcharé.

—Estoy bien —respondió él, sin apartar la vista de Sati ni por un instante.

—No, no lo estáis, mi señor —insistió ella con firmeza—. Vuestras heridas son profundas. Si se os infectan, podrían poner en peligro vuestra vida.

Shiva no contestó. Se quedó mirando a Sati y movió la mano con desdén.

—¡Shiva! —gritó Ayurvati. Él alzó la vista—. ¡No podrás ayudarla si también caes enfermo!

El tono brusco logró el efecto deseado. Aunque no se movió de su sitio, dejó que Ayurvati le vendara las heridas. Al acabar, la mujer se ocupó de las heridas de Parvateshwar y abandonó la cabaña.



Shiva miró la lámpara *prahar* de la cabaña. Habían pasado tres horas desde que Ayurvati había extraído la flecha. Parvateshwar había abandonado la cabaña para cuidar de los otros heridos y hacer los preparativos para montar el campamento, pues la caravana iba a quedarse en Koonj un tiempo. Así era Parvateshwar: si se enfrentaba a una situación adversa ante la que no podía hacer nada, no se regodeaba en su desgracia. Se centraba en su trabajo para no tener que pensar en la crisis.

Shiva era diferente. Muchos años atrás, había jurado que jamás huiría de una situación difícil, aunque no pudiera hacer nada al respecto. No se había apartado ni un instante de Sati. Se sentó pacientemente junto a su cama, esperando que se recuperase. Rezando para que lo lograra.

—Shiva... —Un susurro apenas audible rompió el silencio.

Los ojos de Sati estaban ligeramente abiertos. Su mano se había movido de una forma casi imperceptible. Él acercó su silla, con cuidado de no tocarla.

—Lo siento mucho —dijo Shiva entre lágrimas—. No tendría que haberos llevado a esa batalla.

—No, no —murmuró ella—. Hiciste lo correcto. Alguien tenía que plantar cara. Has venido a Meluha a liderarnos y a destruir el mal. Has cumplido con tu deber.

Shiva la siguió mirando, desbordado por el dolor. Sati abrió un poco más los ojos, intentando captar de Shiva todo lo que le fuera posible; sabía que aquellos eran sus últimos momentos. La muerte destruía cualquier aspiración que pudiera tener un alma. Irónicamente, es la proximidad de esa misma destrucción lo que aporta el coraje necesario para retar cualquier restricción y expresarse libremente, aunque sea un sueño negado durante mucho tiempo.

—Es hora de que me vaya, Shiva —susurró Sati—. Pero antes de irme quiero

decirte que los últimos meses han sido los más felices de mi vida.

Él siguió mirándola con los ojos húmedos. Sus manos cobraron vida y se movieron hacia Sati. Se controló a tiempo.

—Ojalá hubieras aparecido antes en mi vida —dijo, revelando un secreto que ni siquiera se había reconocido a sí misma—. Todo habría sido muy diferente.

Shiva intentó controlarse, luchando contra la desesperación.

—Ojalá te lo hubiera dicho antes —murmuró Sati—, porque es la primera vez que te lo digo y probablemente será la última.

Shiva la miró, con la voz ahogada.

Sati se perdió en los ojos de Shiva y susurró:

—Te quiero.

Shiva no pudo contener la emoción y se echó a llorar.

—Vas a repetir esas palabras al menos durante otros cien años —sollozó—. No te irás a ninguna parte. Lucharé contra el mismísimo dios de la muerte si es necesario. No te irás a ninguna parte.

Sati sonrió con tristeza y puso su mano sobre la de Shiva. Estaba ardiendo. La fiebre había empezado su asalto final.



XVIII

SATI Y LA FLECHA DE FUEGO

—No se puede hacer nada —dijo Ayurvati visiblemente incómoda.

Ella y Shiva estaban de pie en una esquina de la cabaña, a la que creían que era una distancia segura de los oídos de Sati.

Parvateshwar estaba junto a ellos, intentando contener las lágrimas.

—Vamos, Ayurvati —le instó Shiva—. Eres la mejor doctora de esta tierra. Lo único que tienes que hacer es bajarle la fiebre.

—Esta fiebre no puede eliminarse —insistió Ayurvati—. No hay cura para el veneno *agnibaan*. Manteniendo baja la fiebre, solo estamos prolongando su agonía. En cuanto dejemos de darle medicinas, la fiebre volverá con más fuerza.

—Déjalo correr, Shiva —murmuró una voz frágil desde la cama. Todos se giraron para mirar a Sati. Su rostro tenía esa sonrisa que solo parece venir con la aceptación de lo inevitable—. No lamento nada. Te he dicho lo que necesitaba decirte. Estoy contenta. Ha llegado mi hora, ya está.

—No te rindas, Sati —exclamó Shiva—. Aún no te mueres. Encontraremos la manera. Encontraré la manera. Tú aguanta.

Sati se rindió. No tenía fuerzas. También sabía que Shiva debía aceptar su muerte a su manera. Y no lo haría a menos que sintiera que lo había probado todo para salvarla.

—Siento que me sube la fiebre —dijo ella—. Por favor, dadme mis medicinas.

Ayurvati la miró con incomodidad. Su formación médica le decía que no debía hacerlo. Sabía que, si se las daba, solo incrementaría su sufrimiento. Sati la miró con dureza. No se podía rendir ahora. No cuando Shiva le había pedido que aguantara.

—Dame las medicinas, Ayurvati —repitió Sati—. Sé lo que me hago.

Ayurvati se las dio. La miró a los ojos, esperando encontrar miedo o angustia, pero no encontró ni rastro de esas sensaciones. Ayurvati sonrió amablemente y volvió junto a Shiva y Parvateshwar.

—¡Ya lo sé! —exclamó Shiva—. ¿Por qué no le damos la somras?

—¿Y de qué serviría eso, mi señor? —preguntó Ayurvati sorprendida—. La

somras solo funciona sobre los oxidantes y alarga la vida de una persona. No funciona en las heridas.

—Creo que nadie entiende completamente cómo funciona la somras, como bien sabes. Pero lo que ignoráis es que la somras me curó un dedo helado con el que había vivido toda la vida. Y también un hombro dislocado.

—¿¡Qué!?! —dijo Parvateshwar, visiblemente sorprendido—. Eso es imposible. La somras no cura discapacidades físicas.

—Pues en mi caso lo hizo.

—Tal vez fuera porque sois especial, mi señor —dijo Ayurvati—. Sois el Neelkanth.

—No caí del cielo, Ayurvati. Mi cuerpo es tan humano como el de Sati. Tan humano como el tuyo. ¡Intentémoslo!

Parvateshwar no necesitaba más argumentos. Corrió a buscar a Vraka, al que encontró sentado en un taburete. Se levantó inmediatamente y saludó a su comandante.

—Vraka —dijo Parvateshwar—, puede que en el templo quede polvo de somras. Era el centro de producción principal de la zona. Quiero ese polvo. Ya.

—Lo tendréis dentro de diez minutos, mi señor —respondió Vraka mientras partía raudo con sus guardias.



—Ahora no queda más que esperar —anunció Ayurvati mientras Sati se quedaba dormida, tras haberle administrado una dosis de somras más fuerte de lo habitual—. Parvateshwar, estás cansado. Necesitas recuperarte de tus heridas. Por favor, vete a dormir.

—No necesito dormir —dijo él, terco—. Me quedaré montando guardia en el perímetro con mis soldados. No me fío de esos chandravanshis. Puede que lancen un ataque durante la noche.

Ayurvati, frustrada, lo miró: estaba claro que la virilidad de los kshatriyas los convertía en pacientes imposibles.

—¿Os vais a la cama, mi señor? —preguntó Ayurvati girándose hacia Shiva, con la esperanza de que le hiciera caso—. Ahora no podéis hacer nada. Solo podemos esperar. Y necesitáis descansar.

Shiva meneó la cabeza. Ni unos caballos salvajes podrían arrastrarlo lejos de Sati.

—Podríamos preparar una cama en esta cabaña —continuó Ayurvati—. Podríais dormir aquí si lo deseáis, y así vigilar a Sati.

—Gracias, pero no voy a dormir —dijo Shiva, echando un breve vistazo a Ayurvati antes de volver a girarse hacia Sati—. Me quedaré aquí. Vete a dormir. Te llamaré si se produce algún cambio.

Ayurvati lo miró y susurró:

—Como deseéis, mi señor.

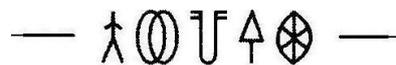
La mujer, agotada, caminó hacia su cabaña. Necesitaba descansar un poco, pues al día siguiente le esperaba mucho trabajo. Tendría que revisar las heridas de todos para asegurarse de que se recuperaban bien. Las primeras veinticuatro horas resultaban cruciales. De hecho, su cuerpo médico se había dividido en pequeños grupos para hacer tumos durante toda la noche por si surgía cualquier emergencia.

—Estaré con los soldados, Shiva —dijo Parvateshwar—. Nandi y Veerbhadra están de guardia fuera, con algunos de mis guardias personales.

Shiva sabía bien lo que en realidad quería decirle.

—Te llamaré en cuanto se produzca algún cambio —dijo Shiva levantando la vista hacia el general.

Parvateshwar sonrió débilmente y asintió. Salió de allí antes de que sus sentimientos pudieran dejarlo en evidencia.



Parvateshwar se sentó en silencio. Sus soldados se mantuvieron a una distancia respetuosa. Sabían cuándo su señor quería estar solo, sumido en sus pensamientos. ¿Por qué el Todopoderoso hacía que una persona como Sati sufriera tanto? Recordaba su infancia. El día en que decidió que sería un honor ser el padrino de esa chica. El día fatídico en que, por primera y única vez, lamentó su juramento de no tener descendencia. ¿Qué padre necio no querría una hija como Sati?

Era una tarde tranquila de hacía más de un siglo. Sati había regresado del *gurukul* a la tierna edad de dieciséis años. Estaba llena de ilusión y creía apasionadamente en las enseñanzas de Lord Ram. Lord Brahmanayak aún reinaba en Meluha. Su hijo, el príncipe Daksha, era un feliz padre de familia que pasaba sus días junto a su esposa y su hija. No mostraba ninguna inclinación por dominar los modales guerreros de los kshatrivs. Tampoco parecía tener la menor ambición por suceder a su padre.

Aquel día, Daksha había preparado un *picnic* familiar en la orilla del río Saraswati, cerca de Devagiri. Parvateshwar recordaba perfectamente su trabajo como guardaespaldas de Daksha. Se sentaba cerca del príncipe, lo suficientemente cerca como para protegerle, pero lo bastante lejos para darle algo de privacidad al príncipe y a su esposa. Sati había ido hasta un bosque algo más alejado, cerca del río.

De pronto, su grito rompió el silencio. Sobresaltados, Daksha, Veerini y Parvateshwar alzaron la vista. Corrieron hasta la orilla del río, donde vieron a la chica en un recodo luchando ferozmente contra una manada de perros salvajes. Los estaba bloqueando para proteger a una mujer gravemente herida. Incluso desde lejos podía verse que la mujer descastada era una inmigrante que llevaba poco tiempo por aquellas tierras, que no sabía que no había que aproximarse a la orilla sin una espada

que te protegiera de los animales salvajes. La manada, que era lo suficientemente grande como para acabar incluso con un león, debía de haberla atacado.

—¡Sati! —gritó Daksha alarmado.

Desenvainando su espada, corrió río abajo para proteger a su hija. Parvateshwar lo siguió, con la espada preparada para la lucha. En cuestión de segundos se habían unido a la refriega. Parvateshwar cargó contra la manada, derribando a varios animales con golpes rápidos. Sati, revitalizada por esa inesperada ayuda, se enfrentó a los cuatro perros que se lanzaron a la vez contra ella. Daksha, a pesar de que no era un buen guerrero, luchó con ferocidad, con el instinto protector de un padre. Pero los animales podían sentir que Daksha era el más débil de sus enemigos. Seis perros cargaron contra él al mismo tiempo.

Daksha lanzó una estocada brutal contra el perro que tenía enfrente. Fue un error. Aunque derribó al animal, su espada quedó encajada en él. Eso fue lo único que necesitaron los otros perros. Uno cargó fieramente desde el lado, atrapando el antebrazo derecho de Daksha entre sus fauces. Éste gritó de dolor, pero no soltó la espada mientras luchaba por liberar su brazo. Otro perro le mordió la pierna izquierda, arrancándole un trozo de carne. Al ver a su señor en peligro, Parvateshwar chilló de rabia mientras golpeaba con su espada el cuerpo del perro que colgaba del brazo de Daksha; partió limpiamente por la mitad a la bestia. Parvateshwar hizo una suave pirueta y rajó a otro animal que cargaba frontalmente contra su señor. Sati se posicionó para cubrir el flanco izquierdo de Daksha mientras este apuñalaba con furia al perro que había hecho presa en su pierna. Al ver que cada vez eran menos, el resto de los perros se retiraron lanzando aullidos.

—¡Daksha! —dijo Veerini entre lágrimas.

Corrió a sostener a su marido antes de que cayera. Estaba perdiendo sangre a un ritmo alarmante por las numerosas heridas, especialmente la de la pierna. El perro debía de haber atravesado una arteria principal. Parvateshwar hizo sonar su caracola de emergencia. El grito de ayuda llegó hasta los exploradores de un embarcadero cercano. Los soldados y los paramédicos estuvieron con ellos al cabo de pocos minutos. Parvateshwar ató su *angvastram* con fuerza alrededor de la pierna de Daksha para contener la hemorragia. Entonces, ayudó a la mujer extranjera herida a acercarse a la comitiva real.

—Padre, ¿estás bien? —susurró Sati mientras sostenía la mano de su padre.

—¡Maldita sea, Sati! —gritó Daksha—. ¿Qué diablos estabas haciendo?

Ella se quedó callada ante la violenta respuesta de su cariñoso padre.

—¿Quién te ha pedido que seas una heroína? —Se le notaba más que irritado—. ¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Qué haría yo? ¿Adónde iría? ¿Y por quién estabas arriesgando la vida? ¿Por qué es importante la vida de esa mujer?

Sati siguió mirando al suelo, aturdida. Había esperado recibir elogios por su comportamiento, no una regañina. Con movimientos eficaces, los soldados del embarcadero y los paramédicos detuvieron rápidamente la hemorragia de Daksha.

Tras vendar las heridas menores de Parvateshwar y de Sati, se lo llevaron en una camilla. Sus heridas necesitaban de los cuidados de un médico real.

Sati se quedó allí sin saber qué hacer, mientras veía cómo se llevaban a su padre. Se sentía profundamente culpable. Ella solo intentaba salvar a una mujer que estaba en apuros. ¿No enseñaba Lord Ram que el deber de los fuertes era proteger a los débiles?

Sintió un toque suave en su hombro. Se giró y vio al capitán Parvateshwar, el estricto guardaespaldas de su padre. Le extrañó ver en su rostro una sonrisa muy poco habitual.

—Estoy orgulloso de ti, mi niña —susurró—. Eres una auténtica seguidora de Lord Ram.

De pronto, las lágrimas anegaron los ojos de Sati, que apartó rápidamente la mirada. Tomándose su tiempo para calmarse, miró con una sonrisa lánguida al hombre al que terminaría llamando *pitratulya*.

Asintió suavemente.

El sonido de un pájaro devolvió a Parvateshwar al presente. Escudriñó el perímetro, con los ojos húmedos por ese viejo recuerdo. Apretó con fuerza las manos en una oración y susurró:

—Es vuestra auténtica seguidora, Lord Ram. Luchad por ella.



Shiva había perdido la noción del tiempo. Obviamente, nadie se había encargado de recolocar las lámparas *prahar*. Había tantas vidas en juego... Al mirar por la ventana, vio las primeras señales del alba. Las heridas le ardían, como pidiendo a gritos que alguien aliviara su dolor. Pero él no estaba dispuesto a ceder. Se sentó en silencio en su silla, junto a la cama de Sati, procurando no hacer ruido, para no molestarla. Ella agarraba con fuerza su mano. Pese al calor abrasador de su cuerpo febril, Shiva no se apartó. Tenía las palmas sudadas por el calor.

Miró con añoranza a Sati y susurró suavemente:

—O te quedas aquí, o dejaré este mundo contigo. Tú eliges.

Sintió una ligera sacudida. Bajó la mirada y vio que la mano de Sati se había movido ligeramente. El sudor resbaló entre las dos palmas entrelazadas. Era casi imposible discernir de dónde provenía.

¿Es de Sati o es mío este sudor?

Alargó inmediatamente la otra mano hacia la frente de Sati.

Estaba ardiendo aún con más fuerza, pero había pequeñas gotas de sudor en su sien. Sintió un estallido de júbilo en su interior.



—Por el gran Lord Brahma —susurró Ayurvati asombrada—. Nunca había visto algo parecido.

Estaba de pie junto a la cama de Sati, que seguía dormida y sudaba abundantemente, por lo que su ropa y la cama estaban empapadas. Parvateshwar seguía a su lado, con el rostro iluminado por la esperanza.

—La fiebre *agnibaan* nunca desaparece —prosiguió Ayurvati—. Esto es un milagro.

Shiva alzó la vista. Su rostro resplandecía con el éxtasis de un alma que ha recuperado su razón de ser.

—Que el Lago Sagrado bendiga la sombras.

Parvateshwar se fijó en que la mano de Sati apretaba con fuerza la de Shiva, pero no hizo comentario alguno. La dicha del momento había sustituido a su instinto natural para detener algo inaceptable según las leyes de su tierra.

—Mi señor —dijo Ayurvati suavemente—, debemos bañarla de inmediato. Hay que eliminar ese sudor. Sus heridas no pueden mojarse, así que mis enfermeras tendrán que frotarla bien.

Shiva miró a Ayurvati y asintió, sin comprender lo que eso implicaba.

—Hum, mi señor —insistió—, eso significa que tendréis que salir de la habitación.

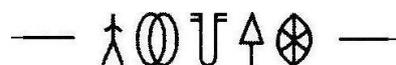
—Por supuesto —dijo Shiva.

Mientras se levantaba para marcharse, Ayurvati añadió:

—Mi señor, también tendréis que lavaros las manos.

Shiva bajó la vista, fijándose en el sudor de Sati. Levantó la vista hacia Ayurvati y asintió.

—Lo haré inmediatamente.



—Es un milagro, Sati. ¡Nadie se había recuperado jamás de una *agnibaan*! —exclamó Ayurvati sonriendo de oreja a oreja—. A decir verdad, había abandonado toda esperanza. Ha sido la fe del Señor la que te ha mantenido con vida.

Sati estaba tumbada en la cama con una sonrisa y ropa recién lavada. Le habían hecho la cama con sábanas limpias y esterilizadas. Y habían eliminado todo rastro del sudor tóxico de la sombras.

—Oh, no —intervino tímidamente Shiva—. Yo no he hecho nada. Ha sido el espíritu luchador de Sati lo que la ha salvado.

—No, Shiva. Has sido tú —replicó Sati, sosteniendo la mano de Shiva sin el menor indicio de vacilación—. Me has salvado... No sé cómo podré compensártelo.

—Pues no volviendo a decir jamás que me lo tienes que compensar.

Sati sonrió y apretó más fuerte la mano de Shiva. Parvateshwar los miró a los dos con aire sombrío, descontento ante la demostración abierta de su amor.

—De acuerdo —dijo Ayurvati aplaudiendo como si señalara el final de un episodio—. Aunque me gustaría quedarme a charlar con todos vosotros, tengo trabajo que hacer.

—¿Qué trabajo? —preguntó Shiva juguetonamente—. Eres una doctora brillante. Tienes un equipo excepcional. Sé que habéis salvado a todos los heridos. No te queda nada por hacer.

—Oh, claro que sí, mi señor —respondió ella con una sonrisa—. Tengo que dejar constancia de que la somras puede curar una herida de *agnibaan*. Se lo presentaré al consejo médico en cuanto regrese a Devagiri. Es una gran noticia. Debemos investigar las propiedades curativas de la somras. ¡Hay mucho trabajo por hacer!

Shiva le sonrió con cariño.

—Gracias, Ayurvati —susurró Sati—. Como otros miles de personas, también te debo la vida.

—No me debes nada, Sati. Solo he cumplido con mi deber.

Ayurvati hizo una reverencia con un *namasté* formal y salió de la habitación.

—Bueno, yo también... —murmuró Parvateshwar mientras salía; se sentía un poco incómodo.

Le sorprendió encontrarse a Ayurvati esperándole fuera. Estaba a una distancia prudencial de los guardias. Fuera lo que fuera lo que quisiera comentarle, no quería que otros lo oyeran.

—¿Qué pasa, Ayurvati? —preguntó.

—Sé lo que te molesta, Parvateshwar.

—Entonces, ¿cómo te puedes quedar ahí mirándolo? No está bien. Sé que no es el momento adecuado para decir nada, pero sacaré el asunto a relucir en cuanto pueda.

—No, no deberías.

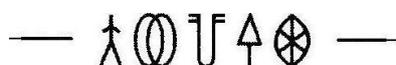
—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Parvateshwar sorprendido—. Provienes de una familia peculiar que no tuvo ni a un solo brahmin renegado durante la rebelión. Lord Ram insistió en que las leyes debían seguirse de forma estricta. Demostró en repetidas ocasiones que ni siquiera él estaba por encima de la ley. Shiva es un buen hombre, no lo niego, pero no puede estar por encima de todo. Nadie puede estarlo. Si no, nuestra sociedad se derrumbará. Tú, más que nadie, deberías saberlo.

—Yo solo sé una cosa —respondió Ayurvati con decisión—: si el Neelkanth piensa que está bien, entonces es que está bien.

Parvateshwar miró a Ayurvati como si no la reconociera. Esa no podía ser la mujer a la que admiraba, la mujer que cumplía con la ley sin hacer excepciones. Parvateshwar había empezado a respetar a Shiva. Pero ese respeto no se había convertido en una fe inquebrantable. No creía que Shiva fuera aquel que completaría

las tareas de Lord Ram. A ojos de Parvateshwar, solo Lord Ram merecía obediencia absoluta. Nadie más.

—En cualquier caso —dijo Ayurvati—, debo marcharme. He de meditar sobre lo que ha pasado.



—¿En serio? —preguntó Shiva—. ¿Quieres decir que en Meluha no es necesario que el primer hijo varón del emperador le suceda?

—Así es —contestó Sati sonriendo.

Habían pasado muchas horas de la última semana hablando sobre asuntos importantes y mundanos. Aunque ella se estaba recuperando rápidamente, seguía postrada en la cama. El convoy había decidido quedarse en Koonj hasta que los heridos estuvieran listos para poder viajar. El viaje a Lothal había quedado anulado. Shiva y Parvateshwar habían decidido que era mejor regresar a Devagiri en cuanto los heridos pudieran emprender el viaje.

Sati se movió ligeramente para aliviar un pequeño dolor en su espalda, pero no soltó la mano de Shiva mientras lo hacía. Él se inclinó hacia delante y apartó un mechón de pelo que había caído sobre la cara de su amada. Ella le sonrió amorosamente y prosiguió:

—Verás, hasta hace unos doscientos cincuenta años, los hijos de los reyes no eran sus hijos naturales, sino que provenían del sistema Maika. Entonces, no había dudas sobre quién era el primogénito. Solo podíamos saber quién era el primer adoptado.

—Muy acertado.

—Pero, además, no era necesario que el primer adoptado fuera el sucesor al trono. Ésa era otra de las leyes que Lord Ram estableció para dotarnos de estabilidad y paz. En los viejos tiempos, había muchas familias reales, cada una con su pequeño reino.

—Vale —dijo Shiva, prestando tanta atención a las palabras de Sati como a aquellos hoyuelos hipnóticos que se le formaban en las mejillas mientras hablaba—. Es probable que esos reyes estuvieran siempre en guerra, así que cada uno solo lograba gobernar durante un breve período de tiempo.

—Obviamente. —Sati sonrió, meneando la cabeza ante la necedad de los reyes anteriores a la época de Lord Ram—. Las batallas por la supremacía entre los reyes llevaron a muchas guerras innecesarias y fútiles, donde los únicos que sufrieron fueron los ciudadanos de a pie —continuó—. Lord Ram pensó que era ridículo que la gente sufriera para alimentar el ego de sus reyes, así que instituyó un sistema donde se creó un *rajya sabha*, o consejo rector, formado por todos los brahmins y kshatriyas de un rango específico. Cuando el emperador moría o se convertía en *sanniasi*, el consejo se reunía y elegía un nuevo emperador entre los kshatriyas a partir del rango de brigadier. La decisión no podía impugnarse. No se discutía.

—Ya lo he dicho antes y lo volveré a decir —dijo Shiva con una amplia sonrisa—: Lord Ram era un genio.

—Sí, lo era —coincidió Sati—. *Jai Shri Ram*.

—*Jai Shri Ram* —repitió Shiva—. Pero dime: ¿cómo es que tu padre se convirtió en emperador después de Lord Brahmanayak? Después de todo, su alteza es el primogénito del anterior emperador, ¿verdad?

—Fue elegido, igual que el resto de los emperadores de Meluha. De hecho, fue la primera vez en la historia meluhana que el hijo de un emperador era escogido, a su vez, como emperador —respondió Sati con orgullo.

—Hmm. Pero ¿tu abuelo ayudó a que tu padre saliera elegido?

—Nunca he estado segura al respecto. Sé que a mi abuelo le habría gustado que mi padre se convirtiera en emperador, pero también sé que era un gran hombre que obedecía las leyes de Meluha y que no ayudaría abiertamente a su hijo. Lord Bhrigu, un gran sabio respetado en todo el país, ayudó mucho a mi padre en su elección.

Shiva le sonrió con ternura mientras le pasaba la mano por un lado de la cara. Sati cerró los ojos, disfrutando de la sensación. La mano se deslizó por todo el costado de su cuerpo y terminó sobre la mano de Sati. La apretó suavemente.

Shiva estaba a punto de preguntar más sobre la relación entre Daksha y Lord Bhrigu cuando, de pronto, se abrió la puerta. Daksha irrumpió en la habitación, con aspecto de estar terriblemente agotado. Tras él aparecieron Veerini y Kanakhala. Shiva apartó inmediatamente la mano, antes de que Daksha pudiera verlo, pero a este aquel movimiento no se le pasó por alto.

—¡Padre! —gritó Sati sorprendida.

—Sati, hija mía.

Daksha suspiró. Se arrodilló junto a la cama. Veerini hizo lo mismo y pasó la mano cariñosamente por la cara de su hija. Estaba llorando. Kanakhala se quedó en la puerta y saludó a Shiva con un *namasté* formal. Él le devolvió el gesto con una sonrisa radiante. Parvateshwar y Ayurvati esperaron junto a Kanakhala, dejando educadamente que la familia real pudiera disfrutar a solas de ese momento privado. Nandi, Veerbhadra y Kritika estaban detrás de ellos. Una discreta asistenta trajo dos sillas para la pareja real, las colocó junto a la cama y salió tan silenciosamente como había entrado.

Daksha, Veerini y Kanakhala, acompañados por dos mil soldados, habían partido inmediatamente de Devagiri al recibir la noticia de que Sati había resultado herida. Habían bajado navegando por el Saraswati hasta el delta interior del río. Luego habían cabalgado día y noche para llegar a Koonj.

—Estoy bien, padre —dijo Sati, sosteniendo gentilmente la mano de su madre. Girándose hacia ella, continuó—: En serio, madre. Me siento mejor que nunca. ¡Dame una semana y bailaré para ti!

Shiva sonrió con gentileza mientras Sati, Daksha y Veerini se echaban a reír débilmente.

—Siento haber causado tantos problemas —añadió mirando a su padre—. Sé que hay tareas mucho más importantes, y te he hecho venir corriendo hasta aquí.

—¿Problemas? —preguntó Daksha—. Hija mía, eres mi vida. Para mí no eres más que una fuente de alegría. Y, en este momento, no te imaginas lo orgulloso que estoy de ti.

Veerini se inclinó y besó su frente con ternura.

—Estoy orgulloso de todos vosotros —dijo Daksha mirando a Parvateshwar y Ayurvati—. Orgulloso de que apoyarais al Señor en lo que debía hacerse. ¡Repelimos un ataque terrorista! ¡No os imagináis lo que ha supuesto para nuestra nación!

Daksha, que seguía acariciando suavemente la mano de Sati, se giró hacia Shiva y dijo:

—Gracias, mi señor. Gracias por luchar por nosotros. Ahora sabemos que hemos puesto nuestra fe en el hombre adecuado.

Shiva no pudo hacer nada más que sonreír tímidamente y aceptar la fe de Daksha con un ligero asentimiento y un *namasté* cortés.

Girándose hacia Ayurvati, Daksha preguntó:

—¿Cómo está ahora? Me dijeron que se estaba recuperando totalmente.

—Sí, alteza —respondió Ayurvati—. Dentro de una semana, debería de poder moverse. Y dentro de tres, el único recuerdo que quedará de la herida será una cicatriz.

—No solo eres la mejor doctora de esta generación, Ayurvati —dijo Daksha con orgullo—, sino que eres la mejor doctora de todos los tiempos.

—Oh, no, alteza —respondió atónita Ayurvati, tapándose las orejas para repeler a los espíritus malignos, que podrían enfadarse ante tan inmerecido cumplido—. Hay otros mucho mejores que yo. Pero, en este caso, el milagro ha sido cosa de Lord Neelkanth, no mío. —Miró hacia Shiva, al que se le notaba visiblemente avergonzado, y se volvió de nuevo hacia Daksha—: Pensaba que la habíamos perdido. Tuvo una fiebre terrible después de que extrajáramos la *agnibaan*. Ya sabéis que no hay medicinas que curen la fiebre que produce. Pero el Señor se negó a perder la esperanza. Fue idea suya que le administráramos la somras.

Daksha se giró hacia Shiva con una sonrisa agradecida y dijo:

—Tengo que agradeceros una cosa más, mi señor. Mi hija es parte de mi alma. Sin ella, no habría sido capaz de sobrevivir.

—Oh, no. No hice nada —dijo Shiva, cohibido—. Fue Ayurvati quien la trató.

—No seáis tan humilde. Sois un digno Neelkanth. ¡De hecho, sois un digno Mahadev!

Shiva miró con expresión seria y estupefacta a Daksha. Sabía quién había sido el anterior Mahadev, el dios de dioses. No creía que él mereciera que lo comparasen con Lord Rudra. Sus hazañas no lo ponían a su altura.

—No, alteza. Habláis demasiado bien de mí. No soy ningún Mahadev.

—Oh, claro que lo sois, mi señor —dijeron Kanakhala y Ayurvati casi

simultáneamente.

Parvateshwar los observó en silencio.

Como no quería insistir en el tema, pues a Shiva no le gustaba que le llamaran Mahadev, Daksha se giró hacia Sati y dijo:

—Lo que no entiendo es por qué saltaste frente al Señor para detener la flecha. Nunca has creído en la leyenda. Nunca has tenido la misma fe que yo en el Neelkanth. Entonces, ¿por qué arriesgaste tu vida por la de él?

Sati no dijo nada. Bajó la mirada con una sonrisa incómoda, avergonzada y cohibida. Daksha se giró hacia Shiva y vio que tenía la misma expresión tímida que ella. Veerini observó atentamente a su marido. Esperaba que se levantara y hablara con Shiva. Daksha se levantó de pronto y rodeó la cama hasta ponerse frente a Shiva con un *namasté* formal. Shiva, sorprendido, se levantó y le devolvió el *namasté*, con una ligera reverencia.

—Mi señor, quizá por primera vez en su vida, mi hija no sabe qué decirme —dijo Daksha—. Y, con el tiempo, he llegado a comprenderos. Siempre dais a los demás, pero nunca pedís nada para vos. Por ello, daré el primer paso.

Shiva siguió mirando a Daksha con el ceño fruncido.

—No os mentiré, mi señor —continuó Daksha—. La ley hace de mi hija una vikarma, porque hace décadas dio a luz a un hijo muerto. No es un crimen tan serio. Podría deberse al karma de la vida anterior del padre del niño. Pero la ley dicta que tanto el padre como la madre son culpables de la tragedia.

Shiva miró a Daksha. Su expresión dejaba claro que la ley vikarma le parecía injusta.

—Se cree que los vikarmas son portadores de mala fortuna —prosiguió Daksha—. Por ello, si ella se vuelve a casar, le pasará su mala suerte a su marido y, posiblemente, a sus futuros hijos.

Veerini miró a su marido con ojos inescrutables.

—Conozco a mi hija, mi señor —continuó Daksha—. Nunca le he visto hacer nada remotamente malo. Es una buena mujer. En mi opinión, la ley que la condena es injusta. Pero yo solo soy el emperador. No puedo cambiar la ley.

Parvateshwar fulminó con la mirada a Daksha, molesto por servir a un emperador que tenía la ley en tan baja estima.

—Me parte el corazón no poder darle a mi hija la vida feliz que merece —sollozó Daksha—. No poder salvarla de la humillación que sufre a diario un alma buena como la suya. Pero lo que puedo hacer es pedir os ayuda.

Sati miró a su padre con ojos llenos de amor.

—Sois el Neelkanth —continuó Daksha—. De hecho, sois más que eso. Creo realmente que sois un Mahadev, aunque no os guste que os llamen así. Estáis por encima de la ley. Podéis cambiarla si lo deseáis. Podéis ignorarla si lo deseáis.

Parvateshwar, horrorizado, miró amenazadoramente a Daksha. ¿Cómo podía el emperador despreciar tanto la ley? Miró a Shiva, y su corazón se hundió un poco más.

Shiva estaba mirando a Daksha con un evidente deleite. Pensaba que tendría que convencer al emperador sobre Sati. Pero ahí estaba, bastante seguro de que el emperador estaba a punto de ofrecerle la mano de su hija.

—Si decidís tomar la mano de mi hija, mi señor, ningún poder de la Tierra podrá deteneros —afirmó Daksha—. La cuestión es... ¿queréis hacerlo?

Todas las emociones del universo recorrieron a Shiva. En su rostro apareció una sonrisa exultante. Intentó hablar, pero se le había hecho un nudo en la garganta. Se agachó, cogió la mano de Sati con suavidad, se la llevó a los labios y la besó cariñosamente. Miró a Daksha y susurró:

—No la dejaré sola jamás. Jamás.

Sin saber qué decir, Sati miró a Shiva. En la última semana, se había atrevido a amar, pero no a tener esperanzas. Y ahora su sueño más descabellado se hacía realidad. Iba a ser su esposa.

Daksha, lleno de dicha, abrazó con fuerza a Shiva y dijo suavemente:

—¡Mi señor!

Veerini no pudo contener el llanto. Al fin se había corregido la injusticia que se había cometido con Sati durante toda su vida. Miró a Daksha, casi dispuesta a perdonarle. Ayurvati y Kanakhala entraron en la habitación y felicitaron al emperador, a la reina, a Shiva y a Sati. Nandi, Krittika y Veerbhadra, que habían oído toda la conversación, expresaron su alegría.

Por su parte, Parvateshwar permanecía clavado junto a la puerta, furioso ante esa desconsideración hacia las enseñanzas de Lord Ram.

Shiva, al fin, recobró el control. Agarrando con firmeza la mano de Sati, miró a Daksha y dijo:

—Alteza, tengo una condición.

—Sí, mi señor.

—La ley vikarma...

—No necesita modificarse, mi señor —dijo Daksha—. Si decidís casaros con mi hija, la ley no podrá deteneros.

—No importa —respondió Shiva—. Hay que cambiar esa ley.

—Por supuesto que se cambiará, mi señor —dijo Daksha, radiante. Se volvió hacia Kanakhala y añadió—: Haced un bando firmado por el Neelkanth que diga que, de ahora en adelante, cualquier mujer noble que dé a luz a un hijo muerto no será clasificada como vikarma.

—No, alteza —le interrumpió Shiva—. No era eso lo que pedía. Quiero que se derogue toda la ley. A partir de ahora, nadie será un vikarma. La mala suerte puede afectar a cualquiera. Es ridículo echarle la culpa a sus vidas anteriores.

Parvateshwar miró a Shiva con sorpresa. Aunque no le gustaba que se cambiara ni una coma de las leyes de Lord Ram, apreciaba que fuera fiel al canon fundamental de los principios de Lord Ram: la misma ley se aplica a todo el mundo, de forma justa e igualitaria, sin excepciones.

Sin embargo, Daksha miró a Shiva conmocionado. Aquello sí que no se lo esperaba. Como todos los meluhanos, era supersticioso sobre los vikarmas. No le disgustaba la ley en sí, sino que su hija fuera considerada una de ellos. Pero se recuperó rápidamente y dijo:

—Por supuesto, mi señor. El bando proclamará la derogación de la ley vikarma. Una vez que lo firméis, se hará efectiva.

—Gracias, alteza —dijo Shiva sonriendo.

—Vuelven a empezar los días felices para mi hija —anunció Daksha exultante, girándose hacia Kanakhala—. Quiero que en Devagiri haya una gran ceremonia cuando regresemos. Una boda sin igual en todo el mundo. La boda más magnífica de todos los tiempos. Llamad a los mejores organizadores del país. No quiero escatimar en gastos.

Daksha se giró hacia Shiva buscando su aprobación. Él miró a Sati para admirar su alegre sonrisa y sus gloriosos hoyuelos.

—Alteza —le dijo a Daksha—, lo único que quiero es casarme con Sati. No me importa si es la ceremonia más sencilla del mundo o la más espléndida. Mientras estéis presentes todos vosotros, Brahaspati y los gunas, yo seré feliz.

—¡Excelente!



XIX

AMOR CONSEGUIDO

Cuando llegó la caravana real tres semanas después a Devagiri, en el aire flotaba un ambiente de celebración. Kanakhala, que había llegado antes, se aseguró de que estuviera todo listo para la boda más esperada del milenio. Como siempre, todo fue impecable.

Habían repartido las diferentes ceremonias de boda y las celebraciones a lo largo de siete días, cada uno con una variedad exuberante de acontecimientos. Para la típica sobriedad suryavanshi, la ciudad se había decorado de forma extravagante. Banderines coloridos colgaban orgullosamente de los muros de la ciudad, salpicando con belleza festiva los sobrios exteriores grises. Las calles se habían revestido con el color azul sagrado. Todos los restaurantes y las tiendas servían de forma gratuita a sus clientes durante los siete días de festividad, y habían repintado los edificios para hacer que Devagiri pareciera una ciudad recién construida. Todo a cuenta del Gobierno.

Habían cavado rápidamente un canal junto al lado más alejado del Saraswati, donde se había desviado una parte del río. Corría al aire libre en algunas partes y bajo tierra en otras. Unos filtros inyectaban un tinte rojo en el agua cuando esta entraba en el canal, y lo eliminaban con la misma eficiencia cuando el agua volvía al río. El canal formaba una esvástica gigante, un símbolo antiguo que se traducía literalmente por «aquello que está asociado con el bienestar» o que, por simplificar, es un talismán. Desde cualquiera de las tres plataformas de la ciudad, se podía admirar la reverenciada esvástica, con el color rojo suryavanshi formado por el flujo del sagrado Saraswati. Habían quitado algunas de las gigantes estacas de los puentes levadizos de entrada de las tres plataformas. En su lugar colocaron unos rangolis enormes, visibles desde kilómetros de distancia y que daban la bienvenida a la capital. Kanakhala quería quitar todas las estacas que rodeaban Devagiri, pero Parvateshwar lo había prohibido, por motivos de seguridad.

Las familias de la élite de todo el imperio estaban invitadas a las festividades. Gente distinguida (desde gobernadores a científicos, de generales a artistas, e incluso *sanniasis*) había acudido a celebrar tamaña ocasión. Embajadores de países

importantes, como Mesopotamia y Egipto, habían obtenido un permiso especial para visitar la capital de Meluha. Jhooleshwar aprovechó hábilmente ese honor para conseguir cuotas de comercio adicionales. Brahaspati había bajado del monte Mandar con su séquito. En la montaña solo había quedado un pequeño equipo de seguridad de arishtanemis. ¡Era la primera vez en la historia que no habría experimentos en el monte Mandar durante siete días!

Para el primer día se habían organizado un par de *puyas* en nombre de Lord Indra y Lord Agni. Eran los dioses principales para la gente de la India. Se buscaba su bendición antes de cualquier acontecimiento. Y un acontecimiento tan importante como la boda del milenio solo podía empezar con su aprobación. Sin embargo, esa *puya* en particular celebraba su lado guerrero. Daksha explicó la razón. Los meluhanos no solo celebraban el matrimonio entre el Neelkanth y su princesa. También conmemoraban la gran derrota en Koonj de aquellos despreciables terroristas. Según él, el eco de Koonj reverberaría en el corazón de Swadweep. ¡La venganza de los suryavanshis había empezado!

A esa *puya* la siguieron las ceremonias matrimoniales formales de Shiva y Sati. Aunque algunas de las celebraciones seguían en marcha, Shiva se excusó y se llevó a Sati con él.

—¡Por el Lago Sagrado! —exclamó Shiva mientras cerraba la puerta de sus aposentos—. ¡Y solo es el primer día! ¿Serán todos así de largos?

—¡Pero si te dará igual! ¡Te has marchado cuando te ha apetecido! —le pinchó Sati.

—¡No me importan esas malditas ceremonias! —gruñó él, deshaciendo su turbante ceremonial y echándolo a un lado. Miró a Sati con fervor, moviéndose lentamente hacia ella, con la respiración pesada.

—Oh, sí, claro —se mofó Sati con una expresión coqueta y teatral—. El Neelkanth decide qué es importante y qué no. El Neelkanth puede hacer lo que quiera.

—¡Oh, claro que puede!

Sati rio pícaramente y corrió al otro lado de la cama. Shiva fue tras ella desde el lado contrario, quitándose el *angvastram* con un suave movimiento.

—Claro que puede...



—Recuerda lo que te he dicho que digas —le susurró Nandi a Veerbhadra—. No te preocupes. El Señor dará su permiso.

—¿Qué...? —balbució Shiva.

—Despierta, Shiva —susurró Sati tiernamente; el pelo le caía sobre la cara, acariciando sus mejillas—. Con cuidado —murmuró Sati, mientras Shiva la miraba con anhelo—. Nandi, Kritika y Veerbhadra están esperando en la puerta. Tienen algo

importante que contarte.

—¿Hmmm? —gruñó él mientras caminaba hacia la puerta y observaba al trío—. ¿Qué pasa, Nandi? ¿No hay nadie más importante en tu vida a quien molestar que tienes que venir a despertarme?

—No hay nadie como vos, mi señor —respondió Nandi con una reverencia y un casto *namasté*.

—¡Nandi, más vale que dejes esa bobada o te quedarás soltero toda la vida! —bromeó Shiva.

Mientras todos reían a carcajadas, Krittika seguía nerviosa por la tarea que les ocupaba.

—Bueno, ¿de qué queríais hablar? —le preguntó.

Nandi le dio un codazo a Veerbhadra. Shiva se giró hacia éste con una mirada inquisitiva.

—Bhadra, ¿desde cuándo necesitas el apoyo de tanta gente para hablar conmigo? —preguntó Shiva.

—Shiva... —murmuró Veerbhadra, nervioso.

—¿Sí?

—Es que...

—¿Es que qué?

—Bueno, mira...

—Ya miro, Bhadra.

—Por favor, Shiva, no le pongas más nervioso de lo que está —dijo Sati. Se dio la vuelta hacia Veerbhadra y continuó—: Veerbhadra, habla sin miedo. No has hecho nada malo.

—Shiva —susurró tímidamente Veerbhadra, rojo como un tomate—, necesito tu permiso.

—Permiso concedido —dijo Shiva, que ya se estaba divirtiendo—. Para lo que quieras.

—La verdad es que estoy pensando en casarme.

—¡Una idea genial! —exclamó Shiva—. ¡Ahora solo tienes que convencer a una mujer que esté ciega para que se case contigo!

—¡Shiva! —le regañó Sati suavemente.

—Bueno, ya he encontrado a una mujer —respondió Veerbhadra, antes de que le abandonara el coraje—, y no está ciega...

—¿¡No está ciega!?! —exclamó Shiva con las cejas muy arqueadas, fingiéndose incrédulo—. ¡Entonces es tan tonta como para ligarse durante las próximas siete vidas a un hombre que quiere que otro le dé permiso para casarse!

Veerbhadra miró a Shiva con una extraña mezcla de vergüenza, arrepentimiento e incompreensión.

—Te lo tengo dicho, Bhadra —dijo Shiva—. Hay muchas costumbres de nuestra tribu que no me gustan. Y la principal es que el líder tenga que aprobar a la esposa de

cualquier hombre de la tribu. ¿No recuerdas cómo nos mofábamos de esa tradición ridícula cuando éramos niños?

Veerbhadra miró a Shiva y volvió a bajar la vista, aún inseguro.

—Por el amor de Dios, hombre. Si eres feliz con ella, me alegraré por ti —dijo Shiva, exasperado—. Tienes mi permiso.

Veerbhadra alzó la vista, exultante y sorprendido, mientras Nandi le soltaba otro codazo. Krittika miró a Veerbhadra mientras soltaba un largo suspiro de alivio. Se giró hacia Sati y pronunció en silencio la palabra «gracias».

Shiva caminó hacia Krittika y le dio un caluroso abrazo. Por un momento, ella, sorprendida, se contuvo, antes de que la calidez del Neelkanth conquistara sus reservas suryavanshis. Le devolvió el abrazo.

—Bienvenida a la tribu —susurró él—. Estamos un poco locos, pero en el fondo somos buena gente.

—Pero ¿cómo lo sabías? —dijo Veerbhadra—. No te había dicho que la amaba.

—No estoy ciego, Bhadra —le respondió Shiva con una sonrisa.

—Gracias —le dijo Krittika—. Gracias por aceptarme.

Shiva dio un paso atrás.

—No, gracias a ti. Siempre me ha preocupado Bhadra. Es un hombre bueno y fiable, pero demasiado ingenuo con las mujeres. Me preocupaba saber cómo le trataría la vida de casado. Pero ahora ya no hay motivos para estar preocupado.

—Bueno, yo también quiero decir algo —dijo Krittika—. Jamás había creído en la leyenda del Neelkanth. ¡Pero si podéis hacerle a Meluha lo que le habéis hecho a mi señora, entonces sois digno de ser considerado el Mahadev!

—No quiero que me llamen Mahadev, Krittika. Sabes que amo a Meluha tanto como a Sati. Haré todo lo que pueda. —Se giró hacia Veerbhadra y ordenó—. ¡Ven aquí, zoquete!

Veerbhadra dio un paso al frente, abrazó a Shiva afectuosamente y susurró:

—Gracias.

—No seas ridículo. No hay nada que agradecer.

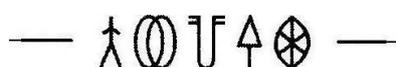
Veerbhadra sonrió de oreja a oreja.

—¡Y oye! —gruñó Shiva haciéndose el ofendido—. ¡Ya le contarás a tu mejor amigo con el próximo *chilum* que compartamos cómo es que te has atrevido a amar a una mujer durante tanto tiempo sin siquiera mencionármelo!

Todos se echaron a reír.

—¿Bastará con un poco de marihuana de la buena? —preguntó Veerbhadra sonriendo.

—¡Lo pensaré!



—¿No parece cansada? —preguntó Ayurvati con preocupación, mirando a Sati.

Se acababa de levantar de la plataforma de plegarias, pues ella y su madre estaban excusadas de asistir a esa ceremonia en particular. Era solo para el novio y el suegro. Los *pandits* se preparaban para la *puya*, que solo llevaría unos momentos.

—Bueno, han sido seis días de celebraciones y *puyas* casi continuas —dijo Kanakhala—. La costumbre dice que se debe hacer todo esto para una boda real. Entiendo que esté cansada.

—Oh, yo diría que no tiene nada que ver con los seis días de *puyas* —dijo Brahaspati.

—¿No? —preguntó Kanakhala.

—No —respondió Brahaspati pícaramente—. Creo que tiene que ver con las cinco noches.

—¿Qué? —exclamó Ayurvati, que se sonrojó.

Parvateshwar, sentado junto a Kanakhala, fulminó con la mirada a Brahaspati por el comentario tan inapropiado. Brahaspati soltó una carcajada mientras las señoras reían por lo bajo. Un *pandit* ayudante se giró irritado. Pero al ver la antigüedad de los brahmíns que se sentaban tras él, se tragó su enfado y siguió con los preparativos.

Sin embargo, Parvateshwar no se anduvo con remilgos.

—¡No me puedo creer la clase de conversación que tengo que soportar! —dijo levantándose para irse hasta el fondo de la congregación.

Eso hizo que Kanakhala y Ayurvati tuvieran que sofocar la risa. Uno de los *pandits* ancianos se giró para anunciar que la ceremonia estaba a punto de empezar. Todos guardaron silencio.

Los *pandits* continuaron con las invocaciones de los *shlokas*. Shiva y Daksha siguieron vertiendo la *ghee* ceremonial en el fuego sagrado a intervalos regulares mientras decían «*swaha*».

Entre dos *swahas* sucesivos, Shiva y Daksha tuvieron tiempo para hablar en voz baja. De Sati y solo de Sati. Para un observador casual, habría sido complicado decidir quién amaba más a la princesa. El *pandit* hizo una pausa en la lectura de los *shlokas*, la señal para que Shiva y Daksha vertieran más *ghee* en el fuego sagrado con un *swaha*. A Daksha le cayó un poco en la mano. Mientras Shiva sacaba inmediatamente una servilleta para limpiársela, se fijó en el amuleto de la tribu elegida que llevaba en el brazo. Se quedó aturdido al ver qué animal era, pero, con buen juicio, prefirió no hacer comentario alguno. Mientras, Daksha también se había dado la vuelta y se fijó en la mirada de Shiva.

—No lo elegí yo. Fue cosa de mi padre —dijo Daksha con una sonrisa cálida, mientras se limpiaba la *ghee* de las manos. No había ni rastro de vergüenza en su voz. Pero, si uno se fijaba más a fondo, podría haber visto cierto desafío en sus ojos.

—Oh, no, alteza —murmuró Shiva, algo mortificado—. No pretendía mirar. Por favor, aceptad mis disculpas.

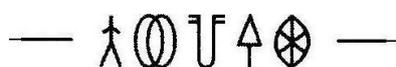
—¿Por qué deberíais disculparos, mi señor? —preguntó Daksha—. Es mi tribu

elegida. La llevo en el brazo para que todo el mundo pueda verla y clasificarme.

—Pero estáis mucho más allá de vuestra tribu elegida, alteza —dijo Shiva educadamente—. Sois un hombre muchísimo mejor de lo que simboliza ese amuleto.

—Sí —repuso Daksha con una sonrisa—. Se lo demostré al viejo, ¿verdad? El Neelkanth no apareció durante su reinado, sino en el mío. Los terroristas no fueron derrotados durante su reinado, sino en el mío. Y los chandravanshis no fueron reformados durante su reinado, sino que lo serán durante el mío.

Shiva sonrió con cautela. Había algo en esas palabras que le preocupaba. Echó otro vistazo al amuleto del brazo de Daksha. Representaba una humilde cabra, una de las tribus elegidas más bajas entre los kshatriyas. De hecho, alguna gente consideraba que la cabra era tan baja que quien la luciera no podía ser considerado un kshatriya completo. Shiva se giró hacia el fuego sagrado al recibir la señal verbal del *pandit*. Agarró un poco más de *ghee* y la vertió en el fuego con un «*swaha*».



Al anochecer, en la privacidad de sus aposentos, Shiva tenía pensado preguntarle a Sati sobre la relación entre el emperador Brahmanayak y su hijo Daksha. Pero, por alguna razón, el instinto le dijo que debía tener cuidado con cómo hacía ciertas preguntas.

—¿Cómo era la relación entre Lord Brahmanayak y tu padre?

Sati dejó de jugar con las trenzas sueltas de Shiva. Respiró hondo y susurró:

—A veces era tirante. Tenían caracteres muy diferentes. Pero Lord Bhrigu...

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¿Qué pasa? —gruñó Shiva.

—Mi señor —anunció nervioso Taman, el ujier—, el científico jefe Brahaspati ha pedido audiencia con vos. Insiste en que debéis reuniros esta misma noche.

Shiva siempre se alegraba de ver a Brahaspati, pero, antes de contestar al ujier, miró a Sati con la ceja alzada. Ella sonrió y asintió. Sabía lo importante que era para su marido su relación con Brahaspati.

—Deja entrar a Brahaspati, Taman.

—Sí, mi señor.

—Amigo mío —dijo Brahaspati—. Discúlpame por molestarte tan tarde.

—No necesitas disculparte, amigo —contestó Shiva.

—*Namasté*, Brahaspatiji —dijo Sati agachándose para tocar los pies del científico jefe.

—*Akhand saubhagyavanti bhav* —respondió Brahaspati, bendiciendo a Sati con la invocación tradicional «que su esposo esté siempre vivo y a su lado».

—Bueno —le dijo Shiva a Brahaspati—, ¿qué era tan importante como para que hayas salido de la cama a estas horas de la noche?

—La verdad es que no he tenido tiempo de hablar antes contigo.

—Lo sé —contestó Shiva sonriendo hacia Sati—. Nuestros días han estado repletos de ceremonias.

—Cierto —asintió Brahaspati—. ¡A los suryavanshis nos encantan las ceremonias! En cualquier caso, quería venir a hablar contigo en persona, pues debo partir hacia el monte Mandar mañana por la mañana.

—¿Qué? —preguntó Shiva sorprendido—. Has sobrevivido a estos últimos seis días. ¿No puedes quedarte uno más?

—Lo sé... —respondió Brahaspati entrecerrando los ojos a modo de disculpa—. Me habría encantado quedarme, pero ya había un experimento programado. Llevamos meses con los preparativos, y los materiales mesopotámicos necesarios ya están listos. Vamos a probar la estabilidad de la somras con menor cantidad de agua. Tengo que estar ahí temprano para asegurarme de que el experimento empieza correctamente. Pero el resto de mis científicos se quedarán aquí para hacerte compañía.

—Claro —dijo Shiva sarcásticamente—. Me encanta que estén teorizando todo el rato sobre todas las cosas posibles.

Brahaspati se rio.

—En serio. Debo irme, Shiva. Lo siento.

—No hace falta que te disculpes, amigo mío —dijo él con una sonrisa—. La vida es larga, y el camino hasta el monte Mandar es corto. No te librarás de mí tan fácilmente.

Brahaspati sonrió, con los ojos llenos de amor hacia un hombre al que había llegado a considerar su hermano. Dio un paso al frente y abrazó a Shiva con fuerza. Éste se quedó un poco sorprendido. Normalmente, era él quien abrazaba primero a su amigo, que solía responder con cierta indecisión.

—Hermano mío —susurró Brahaspati.

—Lo mismo te digo —murmuró Shiva.

Brahaspati retrocedió ligeramente, aún sosteniendo los brazos de Shiva:

—Iría a cualquier lugar por ti. Incluso a Patallok, si fuera para ayudarte.

—Jamás te llevaría allí, amigo mío —contestó Shiva con una sonrisa, pensando que él tampoco se atrevería a ir a Patallok, la tierra de los demonios.

Brahaspati le sonrió cálidamente.

—Espero verte pronto, Shiva.

—¡Puedes contar con ello!

—Cuídate, mi niña —le dijo Brahaspati a Sati—. Me alegro de ver que al fin tienes la vida que mereces.

—Gracias, Brahaspatiji.



XX

ATAQUE A MANDAR

—¿Cómo estás, amigo mío?

—¿Qué diablos estoy haciendo aquí? —preguntó Shiva con sorpresa.

Estaba sentado en el templo de Brahma, en Meru. Frente a él, también sentado, vio al *pandit* que había conocido durante su primera visita a Meru, muchos meses antes.

—Tú me has llamado —le contestó con una sonrisa.

—Pero ¿cómo y cuándo he llegado aquí? —preguntó anonadado Shiva.

—En cuanto te fuiste a dormir —contestó el *pandit*—. Esto es un sueño.

—¡Maldita sea!

—¿Por qué blasfemas tanto? —preguntó el *pandit* frunciendo el ceño.

—Solo lo hago cuando la ocasión lo exige. —Shiva sonrió—. ¿Y qué tiene de malo blasfemar?

—Bueno, es señal de malos modales. Y demuestra, quizá, cierta falta de carácter.

—Al contrario. Creo que demuestra un carácter tremendo. Prueba que tienes la fuerza y la pasión para decir lo que piensas.

El *pandit* soltó una carcajada, meneando ligeramente la cabeza.

—En cualquier caso —continuó Shiva—, ya que estás aquí, ¿por qué no me dices cómo se llama tu gente? Se me prometió que me lo diríais la próxima vez que me encontrara con uno de vosotros.

—Pero no te has encontrado con uno de nosotros. Esto es un sueño. Solo puedo decirte lo que ya sabes —replicó el *pandit*, sonriendo de forma misteriosa—. O algo que ya existe en tu subconsciente, pero que has decidido no escuchar todavía.

—¡Así que de eso se trata! ¡Estás aquí para ayudarme a descubrir algo que ya sé!

—Sí —respondió el *pandit*, con una sonrisa cada vez más enigmática.

—Bueno, ¿de qué se supone que tenemos que hablar?

—Del color de esa hoja —dijo el *pandit* señalando a los árboles que podían verse desde el templo, a través de sus columnas talladas ostentosamente.

—¿¡El color de esa hoja!?

—Sí.

Frunciendo mucho el ceño, Shiva suspiró.

—¿Por qué, en nombre del Lago Sagrado, es importante el color de esa hoja?

—Muchas veces, una buena conversación te ayuda a encontrar el conocimiento y hace que todo resulte mucho más satisfactorio —dijo el *pandit*—. Y, lo que es más importante, te ayuda a entender el contexto del conocimiento con mucha más facilidad.

—¿El contexto del conocimiento?

—Sí. Todo conocimiento tiene su contexto. Es posible que, a menos que conozcas el contexto, no entiendas nada.

—¿Y lo conoceré hablando sobre el color de esa hoja?

—Sí.

—¡Por el Lago Sagrado! —gruñó Shiva—. Pues hablemos de la hoja.

—De acuerdo —dijo el *pandit* entre risas—. Dime: ¿de qué color es esa hoja?

—¿De qué color? Es verde.

—¿Lo es?

—¿No lo es?

—¿Por qué crees que te parece verde?

—Porque es verde —dijo Shiva, al que le empezaba a gustar aquello.

—No. Eso no era lo que intentaba preguntarte. Tuviste una conversación con uno de los científicos de Brahaspati sobre cómo ven los ojos, ¿verdad?

—Oh, eso. Sí —respondió Shiva, que se llevó la mano a la frente—. La luz cae sobre un objeto. Cuando se refleja desde ese objeto hacia tus ojos, lo ves.

—¡Exacto! —dijo el *pandit* sonriendo—. Piensa en el color de esa hoja desde la perspectiva de la hoja. Qué colores absorbe y cuáles rechaza. ¿Es de color verde? ¿O es de todos los colores excepto el verde?

Shiva se quedó atónito y en silencio ante la simplicidad del argumento que se le presentaba.

—Hay muchas realidades. Hay muchas versiones de lo que puede parecer obvio —continuó el *pandit*—. Cuando algo parece ser una verdad inquebrantable, existe la posibilidad de que su antítesis también sea cierta en otro contexto. El contexto o la perspectiva desde la que mires moldea la realidad que ves.

Shiva se giró lentamente hacia la hoja. Su verde lustroso brillaba bajo la gloriosa luz del sol.

—¿Tus ojos son capaces de ver otra realidad? —preguntó el *pandit*.

Shiva siguió observando la hoja mientras esta iba cambiando gradualmente su aspecto. El color parecía disolverse mientras su tono verde brillante se iba haciendo cada vez más claro. Poco a poco, adoptó un tono gris. Mientras Shiva seguía mirando anonadado, incluso el gris pareció disolverse lentamente, hasta que la hoja fue casi transparente. Solo podía distinguirse su contorno. Parecía haber numerosas líneas curvadas de dos colores, blanco y negro, que entraban y salían del contorno de la

hoja. Era como si la hoja no fuera más que un soporte que las líneas curvadas blancas y negras usaban como parada temporal en su viaje eterno.

A Shiva le llevó cierto tiempo darse cuenta de que las hojas de los alrededores también se habían transformado en sus contornos. Al girar la vista, se dio cuenta de que todo el árbol se había transformado mágicamente en un contorno, con las líneas curvadas blancas y negras entrando y saliendo, fácil y suavemente. Giró la cabeza para empaparse de ese panorama. Todos los objetos, desde las ardillas en los árboles hasta las columnas del templo, se habían transformado en sus contornos. Las mismas líneas curvadas blancas y negras entraban y salían de ellos.

Al girarse hacia el *pandit* para pedirle una explicación, le sorprendió ver que el monje también se había transformado en el contorno de su antiguo yo. Las líneas curvadas blancas salían de él con una intensidad aterradora. Pero, extrañamente, no había líneas negras a su alrededor.

—Pero ¿qué...?

Shiva se detuvo cuando el contorno del *pandit* le señaló.

—Échate un vistazo, mi karmasaathi —le aconsejó el *pandit*.

Shiva bajó la vista.

—¡Maldita sea!

Su cuerpo también se había transformado en un contorno; el interior era completamente transparente. Un torrente de negras líneas curvadas entraba con furia y a raudales en su interior. Las miró con atención y vio que no eran líneas. De hecho, eran pequeñas ondas de un color negro azabache. Las ondas eran tan pequeñas que, aun a poca distancia, parecían líneas. No había ni rastro de las ondas blancas alrededor del cuerpo contorneado de Shiva.

—¿Qué diablos está pasando?

—Las ondas blancas son energía positiva; las negras, negativa —dijo el contorno del *pandit*—. Ambas son importantes y su balance es crucial. Si pierden la sincronía, ocurrirá un cataclismo.

Shiva lo miró con extrañeza.

—¿Y por qué no hay energía positiva a mi alrededor... ni energía negativa al tuyo?

—Porque nos equilibramos el uno al otro. El papel del Visnú es transmitir energía positiva —afirmó el *pandit*. Las líneas blancas que surgían febrilmente de él parecían palpar cuando hablaba—. Y el papel del Mahadev es absorber la negativa. Búscala. Busca la energía negativa y cumplirás con tu destino como Mahadev.

—Pero no soy un Mahadev. Mis hazañas hasta ahora no me hacen merecer ese título.

—No funciona así, amigo mío. No te ganas el título después de haber realizado tus hazañas. Haces tus hazañas una vez que creas de verdad que ya eres el Mahadev. No importa lo que piensen los demás. Se trata de lo que tú crees. Cree que eres el Mahadev, y lo serás.

Shiva frunció el ceño.

—¡Cree! —repitió el *pandit*.

¡Bum! Una explosión lejana. Shiva volvió la vista hacia el horizonte.

—Ha sonado como una explosión —susurró el contorno del *pandit*.

La voz distante e insistente de Sati llegó desde lejos.

—¡Shiva!

¡Bum! Otra explosión.

—¡Shiva!

—Parece que tu mujer te necesita, amigo mío.

Él miró estupefacto el contorno del *pandit*, incapaz de descifrar de dónde provenía el sonido.

—Quizá deberías despertarte —le aconsejó la voz inmaterial del *pandit*.

—¡Shiva!

Se despertó atontado. Sati lo miraba con preocupación. Él seguía somnoliento después de salir del extraño ensueño en el que estaba.

—¡Shiva!

¡Bum!

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó, alerta.

—¡Alguien está usando *daivi astras*!

—¿Qué? ¿*Daivi astras*?

—¡Armas divinas! —respondió Sati con agitación—. ¡Pero Lord Rudra destruyó todas las *daivi astras*! ¡Ya nadie tiene acceso a ellas!

Ya estaba completamente despierto, con el instinto de batalla a punto.

—Prepárate, Sati. Ponte tu armadura. Coge las armas.

Ella respondió rápidamente. Shiva se puso la armadura, se acopló el escudo y se puso la espada en la cintura. Se colocó el carcaj y agarró el arco. Al ver que Sati estaba lista, abrió la puerta de una patada. Taman y otros ocho guardias tenían las espadas desenvainadas, listos para defender a su Neelkanth de cualquier ataque.

—Mi señor, deberíais esperar dentro —dijo Taman—. Contendremos a los atacantes.

Miró fijamente a Taman, entrecerrando los ojos. El soldado se hizo a un lado inmediatamente.

—Lo siento, mi señor. Os seguiremos.

Antes de que Shiva pudiera reaccionar, se oyeron unos pasos en el pasillo. Desenfundó su espada. Escuchó con atención para evaluar la amenaza.

Cuatro pisadas. ¡Solo dos hombres para atacar un pasillo real! Eso no tenía sentido. Uno de ellos parecía arrastrarse ligeramente. Estaba claro que el terrorista era un hombre grueso que usaba toda su voluntad para hacer que sus pies se movieran más deprisa de lo que se lo permitía su panza.

—Descansad, soldados —ordenó Shiva—. Son amigos.

Nandi y Veerbhadra aparecieron por la esquina, corriendo a toda prisa, con las espadas listas.

—¿Estáis bien, mi señor? —preguntó Nandi. Admirablemente, no le faltaba el aliento.

—Sí, estamos todos bien. ¿Os habéis enfrentado a algún ataque?

—No —contestó Veerbhadra con el ceño fruncido—. ¿Qué diablos está pasando?

—No lo sé —dijo Shiva—, pero vamos a descubrirlo.

—¿Dónde está Krittika? —preguntó Sati.

—A salvo en su habitación —contestó Veerbhadra—. Hay cinco soldados con ella. La puerta está cerrada a cal y canto por dentro.

Sati asintió antes de girarse hacia Shiva.

—¿Y ahora qué?

—Quiero ir a ver cómo está el emperador. Todo el mundo, en fila de a dos. Mantened los escudos bien arriba para cubriros. Sati, a mi lado. Nandi, en el medio. Taman y Veerbhadra, atrás. No encendáis antorchas. Conocemos el camino. Nuestros enemigos no.

El pelotón se movió con velocidad y sigilo, atento a cualquier posible ataque sorpresa de los terroristas. Shiva estaba preocupado por lo que había oído, o, más bien, por lo que no había oído. Aparte de las repetidas explosiones, no había absolutamente ningún otro sonido en el palacio. Ni gritos de terror. Ni pasos atropellados. Ni el entrecocar del acero. Nada. O los terroristas aún no habían empezado su verdadero ataque o Shiva llegaba demasiado tarde y el ataque ya había terminado. Frunció el ceño cuando se le ocurrió la tercera alternativa. Quizá no había terroristas en palacio. Quizás el ataque había empezado lejos, con las *daivi astras* que había mencionado Sati.

El pelotón llegó a los aposentos de Daksha y se topó con los guardias en la puerta, tensos y listos para la batalla.

—¿Dónde está el emperador? —preguntó Shiva.

—Está dentro, mi señor —dijo el capitán de la guardia real, reconociendo inmediatamente la silueta del Neelkanth—. ¿Dónde están los enemigos, mi señor? Hemos estado esperando un ataque desde la primera explosión.

—No lo sé, capitán —contestó Shiva—. Quédense aquí y bloqueen la puerta. Taman, apoya al capitán con tus hombres. Y permanece alerta.

Shiva abrió la puerta del emperador.

—¿Alteza?

—¿Mi señor? ¿Sati está bien? —preguntó Daksha.

—Sí, lo está, alteza —respondió Shiva. Sati, Nandi y Veerbhadra entraron en la habitación—. ¿Y la reina?

—Algo nerviosa, pero no está asustada.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé —contestó Daksha—. Sugeriría que os quedaseis aquí hasta que sepamos qué está pasando.

—Quizá sea aconsejable que os quedéis aquí, alteza. No podemos arriesgarnos a

que os hieran. Voy a ayudar a Parvateshwar. Si es un ataque terrorista, necesitamos todas las fuerzas de las que dispongamos.

—No tenéis que ir, mi señor. Esto es Devagiri. Nuestros soldados masacrarán a los estúpidos terroristas que se hayan atrevido a atacar nuestra capital.

Antes de que Shiva pudiera responder, empezaron a llamar con insistencia a la puerta.

—¿Alteza? Solicito permiso para entrar.

Daksha pensó que sería Parvateshwar, que cumplía con el protocolo incluso en un momento como aquel.

—¡Entra! —gruñó Daksha—. En nombre de Lord Indra, general. ¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Un ataque a Devagiri?

¿Cómo se atreven?

—Alteza —interrumpió Shiva. Sati, Nandi y Veerbhadra estaban en la habitación. No podía permitir que insultaran a Parvateshwar frente a ellos, sobre todo frente a Sati—. Descubramos antes qué está pasando.

—El ataque no es contra Devagiri, alteza —dijo fríamente Parvateshwar, pues el emperador estaba poniendo al límite su paciencia—. Mis exploradores han visto columnas de humo que provenían del monte Mandar. Creo que lo están atacando. He dado órdenes a mis tropas y a los arishtanemis para que estén preparados. Nos marchamos dentro de una hora. Necesito vuestro permiso para partir.

—¿Las explosiones eran en Mandar, *pitratulya*? —preguntó Sati, que no podía creérselo—. ¿Cómo de poderosas han debido de ser para que las escucháramos en Devagiri?

Parvateshwar miró con tristeza a Sati. Su silencio expresó sus temores más profundos. Se giró hacia Daksha y dijo:

—¿Alteza?

Daksha parecía mudo y pasmado. ¿O estaba frunciendo el ceño? Con esa luz tan tenue, Parvateshwar no estaba seguro.

—¡Guardias, encended las antorchas! —ordenó Parvateshwar—. ¡No están atacando Devagiri!

Cuando las antorchas esparcieron su luz, Parvateshwar repitió:

—¿Tengo vuestro permiso, mi señor?

Daksha asintió suavemente.

El otro se dio la vuelta hacia Shiva, que estaba estupefacto.

—¿Qué ocurre, Shiva?

—Brahapati partió ayer hacia el monte Mandar.

—¿Qué? —preguntó Parvateshwar, sorprendido; no se había fijado en la ausencia del científico jefe durante las celebraciones del día anterior—. ¡Oh, Lord Agni!

Shiva se giró lentamente hacia Sati, sacando fuerzas de flaqueza gracias a que la tenía a su lado.

—Le encontraré, Shiva —le consoló Parvateshwar—. Estoy seguro de que está

vivo. Daré con él.

—Iré contigo —dijo Shiva.

—Yo también —intervino Sati.

—¿Qué? —preguntó Daksha, con expresión angustiada—. No tenéis que ir todos.

Shiva se giró hacia él con el ceño fruncido.

—Disculpad, alteza, pero debo ir. Brahaspati me necesita.

Sati se agachó para tocar los pies de su padre. Daksha parecía demasiado aturdido como para bendecirla, pero ella no quería que su marido la dejara atrás. Se giró rápidamente para tocar los pies de su madre.

—*Ayushman bhav* —dijo Veerini.

Sati frunció el ceño ante esa extraña bendición: «Que tengas una vida larga». Se iba a la batalla. ¡Quería la victoria, no una vida larga! Pero no había tiempo para discutir. Se dio la vuelta y corrió detrás de Shiva. Nandi y Veerbhadra la siguieron de cerca.



XXI

PREPARATIVOS DE GUERRA

El ruido de las explosiones se prolongó durante una hora. Poco después, Shiva, Parvateshwar, Sati, Nandi y Veerbhadra, acompañados por una brigada de mil quinientos soldados de caballería, salieron hacia el monte Mandar. Los científicos de Brahaspati cabalgaban con la brigada, preocupadísimos por el destino de su líder. Galoparon con la esperanza de cubrir la distancia de un día hasta la montaña en menos de ocho horas. Era casi el final del segundo *prahar*, con el sol encima de sus cabezas, cuando cogieron la última curva del camino, donde el bosque se abrió y pudieron ver la montaña por primera vez.

Un grito furioso resonó cuando vieron lo que había sido el corazón de su imperio. Mandar estaba completamente destruido. La montaña tenía un cráter colosal en el centro. Era casi como si un asura gigante hubiera clavado su enorme mano en la montaña y le hubiera arrancado el corazón. Los enormes edificios científicos estaban en ruinas, con sus restos esparcidos por las llanuras inferiores. Las mezcladoras gigantes del fondo de la montaña seguían en funcionamiento; su sonido espeluznante hacía que la escena fuera aún más macabra.

—¡Brahaspati! —rugió Shiva, mientras galopaba hacia el corazón de la montaña, donde el camino, milagrosamente, seguía intacto.

—Espera, Shiva —le dijo Parvateshwar—. Podría ser una trampa.

Sin hacer casi al peligro, él siguió galopando por el camino que atravesaba el corazón devastado de la montaña. La brigada, con Parvateshwar y Sati a la cabeza, cabalgó deprisa, intentando seguir el ritmo del Neelkanth. Al llegar a lo alto, lo que vieron los dejó horrorizados. Parte de los edificios colgaban de cimientos rotos. Algunas estructuras seguían ardiendo. Vieron cuerpos desmembrados, quemados e irreconocibles, destrozados por las repetidas explosiones, esparcidos por todas partes. Resultaría imposible identificar siquiera a los muertos.

Shiva bajó del caballo. No había ni el más mínimo rayo de esperanza. Nadie podía haber sobrevivido a ese ataque letal.

—Brahaspati...



—¿Cómo se hicieron los terroristas con las *daivi astras*? —preguntó Parvateshwar. El fuego de la venganza ardía en su interior.

Se había ordenado a los soldados que recogieran los cadáveres y los quemaran en pilas separadas, para ayudar a los difuntos en su viaje al más allá. Se hizo una lista con los nombres de aquellos a los que se creía muertos. El primer nombre de la lista era el de Brahaspati, científico jefe de Meluha, brahmin sarayupaari, de la tribu elegida del cisne. Los otros eran mayoritariamente arishtanemis, asignados a la tarea de proteger Mandar. Era un pequeño consuelo que las bajas fueran mínimas, pues la mayoría de los residentes de la montaña estaban en Devagiri para el matrimonio del Neelkanth. La lista se enviaría a los grandes *sanniasis* de Cachemira, cuyos poderes sobre la fuerza espiritual eran incomparables. Si se podía persuadir a los *sanniasis* de recitar plegarias por los difuntos, se esperaba que su macabra muerte en esta vida no estropeará sus siguientes vidas.

—También podría ser la somras, general —apuntó Panini, uno de los ayudantes jefe de Brahaspati.

Shiva alzó la vista al escuchar.

—¿Lo hizo la somras!? ¿Cómo? —preguntó Sati sin creérselo.

—La somras es muy inestable durante el proceso de fabricación —prosiguió Panini—. Solo se consigue darle estabilidad usando grandes cantidades de agua del Saraswati. Uno de nuestros proyectos principales era determinar si podíamos estabilizar la somras usando menos agua que de costumbre.

Shiva recordó que Brahaspati habló de ello. Se inclinó para escuchar con atención a Panini.

—Era uno de los proyectos soñados de... —El soldado no pudo terminar la frase.

Pensar que Brahaspati, el científico más grande de su generación, la figura paternal para todos los eruditos del monte Mandar, estaba muerto fue demasiado para Panini. Incluso se sentía demasiado conmovido como para dar rienda suelta al dolor que sentía en su interior. Dejó de hablar, cerró los ojos y esperó que ese momento terrible pasara. Recuperando cierto control, prosiguió.

—Era uno de los proyectos soñados de Brahaspatiji. Había regresado para organizar los experimentos que debían empezar hoy. Él no quería que nos perdiéramos el último día de celebraciones, así que vino solo.

Parvateshwar estaba paralizado.

—¿Quieres decir que ha podido ser un accidente?

—Sí —contestó Panini—. Todos sabíamos que el experimento era arriesgado. Quizá por ello Brahaspatiji decidió empezar sin nosotros.

Aquella inesperada información los dejó en silencio. Panini se retiró a su infierno privado. Parvateshwar siguió con la mirada perdida, impactado por el cariz que

habían tomado los acontecimientos. Sati miró a Shiva, sosteniendo su mano, muy preocupada por cómo se estaba tomando su marido la muerte de su amigo. ¡Y que todo pudiera haber sido un absurdo accidente!



Era bien entrada la primera hora del cuarto *prahar*. La brigada acamparía en el fondo de la montaña en ruinas. Partirían al día siguiente, después de que hubieran terminado todas las ceremonias por los difuntos. Habían enviado dos jinetes a Devagiri con las noticias sobre Mandar. Parvateshwar y Sati estaban sentados en el borde del pico de la montaña, hablando entre susurros. El zumbido de los científicos brahmin recitando *shlokas* sánscritos en el fondo de la montaña flotaba y creaba una atmósfera etérea de patetismo. Nandi y Veerbhadra permanecían atentos, a una distancia prudencial de Parvateshwar y Sati, mirando a su señor.

Shiva caminaba alrededor de las ruinas de los edificios de Mandar, absorto en sus pensamientos. Le carcomía por dentro no haber visto ningún resto reconocible de Brahaspati. Todo el mundo en Mandar había quedado prácticamente reducido a cenizas, los restos eran irreconocibles. Desesperadamente, buscó alguna señal de su amigo. Algo que pudiera quedarse. Algo a lo que agarrarse. Algo que calmara su alma durante los años de duelo que le esperaban. Caminó lentamente, peinando el suelo con los ojos. De pronto, se fijó en un objeto que reconoció muy bien.

Se agachó para recogerlo. Era un brazalete de piel, con los bordes quemados y el cierre destruido. El calor de las fuertes explosiones había chamuscado su color marrón; ahora era negro por casi todas partes. Sin embargo, el centro, con su diseño bordado, permanecía asombrosamente inmaculado. Shiva lo miró aún más de cerca.

El tono carmesí del atardecer hizo que el símbolo *om* brillara. Entre la parte superior y la curva inferior del *om* había dos cabezas de serpiente. La tercera curva, orientada al este, terminaba en una cabeza de serpiente afilada, que sacaba su lengua viperina de forma amenazadora.



—¡Fue él! ¡Él mató a Brahaspati!

Shiva se dio la vuelta, buscando desesperadamente con la vista entre los restos que había esparcidos por allí, esperando encontrar al propietario del brazalete o alguno de sus restos. Pero no había nada. Shiva gritó en silencio. Aquel grito solo lo podían oír él y el alma herida de Brahaspati. Apretó el brazalete con el puño hasta que sus brasas aún calientes le quemaron la palma de la mano. Agarrándolo aún con más firmeza, juró una venganza terrible. Prometió darle al naga una muerte que arrastraría durante sus próximas siete vidas. Ese naga y todo su despreciable ejército serían aniquilados uno a uno.

—¡Shiva! ¡Shiva!

El grito le devolvió a la realidad. Sati estaba de pie frente a él, acariciándole suavemente la mano. Parvateshwar, a su lado, parecía trastornado. Nandi y Veerbhadra estaban de pie al otro lado.

—Suéltalo, Shiva —dijo Sati.

Él siguió mirándola, impassible.

—Suéltalo, Shiva —repitió Sati suavemente—. Te está chamuscando la mano.

Shiva abrió la mano. Nandi cogió el brazalete para tirarlo bien lejos. Sin embargo, en cuanto lo tocó, gritó de dolor. ¿Cómo podía Shiva haberlo sostenido durante tanto tiempo?

Shiva se agachó inmediatamente y recogió el brazalete.

Esta vez lo hizo con cuidado. Sostuvo entre los dedos el borde menos chamuscado, la parte del símbolo *om*. Se giró hacia Parvateshwar.

—No fue un accidente.

—¿Qué?

—¿Estás seguro? —preguntó Sati.

Shiva la miró y alzó el brazalete, dejando claramente a la vista la serpiente *om*. Ella dejó escapar un grito de sorpresa. Parvateshwar, Nandi y Veerbhadra se acercaron para observar aquel objeto.

—Naga... —susurró Nandi.

—El mismo cabrón que atacó a Sati en Meru —gruñó Shiva—. El mismo naga que nos atacó regresando de Mandar. Ese mismísimo hijo de perra.

—Pagará por esto —juró Veerbhadra.

—Volveremos a Devagiri esta noche —dijo Shiva girándose hacia Parvateshwar—. Es hora de declararles la guerra.

Parvateshwar asintió.



El consejo de guerra meluhano se sentó silenciosamente, respetando los cinco minutos de silencio en honor de los mártires de Mandar. El general Parvateshwar y sus veinticinco brigadieres se sentaban a la derecha del emperador Daksha. A su

izquierda, estaban el Neelkanth, los brahmins administrativos, liderados por la primera ministra Kanakhala, y los gobernadores de las quince provincias.

—La decisión del consejo está tomada —dijo Daksha, iniciando los procedimientos—. La cuestión es cuándo atacamos.

—Estar listos nos llevará como mucho un mes, alteza —intervino Parvateshwar—. Como sabéis, no hay caminos entre Meluha y Swadweep. Nuestro ejército tendrá que viajar a través de bosques densos e impenetrables. Así que, aunque iniciemos la marcha dentro de un mes, no llegaremos a Swadweep antes de tres. El tiempo es esencial.

—Pues que empiecen los preparativos.

—Alteza, ¿puedo sugerir una alternativa? —apuntó Kanakhala, que sumaba la voz de la razón brahmin al grito de guerra de los kshatriyas.

—¿Una alternativa? —preguntó Daksha sorprendido.

—Por favor, no me malinterpretéis —dijo Kanakhala—. Entiendo la rabia de toda la nación por lo de Mandar. Pero queremos vengamos de los autores del crimen, no de todo Swadweep. ¿Tal vez podríamos primero, antes de sacar la poderosa espada de guerra, averiguar si basta con utilizar un bisturí?

—El camino que sugieres es el de la cobardía, Kanakhala —respondió Parvateshwar.

—No, Parvateshwar. No sugiero que nos quedemos sentados como cobardes, sin hacer nada —negó Kanakhala educadamente—. Solo sugiero que tal vez haya una forma de vengarnos que no implique sacrificar la vida de nuestros soldados y de otros inocentes.

—Mis soldados están dispuestos a derramar su sangre por su país, señora primera ministra.

—Sé que lo están —dijo Kanakhala, que mantuvo la compostura—. Igual que sé que tú también estás dispuesto a derramar tu sangre por Meluha. Lo que quiero decir es que podemos enviarle un emisario al emperador Dilipa y pedirle que nos entregue a los terroristas que perpetraron este ataque. Podemos amenazarle con atacarle con todas nuestras fuerzas si se niega a hacerlo.

Los ojos de Parvateshwar ardían de impaciencia.

—¿Pedírselo? ¿Y por qué iba a escucharnos? Durante décadas, los swadweepianos han logrado realizar sus viles actividades porque piensan que no nos atrevemos a luchar. Si les hablamos de la «estrategia del bisturí» después de la crueldad del monte Mandar, quedarán convencidos de que pueden montar cualquier ataque, porque nosotros no responderemos.

—No estoy de acuerdo, Parvateshwar —dijo Kanakhala—. Han organizado ataques terroristas porque tienen miedo de no poder enfrentarse a nosotros en un combate directo. Tienen miedo de no poder resistir nuestra tecnología y nuestras máquinas de guerra superiores. Solo lo miro desde el punto de vista de lo que dijo Lord Shiva cuando entró aquí por primera vez. ¿Podemos intentar hablar con ellos

antes de luchar? Tal vez esta sea una buena oportunidad para que admitan que en su sociedad hay terroristas. Si los entregan, puede que encontremos la forma de coexistir.

—No creo que Shiva siga pensando así —apuntó Parvateshwar, señalando al Neelkanth—. Él también desea venganza.

Shiva permaneció en silencio, impassible. Pero sus ojos brillaban con la furia terrible que ardía en su interior.

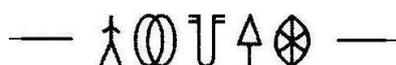
—Mi señor —dijo Kanakhala, con las manos en un *namasté*—, espero que al menos entendáis lo que intento decir. Incluso Brahaspati habría querido que evitáramos la violencia, en la medida de lo posible.

Aquella frase tuvo en él un efecto similar al de una lluvia torrencial que cayera sobre un fuego descontrolado. Se giró hacia Kanakhala y la miró a los ojos antes de volverse hacia Daksha.

—Alteza, quizá Kanakhala tenga razón. Tal vez podamos enviar un emisario a Swadweep, para darles la oportunidad de que se arrepientan. Si podemos evitar la muerte de inocentes, mejor. Sin embargo, sugeriría que empezáramos los preparativos de guerra. Deberíamos estar listos ante la posibilidad de que los chandravanshis rechazaran nuestra oferta.

—El Mahadev ha hablado —dijo Daksha—. Propongo que esa sea la decisión del consejo de guerra. Los que estén a favor que levanten la mano.

Todo el mundo la alzó. La suerte estaba echada. Le darían una oportunidad a la paz. Si eso no funcionaba, sería la guerra.



—He vuelto a fracasar, Bhadra —gritó Shiva—. ¡No puedo proteger a nadie!

Estaba sentado junto a Veerbhadra, en una sección privada del patio del palacio. Sati, tremendamente preocupada, había invitado a su amigo para que intentara animarlo. Se había encerrado en sí mismo, sin hablar y sin llorar. Esperaba que su amigo de la infancia tuviera éxito allí donde ella había fracasado.

—¿Por qué te culpas, Shiva? —preguntó Veerbhadra, pasándole el *chilum*—. ¿Cómo podría ser culpa tuya?

Shiva recogió el *chilum* y le dio una larga calada. La marihuana recorrió su cuerpo, pero no le ayudó. Con los ojos anegados por las lágrimas, levantó la vista hacia el cielo y juró:

—Te vengaré, hermano. Aunque sea lo último que haga. Aunque tenga que dedicarle hasta el último momento de mi vida a tal propósito. Aunque tenga que volver una y otra vez a este mundo. ¡Te vengaré!

Veerbhadra se giró hacia Sati, que estaba sentada a cierta distancia. La miró con preocupación. Ella se levantó y se acercó. Abrazó a Shiva con fuerza, apoyando la

cabeza de él contra su pecho, esperando calmar su alma torturada. Para sorpresa de Sati, Shiva no alzó los brazos para corresponder a su gesto. Se quedó ahí parado, respirando de forma intermitente.



—Mi señor —gritó Vraka. Se puso firme, le había pillado por sorpresa.

Lo mismo hicieron los otros veinticuatro brigadieres, por respeto hacia el Neelkanth, cuya presencia acababa de ser anunciada en la sala de guerra.

Parvateshwar se puso en pie lentamente. Habló con suavidad, pues sabía que Shiva aún sufría por la horrible muerte de Brahaspati.

—¿Cómo estás, Shiva?

—Estoy bien, gracias.

—Estábamos discutiendo los planes de batalla.

—Lo sé —dijo Shiva—. Me preguntaba si podía unirme a vosotros.

—Por supuesto —respondió Parvateshwar, mientras apartaba su silla hacia un lado—. Nuestro principal problema son los enlaces de transporte entre Meluha y Swadweep.

—No hay ninguno, ¿verdad?

—Verdad —contestó Parvateshwar—. Los chandravanshis siguieron una política de «tierra quemada» después de la última derrota que les infligimos, hace ya cien años. Destruyeron todas las infraestructuras que existían entre Meluha y Swadweep. Despoblaron sus ciudades fronterizas y se trasladaron hacia el interior de su imperio. Los bosques crecieron donde antes había ciudades y caminos. No hay ningún río que fluya de nuestro territorio hasta el suyo. Básicamente, no hay forma de transportar nuestras máquinas de guerra, enormes y tecnológicamente superiores, hasta las fronteras de Swadweep.

—Ésa era su intención, claro —dijo Shiva—. Vuestra superioridad es tecnológica. La suya es en cuanto al número de soldados. Así pues, podría decirse que han anulado vuestra fuerza.

—Exacto. Y si sacamos nuestras armas de guerra de la ecuación, nuestro ejército de cien mil soldados no tiene nada que hacer ante su millón de combatientes.

—¿Un millón? —preguntó Shiva. No se lo podía creer.

—Así es, mi señor —contestó Vraka—. No estamos completamente seguros, pero es lo que hemos estimado. Sin embargo, también calculamos que los regulares de ese ejército no serán más de unos cien mil. El resto son reservistas: pequeños comerciantes, artesanos, granjeros... Los reclutarían a la fuerza y los emplearían como carne de cañón.

—Asqueroso —dijo Parvateshwar—. Arriesgar la vida de shudras y vaishyas por un trabajo que tendrían que hacer kshatriyas. No tienen honor.

Shiva miró hacia Parvateshwar y asintió.

—¿No podríamos desmontar las máquinas de guerra, llevarlas hasta Swadweep y montarlas una vez que estuviéramos allí?

—Sí, podríamos —dijo Parvateshwar—, pero solo con unas cuantas. Nuestras máquinas más devastadoras, aquellas que nos proporcionarían ventaja, como la catapulta de largo alcance, no pueden montarse fuera de una fábrica.

—¿La catapulta de largo alcance?

—Sí —contestó Parvateshwar—. Nuestra estrategia de disparar a los mahouts y generar un ruido tremendo con los tambores de guerra funcionó. Los elefantes chandravanshis se asustaron y cargaron contra su propio ejército: destrozaron sus filas, sobre todo las que componían los irregulares. Solo tuvimos que cargar y terminar el trabajo.

—Nada de elefantes, entonces.

—Eso es —dijo Parvateshwar.

—Así que necesitamos algo que podamos llevarnos con nosotros y que pueda usarse para ablandar a sus reservistas y así neutralizar su superioridad numérica.

Parvateshwar asintió. Shiva tenía la mirada perdida hacia la ventana, donde una fuerte brisa matutina movía las hojas. Las hojas eran verdes. Shiva las observó atentamente. Siguieron siendo verdes.

—Ya lo tengo —dijo, mirando de pronto a Parvateshwar con el rostro iluminado—. ¿Por qué no usamos flechas?

—¿Flechas? —preguntó Parvateshwar sorprendido.

El tiro con arco era el arte de combate de los kshatriyas de la élite. Solían emplearlo para duelos individuales. Sin embargo, como estos solo podían librarlos los guerreros de la misma tribu elegida, quedaba reducido a un arte de exhibición de la flor y nata. Los arqueros se ganaban un respeto enorme por su rara habilidad, pero no eran decisivos en las batallas. Hubo un tiempo en el que los arcos y las flechas resultaban cruciales en las estrategias bélicas, como armas de destrucción masiva. Era la época de las *daivi astras*. Muchas de esas *astras* se solían lanzar con flechas. Sin embargo, cuando Lord Rudra prohibió las *daivi astras*, hace ya muchos miles de años, la efectividad de las unidades de arqueros en las grandes batallas quedó en poco o nada.

—¿Cómo podemos reducir su superioridad numérica, mi señor? —preguntó Vraka—. A los arqueros más experimentados les lleva al menos cinco segundos apuntar, disparar y matar a alguien. No serán capaces de acabar con más de doce por minuto. Solo contamos con un centenar de kshatriyas que son de la orden dorada de arqueros. El resto sabe disparar, pero su puntería no es fiable. Así que no seremos capaces de matar a más de mil doscientos enemigos por minuto. Desde luego, no bastará contra los chandravanshis.

—No estoy hablando de usar flechas para disparos individuales —dijo Shiva—. Estoy hablando de emplearlas para ablandar al enemigo, como armas de destrucción

masiva. —Los allí reunidos parecían confusos por sus palabras—. Dejadme que os lo explique: suponed que creamos un cuerpo de arqueros de los kshatriyas de tribus elegidas bajas.

—Pero su puntería no sería buena —dijo Vraka.

—Eso no importa. Digamos que contamos con al menos cinco mil de esos arqueros. Supongamos que los entrenamos para que acierten con la distancia. Olvidemos la puntería. Supongamos que su trabajo consiste solo en disparar flechas en dirección al ejército chandravanshi. Si no tienen que apuntar, pueden disparar mucho más deprisa. Quizás una flecha cada dos o tres segundos.

Parvateshwar entrecerró los ojos mientras entendía cuán brillante era esa idea. El resto de sus brigadieres aún estaban intentando ordenar sus ideas.

—Pensadlo —dijo Shiva—. Tendríamos cinco mil flechas cayendo sobre los chandravanshis cada dos segundos. Supongamos que mantenemos ese ataque durante diez minutos. Una lluvia casi constante de flechas. Sus reservistas huirían. ¡Las flechas tendrían el mismo efecto que los elefantes en la última guerra!

—¡Brillante! —gritó Vraka.

—Y, quizá —añadió Parvateshwar—, si la puntería no importa, podríamos entrenar a esos arqueros para que se tumbaran, aguantaran el arco con los pies, tirasen de la cuerda casi hasta el cuello y luego la soltaran. Mientras sus pies apuntaran en la dirección correcta, funcionaría.

—¡Excelente! —exclamó Shiva—. Entonces, los arcos podrían ser más grandes. Y el alcance, mayor.

—Y las flechas más grandes y gruesas, casi como pequeñas lanzas —continuó Parvateshwar.

—Lo suficientemente potentes como para penetrar incluso en escudos de piel gruesa o de madera. Solo los soldados con escudos de metal, como los regulares, estarían a salvo.

—¿Tenemos nuestra respuesta? —preguntó Shiva.

—Sí, la tenemos —contestó Parvateshwar con una sonrisa. Se giró hacia Vraka—. Creen ese cuerpo. Quiero a cinco mil hombres preparados para la tarea dentro de dos semanas.

—Así se hará, mi señor —dijo Vraka.



—¿De qué quieres hablar, Shiva? —preguntó Parvateshwar mientras entraba en la fábrica metalúrgica.

Le acompañaban Vraka y Prasanjit, tal y como había pedido el mismo Shiva. Vraka había dejado a regañadientes al cuerpo de arqueros que había estado entrenando durante aquella semana. Sin embargo, le habían animado diciéndole que

el Neelkanth había tenido otra brillante idea. No le defraudó.

—Estaba pensando —anunció Shiva— que seguiremos necesitando el equivalente de vuestro ariete para romper su centro. Supongo que será en el centro donde su general posicionará a sus regulares. Mientras estos aguanten, nuestra victoria no estará garantizada.

—Claro —dijo Parvateshwar—. Y debemos suponer que esos soldados tendrán la suficiente disciplina como para mantener la formación pese a la lluvia de flechas.

—Exacto —dijo Shiva—. No podemos transportar el ariete, ¿verdad?

—No, no podemos, mi señor —respondió Vraka.

—¿Y qué tal si intentamos crear un ariete humano?

—Veamos —dijo Parvateshwar lentamente, escuchando con atención.

—Supongamos que alineáramos a los soldados en una cuadrícula de veinte por veinte hombres —apuntó Shiva—. Digamos que cada uno usara su escudo para cubrir la mitad izquierda de su cuerpo y la mitad derecha del soldado que estuviera a su izquierda.

—Eso les permitiría colocar sus lanzas entre los escudos —señaló Parvateshwar.

—Exacto —dijo Shiva—. Y los soldados detrás de ellos usarían los escudos para cubrirse a sí mismos y al soldado que tuvieran delante. Esa formación sería como una tortuga. Con los escudos frenando cualquier ataque, como el caparazón de una tortuga, el enemigo no podría abrirse paso, pero nuestras lanzas podrían cortarlos.

—Y podríamos tener a los soldados más fuertes y experimentados delante para asegurarnos de que la tortuga está bien dirigida —añadió Prasanjit.

—No —dijo Parvateshwar—. Los más experimentados irían detrás y a los lados, para asegurarnos de que la cuadrícula no se quebrara en caso de que a los soldados jóvenes les entrara el pánico. Esa formación solo funcionará si todo el equipo permanece unido.

—Claro —concedió Shiva, sonriendo ante la perspicacia de Parvateshwar—. ¿Y si, en lugar de las lanzas típicas, llevaran esto?

Alzó un arma que él mismo había diseñado y que el equipo metalúrgico del ejército había fabricado rápidamente. Parvateshwar se quedó maravillado ante su brillante simplicidad. Tenía el cuerpo de una lanza, pero la habían ensanchado. En la punta habían añadido dos púas, a los lados de la principal. Atacar a un enemigo con un arma así sería como golpearle con tres lanzas al mismo tiempo.

—Absolutamente genial —se maravilló Parvateshwar—. ¿Cómo lo llamas?

—Lo llamo *trishul*.

—Prasanjit —dijo Parvateshwar—, te encargarás de la creación de este cuerpo. Quiero, al menos, cinco formaciones tortuga listas para cuando partamos. Para ello te asignaré dos mil hombres.

—Así se hará, mi señor —respondió Prasanjit con un saludo militar.

Parvateshwar observó a Shiva con respeto. Sus ideas eran brillantes. Que se le hubieran ocurrido esas tácticas a pesar de lo mal que lo estaba pasando era algo digno

de admiración. Quizá lo que decían los demás sobre Shiva fuera cierto. Tal vez fuera el hombre que completaría las tareas de Lord Ram. Esperaba que no se equivocaran al respecto.



Shiva estaba en la sala de reuniones real, con Daksha y Parvateshwar a su lado. Dos legendarios brigadieres arishtanemis, Vidyunmali y Mayashrenik, estaban sentados a cierta distancia. Un hombre fuerte, y antes orgulloso, estaba de pie frente a Shiva, con las manos unidas en una súplica.

—Dadme una oportunidad, mi señor —dijo Drapaku—. Si la ley ha cambiado, ¿por que no podemos luchar?

Drapaku era el hijo del ciego que había bendecido a Shiva en Kotdwaar. Había sido un brigadier del ejército meluhano antes de que la enfermedad que dejó ciego a su padre también matara a su esposa y a su hijo no nato. Él y su padre se habían convertido en vikarmas.

—Lo primero es lo primero: ¿cómo está tu padre? —preguntó Shiva.

—Está bien, mi señor. Me repudiará si no os apoyo en esta *dharmayudh*.

Shiva sonrió. También él creía que eso era una *dharmayudh*, una guerra santa.

—Pero, Drapaku, ¿quién cuidará de él si te ocurre algo?

—Meluha se ocupará de él, mi señor. Pero yo sufriría un millar de muertes si no voy a la guerra con vos. ¿Qué clase de hijo sería si no luchara por el honor de mi padre? ¿Por el honor de mi país?

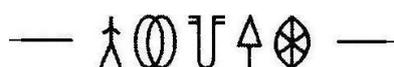
Shiva seguía sin tenerlo claro. Podía sentir la incomodidad del resto de la sala. No se le había escapado que, pese a la revocación de la ley vikarma, nadie había tocado a Drapaku cuando había entrado.

—Mi señor, los chandravanshis nos superan ampliamente en número —continuó Drapaku—. Necesitamos a todos los guerreros entrenados que tengamos. Hay al menos cinco mil soldados que no pueden luchar desde que fueron declarados vikarmas. Yo puedo reunirlos a todos. Estamos entusiasmados y dispuestos a morir por nuestro país.

—No quiero que mueras por Meluha, valiente Drapaku —dijo Shiva. El rostro del hombre se entristeció al instante. Pensó que regresaría a casa, a Kotdwaar—. Sin embargo, me gustaría que mataras por Meluha.

Drapaku alzó la vista.

—Monta tu brigada, Drapaku —ordenó Shiva, que se giró hacia Daksha—. La llamaremos la Brigada Vikarma.



—¿Cómo podemos tener vikarmas en nuestro ejército? ¡Es ridículo! —exclamó Vidyunmali. Él y Mayashrenik estaban en su gimnasio privado, preparándose para el entrenamiento de esgrima.

—Vidyu... —dijo Mayashrenik.

—No me vengas con «Vidyu». Sabes que está mal.

Mayashrenik, que normalmente era una persona tranquila, asintió y dejó que su impetuoso amigo descargara su frustración.

—¿Cómo me enfrentaré a mis ancestros si muero en esta batalla? —preguntó Vidyunmali—. ¿Qué les responderé si me preguntan cómo dejé que un no kshatriya luchara en una batalla que solo deberíamos haber librado los kshatriyas? Nuestro deber es proteger a los débiles, no que ellos luchen por nosotros.

—No creo que Drapaku sea débil, Vidyu. ¿Has olvidado el valor que demostró en la anterior guerra contra los chandravanshis?

—¡Es un vikarma! ¡Eso lo hace débil!

—Lord Shiva ha decretado que ya no hay vikarmas.

—¡Creo que el Neelkanth no diferencia el bien del mal!

—¡Vidyu! —gritó Mayashrenik.

A Vidyunmali aquel grito le pilló por sorpresa.

—Si el Neelkanth dice que está bien —continuó Mayashrenik—, es que está bien.



XXII

EL IMPERIO DEL MAL

—Creo que esta es la formación ideal para la batalla —dijo Parvateshwar.

Él y Vraka estaban sentados en la oficina privada del general. La formación era un arco, Los soldados se distribuirían en un amplio patrón semicircular. Los cuerpos más lentos, como el de las tortugas, irían en el centro. Los flancos estarían formados por unidades más rápidas, como la infantería ligera. La caballería marcharía en ambos extremos del arco, lista para desplegarse en cualquier lugar del frente o para cabalgar a los lados del arco y así ofrecer su protección. Ese tipo de formación era ideal para un ejército pequeño. Ofrecía flexibilidad sin sacrificar fuerza.

—Es perfecto, mi señor —dijo Vraka—. ¿Qué ha dicho el Mahadev al respecto?

—Shiva piensa que encaja perfectamente con nuestros requisitos.

A Vraka no le gustaba que Parvateshwar se refiriera al Neelkanth por su nombre. Pero ¿quién era él para corregir a su general?

—Estoy de acuerdo, mi señor.

—Yo lideraré el flanco izquierdo; tú, el derecho. Por eso necesito tu opinión sobre algunas cosas.

—¿Yo, mi señor? —preguntó Vraka, atónito—. Pensaba que el Mahadev lideraría el otro flanco.

—¿Shiva? No, no creo que él vaya a participar en esta batalla.

Vraka le miró sorprendido, pero permaneció en silencio.

—Es un hombre bueno y capaz, sin duda —se explicó—. Pero el deseo más importante que hay en su mente es el del castigo; no el de la justicia para Meluha. Le ayudaremos a conseguir su venganza cuando pongamos a sus pies al naga culpable. No arriesgaré su vida en una guerra solo para encontrar a un naga.

Vraka siguió con la mirada gacha, para que su jefe no pudiera ver que no estaba de acuerdo con él.

—Para ser justos —dijo Parvateshwar—, no podemos obligarle solo porque tenga el cuello azul. Le respeto mucho, pero no espero que luche. ¿Qué razón tendría para hacerlo?

Vraka alzó la vista un instante para mirar a Parvateshwar a los ojos. ¿Por qué el general se negaba a aceptar lo que resultaba evidente para todos? ¿Estaba tan ligado a Lord Ram que no podía creer que hubiera llegado otro salvador? ¿De verdad creía que Lord Ram sería el único? ¿Acaso no había dicho él mismo que era reemplazable, que solo el *dharma* no lo era?

—Además —prosiguió Parvateshwar—, ahora está casado. Obviamente, está enamorado. No se arriesgará a que Sati vuelva a enviudar. ¿Por qué iba a hacerlo? Creo que es injusto que se lo exijamos.

Vraka pensó que el Mahadev lucharía por todos ellos. Que lucharía para protegerlos. Eso es lo que hacen los Mahadevs. Sin embargo, guardó silencio.

Lo que Vraka no sabía es que Parvateshwar esperaba algo parecido. Él también deseaba que Shiva se alzara y fuera el Mahadev que los llevara a la victoria contra los chandravanshis. Sin embargo, había aprendido, tras años de experiencia, que, aunque muchos hombres habían intentado llegar al nivel de Lord Ram, ninguno había tenido éxito. Parvateshwar había depositado sus esperanzas en algunos de esos hombres durante su juventud, y siempre había terminado desilusionado. No quería llevarse otra decepción. Y no quería quedarse sin alternativa si Shiva se negaba a luchar contra los chandravanshis.



El consejo de guerra permaneció en silencio mientras Daksha leía la carta que había llegado de Swadweep, desde la corte del emperador Dilipa. La reacción de Daksha al leerla no dejaba duda acerca del contenido del mensaje. Cerró los ojos, con la cara congestionada por la rabia y con el puño muy apretado. Le pasó el documento a Kanakhala y gruñó:

—Léela. Léela en voz alta para que todo el mundo sienta la repugnancia que merecen los chandravanshis.

Kanakhala frunció el ceño ligeramente antes de recoger la carta y leerla en voz alta:

Emperador Daksha, señor de los suryavanshis y protector de Meluha:

Por favor, aceptad mi más sentido pésame por el cobarde ataque al monte Mandar. Un asalto tan estúpido contra brahmins pacíficos solo puede ser condenado en los términos más duros. Nos aturde que un habitante de la India pueda rebajarse a tales niveles. Es por ello por lo que leo con sorpresa y tristeza vuestra carta. Os aseguro que ni yo ni nadie a mis órdenes tiene nada que ver con ese ataque tan retorcido. Por tanto, debo informaros con todo mi pesar que no puedo entregaros a nadie. Espero que comprendáis la sinceridad de esta carta y que no roméis ninguna decisión precipitada, cosa que podría tener consecuencias lamentables para vos. Os aseguro que tendréis todo el apoyo de mi imperio en la investigación de esta

atrocidad. Por favor, informadnos de cómo podemos ayudaros a llevar a esos criminales ante la justicia.

Kanakhala respiró hondo para recomponerse. La ambigüedad chandravanshi le llenó de rabia. Se arrepentía de haber actuado como lo había hecho.

—Está firmada personalmente por el emperador Dilipa —dijo.

—El emperador Dilipa no —gruñó Daksha—. ¡El terrorista Dilipa del imperio del mal!

—¡Guerra! —gritó el consejo con una rabia unánime.

Daksha echó un vistazo a Shiva, que, con el ceño fruncido, asintió imperceptiblemente.

—¡A la guerra! —bramó Daksha—. ¡Partiremos dentro de dos semanas!



El brazalete parecía haber cobrado vida. Se había hinchado hasta adoptar unas proporciones enormes. Sus bordes estaban envueltos por llamas gigantes. Las tres serpientes colosales que formaban el *om* se separaron y reptaron hacia Shiva. La del centro, mientras asentía hacia la serpiente de la izquierda, siseó:

—Ella mató a tu hermano. Y la otra pronto matará a tu esposa. Las serpientes de los lados le observaron siniestramente.

Shiva señaló de forma amenazante a la del centro.

—Si te atreves a tocarle un solo pelo, te arrancaré el alma de...

—Pero yo... —continuó la serpiente, ignorando la amenaza de Shiva—, yo me reservo. Me reservo para ti.

Miró a la serpiente con rabia e impotencia.

—Yo te mataré —dijo la serpiente con la boca bien abierta, lista para tragárselo entero.

Shiva abrió los ojos. Estaba sudando. Miró a su alrededor, pero no podía ver nada. Estaba extraordinariamente oscuro. Estiró la mano para ver si Sati se encontraba bien. No estaba allí. Se levantó como un rayo, sintiendo el corazón helado, casi como si esperase que las serpientes hubieran escapado de sus sueños y se hubieran hecho reales.

—Shiva —dijo Sati.

Estaba sentada al borde de la cama. En la pequeña tienda militar en la que dormían no podían tener sillas. La tienda había sido su hogar itinerante durante el último mes, mientras el ejército meluhano marchaba hacia Swadweep.

—¿Qué sucede, Sati? —preguntó Shiva, al tiempo que sus ojos se acostumbraban a la luz tenue. Volvió a meter en su bolsa el brazalete ofensivo que llevaba agarrado en sus manos.

¿Cuándo lo he sacado?

—Shiva —continuó Sati. Llevaba dos semanas intentando hablar de aquello, desde que había estado segura, pero nunca había encontrado el momento oportuno. Se había convencido a sí misma de que era una noticia menor y que no era adecuado molestar a su marido, sobre todo cuando estaba pasando por una de las peores fases de su vida. Pero ahora ya era demasiado tarde. Tenía que saberlo por ella y no por otra persona. Noticias como ésta no permanecían en secreto durante mucho tiempo en un campamento militar—. Tengo que decirte algo.

—¿Sí? —dijo Shiva, aunque el sueño aún le afligía—. ¿Qué pasa?

—No creo que pueda luchar en la guerra.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Shiva sorprendido. Sabía que la palabra «cobardía» no existía en el diccionario de Sati. Entonces, ¿por qué le decía eso? ¿Y por qué ahora, cuando el ejército ya llevaba casi un mes marchando a través de los densos bosques que separaba a Meluha de Swadweep? Ya estaban en territorio enemigo. No había vuelta atrás—. Esto no es propio de ti, Sati.

—Hum, Shiva —respondió ella, avergonzada. Esas conversaciones siempre eran complicadas para los remilgados suryavanshis—. Tengo mis motivos.

—¿Motivos? —preguntó Shiva—. ¿Qué...?

De pronto, la razón golpeó a Shiva como un trueno silencioso.

—¡Dios mío! ¿Estás segura?

—Sí —dijo ella tímidamente.

—¡Por el Lago Sagrado! ¿Voy a ser padre?

Al ver el éxtasis en el rostro de Shiva, Sati sintió una punzada de culpa por no habérselo contado antes.

—¡Vaya! —exclamó él mientras la levantaba en brazos—. ¡Es la mejor noticia que he oído desde hace mucho tiempo!

Sati sonrió cálidamente y apoyó su cabeza en los cansados pero fuertes hombros de su marido.

—Llamaremos a nuestra hija como la persona que te ha consolado durante los dos últimos meses, cuando yo no te he ayudado —dijo Shiva—. ¡La llamaremos Kritika!

Ella alzó la vista, sorprendida. No creía que fuera posible amarle aún más. Pero así era. Sonrió.

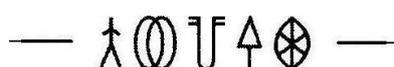
—Podría ser un hijo, ¿sabes?

—No —dijo él sonriendo—. Será una niña. ¡Y la mimaré de mala manera!

Sati se rio con ganas, igual que Shiva. Era su primera risa desde hacia más de dos meses. Abrazó a su mujer, sintiendo que se liberaba de la energía negativa que se había apoderado de él en los últimos tiempos.

—Te quiero, Sati.

—Yo también te quiero —susurró ella.



Shiva apartó la cortina para salir de la tienda. Krittika y Ayurvati estaban con Sati. Una comitiva de enfermeras se ocupaban de todas sus necesidades. Él había estado obsesionado con la salud del feto, preguntándole sin cesar a Ayurvati por todos los aspectos del bienestar de Sati durante los dos últimos meses de marcha hacia Swadweep.

Los survavanshis se habían movido valientemente durante casi tres meses. El camino había sido más duro de lo esperado. El bosque había reclamado su hábitat con gran ferocidad. El ejército se había visto invadido por animales salvajes y enfermedades a cada paso. Habían perdido dos mil hombres, y ni uno solo ante el enemigo. Tras semanas de abrirse camino a machetazos, los exploradores al fin habían logrado llevar al ejército suryavanshi hasta los chandravanshis, que estaban acampados en una extensa planicie llamada *Dharmakhet*.

Una elección inteligente. Un campo grande y despejado como ese tendría el espacio suficiente para que los chandravanshis pudieran hacer maniobrar su ejército de un millón de hombres. Y ahí sería importante su superioridad numérica. El ejército suryavanshi había intentado esperar a los chandravanshis, para ver si perdían la paciencia y atacaban en una zona menos ventajosa. Pero los chandravanshis se habían mantenido firmes. Al fin, los suryavanshis movieron el campamento hasta un valle fácilmente defendible cercano a *Dharmakhet*.

Shiva miró el cielo, que estaba despejado. Un águila solitaria sobrevolaba en círculos el campamento, mientras cinco palomas volaban más abajo, sin miedo al águila. Un signo extraño. Su chamán guna probablemente habría dicho que era un mal momento para la batalla, pues estaba claro que las palomas tenían una ventaja oculta.

No pienses en eso. Es una tontería.

Tomando una larga bocanada del aire fresco matutino, se giró hacia la derecha, donde estaba la tienda del emperador Daksha.

Nandi se le acercó caminando.

—¿Qué pasa, Nandi?

—Iba hacia vuestra tienda, mi señor. El emperador solicita vuestra presencia. Hay noticias preocupantes.

Shiva y Nandi se apresuraron a ir a la elegante tienda de Daksha. Al entrar, se encontraron con él y con Parvateshwar enzarzados en una discusión. Vraka, Mayashrenik y Drapaku permanecían sentados a cierta distancia. Drapaku estaba algo más alejado del resto.

—Esto es un desastre —gruñó Daksha.

—¿Alteza? —preguntó Shiva.

—¡Mi señor! Me alegro de que estéis aquí. Es un desastre total.

—No usemos palabras tan gruesas, alteza —dijo Shiva. Se giró hacia Parvateshwar y preguntó—: ¿Tus sospechas se han confirmado?

—Sí —contestó Parvateshwar—. Los exploradores han regresado hace unos

minutos. Había una razón para que los chandravanshis se negaran a movilizarse. Han enviado a cien mil soldados en un gran arco alrededor de nuestra posición. Entrarán en nuestro valle mañana por la mañana. Quedaremos atrapados entre su fuerza principal por delante y otros cien mil hombres por detrás.

—¡No podemos luchar en dos frentes, mi señor! —gritó Daksha.

—¿Qué hacemos?

—¿Han sido los exploradores de Veerbhadra los que han regresado con las noticias? —preguntó Shiva.

Parvateshwar asintió. Shiva se giró hacia Nandi, que salió corriendo inmediatamente. Momentos después, Veerbhadra estaba frente a ellos.

—¿Qué ruta ha cogido el destacamento chandravanshi, Bhadra? —preguntó Shiva.

—Han ido hacia el este, siguiendo las montañas escarpadas que tenemos a los lados. Creo que pretenden entrar en nuestro valle a unos cincuenta kilómetros al norte.

—¿Te llevaste a un cartógrafo, como te había ordenado Parvateshwar?

Veerbhadra asintió, se acercó a la mesa del centro y desplegó un mapa sobre ella. Shiva y Parvateshwar se inclinaron hacia delante. Señalando la ruta con sus dedos, Veerbhadra dijo:

—Por aquí.

De pronto, Shiva se fijó en la posición defensiva ideal en el mapa, muy al norte del campamento suryavanshi. Levantó la vista hacia Parvateshwar. Al general se le había ocurrido lo mismo.

—¿Cuántos hombres crees, Parvateshwar?

—Es difícil decirlo. Será duro, pero el paso parece defendible. Se necesitará un contingente cuantioso, de al menos treinta mil.

—Pero no podemos desprendernos de tantos hombres. Estoy seguro de que la batalla con el ejército chandravanshi principal al sur también tendrá lugar mañana. Será el mejor momento para que tomen posiciones.

Parvateshwar asintió, serio. Pensó con tristeza que probablemente los meluhanos tendrían que retirarse y maniobrar para librar la batalla en otra posición más ventajosa.

—Creo que bastará con cinco mil hombres, mis señores.

Shiva y Parvateshwar no se habían fijado en que Drapaku se había acercado a la mesa. Estaba examinando el paso que acababa de señalar Shiva.

—Miren aquí —continuó Drapaku mientras Shiva y Parvateshwar lo observaban—. Las montañas que hay ahí delante estrechan rápidamente el paso, que no tiene más de cincuenta metros de ancho. Sin importar lo grande que sea su ejército, en cada carga del enemigo contra el paso, no podrán atravesarlo más de un centenar de hombres.

—Pero, Drapaku..., con un centenar de hombres pueden lanzar carga tras carga

de forma casi continua —apuntó Mayashrenik—. Y, con unas montañas tan escarpadas a los lados, no podremos usar nuestros proyectiles. La victoria es casi imposible.

—No se trata de vencer —dijo Drapaku—. Es cuestión de frenarlos un día para que nuestro ejército principal pueda luchar.

—Yo lo haré —dijo Parvateshwar.

—No, mi señor —negó Vraka—. Se os necesita para la carga principal.

Shiva miró a Parvateshwar.

Yo también tengo que estar aquí.

—Yo tampoco puedo hacerlo —dijo Shiva meneando la cabeza.

Parvateshwar levantó la mirada hacia Shiva, con la desilusión escrita en el rostro. Aunque se había preparado para esa decepción, esperaba que Shiva le demostrara que se equivocaba. Pero a Parvateshwar le quedó claro que Shiva se dedicaría simplemente a observar la batalla desde el mirador que se estaba montando para Daksha.

—Concededme el honor, mi señor —dijo Drapaku.

—Drapaku... —susurró Mayashrenik, sin verbalizar lo que todos sabían.

Con solo cinco mil soldados, la batalla en el paso norte contra el destacamento chandravanshi era una misión suicida.

—Drapaku —dijo Shiva—, no sé si...

—Lo sé, mi señor —le interrumpió él—. Es mi destino. Los retendré durante un día. Y si Lord Indra me ayuda, quizá sean incluso dos jornadas. Conseguirnos la victoria para entonces.

—Maravilloso, Drapaku —dijo Daksha—. Haz los preparativos para partir inmediatamente.

Drapaku hizo un saludo marcial y salió a toda prisa antes de que alguien pudiera expresar su desacuerdo.



Al cabo de menos de una hora, la Brigada Vikarma salía del campamento. El sol se hallaba en lo alto y prácticamente todo el mundo estaba despierto para verlos partir. Sabían a lo que se iban a enfrentar. Era improbable que volvieran a verlos con vida. Pero los soldados no mostraban duda ni el menor rastro de miedo mientras marchaban. El campamento permaneció en un silencio reverencial. Parecían compartir un solo pensamiento.

¿Cómo podían ser tan extraordinarios? Se suponía que los vikarmas eran débiles.

Drapaku iba en cabeza, con su bello rostro embadurnado con pinturas de guerra. Encima de la armadura lucía un *angvastram* azafrán. El color del Parmatma. El color que se vestía para el viaje final. Estaba claro que no esperaba regresar.

Se detuvo súbitamente cuando Vidyunmali se puso frente a él. Drapaku frunció el ceño. Antes de que pudiera reaccionar, Vidvunmali sacó su cuchillo. Drapaku quiso sacar su arma, pero el otro fue más rápido. Se hizo un corte en el pulgar y se lo pasó por la frente a Drapaku. Según la tradición de los grandes guerreros hermanos de antaño, Vidyunmali frotó su sangre sobre la ceja de Drapaku. Eso significaba que su sangre le protegería.

—Eres un hombre mejor que yo, Drapaku —susurró Vidyunmali.

El otro permaneció en silencio, confundido por ese gesto que tan poco tenía que ver con el Vidyunmali que todos conocían.

Alzando su puño bien alto, rugió:

—¡Hacedlos sufrir, vikarmas!

—¡Hacedlos sufrir, vikarmas! —rugieron los suryavanshis, que repitieron aquella consigna una y otra vez.

Drapaku y sus soldados miraron a su alrededor, disfrutando del respeto que se les había negado durante tanto tiempo. Demasiado tiempo.

—¡Hacedlos sufrir, vikarmas!

Drapaku asintió, se giró y se puso en marcha antes de que sus emociones arruinaran el momento. Sus soldados le siguieron.

—¡Hacedlos sufrir, vikarmas!



Era una mañana cálida, impropia de esa época del año.

Al destacamento chandravanshi le había sorprendido el hecho de encontrar soldados meluhanos en el paso norte la noche anterior. Habían atacado inmediatamente. Los vikarmas los frenaron durante toda la noche, lo que le dio un tiempo precioso al grueso del ejército suryavanshi.

Ése tenía que ser el día de la batalla principal. Shiva se sentía preparado.

Sati estaba resplandeciente, moviendo el *aarti thali* en pequeños círculos alrededor de la cara de Shiva. Se detuvo tras siete giros, se puso un poco de bermellón en el pulgar y lo esparció por la frente de Shiva en un *tilak* alargado.

—Regresa victorioso o no regreses.

Shiva alzó la ceja e hizo una mueca.

—¿¡Qué clase de despedida es esa!?

—¿Qué? No, es solo... —tartamudeó Sati.

—Lo sé, lo sé —dijo Shiva con una sonrisa mientras la abrazaba—. Es la despedida suryavanshi tradicional antes de irse a la guerra, ¿verdad?

Sati alzó la vista, con los ojos empañados. Su amor por Shiva se estaba imponiendo a décadas de entrenamiento suryavanshi.

—Regresa sano y salvo.

—Lo haré, amor mío —susurró Shiva—. No te librarás de mí tan fácilmente.

Sati sonrió débilmente.

—Te estaré esperando.

Ella se puso de puntillas y lo besó suavemente. Él le devolvió el beso y se dio la vuelta, antes de que su corazón le hiciera dudar. Apartó la cortina y salió de la tienda de campaña. Alzó la vista hacia el cielo, por si había algún presagio. Nada.

¡Fantástico!

El zumbido distante de los *shlokas* sanscritos, acompañado por el suave sonido rítmico de los tambores de guerra, flotaba en la seca brisa invernal. Shiva veía esa costumbre suryavanshi particularmente extraña. Pero quizás había algo en la llamada de los brahmins a Indra y Agni, mientras se realizaba la *puya*.

Los tambores y los *shlokas* se mezclaban para imbuir de un fiero espíritu guerrero a todo aquel que los escuchara. Su ritmo iría aumentando en cuanto empezara la batalla. Shiva estaba ansioso por que comenzara. Se giró y caminó hacia la tienda de Daksha.

—Saludos, alteza —dijo Shiva mientras apartaba la cortina para entrar en la tienda real, donde Parvateshwar le estaba explicando los planes al emperador—. *Namasté*, Parvateshwar. —Éste sonrió y juntó las manos—. ¿Qué noticias hay de Drapaku, Parvateshwar? —preguntó—. El último informe que he oído es de hace tres horas.

—La batalla vikarma sigue en marcha. Drapaku continúa al frente. Nos ha conseguido un tiempo valiosísimo. Que Lord Ram le bendiga.

—Sí —coincidió Shiva—. Que Lord Ram le bendiga. Solo tiene que aguantar hasta el final del día.

—Mi señor —dijo Daksha, con las manos en un *namasté* formal y la cabeza inclinada—, es un inicio prometedor. Tendremos un buen día.

—Eso parece —respondió Shiva con una sonrisa—. Las noticias de Drapaku son fantásticas. Pero será mejor esperar al cuarto *prahar*, alteza.

—Estoy seguro de que la respuesta será la misma, mi señor. Para el cuarto *prahar* de hoy, el emperador Dilipa estará frente a nosotros, encadenado y esperando a que se haga justicia.

—Cuidado, alteza —dijo Shiva con una sonrisa—. No tentemos al destino. ¡Aún tenemos que ganar la guerra!

—No tendremos problemas. Tenemos al Neelkanth con nosotros. Solo necesitamos atacar. La victoria está garantizada.

—Creo que se necesitará algo más que un cuello azul para vencer a los chandravanshis —apuntó Shiva con una sonrisa aún más amplia—. No deberíamos subestimar al enemigo.

—No lo subestimo, mi señor. Pero tampoco cometeré el error de subestimaros a vos.

Shiva se rindió. Hacía tiempo que había entendido que era imposible ganar un debate contra la convicción de Daksha.

—Quizá debería marcharme, alteza —intervino Parvateshwar—. Ha llegado la hora. Con vuestro permiso.

—Por supuesto, Parvateshwar. *Vijayibhavl* —dijo Daksha. Girándose hacia Shiva, continuó—: Mi señor, han construido un mirador para nosotros en la colina de ahí atrás.

—¿Un mirador? —preguntó Shiva perplejo.

—Sí. ¿Por qué no vemos la batalla desde allí? Ahí tendréis una posición mejor para dirigir la contienda.

Shiva entrecerró los ojos, sorprendido.

—Alteza, mi lugar está con los soldados. En el campo de batalla.

Parvateshwar se detuvo en seco, sorprendido y encantado de haberse equivocado.

—Mi señor, éste es un trabajo para carniceros, no para el Neelkanth —dijo Daksha, cuya voz reflejó su preocupación—. No tenéis que mancharos las manos con sangre chandravanshi. Parvateshwar arrestará a ese naga y lo pondrá a vuestros pies. Podéis vengaros de él de forma que toda su tribu exija justicia durante eones.

—No se trata de mi venganza, alteza. Se trata de la venganza de Meluha. Sería muy mezquino por mi parte pensar que se librará una guerra solo por mí. Es una guerra entre el bien y el mal. Estamos ante una batalla en la que uno tiene que elegir un bando. Y luchar. En una *dharmayudh* no hay espectadores. Es una guerra santa.

Parvateshwar miró fijamente a Shiva, con los ojos ardientes de admiración. Esas eran las palabras de Lord Ram. En una *dharmayudh* no hay espectadores.

—Mi señor, no podemos poner en riesgo vuestra vida —le rogó Daksha—. Sois demasiado importante. Estoy seguro de que podemos ganar esta guerra sin arriesgarnos de tal modo. vuestra presencia nos ha inspirado. Hay muchos que están dispuestos a derramar su sangre por vos.

—Si están dispuestos a derramar su sangre por mí, entonces yo debo estar dispuesto a derramar mi sangre por ellos.

El corazón de Parvateshwar se inundó con la felicidad más grande que podía sentir un suryavanshi: la alegría de encontrar a un hombre digno de seguir; la alegría de encontrar a un hombre en el que inspirarse; la alegría de encontrar a un hombre digno de mencionarse en la misma frase que el mismísimo Lord Ram.

Daksha se le acercó, visiblemente preocupado. Si quería evitar que el Neelkanth cometiera una temeridad, tendría que decir lo que pensaba. Así que susurró suavemente:

—Mi señor, sois el marido de mi hija. Si os ocurriera algo, ella enviudaría por segunda vez. No puedo dejar que le ocurra eso.

—No pasará nada —susurró Shiva—. Y Sati sufriría mil muertes si viera que su marido se queda al margen de una *dharmayudh*. Me perdería el respeto. Si no estuviera embarazada, lucharía a mi lado, codo con codo. Vos lo sabéis.

Daksha miró a Shiva, roto, afligido y ansioso.

Él le sonrió cálidamente.

—No pasará nada, alteza.

—¿Y si pasa?

—Entonces deberá recordarse que pasó por una buena causa. Y Sati estará orgullosa de mí.

Daksha siguió mirando a Shiva. Su rostro era la viva estampa de la aflicción y la angustia.

—Perdonadme, alteza, pero debo irme —dijo con un *namasté* formal.

Parvateshwar siguió distraído, como si estuviera controlado por una fuerza superior. Cuando Shiva salió rápidamente de la tienda hacia su caballo, oyó la voz potente de Parvateshwar.

—¡Mi señor!

Shiva siguió caminando.

—¡Mi señor! —bramó Parvateshwar de nuevo, con más insistencia.

Shiva se detuvo en seco. Se giró, frunciendo el ceño por la sorpresa.

—Lo siento, Parvateshwar. Pensaba que estabas llamando a su alteza.

—No, mi señor —dijo él—. Os llamaba a vos.

—¿Qué ocurre, general? —preguntó Shiva, con el ceño aún más fruncido.

Parvateshwar se detuvo en una rígida posición militar de firmes, a una distancia prudencial de Shiva. No podía pisar el terreno sagrado donde estaba el Mahadev. Como si estuviera aturdido, cerró lentamente el puño y se lo llevó al pecho. Entonces, completando el saludo formal meluhano, hizo una reverencia. Fue la reverencia más grande que le hubiera hecho a cualquier otro hombre vivo. Tan grande como la que hacía ante el ídolo de Lord Ram durante sus *puyas* matinales. Shiva siguió mirando a Parvateshwar con una mezcla de sorpresa y de vergüenza en el rostro. Shiva respetaba demasiado a Parvateshwar como para sentirse cómodo al ver que lo idolatraba de ese modo.

Parvateshwar se alzó con la cabeza aún inclinada y susurró:

—Será un honor derramar mi sangre junto a vos, mi señor. —Alzó la cabeza y lo repitió—: Un honor.

Shiva sonrió y le tocó el brazo.

—Bueno, amigo mío. ¡Si nuestros planes salen bien, con suerte no tendremos que derramar demasiada sangre!



XXIII

DHARMAYUDH, LA GUERRA SANTA

Los suryavanshis estaban formados como un arco: fuertes pero flexibles. Los regimientos tortuga recién creados se habían colocado en el centro. La infantería ligera formaba los flancos; la caballería, por su parte, los rodeaba. Habían abandonado los carros por la lluvia torrencial de la noche anterior. No podían arriesgarse a que las ruedas se quedaran atascadas en el lodo. Los regimientos de arqueros permanecieron detrás. Se les fabricaron unos respaldos hábiles, que permitían que los arqueros se estiraran y guiaran sus pies con un ingenioso sistema de engranajes. Los arcos podían apoyarse en los pies; las cuerdas podían tensarse hasta sus barbillas, para luego soltar flechas de una construcción robusta, casi del tamaño de pequeñas lanzas. Como estaban detrás de la infantería suryavanshi, quedaban fuera de la vista de los chandravanshis.

Los chandravanshis habían colocado su ejército según su fuerza, en una formación ofensiva típica. Su infantería sólida iba en escuadras de cinco mil hombres. Había cincuenta de ellas, lo que formaba toda una legión en una línea recta que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había otras tres legiones detrás de la primera, listas para finiquitar el trabajo. Esa formación permitía un asalto directo contra un enemigo numéricamente inferior. Ofrecía una solidez y una fuerza tremendas, y hacía que la estructura fuera más rígida. Las escuadras dejaban espacios entre ellas, para permitir que la caballería cargara por ahí si era necesario. Al ver la formación suryavanshi, la caballería chandravanshi de la retaguardia pasó a los flancos. Eso permitiría una carga más rápida contra los flancos de la formación suryavanshi para trastocar las líneas enemigas. Estaba claro que el general chandravanshi tenía una copia de los antiguos manuales de guerra y que los estaba siguiendo escrupulosamente, página por página. Habría sido un movimiento perfecto contra un enemigo que también siguiera las tácticas clásicas. Por desgracia para él, se enfrentaba a un líder tribal tibetano cuyas innovaciones habían transformado el ataque suryavanshi.

Mientras Shiva cabalgaba hacia el montículo, al borde del campo de batalla

principal, los brahmins subieron el tempo de sus *shlokas*; los tambores de guerra sonaron con más energía. Pese a verse que los superaban por mucho en número, los suryavanshis no mostraron el menor rastro de nerviosismo. Habían enterrado su miedo profundamente.

El aire se llenó con los gritos de guerra de los dioses de clan de las diferentes brigadas.

—*¡Indra dew Id jail!*

—*¡Agni dev ki jail!*

—*¡Jai Shakti devi Id!*

—*¡Varun dev ki jai!*

—*¡Jai Pawan dev Id!*

Pero esos gritos se olvidaron en cuanto los soldados vieron un magnífico corcel blanco trotando hasta el montículo. En él cabalgaba una figura apuesta y musculosa. Un rugido atronador atravesó el cielo. Sonó con tanta fuerza que pareció obligar a los dioses a salir de sus palacios en las nubes para ver lo que pasaba en la Tierra. El Neelkanth alzó la mano. Tras él estaba el general Parvateshwar, acompañado por Nandi y Veerbhadra. Vraaka se bajó rápidamente del caballo cuando Shiva se acercó a él. Parvateshwar desmontó igual de rápido y se colocó junto a Vraaka antes de que Shiva llegara a su lado.

—El señor liderará el flanco derecho, brigadier —dijo Parvateshwar—. Espero que no le importe.

—Será un honor luchar a vuestras órdenes, mi señor —contestó Vraaka con una amplia sonrisa. Inmediatamente, sacó su bastón de mando, se arrodilló alzando la mano y le entregó el cargo a Shiva.

—Tendríais que dejar de hacer esto —dijo Shiva con una sonrisa—. ¡Me avergonzáis! —Hizo que Vraaka se levantara y le abrazó con fuerza—. Soy tu amigo, no tu señor.

Vraaka retrocedió estupefacto. La descarga de energía positiva que le inundó le sobrepasó.

—Sí, mi señor.

Meneando ligeramente la cabeza, Shiva sonrió. Cogió el bastón de la mano extendida de Vraaka y lo alzó para que lo viera todo el ejército suryavanshi. Un grito ensordecedor recorrió las filas.

—*¡Mahadev! ¡Mahadev! ¡Mahadev!*

Shiva montó su caballo con un suave arco. Sosteniendo el bastón bien alto, cabalgó frente a sus hombres. El rugido suryavanshi se hizo más y más fuerte.

—*¡Mahadev!*

—*¡Mahadev!*

—*¡Mahadev!*

—*¡Suryavanshis!* —bramó Shiva alzando su mano—. *¡Escuchadme, meluhanos!*

El ejército se calló para escuchar a su dios viviente.

—¿Quién es un Mahadev? —rugió Shiva.

Escucharon absortos, totalmente pendientes de sus palabras.

—¿Se sienta en las alturas y observa ocioso mientras los hombres ordinarios hacen lo que debería ser su trabajo? ¡No!

Algunos soldados comenzaron a rezar para sus adentros.

—¿Otorga perezosamente sus bendiciones mientras otros luchan por el bien? ¿Permanece indolente y cuenta los muertos mientras los vivos se sacrifican para destruir el mal? ¡No!

Había un silencio sepulcral mientras los suryavanshis absorbían el mensaje de su Neelkanth.

—Un hombre se convierte en Mahadev solo cuando lucha por el bien. Un Mahadev no sale como tal del vientre de su madre. ¡Se forja en el corazón de la batalla, cuando le declara la guerra al mal!

El ejército permaneció callado, sintiendo una oleada de energía positiva.

—¡Yo soy un Mahadev! —bramó Shiva.

Los suryavanshis soltaron un rugido atronador. Su líder era el Mahadev. El dios de dioses. Los chandravanshis no tenían ninguna posibilidad.

—¡Pero no soy el único!

Se hizo el silencio entre los suryavanshis. ¿Qué quería decir el Mahadev con lo de que no era el único? ¿Es que los chandravanshis también tenían uno?

—¡No soy el único, pues veo a cien mil Mahadevs frente a mí! ¡Veo a cien mil hombres dispuestos a combatir en el bando del bien! ¡Veo a cien mil hombres capaces de destruir el mal!

Los suryavanshis miraron boquiabiertos a su Neelkanth cuando comprendieron lo que trataba de decirles. No se atrevían a hacer la pregunta: ¿somos dioses?

Shiva tenía la respuesta.

—*¡Har Ek Hal Mahadev!*

Los meluhanos estaban atónitos. ¿Cada uno es un Mahadev?

—*¡Hair Har Mahadev!* —bramó Shiva.

Los meluhanos rugieron. ¡Todos eran Mahadevs!

Se sentían eufóricos. ¡Eran dioses! No importaba que los chandravanshis los superaran en una proporción de diez a uno.

La victoria estaba asegurada. ¡Eran dioses!

—*¡Har Har Mahadev!* —gritó el ejército suryavanshi.

—*¡Har Har Mahadev!* —exclamó Shiva—. ¡Todos somos dioses! ¡Dioses con una misión!

Desenvainó su espada y tiró de las riendas de su caballo, que se levantó sobre sus patas traseras con un relincho feroz. El caballo hizo una elegante pirueta para enfrentarse a los chandravanshis. Shiva señaló a sus enemigos con la espada.

—¡Una misión para destruir el mal!

Los suryavanshis gritaron después de su señor: *¡Har Har Mahadev!*

El grito llenó el aire. *¡Har Har Mahadev!*

El largo hechizo del miedo iba a terminar aquel día. *¡Har Har Mahadev!*

Mientras los soldados rugían como los dioses que eran, Shiva cabalgó hacia el sonriente Parvateshwar, que estaba flanqueado por Nandi, Veerbhadra y Vraka.

—Bonito discurso —dijo Veerbhadra sonriendo.

Shiva le guiñó un ojo. Giró su caballo hacia Parvateshwar.

—General, creo que es hora de empezar con nuestra lluvia.

—Sí, mi señor —asintió Parvateshwar. Encaró su caballo y le dio la orden a su abanderado—. Los arqueros.

El abanderado levantó la bandera que habían establecido para la ocasión. Era roja, con un relámpago feroz bordado. El mensaje corrió entre todos los abanderados del frente. La infantería suryavanshi se puso de rodillas. Shiva, Parvateshwar, Vraka, Nandi y Veerbhadra desmontaron e hicieron que sus caballos se arrodillaran.

Las flechas volaron en una lluvia mortífera.

Los arqueros estaban colocados en una formación semicircular, para alcanzar al ejército enemigo con la mayor contundencia posible. Cinco mil arqueros hicieron caer una lluvia de muerte sobre los chandravanshis mientras el cielo ennegreció con una cortina de flechas. Los desafortunados swadweepanos fueron una presa fácil por culpa de sus formaciones tan estrictas. Las flechas, casi tan poderosas como lanzas cortas, penetraron fácilmente los escudos de piel y madera de los reservistas chandravanshis. Solo los regulares llevaban escudos de metal. Tras unos pocos minutos de masacre despiadada, con flechas que caían sobre los escuadrones de la primera legión, las líneas empezaron a romperse. La primera legión estaba sufriendo demasiadas bajas como para mantener su posición. Los reservistas comenzaron a retroceder. Fue el caos. La confusión se extendió entre las legiones más retrasadas.

Parvateshwar se giró hacia Shiva.

—Creo que deberíamos aumentar el alcance, mi señor.

Shiva asintió. Parvateshwar le hizo un gesto con la cabeza a su abanderado, que transmitió el mensaje. Los arqueros dejaron de disparar unos momentos. Giraron sus ruedas hacia la derecha y elevaron rápidamente sus reposapiés. Después de establecer un alcance más largo, tensaron sus arcos y dejaron volar las flechas, que alcanzaron a la segunda legión de chandravanshis. La carga de la primera legión chandravanshi que retrocedía y la lluvia constante de flechas crearon un alboroto entre la segunda legión.

Shiva se fijó en que la caballería chandravanshi se colocaba en posición de ataque. Se giró hacia Parvateshwar.

—General, su caballería está saliendo. Querrán venir por el flanco y atacar a los arqueros. Nuestra caballería debe interceptarlos a medio camino.

—Sí, mi señor —dijo Parvateshwar—. Esperaba ese movimiento de los chandravanshis. Por eso he posicionado dos caballerías en los flancos, formadas por arishtanemis y lideradas por Mayashrenik y Vidyunmali.

—¡Perfecto! Pero, general, nuestra caballería no debe avanzar demasiado. De lo contrario, las flechas herirán a nuestros propios hombres. Tampoco deben retroceder. Tienen que mantener su posición durante al menos otros cinco minutos.

—Estoy de acuerdo. Nuestros arqueros necesitarán ese tiempo para terminar su trabajo.

Parvateshwar se giró hacia el abanderado con instrucciones detalladas. Dos mensajeros salieron rápidamente hacia la izquierda y la derecha. Al cabo de unos momentos, los arishtanemis de los flancos este y oeste, liderados por Mayashrenik y Vidyunmali respectivamente, partieron al galope para frenar el contraataque chandravanshi.

Mientras, el desorden de la segunda legión de chandravanshis incrementó cuando el continuo y despiadado muro de flechas cayó con fuerza sobre ellos. Los arqueros suryavanshis, sin prestar atención al cansancio o a la sangre de sus manos, siguieron con su incesante asalto.

La línea de la segunda legión empezó a romperse cuando los chandravanshis hicieron un intento desesperado por escapar de la masacre despiadada a la que se estaban viendo sometidos.

—¿Más alcance, mi señor? —preguntó Parvateshwar, anticipándose a las palabras de Shiva.

Éste asintió.

Mientras, las caballerías suryavanshi y chandravanshi se enzarzaron en un fiero combate en los extremos este y oeste del campo de batalla. Los chandravanshis sabían que debían abrirse paso. Unos minutos más de asalto de los arqueros suryavanshis y la batalla estaría perdida. Lucharon desesperadamente, como tigres heridos. Las espadas atravesaron carne y huesos. Las lanzas horadaron armaduras. Los soldados, con extremidades colgando a medio cortar, siguieron luchando hasta lo imposible. Los caballos, sin jinetes, atacaban como si sus vidas dependieran de ello. Los chandravanshis estaban poniendo todo su esfuerzo en romper la línea que defendía a los arqueros. Pero, para su desgracia, se toparon con los brigadieres más fieros de entre los suryavanshis. Mayashrenik y Vidyunmali lucharon con coraje, manteniendo a raya a la colosal fuerza chandravanshi.

Mientras, los arqueros habían empezado a masacrar a la tercera legión de los chandravanshis. Sus legionarios morían desangrados o desertaban en masa. Sin embargo, algunos de ellos aguantaban con determinación y empeño. Cuando los escudos no fueron lo suficientemente fuertes para detener las flechas, usaron los cadáveres de sus camaradas. Pero mantuvieron sus posiciones.

—¿Paramos ya y cargamos, mi señor? —preguntó Parvateshwar.

—No. También quiero arrasarlo a la tercera legión. Continúa unos minutos más.

—Sí, mi señor. También deberíamos dejar que la mitad de los arqueros aumentaran su alcance un poco más. Podemos derribar las secciones más débiles de la cuarta legión. Si sus líneas se rompen, reinará la confusión en el corazón de sus

tropas.

—Tienes razón, Parvateshwar. Hagámoslo.

Mientras, la caballería chandravanshi del flanco oeste, al sentir la inutilidad de su carga, empezó a retirarse. Algunos jinetes arishtanemis empezaron a perseguirlos, pero Vidyunmali los detuvo. Mientras los chandravanshis se retiraban, Vidyunmali ordenó a sus tropas que esperaran en sus posiciones actuales, a no ser que los chandravanshis lanzaran un contraataque. Al ver que sus enemigos cabalgaban rápidamente de vuelta a sus líneas, Vidyunmali ordenó una retirada hacia su posición inicial, en el flanco de la formación en arco.

Sin embargo, los chandravanshis que se enfrentaban a Mayashrenik estaban hechos de otra pasta. Pese a la gran cantidad de bajas, lucharon con firmeza, negándose a retroceder. Mayashrenik y sus hombres lucharon fieramente, frenando al enemigo. De pronto, la lluvia de flechas cesó. Los arqueros habían recibido la orden de dejar de disparar. Ahora que su misión se había cumplido sin su intervención, el brigadier chandravanshi ordenó que la caballería se retirara. A su vez, Mayashrenik desplazó a sus tropas rápidamente hacia su posición inicial, para prepararse para la carga principal, que, sin duda, se avecinaba.

—¿Ya, general? —preguntó Shiva, moviendo la cabeza hacia el flanco izquierdo.

—Sí, mi señor —contestó Parvateshwar.

Mientras éste se daba la vuelta para montar su caballo, Shiva le gritó:

—¡Parvateshwar!

—¿Sí, mi señor?

—¡Te echo una carrera hasta la última línea de los chandravanshis!

Parvateshwar alzó las cejas sorprendido y con una amplia sonrisa.

—Ganaré yo, mi señor.

—Lo veremos —respondió Shiva sonriendo y entrecerrando los ojos, divertido ante el reto.

Parvateshwar montó rápidamente su caballo y cabalgó a la izquierda de las tropas. Shiva, seguido por Vraka, Nandi y Veerbhadra, lo hizo a la derecha. Prasanjit dirigió su cuerpo tortuga hacia el centro para el ataque.

—¡Meluhanos! —rugió Shiva, que desmontó con agilidad del caballo—. ¡Los tenéis ahí delante! ¡Esperando a ser masacrados! ¡Esto termina hoy! ¡El mal termina hoy!

—¡*Har Har Mahadev!* —bramaron los soldados.

La caracola meluhana anunció el ataque suryavanshi.

Con un grito ensordecedor, la infantería cargó contra los chandravanshis. El cuerpo tortuga se movió lenta pero inexorablemente hacia el centro chandravanshi. Los lados de la formación en arco se movían más deprisa que el centro. La caballería iba a medio galope junto a los flancos, protegiendo a la infantería de las cargas enemigas. Los restos valientes de la tercera y cuarta legión de los chandravanshis estaban reformando rápidamente sus líneas para enfrentarse a la acometida rival.

Pero la masa de cadáveres de sus camaradas caídos no les dejaba espacio para adoptar la típica formación chaturanga, que les había permitido cierto movimiento lateral. No tuvieron más remedio que apiñarse en una línea compacta y estrecha cuando los suryavanshis cayeron sobre ellos.

La batalla estaba yendo casi exactamente según lo planeado por los suryavanshis. Para cuando llegaron a la línea chandravanshi, eran una línea apretada y ligeramente curvada de soldados entrenados y feroces, con el flanco de infantería ligera algo por detrás del nivel del lento cuerpo tortuga del centro. Esa tortuga imparable desgarró el centro chandravanshi. Los escudos protegían a ese cuerpo contra los mejores espadachines chandravanshis, mientras que sus *trishuls* destrozaban a los swadweepanos. Los chandravanshis solo tenían dos opciones: o caían ante los *trishuls*, o se veían empujados hacia los lados, donde los suryavanshis los estaban castigando con fuerza. Cuando el centro del ejército chandravanshi se quebró ante ese asalto implacable, los flancos suryavanshis atravesaron sus costados.

Shiva lideraba con determinación su flanco contra los chandravanshis. Acababa con todo lo que le salía al paso. Se sorprendió al ver que las líneas enemigas iban disminuyendo. Dejó que sus soldados cargaran y se alzó sobre su caballo para observar los movimientos. La línea chandravanshi estaba moviéndose hacia el centro. Estaban atacando el único flanco expuesto del cuerpo tortuga, el lado derecho, que no podía protegerse con escudos. Alguien del ejército chandravanshi estaba usando el cerebro. Si alguna de las tortugas se rompía, los chandravanshis se abrirían paso hacia el centro. Eso sería terrible para los suryavanshis.

—¡Meluhanos! —rugió Shiva—. ¡Seguidme!

El abanderado de Shiva alzó su banderín. Los soldados le siguieron. El Neelkanth cargó contra los costados de las líneas chandravanshis que estaban atacando las tortugas. Atrapados en un ataque de pinza entre los *trishuls* y la carga del flanco de Shiva, el espíritu de los chandravanshis por fin se quebró.

El que había sido el poderoso ejército chandravanshi había quedado reducido a unos cuantos rezagados que luchaban valientemente por una causa perdida. Shiva y Parvateshwar lideraron sus flancos respectivos para terminar el trabajo. La victoria era absoluta. El ejército chandravanshi había hincado la rodilla.



XXIV UNA REVELACIÓN ASOMBROSA

Sati salió corriendo de su tienda, seguida por Krittika y Ayurvati.

—Más espacio, Sati —gritó Ayurvati, corriendo para seguirle el ritmo—. En tu estado...

Ella se giró y sonrió a Ayurvati, pero no bajó el ritmo. Corrió hacia la tienda real, pues le habían informado de que Shiva y Parvateshwar habían llegado tras la victoria. Nandi y Veerbhadra montaban guardia en la entrada. Se apartaron para dejar entrar a Sati, pero les cerraron el paso a Ayurvati y a Krittika.

—Lo siento, lady Ayurvati —dijo Nandi disculpándose con la cabeza inclinada—. Tengo órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie.

—¿Por qué? —preguntó Ayurvati sorprendida.

—No lo sé, mi señora. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo Ayurvati—. Solo haces tu trabajo.

Veerbhadra miró a Krittika.

—Lo siento, cariño.

—Por favor, no me llames así en público —susurró Krittika avergonzada.

Sati apartó la cortina y entró en la tienda.

—No lo sé, mi señor —dijo Parvateshwar—. No tiene sentido.

A Sati le sorprendió escuchar que Parvateshwar lo llamaba, «mi señor», pero estaba tan contenta de ver a su marido sano y salvo que dejó a un lado tales pensamientos.

—¡Shiva!

—¿Sati? —murmuró él.

Ella se quedó helada. Shiva no sonrió al verla. No tenía el brillo de la victoria en su rostro. Ni siquiera llevaba vendadas las heridas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Shiva la miró. Cuando vio su expresión, se preocupó aún más. Ella se giró hacia Parvateshwar, que la observó durante un instante con una sonrisa forzada. Así solía sonreír cuando intentaba ocultarle malas noticias.

—¿Qué pasa, *pitratulya*?

Parvateshwar miró a Shiva, que por fin dijo:

—Nos preocupa algo sobre esta guerra.

—¿Qué podría preocuparos? —preguntó Sati, completamente sorprendida—. Habéis conseguido la mayor victoria de todos los tiempos para los suryavanshis. La derrota de nuestros enemigos es aún más amplia que la que consiguió mi abuelo. ¡Deberíais de estar orgullosos!

—No he visto ningún naga con los chandravanshis —dijo Shiva.

—¿Los nagas no estaban ahí? Eso no tiene sentido.

—Así es —dijo Shiva, con un rastro de presagio en los ojos—. Si están compinchados con los chandravanshis, tendrían que haber estado en el campo de batalla. Si los chandravanshis los hubieran usado contra nosotros, sus habilidades habrían sido muy útiles en la batalla. Pero ¿dónde estaban?

—Quizás hayan tenido diferencias —sugirió Sati.

—No lo creo —replicó Parvateshwar—. ¡Esta guerra se desató por su ataque conjunto contra Mandar! ¿Por qué no estaban allí?

—Shiva, estoy segura de que lo averiguarás —dijo Sati—. No te preocupes.

—¡Maldita sea, Sati! —gritó Shiva—. ¡No puedo averiguarlo! ¡Por eso estoy preocupado!

Ella dio un paso atrás, sorprendida. Era impropio de él mostrarse tan vehemente. Él no era así. Shiva se dio cuenta de lo que había hecho. Alargó su mano ensangrentada.

—Lo siento, Sati. Es que...

En ese momento, Daksha, acompañado por un edecán, apartó la cortina y entró en la tienda pavoneándose.

—¡Mi señor! —gritó mientras abrazaba con fuerza a Shiva.

Shiva se encogió. Las heridas le dolían. Daksha dio un paso atrás inmediatamente.

—Lo siento mucho, mi señor —dijo. Girándose hacia su edecán, continuó—: ¿Qué hace Ayurvati ahí fuera? Que entre. Dejad que se ocupe de las heridas del señor.

—No, espera —le dijo Shiva al edecán—. He dicho que no quería que me molestaran. Ya habrá tiempo de ocuparse de las heridas más tarde. Alteza, necesito hablaros de algo...

—Mi señor, si me permitís —dijo Daksha, tan entusiasta como un niño pequeño que al fin recibe el caramelo que esperaba—, quería agradeceros lo que habéis hecho por mí. Por Meluha. ¡Hemos logrado lo que no pudo conseguir mi padre! ¡Es una victoria absoluta!

Shiva y Parvateshwar se miraron un instante antes de volver a centrarse en Daksha.

—El emperador Dilipa ya viene hacia aquí —añadió Daksha.

—¿Qué? —preguntó Parvateshwar desconcertado—. Pero si hace un rato que hemos enviado a algunos de nuestros soldados a su campamento. No es posible que lo

hayan arrestado tan deprisa.

—No, Parvateshwar —negó Daksha—. He enviado mucho antes a mi guardia personal. Desde el mirador hemos podido ver que los chandravanshis ya habían perdido cuando el Señor y tú habéis iniciado la tercera carga. Es la ventaja de ver la batalla desde la lejanía: la perspectiva. Me preocupaba que Dilipa pudiera escapar como el cobarde que es, así que he enviado a mi guardia personal a arrestarlo.

—Pero, alteza —dijo Parvateshwar—, ¿no deberíamos discutir los términos de la rendición antes de traerlo aquí? ¿Qué vamos a ofrecer?

—¿Ofrecer? —preguntó Daksha, con los ojos brillando por la euforia del triunfo—. Francamente, no necesitamos ofrecerle nada, teniendo en cuenta cómo fue derrotado. Lo traeremos aquí como un vulgar criminal. Sin embargo, le mostraremos lo benevolente que puede ser Meluha. ¡Le haremos una oferta que hará que las próximas siete generaciones de su familia canten nuestras alabanzas!

Antes de que Shiva, que no salía de su asombro, pudiera preguntar qué tenía in mente, el heraldo de la guardia real anunció que Dilipa ya había llegado. Le acompañaba su hijo, el príncipe heredero Bhagirath.

—Un momento, Kaustav —dijo Daksha mientras organizaba la habitación exactamente como quería.

Se sentó en una silla colocada en el centro. Le pidió a Shiva que tomara asiento a su derecha. Cuando lo hizo, Sati se dio la vuelta para abandonar la tienda. Shiva alargó la mano y agarró la suya. Ella se dio la vuelta, vio que la necesitaba y se sentó en la silla que había detrás de él. Parvateshwar tomó asiento a la izquierda del emperador. Entonces, Daksha dijo en voz alta:

—Que pase.

Shiva estaba ansioso por ver el rostro del mal. Pese a las dudas que le había creado la ausencia de nagas, creía que había librado una guerra justa en el bando correcto. Ver el rostro derrotado del maligno rey de los chandravanshis completaría la victoria.

Cuando Dilipa entró en la estancia, Shiva no pudo más que erguirse por la sorpresa. Era completamente diferente a como esperaba. Tenía el aspecto de un anciano, una estampa rara en Meluha debido a la somras. Pese a su edad, tenía un porte desenfadado y apuesto. Era de estatura media, tenía la piel oscura y una complexión ligeramente musculosa. Su ropa era radicalmente diferente a la meluhana, tan sobria. Un *dhoti* rosa brillante, un *angvastram* violeta y una gran cantidad de joyas y oro adornaban casi todo su cuerpo, lo que le daba el aspecto de un dandi. Su rostro tenía las patas de gallo típicas de una vida aprovechada. Una barba algo canosa pero bien recortada, acompañada por un tupido pelo blanco bajo su corona de colores extravagantes, completaba ese aspecto amanerado y le daba un aire intelectual.

—¿Dónde está el príncipe heredero Bhagirath? —preguntó Daksha.

—Le he pedido que espere fuera. Puede ser algo impulsivo —respondió Dilipa. Solo miraba a Daksha, negándose a reconocer la presencia del resto de los presentes

en la habitación—. ¿Los meluhanos no tienen la costumbre de ofrecer asiento a sus invitados?

—No sois un invitado, emperador Dilipa —dijo Daksha—. Sois un prisionero.

—Sí, sí. Ya lo sé. ¿Es que no captáis una broma? —preguntó Dilipa con desdén—. ¿Qué le pasa a vuestra gente esta vez?

Daksha observó a Dilipa, confundido.

—Ya robasteis las aguas del Yamuna hace cien años. ¿Qué más queréis?

Shiva se giró sorprendido hacia Daksha.

—¡No robamos las aguas del Yamuna! —respondió éste fuera de sí—. ¡Eran nuestras y las recuperamos!

—Como digáis —dijo Dilipa, que hizo un gesto de desdén con la mano—. ¿Cuáles son vuestras demandas esta vez?

Shiva estaba anonadado. Acababan de derrotarlo. Debería de estar arrepentido. Pero ahí estaba, condescendiente e hipócrita.

Daksha miró a Dilipa con los ojos muy abiertos y una amplia sonrisa.

—No quiero nada. De hecho, quiero daros algo.

Dilipa alzó las cejas con cautela.

—¿Damos algo?

—Sí. Pretendo daros el beneficio de nuestro estilo de vida.

Dilipa siguió mirando a Daksha con recelo.

—Vamos a elevaros a nuestro estilo de vida superior —prosiguió, maravillándose ante su propia generosidad—. Vamos a reformaros.

—¿Reformarnos? —preguntó Dilipa con una risita.

—Sí. Mi general Parvateshwar gobernará desde ahora vuestro imperio como virrey de Swadweep. Vos continuaréis siendo el titular. Pero él se asegurará de que vuestra corrupta gente se adapte al estilo de vida meluhano. Viviremos juntos como hermanos.

Parvateshwar se giró hacia Daksha, anonadado. No esperaba que lo fueran a enviar a Swadweep.

Dilipa parecía tener problemas para controlar su risa.

—¿De verdad creéis que vuestros cuadrículados hombres podrán gobernar Swadweep? Mi gente es volátil. ¡No atenderán a vuestros discursos moralizadores!

—Oh, claro que lo harán —le soltó Daksha—. Escucharán todo lo que digamos, porque vos no sabéis de dónde viene la voz.

—¿En serio? ¿De dónde viene? Iluminadme.

Daksha se movió hacia Shiva y dijo:

—Mirad quién se sienta junto a mí.

Dilipa se giró hacia la derecha de Daksha y preguntó incrédulo:

—¿Quién es éste? Y, en nombre de Lord Indra, ¿qué tiene de especial?

Shiva se retorció en su asiento, cada vez más incómodo.

Daksha alzó un poco la voz.

—Miradle el cuello, oh, rey de los chandravanshis.

Dilipa volvió a mirar a Shiva con la misma arrogancia. Pese a los restos secos de sangre, el azul de su cuello brilló. De pronto, la risa arrogante de Dilipa desapareció. Parecía atónito. Intentó decir algo, pero se había quedado sin palabras.

—Sí, oh, corrupto chandravanshi —se burló Daksha, moviendo las manos para lograr un efecto más dramático—. Tenemos al Neelkanth.

La mirada aturdida de Dilipa era como la de un hijo que acaba de descubrir que la mano que le ha apuñalado por la espalda es la de su amado padre. Shiva se sentía más y más incómodo. La reunión no estaba yendo como se suponía que debía ir.

Daksha siguió con su intimidación.

—El Neelkanth ha jurado destruir el malvado estilo de vida chandravanshi. Tendréis que escucharle.

Dilipa observó desconcertado a Shiva durante lo que pareció una eternidad. Al fin, se recuperó lo suficiente y susurró:

—Como digáis.

Antes de que Daksha pudiera seguir jactándose, Dilipa se dio la vuelta y, tambaleándose, fue hacia la cortina de la tienda. En la salida, se dio la vuelta para volver a mirar a Shiva, quien juraría que vio correr unas lágrimas de esos ojos orgullosos y arrogantes.

En cuanto Dilipa salió de la tienda, Daksha se levantó y abrazó a Shiva, suavemente, para no herir al Neelkanth.

—Mi señor, ¿habéis visto su cara? ¡Ha sido magnífico! —dijo. Entonces se dio la vuelta—. Parvateshwar, Dilipa está roto. No tendrás problemas para controlar a los swadweepanos y atraerlos hacia nuestro estilo de vida. ¡Pasaremos a la historia como los hombres que encontraron una solución permanente a este problema!

Shiva no estaba prestando atención. Su angustiado corazón buscaba respuestas desesperadamente. ¿Cómo una lucha que parecía tan justa unas horas antes se le dibujaba de pronto tan mala? Se giró hacia Sati, desolado. Ella le tocó el hombro suavemente.

—¿Qué estáis pensando, mi señor? —preguntó Daksha, entrometiéndose en los pensamientos atribulados de Shiva.

Él meneó la cabeza.

—Me preguntaba si os gustaría viajar en el carruaje de Dilipa a Ayodhya —preguntó Daksha—. Os merecéis ese honor, mi señor. Nos habéis conducido hasta este día glorioso.

En ese punto, Shiva perdió el interés por la conversación. Ni siquiera tenía la energía suficiente para pensar en una respuesta. Distraído, se limitó a asentir.

—Maravilloso. Me ocuparé de los preparativos —dijo Daksha. Se volvió hacia su edecán y continuó—. Haced que Ayurvati se ocupe de las heridas del Señor. Partiremos mañana por la mañana para asegurarnos de que controlamos Ayodhya, antes de que reine el caos tras la derrota de Dilipa.

Con un *namasté* hacia Shiva, se dio la vuelta para marcharse.

—¿Vienes, Parvateshwar?

Éste miró a Shiva con gesto de preocupación.

—¿Parvateshwar? —repitió Daksha.

Echando un vistazo rápido a Sati, se dio la vuelta para marcharse. Ella se movió hacia delante, sosteniendo con cuidado el rostro de Shiva, cuyos ojos parecían cerrarse con el peso del cansancio. Ayurvati apartó la cortina con cuidado.

—¿Cómo estáis, mi señor?

Shiva alzó la vista, con los ojos medio cerrados. Estaba cayendo en un sueño extraño. De pronto gritó:

—¡Nandi!

Éste entró corriendo.

—Nandi, ¿puedes buscarme un pañuelo?

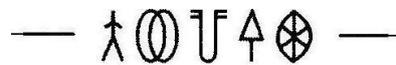
—¿Un pañuelo, mi señor?

—Sí.

—Hum. Pero ¿por qué, mi señor?

—¡Porque lo necesito! —gritó Shiva.

Nandi, impactado por la violenta respuesta de su señor, salió corriendo. Sati y Ayurvati lo miraron con sorpresa. Antes de que pudieran decirle nada, se desplomó y cayó inconsciente.



Corría con todas sus fuerzas. El bosque, amenazador, se cernía sobre él. Estaba desesperado por dejar atrás los árboles antes de que le echaran sus feroces garras encima. De pronto, un fuerte grito insistente rompió el silencio.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda!

Se detuvo. No. Esta vez no huiría. Lucharía contra ese monstruo.

Él era el Mahadev. Era su deber. Shiva se dio la vuelta lentamente, con la espada desenvainada y el escudo preparado.

—*Jai Shri Ram!* —gritó mientras corría de vuelta hacia el claro.

Las espinas de los frondosos arbustos le arañaron las piernas. Sangrando y aterrorizado, siguió corriendo con todas sus fuerzas.

Llegará hasta ella a tiempo.

No le volveré a fallar.

Mi sangre lavará mi pecado.

Atravesó de un salto los últimos arbustos. Se pinchó con las espinas, pero no le importó. Llegó al claro. Llevaba el escudo en posición defensiva; la espada lista para contraatacar. Pero nadie se abalanzó sobre él. Oyó una risotada extraña. Lentamente, bajó el escudo, desconcertado.

—¡Oh, Señor! —aulló angustiado.

La mujer yacía agonizando en el suelo. Tenía una espada corta clavada en el corazón. El chiquillo estaba junto a ella. Aturdido. Su mano, ensangrentada. Aquel monstruo peludo estaba sentado en un saliente rocoso, señalando al pequeño y riéndose.

—¡No! —gritó Shiva, mientras se despertaba de un salto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sati preocupada, mientras le agarraba de la mano.

Él echó un vistazo por la habitación, sorprendido. Parvateshwar y Ayurvati también se levantaron.

—¿Mi señor?

—No pasa nada, Shiva. No pasa nada —susurró Sati, acariciando suavemente la cara de su marido.

—Os envenenaron, mi señor —dijo Ayurvati—. Creemos que algunos de los soldados chandravanshis podían llevar armas envenenadas. Hay muchos otros afectados.

Shiva recuperó lentamente la compostura. Se levantó de la cama. Sati intentó ayudarle, pero él insistió en hacerlo solo. Tenía la garganta terriblemente reseca. Fue tambaleándose hasta el aguamanil, seguido de cerca por Sati. Bebió un poco de agua.

—Parece que haya estado dormido muchas horas —dijo, notando al fin las lámparas y el cielo oscuro de fuera.

—Sí —dijo Ayurvati preocupada—. Casi treinta y seis horas.

—¡Treinta y seis horas! —gritó Shiva sorprendido.

Entonces se sentó en una de las sillas de la estancia. Se fijó en una figura imponente que estaba sentada al fondo. Tenía el ojo derecho tapado por un vendaje; llevaba la mano izquierda amputada en un cabestrillo.

—¿Drapaku?

—Sí, mi señor —dijo Drapaku, mientras intentaba levantarse a saludar.

—¡Dios mío, Drapaku! Me alegro mucho de verte. ¡Siéntate, por favor!

—Es un placer veros, mi señor.

—¿Cómo fue la batalla?

—Perdí a demasiados hombres, mi señor. Casi a la mitad. Además de este brazo y el ojo —susurró Drapaku—. Pero, por su gracia, los frenamos hasta que nuestro ejército logró ganar la batalla.

—No fue mi gracia, amigo mío. Fue tu valentía —dijo Shiva—. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, mi señor.

Sati estaba de pie junto a su marido, acariciándole suavemente el cabello.

—¿Estás seguro de que quieres sentarte, Shiva? Puedes tumbarte un rato.

—Ya he holgazaneado lo suficiente, Sati —respondió él con una débil sonrisa.

Ayurvati sonrió.

—Bueno, está claro que el veneno no ha afectado a vuestro sentido del humor, mi

señor.

—¿En serio? ¿Sigue siendo igual de malo? —bromeó Shiva.

Parvateshwar, Drapaku y Ayurvati sonrieron. Sati no. Lo miró fijamente. Se estaba esforzando demasiado. Intentaba olvidar, haciendo que los demás se centraran en otra cosa que no fuera él. ¿Ese sueño había sido mucho peor que los otros?

—¿Dónde está su alteza? —preguntó Shiva.

—Padre ha partido hacia Ayodhya esta mañana.

—Mi señor —dijo Parvateshwar—, su alteza ha pensado que no estaría bien mantener Swadweep sin un soberano durante tanto tiempo, dadas las circunstancias. También ha considerado que era importante que el ejército suryavanshi marchara de inmediato por todo el imperio, con el emperador Dilipa como prisionero, para que los swadweepianos conozcan y acepten la nueva situación.

—¿Entonces no iremos a Ayodhya?

—Iremos, mi señor —apuntó Ayurvati—, pero dentro de unos días, cuando estéis mejor.

—Unos doce mil de nuestros soldados se han quedado con nosotros —le informó Parvateshwar—. Marcharemos hacia Ayodhya cuando estéis listo. Su alteza insistió en que el emperador Dilipa dejara atrás a uno de los miembros de su familia como rehén, para asegurarnos de que ningún swadweepiano ataque a nuestro pequeño destacamento.

—¿Así que tenemos a uno de los miembros de la familia del emperador Dilipa en nuestro campamento?

—Sí, mi señor —dijo Parvateshwar—. Su hija, la princesa Anandmayi.

Ayurvati sonrió, meneando ligeramente la cabeza.

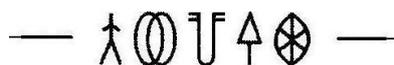
—¿Qué? —preguntó Shiva.

Ella miró tímidamente a Parvateshwar y luego sonrió a Sati. Parvateshwar la fulminó con la mirada.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar Shiva.

—Nada importante, mi señor —aclaró Parvateshwar, que parecía extrañamente avergonzado—. Es que es bastante problemática.

—Bueno, entonces me aseguraré de no cruzarme en su camino —bromeó Shiva.



—Así que esta ruta es la que parece tener más sentido —dijo Parvateshwar señalando el mapa.

Shiva y los otros soldados envenenados se habían recuperado completamente durante los cinco días anteriores. Saldrían hacia Ayodhya a la mañana siguiente.

—Creo que tienes razón —dijo Shiva, mientras su mente volvía al encuentro con el emperador de Swadweep.

No tiene sentido que piense en Dilipa. Estoy seguro de que estuvo actuando durante la reunión. Los chandravanshis son malvados. Son capaces de cualquier engaño. Nuestra guerra fue justa.

—Planeamos salir mañana por la mañana, mi señor —informó Parvateshwar. Se giró hacia Sati y dijo—: Finalmente podrás ver el lugar donde nació Lord Ram, mi niña.

—Sí, *pitratulya* —respondió Sati con una sonrisa—. Pero no sé si esa gente habrá mantenido intacto su templo. Puede que lo hayan destruido, movidos solo por el odio.

Un gran alboroto interrumpió su conversación.

Parvateshwar se giró con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando ahí fuera, Nandi?

—Mi señor —dijo este desde el otro lado de la cortina—, la princesa Anandmayi está aquí. Tiene algunas peticiones, pero no podemos satisfacerlas. Insiste en reunirse con vos.

—Por favor, dile a su alteza que espere en su tienda —gruñó Parvateshwar—. Iré dentro de unos minutos.

—¡No puedo esperar, general! —gritó una voz fuerte y femenina desde el otro lado de la cortina.

Shiva le hizo una señal a Parvateshwar para que la dejara entrar. Éste se giró hacia la cortina.

—Nandi, Veerbhadra, dejadla pasar. Pero antes comprobad que no lleva armas.

Al cabo de unos momentos, Anandmayi, flanqueada por Nandi y Veerbhadra, entró en la tienda de Shiva.

Éste alzó una ceja al verla. Era más alta que su padre. Su belleza era arrebatadora. Tenía una tez de color nogal, acompañada de un cuerpo extremadamente voluptuoso. Sus ojos de cordero estaban entrecerrados de forma seductora, mientras que sus labios lucían un mohín perpetuo tan sensual como amenazador. Vestía de forma provocativa, con un *dhoti* atado peligrosamente por debajo de la cintura y que terminaba muchos centímetros por encima de las rodillas; encima iba atado de forma angustiosamente apretada a sus caderas esculturales. Era un poco más largo que el taparrabos que llevaban los hombres meluhanos durante sus baños ceremoniales. Su blusa era similar a las que llevaban las mujeres meluhanas, pero la parte superior estaba recortada de forma obscena, siguiendo el contorno de su generoso pecho. Se quedó ahí de pie con la cadera ladeada, provocativa.

—¿De verdad crees que puedo esconder algún arma aquí? —le soltó Anandmayi.

Nandi y Sati la miraron anonadados. Shiva y Veerbhadra, sorprendidos, no pudieron más que sonreír. Parvateshwar negó con la cabeza.

—¿Cómo te va, Parvateshwar? —preguntó ella, sonriendo ampliamente mientras le repasaba de arriba abajo, con las cejas levantadas lascivamente.

Shiva no pudo evitar sonreír al ver que Parvateshwar se sonrojaba un poco.

—¿Qué deseáis, princesa? —gritó Parvateshwar—. Estamos en mitad de una reunión importante.

—¿De verdad me darás lo que deseo, general? —suspiró Anandmayi.

Parvateshwar se ruborizó aún más.

—¡Princesa, no tenemos tiempo para tonterías!

—Sí —gimió Anandmayi—. Una pena. Entonces quizá me puedas ayudar a conseguir algo de leche y pétalos de rosa en este campamentucho que manejas.

Él se giró sorprendido hacia Nandi, que balbució:

—Mi señor, es que no quiere un vaso, sino cincuenta litros. Con nuestras raciones, no nos lo podemos permitir.

—¿Os vais a beber cincuenta litros de leche? —gritó Parvateshwar con los ojos muy abiertos.

—¡La necesito para mi baño de belleza, general! —se quejó Anandmayi—. Mañana nos harás iniciar una larga marcha. No puedo ir sin prepararme antes.

—Intentaré ver qué puedo hacer.

—No lo intentes, general, hazlo.

Shiva no pudo seguir controlándose y estalló en una carcajada.

—¿De qué diablos te ríes tú? —soltó Anandmayi girándose hacia Shiva.

—Le hablará con respeto al Señor, princesa —le gritó Parvateshwar.

—¿El Señor? —preguntó ella con una sonrisa—. ¿Así que éste es el que está al mando? ¿Es el que estaba exhibiendo Daksha? —Se giró hacia Shiva y dijo—: ¿Qué le dijiste a mi padre para perturbarlo de esa manera? Ya ni abre la boca. No me pareces para tanto.

—Tened cuidado con lo que decís, princesa —le aconsejó Parvateshwar casi fuera de sí—. No sabéis con quién estáis hablando.

Shiva alzó la mano, para indicarle que se calmara. Pero quien se tenía que relajar era Anandmayi.

—Quienquiera que seáis, cuando nuestro señor llegue os aplastará. Cuando descienda sobre Swadweep y destruya a los de tu calaña.

¿¡Qué!?

—Llévatela de aquí, Nandi —rugió Parvateshwar.

—No, espera —dijo Shiva—. ¿Qué quieres decir con lo de cuando tu señor descienda sobre Swadweep y destruya a los de nuestra calaña?

—¿Por qué debería contestarte, señor de Parvateshwar?

Éste se movió rápidamente, desenfundando su espada y poniéndola en el cuello de Anandmayi.

—¡Si os pregunta algo, le respondéis!

—¿Siempre te mueves así de deprisa? —preguntó Anandmayi, con las cejas alzadas con descaro—. ¿O puedes tomártelo con calma cuando conviene?

Acercando aún más su espada de forma amenazadora, Parvateshwar repitió:

—Contestad, princesa.

Meneando la cabeza, Anandmayi se giró hacia Shiva.

—Esperamos a nuestro señor, que vendrá a Swadweep y destruirá a los malvados suryavanshis.

Shiva frunció el ceño, preocupado.

—¿Quién es?

—No lo sé. Aún no ha aparecido.

Un terrible presentimiento caló en el corazón de Shiva. La siguiente pregunta que quería formularle le asustaba profundamente. Pero algo en su interior le decía que debía hacerla.

—¿Cómo sabréis que es vuestro señor?

—¿Por qué te interesa tanto saberlo?

—¡Necesito saberlo! —gruñó Shiva.

Anandmayi lo miró con el ceño fruncido, como si estuviera loco.

—No será del Sapt Sindhu. No será ni suryavanshi ni chandravanshi. Pero cuando venga, estará de nuestra parte.

La voz interior de Shiva le susurró tristemente que había más. Agarrándose al reposabrazos de su silla, preguntó:

—¿Y?

—Y su cuello se volverá azul cuando beba la somras —prosiguió Anandmayi.

Se le escapó un jadeo. Notó la rigidez de su cuerpo. El mundo parecía dar vueltas a su alrededor. Anandmayi frunció aún más el ceño, completamente confundida.

Parvateshwar arremetió fieramente contra ella.

—¡Mientes, mujer! ¡Admítelo! ¡Estás mintiendo!

—¿Por que iba a...?

Anandmayi se detuvo a mitad de la frase, al fijarse en el cuello de Shiva, cubierto por el pañuelo. Súbitamente, la arrogancia de su rostro se desvaneció. Sintió como le fallaban las rodillas. Señalando débilmente con sus manos, preguntó:

—¿Por qué llevas tapado el cuello?

—¡Llévatela, Nandi! —ordenó Parvateshwar.

—¡¿Quién eres?! —gritó Anandmayi.

Nandi y Veerbhadra intentaron sacarla de allí, pero ella se resistió con una fuerza sorprendente.

—¡Enséñame el cuello!

La agarraron de los brazos y la sacaron a rastras. Anandmayi le dio una patada en la entrepierna a Veerbhadra, que se dobló de dolor mientras ella volvía a girarse hacia Shiva.

—¿Quién diablos eres?

Shiva tenía la vista clavada en la mesa, incapaz de encontrar las fuerzas necesarias para mirar a Anandmayi. Agarró el reposabrazos con fuerza. Parecía la única cosa estable en un mundo que giraba descontrolado.

Veerbhadra volvió tambaleándose, la agarró con fuerza por los brazos y se la llevó

mientras Nandi la agarraba del cuello. Anandmayi le mordió el brazo con fuerza. Nandi apartó el brazo, chillando de dolor. Ella volvió a gritar:

—¡Contéstame, maldita sea! ¿Quién eres?

Shiva levantó la mirada un instante hacia los ojos atormentados de Anandmayi. El dolor que transmitían le llegó al alma. Las llamas de la agonía ardían en su conciencia.

Anandmayi, estupefacta, se quedó inmóvil. La tristeza en sus ojos habría aturdido al más valiente de los soldados meluhanos.

—Se suponía que estaríais de nuestro lado... —susurró con la voz rota.

Dejó que Nandi y Veerbhadra la arrastraran. Parvateshwar mantuvo la vista baja. No se atrevía a mirar a Shiva. Era un buen suryavanshi. No humillaría a su señor mirándole en su momento de mayor debilidad. Sati, por su parte, no dejaría que su marido sufriera solo, sin siquiera mirarle cuando estaba en un trance como aquel. Se puso a su lado y le tocó la cara.

Shiva alzó la vista, con los ojos inundados de lágrimas de dolor.

—¿Qué he hecho?

Sati abrazó a Shiva con fuerza. Sostuvo su cabeza palpitante contra su pecho. No podía decir nada que aliviara su pena. Solo podía abrazarle.

Un susurro angustiado inundó la tienda:

—¿Qué he hecho?



XXV

LA ISLA DEL INDIVIDUO

Pasaron otras tres semanas antes de que el séquito de Shiva llegara a Ayodhya, la capital de los swadweepianos. Habían viajado por una carretera decrepita y sinuosa hasta el Ganges. Luego navegaron hacia el este hasta el punto donde aquel río poderoso y caprichoso daba una bienvenida apasionada a las aguas del Sarayu. Más tarde, siguieron su ruta hacia el norte por el Sarayu hasta la ciudad de nacimiento de Lord Ram. Era una ruta enrevesada, pero la más rápida posible teniendo en cuenta el pésimo estado de las carreteras en Swadweep.

La emoción en los corazones de los soldados meluhanos era incomparable. Solo habían oído leyendas sobre la ciudad de Lord Ram. Nadie la había visto jamás. Ayodhya, «la ciudad impenetrable», fue la primera tierra bendecida por los pies sagrados de Lord Ram. Esperaban una ciudad de un resplandor incomparable, aunque hubiera sido devastada por los chandravanshis. Esperaban encontrar un oasis de orden y armonía, aunque las tierras de los alrededores se hubieran visto sumidas en el caos por culpa de los chandravanshis.

Todo fue desilusión.

Ayodhya no se parecía en nada a Devagiri. A primera vista, prometía mucho. Los muros exteriores eran gruesos y se diría que increíblemente poderosos. A diferencia de los grises y sobrios muros meluhanos, el exterior de Ayodhya estaba pintado de forma extravagante con todos los colores del universo. Uno de cada dos ladrillos estaba pintado de un blanco prístino, el color real de los chandravanshis. Numerosos estandartes, teñidos de rosa y azul, colgaban de las torres de la ciudad. No estaban ahí por tratarse de una ocasión especial, sino que eran adornos permanentes de la ciudad.

La carretera imperial se curvaba de pronto y corría paralela al muro hasta la entrada principal, para evitar que los elefantes y los arietes tuvieran un camino recto hacia sus poderosas puertas. En lo alto de la puerta principal, habían esculpido una luna creciente horizontal y maravillosamente ornamentada. Bajo ella, el lema chandravanshi: «*Shringar. Saundarya. Swatantrata*». Pasión, belleza y libertad.

Los meluhanos, amantes de la precisión y el orden, no daban crédito a lo que

vieron cuando entraron en la ciudad. Krittika describió la organización del lugar como un «caos funcional». A diferencia de las urbes meluhanas, Ayodhya no estaba construida sobre una plataforma: si el río Sarayu crecía de la misma forma impetuosa que el Indo, la ciudad quedaría inundada. Sus numerosos muros, contruidos en siete círculos concéntricos, eran sorprendentemente gruesos y fuertes. Sin embargo, no se necesitaba el ojo estratégico de un general para ver que los muros concéntricos no habían sido diseñados por un cerebro privilegiado. Se habían ido añadiendo de forma caótica, uno tras otro, después de que la ciudad hubiera roto sus costuras y se hubiera extendido más allá de su perímetro previo. Por eso había tantos puntos débiles en cada muro, cosa que podría aprovechar un enemigo que los asediara. Quizá por eso los chandravanshis preferían librar sus batallas en un territorio lejano antes que defender su ciudad.

La infraestructura era una triste muestra de la preferencia chandravanshi por el debate como excusa para no actuar. Las calles no eran más que caminos de tierra. Solo había una notable excepción: el cuidadosamente pavimentado y sorprendentemente suave *rajpath* (el camino real), que llevaba directamente desde los muros exteriores hasta el opulento palacio real. Los swadweepanos solían bromear diciendo que, en lugar de buscar baches en sus calles, había que buscar trozos de calle en sus socavones. Nada que ver con las calles bien planificadas, señalizadas, pavimentadas y tediosamente corrientes de las ciudades meluhanas.

Por toda la ciudad abundaban lo que solo podría llamarse «invasiones». Algunos terrenos abiertos se habían convertido en barriadas gigantes cuando los inmigrantes ilegales plantaron sus tiendas en zonas públicas. Las ya estrechas calles de por sí se habían estrechado aún más con la intrusión de las tiendas de campaña de los sin techo. Había tensiones constantes entre la clase rica, que poseía viviendas, y los pobres sin tierras, que vivían en las barriadas. El emperador había legalizado los asentamientos establecidos antes del 1910 a. J. C. Eso significaba que los moradores de las barriadas no podían ser expulsados a menos que el Gobierno les encontrara otro alojamiento. El problema era que la autoridad chandravanshi era tan terriblemente ineficaz que no había logrado construir ni una sola casa para los moradores de las barriadas en los últimos doce años. Ahora se hablaba de extender aún más ese plazo. Los asentamientos, las malas calles y la pobre construcción hacían que la ciudad pareciera un lugar en un declive absoluto.

Los meluhanos no se lo podían creer. ¿Qué había hecho esa gente con la gran ciudad de Lord Ram? ¿O siempre había sido así? ¿Por eso Lord Ram había cruzado el río Sarayu para establecer su capital tan lejos, en Devagiri, junto al Saraswati?

Sin embargo, cuando el choque inicial con la fealdad y el desorden frenético quedó atrás, los meluhanos empezaron a encontrar un encanto extraño e inesperado en esa ciudad de caos constante. Ninguna de las casas Ayodhyanas se parecía la una a la otra, a diferencia de lo que sucedía en las ciudades meluhanas, donde incluso el palacio real estaba construido según un diseño estándar. Aquí, cada casa tenía su

propio encanto. Los swadweepanos, libres de leyes estrictas y códigos de construcción, habían creado casas que eran expresiones de pasión y elegancia. Algunas estructuras eran tan grandes que ni siquiera los meluhanos podían imaginar qué divino talento de ingeniería podía haberlas creado. Los swadweepanos no tenían ninguna de las restricciones de los meluhanos. Todo estaba pintado con colores brillantes, desde edificios naranjas a techos verde loro, pasando por ventanas de un rosa chillón. Los swadweepanos ricos y cívicos habían creado grandes jardines públicos, templos, teatros y librerías, bautizados con los nombres de sus familiares, pues no habían recibido ayuda del Gobierno. Los meluhanos, pese a encontrar extraño que un edificio público recibiera su nombre de una familia particular, quedaron maravillados por la majestuosidad de aquellas estructuras. Ayodhya, una ciudad vibrante en la que la belleza exquisita coexistía junto a la fealdad extrema, asqueaba y fascinaba a partes iguales a los meluhanos.

La gente era la viva encarnación del estilo de vida chandravanshi. Las mujeres vestían con ropa provocativa, y eran descaradas y seguras respecto a su sexualidad. Los hombres eran tan conscientes de la moda y la belleza como sus mujeres, lo que los meluhanos llamarían dandis. La relación entre hombres y mujeres podría catalogarse como «extrema». El amor extremo coexistía con el odio extremo. Todo construido sobre los cimientos de una pasión extrema. En Ayodhya, nada parecía hacerse con medida. La moderación era una palabra que no existía en su diccionario. Por ello no era sorprendente que la turba emocional, volátil e incontrolable de Ayodhya se mofara de Daksha cuando éste proclamó su intención de «reformarlos». Daksha entró en una ciudad huraña. Su población le recibió en pie y en silencio a los lados del *rajpath*. Se negaban a dar la bienvenida a la fuerza invasora. Daksha, que esperaba que los ciudadanos de Ayodhya le recibieran con una lluvia de flores, ahora que al fin se habían librado de sus malvados gobernantes, no salió de su asombro frente a tan fría recepción. Lo achacó a una imposición de la realeza chandravanshi.

Shiva, que llegó una semana más tarde, no se hacía ilusiones. Esperaba algo mucho peor que una bienvenida tranquila. Esperaba que le atacaran. Esperaba que le vilipendiaran por no alzarse en defensa de los swadweepanos, que también creían en la leyenda del Neelkanth. Esperaba recibir odio por haber elegido el bando equivocado. Aun así, aunque había llegado a sospechar que los chandravanshis no eran malvados, tampoco estaba preparado para sentenciar a los suryavanshis como el «bando equivocado».

En su opinión, los meluhanos eran, casi sin excepción, gente honesta, decente y respetuosa de la ley. Se podía confiar en ellos plenamente. Shiva estaba profundamente confundido con su karma y sobre cómo actuar en un futuro. Echaba de menos el ingenio y los consejos de Brahaspati.

Aquellos pensamientos le atormentaban. Descendió rápidamente del carro con cortinas y encaró el palacio chandravanshi. Por un momento, se quedó sorprendido con la grandeza de la morada de Dilipa. Pero recuperó la compostura, le dio la mano

a Sati y empezó a subir los cien escalones que llevaban hasta la plataforma del palacio principal.

Parvateshwar caminaba despacio detrás de él. Shiva echó un breve vistazo más allá de Sati y vio que Anandmayi subía las escaleras en silencio. No había hablado con él desde aquel terrible encuentro en el que se dio cuenta de quién era. La chica subió los escalones con el rostro impasible y los ojos clavados en su padre.

—¿Quién diablos es ese hombre? —preguntó un incrédulo carpintero swadweepano, retenido en el extremo del patio de palacio por soldados chandravanshis.

—¿Por qué nuestro emperador y el Loco Verdadero le esperan en la plataforma real, con la ropa de gala imperial?

—¿El Loco Verdadero? —preguntó su amigo.

—Uh, ¿no te has enterado? ¡Es el nuevo apodo para el necio de Daksha!

Los amigos se echaron a reír.

—¡Silencio! —les dijo un anciano que estaba junto a ellos—. ¿Es que los jóvenes habéis perdido el juicio? Están humillando a Ayodhya y vosotros no sabéis más que bromear.

Mientras, Shiva había llegado a la plataforma real. Daksha se inclinó con un *namasté* mientras Shiva sonreía débilmente y le devolvía el saludo.

Dilipa, con los ojos húmedos, se inclinó aún más hacia Shiva y le dijo con un suave susurro:

—No soy malvado, mi señor. No somos malvados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Daksha intentando escuchar el susurro de Dilipa.

Shiva, con un nudo en la garganta, no pudo decir nada. Al no oír nada de Dilipa, Daksha meneó la cabeza y susurró:

—Mi señor, quizá sea el momento de presentaros ante la gente de Ayodhya. Estoy seguro de que, cuando sepan que el Neelkanth ha acudido a rescatarlos, reaccionarán como es debido.

—Padre, Shiva está muy cansado —se anticipó Sati—. Ha sido un viaje largo. ¿Podría descansar un poco?

—Sí, por supuesto —se disculpó Daksha, que se volvió hacia Shiva—. Lo siento, mi señor. A veces me puede el entusiasmo. ¿Por qué no os retiráis a descansar? Mañana os presentaremos ante la corte.

Shiva alzó la vista y se topó con los ojos angustiados de Dilipa. Incapaz de sostener esa mirada atormentada, alzó la vista más allá del emperador chandravanshi, hacia los cortesanos que estaban al fondo. No vio más que incompreensión. En ese momento, Shiva se dio cuenta de que, a excepción de Anandmayi, nadie más en la corte de Dilipa conocía su identidad. Ni siquiera Bhagirath, el heredero del trono. No había hablado con nadie. Y estaba claro que Daksha tampoco lo había hecho, posiblemente con la esperanza de desvelar el secreto a lo grande, en presencia de Shiva.

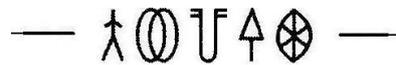
—Mi señor.

Shiva se giró hacia Parvateshwar.

—Sí —susurró.

—Conduciré al ejército a las afueras, pues la marcha ceremonial ha terminado — le informó Parvateshwar—. Estarán apostados fuera de la ciudad, en el campamento para el primer contingente. Volveré a estar a vuestro servicio dentro de dos horas.

Shiva asintió débilmente.



Shiva no había dicho ni una palabra desde que, hacía ya varias horas, había llegado a Ayodhya. De pie, en silencio, frente a la ventana de su habitación, observaba la ciudad mientras el sol del atardecer la bañaba con su gloria deslumbrante.

Sati estaba sentada en silencio a su lado, sosteniendo su mano, para transmitirle todo su apoyo. Él siguió observando una gran estructura que había en el mismo corazón de la ciudad. Desde lejos, parecía estar construida con mármol. Por alguna razón desconocida, mirarla calmó su alma. La habían erigido en el punto más alto de la ciudad, en una colina suavemente inclinada. Se podía ver desde cualquier punto de Ayodhya. A Shiva le pareció extraño. ¿Por qué ese edificio, y no el palacio real, era tan importante como para ocupar el punto más elevado de la ciudad?

Alguien llamó a la puerta y le sacó de sus pensamientos.

—¿Quién es? —gruñó Parvateshwar, levantándose de su silla al fondo de la habitación.

—Mi señor —contestó Nandi—, es la princesa Anandmayi.

Parvateshwar gruñó suavemente antes de girarse hacia Shiva.

El Neelkanth asintió.

—Déjala entrar, Nandi —ordenó Parvateshwar.

El gesto sonriente de la princesa desconcertó a Parvateshwar, que frunció el ceño. No se fiaba ni un pelo de ella.

—¿En qué puedo ayudarla, alteza?

—Ya te he dicho muchas veces cómo puedes ayudarme, Parvateshwar —le pinchó Anandmayi—. Quizá si hicieras caso a la respuesta en lugar de repetir la pregunta una y otra vez, llegaríamos a alguna parte.

Parvateshwar se sintió avergonzado y molesto a la vez. Shiva sonrió débilmente. No lo hacía desde hacía tres semanas. Por alguna razón, que Anandmayi volviera a ser como antes le hacía feliz.

Anandmayi se giró hacia Shiva con una reverencia.

—Se me ha revelado la verdad, mi señor. Siento mi malhumor anterior, pero estaba profundamente conmocionada. Que estéis en el bando de los suryavanshis solo puede tener dos explicaciones. O somos malvados, o vos no sois quien pensamos y la leyenda es falsa. Aceptar cualquiera de esas explicaciones me destrozaría el alma.

Shiva miró a Anandmayi atentamente.

—Pero ahora me doy cuenta —prosiguió ella—. La leyenda no es falsa. Y, obviamente, no somos malvados. Lo que pasa es que sois demasiado ingenuo. Los malvados suryavanshis os han engañado. Yo lo solucionaré. Os mostraré la bondad de nuestro camino.

—No somos malvados —le espetó Parvateshwar.

—Parvateshwar —dijo Anandmayi con un suspiro—, ya te lo he dicho antes. Esa boca tuya tan encantadora debería usarse para cosas mejores que para hablar. No malgastes saliva innecesariamente.

—¡Deja esa insolencia, mujer! ¿Crees que somos malvados? ¿Has visto cómo tratáis a vuestra propia gente? Durante todo el viaje, solo he visto ojos hambrientos. Los niños yacen abandonados a los lados de esas carreteras llenas de socavones. Las mujeres viejas y desesperadas suplican limosna por toda vuestra «ciudad impenetrable», mientras que los swadweepanos ricos llevan una vida mejor que la de un emperador meluhano. En Meluha tenemos una sociedad perfecta. Puede que esté de acuerdo con mi señor y acepte que quizá no sois malvados, pero lo que está claro es que no sabéis cómo ocuparos de vuestra gente. Venid a Meluha y veréis cómo debería tratarse a los ciudadanos. vuestras vidas mejorarán si adoptáis nuestras costumbres.

—¿Mejorar? —respondió Anandmayi agitada—. Estoy de acuerdo en que no somos perfectos. Estoy de acuerdo en que hay muchas cosas que nuestro imperio podría hacer mejor. Pero al menos damos libertad a nuestra gente. No se ven forzados a seguir unas leyes estúpidas redactadas por una élite que está en las nubes.

—¿Les dais libertad? ¿Libertad para qué? ¿Para robar, saquear, mendigar y matar?

—No necesito discutir nuestra cultura contigo. Tu mente estrecha es incapaz de entender los beneficios de nuestras costumbres.

—¡No quiero entenderlos! Me asquea ver cómo se ha estado gobernando este imperio. No tenéis normas. Ni control. Ni leyes. No me extraña que, pese a no ser malvados, os hayáis manchado las manos aliándoos con los nagas, luchando como terroristas cobardes y no como kshatriyas valientes. ¡Puede que no seáis malvados, pero vuestras acciones sí que lo son!

—¿Nagas? ¿De qué diablos estás hablando? ¿Crees que estamos tan locos como para aliarnos con los nagas? ¿Crees que no sabemos que eso contaminaría nuestras almas durante las próximas siete vidas? ¿Y terrorismo? Nunca hemos recurrido a tal cosa. Hemos luchado contra nuestro instinto natural para evitar una guerra con vuestra maldita gente durante el último siglo. Por ello retrocedimos hasta las provincias fronterizas. Cortamos todos los lazos con vosotros. Incluso aprendimos a vivir con el cauce menor del Ganges después de que nos robarais el Yamuna. ¡Mi padre os dijo que no tenía nada que ver con el ataque al monte Mandar! Pero no nos creísteis. ¿Por qué ibais a hacerlo? ¡Necesitabais una excusa para volver a atacarnos!

—No me mientas. ¡Al menos no delante del Mahadev! Encontramos a terroristas

chandravanshis junto a los nagas.

—Mi padre os dijo que nadie que estuviera bajo nuestro control tenía nada que ver con el ataque a Mandar. No nos relacionéis con los nagas. Es posible que algunos chandravanshis, igual que algunos suryavanshis, hayan ayudado a los terroristas. ¡Si hubierais trabajado con nosotros, quizás habríamos encontrado a los criminales!

—¿Qué basura es esa? Ningún suryavanshi se aliaría con esos monstruos. En cuanto a los chandravanshis que ayudaron a los terroristas, tendréis que responder por ello. ¡Vosotros controláis Swadweep!

—Si hubierais mantenido las relaciones diplomáticas con nuestro país, habríais sabido que somos una confederación. No somos autoritarios, como vosotros. Ayodhya solo está al mando. Otros reyes de Swadweep nos pagan tributo a cambio de protección durante la guerra. Aparte de eso, tienen libertad para gobernar sus reinos tal y como elijan.

—¿Cómo es posible? ¿Estás diciendo que el emperador de Swadweep no gobierna su propio imperio?

—Por favor —rogó Shiva para poner fin a esa discusión que, en realidad, él mismo tenía en su mente. No quería preocuparse con preguntas para las que no tenía respuesta. Al menos no todavía.

Parvateshwar y Anandmayi guardaron silencio.

Shiva se volvió lentamente hacia la ventana y preguntó:

—¿Qué es ese edificio, Anandmayi?

—Ése, mi señor —respondió ella, sonriendo feliz por que le dirigiera la palabra primero a ella—, es el templo Ramjanmabhoomi, construido en el lugar de nacimiento de Lord Ram.

—¿Habéis construido un templo a Lord Ram? —preguntó Parvateshwar anonadado—. Pero si era un suryavanshi. Vuestro enemigo acérrimo.

—No construimos ese templo —contestó ella, levantando la vista, exasperada—, pero lo hemos renovado y mantenido con cariño. Y, además, ¿qué te hace pensar que Lord Ram era nuestro enemigo acérrimo? Puede que lo engañaran para seguir un camino diferente, pero también hizo mucho bien por los chandravanshis. Es un dios respetado en Ayodhya.

Parvateshwar abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—Pero si juró destruir a los chandravanshis.

—Si hubiera jurado destruimos, hoy no existiríamos, ¿no? No nos destruyó porque creía que éramos buenos. Pensaba que nuestro estilo de vida merecía sobrevivir.

Parvateshwar parecía desconcertado y sin argumentos.

—¿Sabes cuál es el nombre ceremonial completo de Lord Ram? —preguntó Anandmayi, dejando clara su ventaja.

—Claro que sí —se burló Parvateshwar—. Lord Ram, kshatriya suryavanshi del clan Ikshvaku. Hijo de Dashrath y Kaushalya. Marido de Sita. Honrado y respetado

con la marea del séptimo Visnú.

—Perfecto —replicó Anandmayi—. Excepto por un pequeño error. Te has dejado una pequeña palabra, general: «chandra». Su nombre completo era Lord Ram Chandra.

Parvateshwar frunció el ceño.

—Sí, general —continuó ella—. Su nombre significaba «el rostro de la luna». Era más chandravanshi de lo que te imaginas.

—Esas son las típicas palabras huecas de los chandravanshis —replicó Parvateshwar—. Palabras y nombres, pero nada de actos. Lord Ram dijo que la identidad de una persona la determina únicamente su karma. Que su nombre contenga la palabra «luna» no significa nada. Sus hazañas eran dignas del sol. Era un suryavanshi hasta la médula.

—¿Por qué no podría haber sido suryavanshi y chandravanshi?

—¿Qué tontería es esa? No es posible. Es una contradicción.

—Te parece imposible solo porque tu mente estrecha no puede comprenderlo. Las contradicciones son parte de la naturaleza.

—No, no lo son. Es imposible que una cosa sea cierta y la opuesta no sea falsa. El universo no puede aceptar eso. ¡Una vaina solo puede contener una espada!

—Eso solo pasa si la vaina es pequeña. ¿Estás diciendo que Lord Ram no era suficientemente grande como para tener dos identidades?

—¡Estás jugando con las palabras! —gruñó Parvateshwar.

Shiva había dejado de escuchar. Se giró hacia la ventana. Hacia el templo. Podía sentirlo en todos los poros de su piel. Podía sentirlo en su alma. Podía oír el suave susurro de su voz interior.

Lord Ram te ayudará. Él te guiará. Él te calmará. Ve con él.



Era la tercera hora del tercer *prahar* cuando Shiva salió, por su cuenta y riesgo, a las caóticas calles de Ayodhya. Había ido a encontrarse con Lord Ram. Sati no se había ofrecido a ir con él. Sabía que necesitaba estar solo. Quería salir a deambular, a empaparse de las vistas y los olores de la capital chandravanshi. Llevaba un pañuelo y un chal suelto como protección; como precaución adicional portaba una espada y un escudo. Nadie le reconoció, y eso le gustó.

Los Ayodhyanos parecían vivir la vida sin el menor rastro de autocontrol. Unas voces chillonas y emocionadas asaltaron los oídos de Shiva, como si una orquesta horripilante intentara subyugar sus sentidos. La gente corriente reía como si se hubieran bebido una botella de vino cada uno, y peleaban como si sus vidas dependieran de ello. Alguna gente que pasó corriendo lo empujó, le soltó obscenidades y le llamó ciego. En el bazar había compradores frenéticos que

regateaban con tenderos agitados. Parecía que sus disputas fueran a terminar a puñetazos por cantidades de dinero ridículas. Para los compradores y los tenderos, esa negociación tan acalorada no tenía que ver con el dinero. Se trataba del honor de conseguir una buena ganga. Shiva se fijó en que un gran número de parejas abarrotaban un pequeño jardín junto a la calle. Se hacían cosas innombrables los unos a los otros. Parecían ignorar descaradamente la presencia de mirones en la calle o en el mismo parque. Por otra parte, los ojos que miraban no eran sentenciosos, sino que reflejaban cierta excitación. Era evidente el contraste con los meluhanos, que ni siquiera se abrazaban en público.

Una mano femenina le rozó con suavidad el trasero. Se giró rápidamente y vio que una joven le sonreía y le guiñaba el ojo. Antes de que Shiva pudiera reaccionar, vio a una mujer mucho mayor caminando detrás de ella. Pensando que se trataría de la madre de la joven, Shiva decidió dejar pasar esa indiscreción, por miedo a causar una situación bochornosa. Al girarse, otra vez sintió una mano en el trasero, esta vez más insistente y agresiva. Se dio la vuelta y se sorprendió al ver que la madre le sonreía de forma sensual. Shiva, estupefacto, se alejó corriendo, escapando del bazar antes de que alguna otra insinuación le hiciera perder la compostura.

Siguió caminando en dirección al elevado templo Ramjanmabhoomi. A medida que se aproximaba, el tintineo constante de Ayodhya se fue apagando. Aquella era una tranquila zona residencial de la ciudad, probablemente habitada por gente de dinero, a juzgar por las exquisitas mansiones y avenidas. Al girar a la derecha, se topó con el camino que llevaba a su destino. Trazaba una suave curva a lo largo de la colina, acariciando sus lados con un arco sensual. Probablemente era el único camino en Ayodhya, aparte del *rajpath*, que no estaba lleno de socavones. Unos magníficos árboles malinches se alzaban brillantes a ambos lados del camino; sus resplandecientes hojas naranjas iluminaban la vía para los cansados y los perdidos. El camino que conducía a sus respuestas. El camino a Lord Ram.

Shiva cerró los ojos y respiró hondo mientras la ansiedad le roía el corazón. ¿Qué encontraría? ¿Encontraría la paz? ¿Encontraría respuestas? ¿Encontraría, como esperaba, que había hecho algún bien? Un bien que ahora mismo no podía ver. ¿O le dirían que había cometido un terrible error y que miles de personas habían muerto sin sentido? Shiva abrió lentamente los ojos, reunió fuerzas y empezó a caminar, repitiendo para sus adentros el nombre del Señor: Ram. Ram. Ram. Ram.

Un poco más adelante, en un giro arqueado del camino, vio a un hombre viejo y ajado que parecía no haber comido desde hacía semanas. Aquello interrumpió su letanía. Tenía una herida en el tobillo, que se le había infectado por la humedad y la falta de cuidados. Vestía con un saco de yute rasgado, atado precariamente a la cintura y colgado de sus hombros con una cuerda de cáñamo. Sentado en la acera, se rascaba la cabeza de forma vigorosa con su nervuda mano derecha, molestando a los piojos que rondaban por ella. En su débil mano izquierda sostenía de forma inestable una hoja de plátano en la que había un trozo de pan y unas gachas. Parecía la clase de

comida que se servía en restaurantes baratos, a partir de donaciones de algunas almas caritativas o culpables. La clase de comida que en Meluha no se les daría ni a los animales. Shiva sintió una intensa oleada de ira. El anciano estaba mendigando y sufriendo a las puertas de la morada de Lord Ram y a nadie parecía importarle. ¿Qué clase de Gobierno trataba así a su gente? En Meluha, el poder alimentaba a todos sus ciudadanos. Había suficiente comida para todos. No había nadie sin hogar. El sistema funcionaba. Si viviera en Devagiri, ese hombre no tendría que sufrir tal humillación.

La ira de Shiva dio paso a una oleada de energía positiva al darse cuenta de que había encontrado su respuesta. Ahora sabía que Parvateshwar tenía razón. Quizá los chandravanshis no fueran malvados, pero su existencia era desgraciada. El sistema suryavanshi mejoraría sus vidas drásticamente. Habría abundancia y prosperidad en cuanto Parvateshwar puliera la moribunda Administración chandravanshi. Algo bueno saldría de aquella guerra. Tal vez no había cometido un error tan terrible. Le dio las gracias a Lord Ram, pues pensaba que, al fin, había encontrado su respuesta.

Sin embargo, el destino conspiró para negarle ese pequeño consuelo. El mendigo se fijó en que Shiva le estaba mirando. Los ojos compasivos y su sonrisa misericordiosa hicieron que las mejillas demacradas del mendigo cobraran vida cuando le devolvió la sonrisa. Sin embargo, no era la sonrisa de un hombre roto que pedía limosna. Era la sonrisa cálida de bienvenida de alguien que estaba en paz consigo mismo. Shiva se quedó atónito.

El anciano sonrió de forma aún más cálida mientras alzaba su débil mano con gran esfuerzo.

—¿Quieres algo de comida, hijo mío?

Shiva estaba anonadado. Se sintió pequeño ante el poderoso corazón de ese hombre desdichado que él había considerado merecedor de su compasión y su amabilidad.

Al ver que se quedaba boquiabierto, el anciano repitió:

—¿Te gustaría comer conmigo, hijo? Hay suficiente para los dos.

Shiva, abrumado, no pudo encontrar las fuerzas para responder. No había comida para uno siquiera. ¿Por qué ese hombre le ofrecía compartir la poca comida que tenía? No tenía sentido.

Pensando que Shiva era duro de oído, el hombre habló un poco más alto.

—Siéntate conmigo, hijo mío. Come.

Él luchó por encontrar las fuerzas necesarias para sacudir ligeramente la cabeza.

—No, gracias, señor.

El hombre pareció abatido.

—La comida es buena —dijo. Sus ojos reflejaban el dolor que sentía—. Si no, no te la habría ofrecido.

Shiva se dio cuenta de que había herido el orgullo del anciano. Le había tratado como a un mendigo.

—No, no. No quería decir eso. Sé que la comida es buena. Es que yo...

El anciano interrumpió las palabras de Shiva con una sonrisa cálida.

—Pues siéntate conmigo, hijo mío.

Shiva asintió en silencio. Se sentó en el suelo. El anciano se giró y colocó la hoja de plátano en el suelo, entre los dos. Shiva miró el pan y las gachas aguadas, que hasta unos momentos antes le parecían impropias para alimentar a un ser humano. El viejo lo miró. En sus ojos medio ciegos podía ver cierto brillo.

—Come.

Shiva pellizcó un pequeño trozo de pan, lo mojó en las gachas y se lo tragó. Entró fácilmente en su cuerpo, pero le pesó mucho en el alma. Pudo sentir cómo la rectitud se escurría fuera de su cuerpo mientras el pobre anciano brillaba generosamente.

—Venga, hijo mío. Si comes tan poco, ¿cómo mantendrás ese cuerpo tan grande y musculoso?

Shiva lo miró, sorprendido. La circunferencia de aquellos brazos encogidos era menor que la muñeca de Shiva. El anciano daba bocados ridículamente pequeños, pasándole los trozos más grandes de pan a él, que ya no tuvo el valor de alzar la vista. Mientras su corazón se hundía y empezaban a brotarle las lágrimas, se comió rápidamente la porción de pan que le había dado el anciano. La comida se terminó en un santiamén.

Libertad. Libertad para que los desdichados también tengan dignidad. Algo imposible en el sistema de Gobierno de Meluha.

—¿Estás lleno, hijo mío?

Shiva asintió lentamente, sin atreverse a mirar a los ojos al anciano.

—Bien. Ve. Te queda un largo paseo hasta el templo.

Shiva alzó la vista, anonadado ante la asombrosa generosidad que le había demostrado aquel hombre. Las mejillas hundidas del anciano formaron una sonrisa afectuosa. Estaba al borde de la inanición, pero le había dado casi toda su comida a un extraño. Shiva se maldijo por la blasfemia que había cometido. La blasfemia de pensar que podría «salvar» a un hombre así. Se encontró inclinándose hacia delante, como por obra y gracia de un gran poder. Extendió los brazos y tocó los pies del anciano.

El hombre alzó la mano y tocó la cabeza de Shiva con ternura, bendiciéndole.

—Ojalá encuentres lo que buscas, hijo mío.

Shiva se levantó, con el corazón lleno de lágrimas culpables. Sentía un nudo en la garganta por los remordimientos y el alma pesada. La generosidad de aquel anciano había hecho trizas su santurronería. Ya conocía su respuesta. Lo que había hecho estaba mal. Había cometido un terrible error. Esa gente no era malvada.



XXVI

LA MADRE DE TODAS LAS PREGUNTAS

El camino hacia el templo Ramjanmabhoomi ascendía por la ladera de una colina poco empinada, antes de terminar su viaje en la morada de Lord Ram. Ofrecía una vista imponente de la ciudad. Pero Shiva no la vio, como tampoco reparó en la magnífica construcción del templo gigante ni en el jardín con maravillosas vistas que lo rodeaba. El templo era pura poesía, escrita en mármol blanco e ideada por el arquitecto de los dioses. Había diseñado una gran escalera que llevaba a la plataforma principal del templo, que parecía impresionante pero acogedor. En la plataforma se habían levantado unas colosales y ornamentadas estatuas de mármol, de sobrios tonos azules y grises. Unas columnas cuidadosamente talladas soportaban un techo ostentoso pero elegante de mármol azul. Obviamente, el arquitecto sabía que el momento favorito del día de Lord Ram era la mañana. Por ello, en el techo habían pintado el cielo matutino, tal y como se habría visto si el templo careciera de tejado. En lo alto del techo, la aguja se elevaba hasta una altura de casi cien metros, como un *namasté* gigante a los dioses. Se debía reconocer que los swadweepanos no habían aplicado sus gustos chillones en el templo. Su belleza contenida estaba acorde con la sobriedad que le habría gustado a Lord Ram.

Shiva no se fijó en nada de todo eso. Tampoco miró las estatuas elaboradamente talladas del santuario. El ídolo de Lord Ram en el centro estaba rodeado de sus seres queridos. A la derecha estaba su amada esposa, Sita; a la izquierda tenía a su leal hermano, Lakshman. A sus pies, de rodillas, el discípulo más ferviente y favorito de Lord Ram, Hanuman, de la tribu vayuputra, los hijos del dios del viento.

No encontró las fuerzas necesarias para mirar a Lord Ram a los ojos. Temía el veredicto que recibiría. Se agachó junto a una columna, apoyándose contra ella, afligido. Cuando ya no pudo controlar su intenso sentimiento de culpa, sus ojos dejaron escapar las lágrimas que habían estado reteniendo. Intentó contenerlas, pero éstas siguieron fluyendo como si se hubiera roto una presa. Se mordió el puño, abrumado por los remordimientos. Dobló las piernas contra el pecho y apoyó la cabeza en las rodillas.

Inmerso en su dolor, Shiva no sintió la mano compasiva que se posó sobre su hombro. Como no pareció reaccionar, la mano le apretó ligeramente el hombro. Shiva reconoció el toque, pero mantuvo la cabeza gacha. No quería parecer débil, con lágrimas en los ojos. La mano gentil, vieja y ajada, se apartó en silencio, mientras esperaba pacientemente a que Shiva se recompusiera. Cuando llegó el momento, dio un paso al frente y se sentó frente a él.

Un Shiva sombrío le hizo un *namasté* formal al *pandit*, que parecía casi una réplica exacta de los *pandits* con los que Shiva se había encontrado en el templo de Brahma, en Meru, y en el templo de Mohan, en Mohan Jo Daro. Como los otros, lucía una larga barba blanca y una melena del mismo color. Vestía un *dhoti* y un *angvastram*, ambos de color azafrán, igual que los otros *pandits*. Su rostro marchito tenía la misma sonrisa tranquila y acogedora. La única diferencia era que este *pandit* tenía una cintura considerablemente más generosa.

—¿De verdad es tan malo? —preguntó el hombre, entrecerrando los ojos e inclinando ligeramente la cabeza: la típica mirada empática india.

Shiva cerró los ojos y volvió a agachar la cabeza. El *pandit* esperó pacientemente su respuesta.

—¡No sabes lo que he hecho!

—Lo sé.

Shiva lo miró, con los ojos llenos de sorpresa y vergüenza.

—Sé lo que has hecho, oh, Neelkanth —dijo el *pandit*—, y te vuelvo a preguntar, ¿de verdad es tan malo?

—No me llames Neelkanth. No merezco ese nombre. Tengo las manos manchadas de la sangre de miles de personas.

—Han muerto mucho más que miles —replicó el *pandit*—. Probablemente cientos de miles. Pero ¿de verdad piensas que no habrían muerto si tú no hubieras estado por aquí? ¿Realmente esa sangre está en tus manos?

—¡Por supuesto que sí! Fue mi estupidez la que condujo a esta guerra. No tenía ni idea de lo que hacía. ¡No estuve a la altura de mi responsabilidad! ¡Y por ello han perecido cientos de miles de personas!

Shiva cerró el puño y se golpeó la frente, intentando desesperadamente calmar el calor que sentía. El *pandit* miró con cierta sorpresa la mancha roja oscura en la frente de Shiva, entre sus ojos. No tenía el color de un coágulo. Su tono era mucho más oscuro, casi negro. El *pandit* controló su sorpresa y permaneció en silencio. No era el momento oportuno.

—Y todo es por mi culpa —gimió Shiva, con los ojos húmedos otra vez—. Es culpa mía.

—Los soldados son kshatriyas, amigo mío —dijo el *pandit*, que parecía la viva estampa de la calma—. Nadie los obliga a morir. Ellos eligen su camino, a pesar de que conocen los riesgos, así como la gloria que puede conllevar. El Neelkanth no es la clase de persona, a la que se le pueda imponer una responsabilidad contra su

voluntad. Tú elegiste esto. Naciste para ello.

Shiva miró perplejo al *pandit*. Sus ojos parecían preguntar: «¿Nacido para esto?».

El *pandit* ignoró la pregunta.

—Todo ocurre por una razón. Si estás pasando por toda esta confusión, es porque detrás de ella hay un designio divino.

—¿Qué maldita razón divina puede haber para tantas muertes?

—¿La destrucción del mal? ¿No consideras que sea una razón importante?

—¡Pero no destruí el mal! —gritó Shiva—. Esta gente no es malvada. Solo es diferente. Ser diferente no es ser malvado.

La cara del *pandit* adoptó su clásica sonrisa enigmática.

—Exacto. No son malvados. Solo son diferentes. Te has dado cuenta muy deprisa, amigo mío. Mucho antes que el anterior Mahadev.

Shiva estaba perplejo.

—¿Lord Rudra?

—¡Sí! Lord Rudra.

—Pero él sí que destruyó el mal. Acabó con los asuras.

—¿Y quién ha dicho que los asuras fueran malvados?

—Lo leí... —Shiva se detuvo a media frase. Finalmente lo había entendido.

—Sí —dijo el *pandit* con una sonrisa—. Lo has adivinado. Igual que los suryavanshis y los chandravanshis se consideran malvados entre ellos, lo mismo pasaba entre los devas y los asuras. Así que, si lees un libro escrito por los devas, ¿cómo crees que aparecerán descritos los asuras?

—¿Quieres decir que eran como los suryavanshis y chandravanshis actuales?

—Más de lo que te imaginas. Los devas y los asuras, igual que los chandravanshis y los suryavanshis, representan dos fuerzas vitales en equilibrio. Una dualidad.

—¿Dualidad?

—Sí, una dualidad que es una de las muchas perspectivas del universo: lo masculino y lo femenino. Los asuras y los suryavanshis representan lo masculino. Los devas y los chandravanshis representan lo femenino. Los nombres cambian, pero las fuerzas vitales que encarnan siguen siendo las mismas. Siempre existirán. No hay forma de que una de las dos pueda destruirse. Si no, el universo implosionaría.

—Y ellos ven su lucha con el otro como la eterna batalla entre el bien y el mal.

—Exacto —dijo el *pandit*, maravillado por la sagacidad de Shiva incluso en ese momento de aflicción—. Pero no siempre han estado luchando. A veces ha habido largos períodos de cooperación. En momentos de conflicto, que suelen tener lugar cuando hay maldad, es fácil que se echen las culpas entre ellos. Es un enfrentamiento entre dos estilos de vida diferentes que queda retratado como una lucha entre el bien y el mal. Que los chandravanshis sean diferentes de los suryavanshis no quiere decir que sean malvados. ¿Por qué crees que el Neelkanth debía ser un forastero?

—Para que no tuviera prejuicios respecto a ninguno de los dos bandos —dijo Shiva, como si le quitaran una venda de los ojos.

—¡Exacto! El Neelkanth tiene que estar por encima de todo eso. No debe tener prejuicios.

—Pero yo sí que los tenía. Estaba convencido de que los chandravanshis eran malvados. Quizás Anandmayi tenga razón. Tal vez sea demasiado ingenuo, alguien al que se le puede manipular fácilmente.

—No seas tan duro contigo mismo, amigo mío. No puedes caer del cielo sabiéndolo todo, ¿no? Tenías que entrar por uno de los dos lados. Y entraras por el lado que entraras, su punto de vista te marcaría y verías al otro lado como malvado. No has tardado en darte cuenta de tu error. Lord Rudra no lo reconoció hasta que casi fue demasiado tarde. Él prácticamente había destruido a los asuras antes de entender el simple hecho de que no eran malvados, sino solo diferentes.

—¿Que casi los destruyó? ¿Quieres decir que aún existe algún asura?

El *pandit* sonrió de forma misteriosa.

—Ésa es una conversación para otro momento, amigo mío. Lo que necesitas entender es que no eres el primer Mahadev al que engañan. Y no serás el último. ¿Imaginas cómo de culpable debió sentirse Lord Rudra?

Shiva se quedó callado, con la mirada baja. Conocer la culpa de Lord Rudra no redujo la vergüenza que asolaba su alma. Leyendo sus pensamientos, el *pandit* prosiguió:

—Tomaste la mejor decisión posible, dadas las circunstancias. Sé que te servirá de poco consuelo, pero ser el Neelkanth no es fácil. Tendrás que cargar con el peso de esa culpa. Sé la clase de persona que eres. Será una carga muy pesada. Tu reto no será ignorar la culpa o el dolor. Tienes un corazón demasiado bueno para poder hacerlo. Tu reto será permanecer fiel a tu karma, a tu deber, pese al dolor. Ése es el destino y el deber de un Mahadev.

—Pero ¿qué clase de Mahadev soy? ¿Por qué soy necesario? ¿Cómo voy a destruir el mal si no sé qué es el mal?

—¿Quién ha dicho que tu tarea sea destruir el mal?

Shiva observó sorprendido al *pandit*. Odiaba los juegos de palabras, que tanto parecían gustar a los *pandits*.

—La fuerza del mal está sobrevalorada, amigo mío —aclaró el *pandit*, que notó la mirada de disgusto de Shiva—. No es tan difícil de aniquilar. Lo único que se necesita es que algunos hombres buenos decidan que lo combatirán. Prácticamente todas las veces que el mal ha asomado su cabeza, ha corrido la misma suerte. Ha sido destruido.

—Entonces, ¿para qué soy necesario?

—Eres necesario para la tarea más crucial: responder a la pregunta más importante.

—¿Cuál?

—¿Qué es el mal?

—¿Qué es el mal?

—Sí. Los hombres han librado muchas guerras —dijo el *pandit*—. Y se librarán muchas más en el futuro. Así funciona el mundo. Pero solo el Mahadev convierte una de esas guerras en una batalla entre el bien y el mal. Solo el Mahadev puede reconocer el mal y liderar a los hombres contra él, antes de que el mal asome su fea cabeza y extinga toda vida.

—Pero ¿cómo reconoceré el mal?

—En eso no puedo ayudarte, amigo mío. No soy el Mahadev. Ésa es una pregunta cuya respuesta debes encontrar tú mismo. Pero tienes el corazón. Tienes la mente. Mantenlos abiertos y el mal aparecerá ante ti.

—¿Aparecerá?

—Sí —respondió el *pandit*—. El mal tiene una relación contigo. Vendrá a ti. Deberás mantener tu mente y tu corazón abiertos para reconocerlo cuando aparezca. Solo puedo hacerte una sugerencia: no tengas prisa por reconocerlo. Espéralo. Acudirá a ti.

Shiva frunció el ceño. Bajó la vista, intentando absorber esa extraña conversación. Se giró hacia el ídolo de Lord Ram, buscando alguna indicación. No se encontró con los ojos sentenciosos que esperaba. En su lugar, vio una sonrisa cálida y alentadora.

—Tu viaje no ha terminado, amigo mío. Ni por asomo. De hecho, no ha hecho más que empezar. Tienes que seguir caminando. Si no, el mal triunfará.

Los ojos de Shiva se secaron un poco. Su carga no parecía más ligera, pero se sentía lo suficientemente fuerte como para llevarla. Tenía que seguir caminando hasta el final.

Shiva miró al *pandit* y le sonrió débilmente.

—¿Quién eres?

El *pandit* sonrió.

—Sé que se te había prometido la respuesta. Y el juramento de uno de nosotros es un juramento colectivo. No lo romperé.

Shiva miró al *pandit*, expectante.

—Somos los vasudevs.

—¿Los vasudevs?

—Sí. Cada Visnú deja atrás a una tribu y le encarga dos misiones.

Shiva estaba expectante.

—La primera misión es ayudar al siguiente Mahadev, si es que llega.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que uno de nosotros se convertirá en el siguiente Visnú, cuando sea necesario. El séptimo Visnú, Lord Ram, le encargó esa tarea a su fiel teniente, Lord Vasudev. Somos sus seguidores. Somos la tribu de Vasudev.

Shiva lo observó, intentando asimilar toda aquella información. Frunció el ceño cuando se le ocurrió otra cosa.

—¿Los Mahadevs también dejaron tribus atrás? ¿Lo hizo Lord Rudra?

El *pandit* sonrió, profundamente impresionado por la inteligencia de Shiva. El

secretario de Mohan Jo Daro estaba en lo cierto. Ese hombre podía ser un Mahadev.

—Sí. Lord Rudra dejó atrás una tribu. La tribu de los vayuputras.

—¿Vayuputras? —preguntó Shiva. El nombre le resultaba extrañamente familiar. El pandit le puso la mano en el hombro.

—Deja eso para otro momento, amigo mío. Creo que ya hemos hablado suficiente por hoy. Vete a casa. Necesitas el abrazo reconfortante de tu esposa. Mañana será otro día. Y tu misión puede esperar hasta entonces. Por ahora, regresa a casa.

Shiva esbozó una sonrisa enigmática, algo impropio de sus sencillas costumbres tibetanas. Pero ahora ya era indio. Se inclinó hacia delante para tocar los pies del *pandit*. Éste le colocó la mano en la cabeza para bendecirlo y dijo suavemente:

—*Vijayibhav. Jai Guru Vishwamitra. Jai Guru Vashishta.*

Shiva asintió, aceptando la bendición con humildad. Se levantó, se dio la vuelta y caminó hacia las escaleras del templo. Al final de la plataforma, se giró para volver a mirar al *pandit*. Estaba arrodillado, tocando reverencialmente con la cabeza el suelo en el que había estado Shiva. Él sonrió y meneó ligeramente la cabeza. Mirando más allá del *pandit*, observó fijamente el ídolo de Lord Ram. Puso sus manos en una *namasté* y le ofreció sus respetos.

Efectivamente, la carga que debía llevar sobre sus hombros no era más ligera, pero se sentía suficientemente fuerte como para soportarla.

Se dio la vuelta y empezó a descender. Le sorprendió encontrarse a Sati apoyada contra la estatua de una apsara, en medio del recinto. Sonrió. No había nadie en el mundo a quien le apeteciera ver más.

—¿Siempre vas a seguirme a todas partes? —bromeó al tiempo que se acercaba a ella.

—Sé cuándo precisas estar solo —respondió Sati sonriendo—, pero también sé cuándo me necesitas.

De repente, Shiva se quedó helado. Pudo ver una túnica ondeando detrás de los árboles, a poca distancia de Sati. La suave brisa vespertina había descubierto a alguien que parecía estar vigilándolos.

Sati siguió la mirada de Shiva y se dio la vuelta. Una figura encapuchada, con una máscara holi, salió de entre los árboles.

¡Es él!

El corazón de Shiva empezó a latir más deprisa. Aún estaba a una distancia considerable de Sati. Pero el naga estaba demasiado cerca. Los tres permanecieron clavados donde estaban, como preguntándose cuál sería el siguiente movimiento de los demás. Sati fue la primera en moverse. Balanceándose rápidamente, se sacó un cuchillo de la funda del costado y se lo lanzó al naga. Éste apenas se apartó. Falló por poco: el cuchillo se clavó con fuerza en el árbol que había tras él.

Lentamente, Shiva movió la mano hacia su espada.

El naga echó la suya hacia atrás, sacó el cuchillo del árbol y, en un extraño movimiento, se lo ató con fuerza a la muñeca derecha con una tira de tela, justo antes

de hacer un rápido movimiento.

—¡Sati! —gritó Shiva, que desenfundó la espada y echó a correr hacia su esposa con el escudo por delante.

Continuará...

